



Jetta Carleton
Cuatro hermanas

Traducción de María Teresa Gispert



Lectulandia

A principios de los años cincuenta, Matthew Soames, maestro en un colegio rural, y su mujer, Callie, disfrutaban del final del verano en su granja de las afueras de Renfro, Misuri, en la que criaron a sus cuatro enérgicas hijas: la mayor, Jessica; Leonie, la más responsable; la indómita Mathy, que dejó sus estudios para casarse con un piloto acrobático, y la pequeña Mary Jo, que abandonó la granja muy joven para trabajar en la televisión en Nueva York.

Como cada año, tres de sus hijas acuden a visitarles durante unas semanas. El final de su estancia hace aflorar los recuerdos: las alegrías, decepciones, amores y desengaños que marcaron el paso del tiempo y que parecen haber dominado la vida de las cuatro hermanas. Sin embargo, más allá de lo ocurrido late el profundo amor que los ha mantenido unidos durante todos esos años.

Lectulandia

Jetta Carleton

Cuatro hermanas

ePub r1.0

Castroponce 05.05.2017

Título original: *Moonflower Vine*
Jetta Carleton, 1962
Traducción: María Teresa Gispert
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedico este libro a mi padre, a mis hermanas
y a la memoria de mi madre*

LA FAMILIA

Mi padre poseía una granja en el lado occidental del Misuri, por debajo del río, donde la meseta de Ozark desciende para unirse a la llanura. Es ésta una región surcada por riachuelos, rica en pastos que, buscando la luz del sol, surgen en medio de valles llenos de arbolado y se extinguen sobre enhiestas rocas calizas. Es una bonita comarca. No despierta admiración, como hacen otras, pero a su modesta manera es una tierra fértil en la que abunda el maíz, los caquis, zarzamoras, nogales negros, hierba de forraje y rosas salvajes. La granja, ochenta hectáreas bañadas por las lentas y parduscas aguas del Little Tebo, se enclava en su centro.

No había aún concluido el siglo XIX cuando mis padres, Matthew y Callie Soames, llegaron por primera vez a la granja. Recién casados, llevaban por todo equipaje una tetera, un colchón de plumas y un par de mulos. Más adelante, se fueron a vivir a una pequeña ciudad donde mi padre era maestro de escuela. A veces regresaban a la granja durante el verano, y al cabo de muchos años se quedaron definitivamente en ella. Pintaron la casa, arreglaron el viejo granero gris, compraron un buey y un depósito de butano, y se instalaron allí todo el año, tan felices como si fueran dos saludables jóvenes de veinte años, en vez de una delicada pareja que pasaba de los setenta.

Mis hermanas y yo solíamos ir a verlos todos los veranos. Jessica llegaba del corazón de los Ozarks; Leonie, de una pequeña ciudad de Kansas, y yo, de Nueva York, donde trabajaba en televisión, por aquellos tiempos una industria nueva que a mi familia le parecía muy misteriosa. A mí, igual que a mis hermanas, estas visitas me parecían un fastidio anual, como los impuestos sobre la renta. Siempre se nos presentaban otras mil maneras de pasar el tiempo pero, aunque éramos ya mayores, nuestros padres conservaban su autoridad. Exigían el tributo y nosotras lo pagábamos.

Una vez allí, nos sentíamos bastante felices. Volvíamos fácilmente a las viejas costumbres, a las antiguas bromas, pescábamos en el arroyo, comíamos crema de leche, engordábamos, y nos dejábamos vencer por la pereza. Era una temporada de plácida irrealidad. Las vidas que llevábamos en el exterior quedaban suspendidas; los asuntos del mundo, olvidados, y sólo recordábamos nuestra sangre común. No importaba que nuestros valores no fueran ya los mismos, que hubiéramos emprendido caminos distintos; cuando nos encontrábamos en familia, sabíamos disfrutar todos juntos.

Recuerdo particularmente un verano a principios de los años cincuenta. Los

maridos de Jessica y Leonie no vinieron; uno era granjero, el otro mecánico, y ninguno de los dos pudo dejar su trabajo. Sólo el hijo de Leonie nos acompañaba. Soames era un muchacho alto y guapo que acababa de cumplir los dieciocho. Al cabo de pocas semanas iba a alistarse en la Fuerza Aérea, y su madre no podía soportar la idea. Cuando se hubiera marchado, quedarían tantas cosas por hacer y tantas por decir que nunca se les volvería a presentar la oportunidad de hacerlas o decirlas. Fue una época triste para los dos, y también para los demás, sobre todo porque todavía continuaba la guerra de Corea. La guerra nos preocupaba mucho y confería a su partida una especial gravedad. No podíamos pensar en una cosa sin pensar en la otra. Y sin embargo, allí, en el corazón del país, tan lejos del mundo exterior, aún era posible no pensar en ninguna de las dos. Carecíamos de periódicos. Nadie nos molestaba con la radio. Las pocas noticias que recibíamos parecían irreales y no nos concernían. Sólo el rugido de los aviones de una base aérea del norte nos recordaba el peligro, y pronto incluso ellos perdieron su aire amenazador. Sus sombras se deslizaban por los campos y el patio como las sombras de las nubes, apenas más siniestras. La granja era una pequeña isla en un mar de verano. Y aquella guerra lejana en la que tantos jóvenes morían nos preocupaba menos que los disparos recibidos por un viejo.

Esto había sucedido cerca de casa, a un par de kilómetros del camino. A un solitario granjero llamado Corcoran le había disparado unos cuantos tiros su único hijo, un infeliz recientemente licenciado del ejército. Mis padres encontraron al viejo a la mañana siguiente, enroscado debajo de una cama como una alfombra en verano. Lo habían abandonado ahí para que se muriera, pero había sobrevivido, a duras penas. Mis padres lo llevaron en coche a un hospital que quedaba a treinta kilómetros; mi madre, en el asiento trasero, con la cabeza del anciano en el regazo.

Todo esto ocurrió poco antes de nuestra llegada. En nuestro penúltimo día de estancia en la granja, todavía lo comentábamos.

—¡Pobre viejo! —dijo mi madre—. Sería una bendición que se muriese.

—Sí, desde luego —replicó mi padre—. No tiene a nadie que le cuide.

—Era un viejo gruñón, pero no se merece tanto *sufrir*.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Setenta, al menos —contestó mi madre. Y por el modo en que lo dijo, el hombre podría haber sido su abuelo.

—¿Han cogido al chico? —inquirió Soames.

—Todavía no.

—¿Cómo es posible que llegara a eso?

—No lo sé —repuso mi padre—. Algunos dicen que el viejo era muy duro con él.

—¡Corrían toda clase de chismes! —dijo mi madre—. Que si su padre le dejaba atado en el ahumadero y cosas por el estilo. Nunca me los he creído.

—Habladurías —comentó mi padre—. El viejo siempre se peleaba con la gente y han querido devolvérselas todas. Tenía unos modales bruscos y groseros, pero no era

mezquino.

—No, eso no *le* era. En cambio, el chico era raro. No estaba muy en sus cabales. No sé cómo lo admitieron en el ejército.

—Tiene su lógica... —dijo Soames sonriendo y levantándose.

—Eres de lo que no hay —le dijo mamá dándole unas palmadas en las posaderas de los vaqueros—. Dios mío, nos hemos olvidado de calentar agua para lavar los platos.

Así terminó nuestra conversación sobre la violencia en el vecindario. Nos levantamos de la mesa aturcidos por todo lo que habíamos comido. El almuerzo había consistido en filete asado, guisantes a la crema, tomates verdes salteados con mantequilla y pastel de azúcar quemado de postre.

—Todo estaba riquísimo —dijo Jessica—. Me gustaría tener tres estómagos, como las vacas.

—A mí también —dijo Leonie. Se comió el último tomate frito de la bandeja.

—¿Después del pastel? —exclamé sorprendida.

—Siempre he de terminar con algo salado.

—Engordarás como un cerdito —dijo mi padre, acariciándole el hombro.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó mamá.

—Al porche —repuso papá.

—Bueno, que no *te se* olvide que tienes que ir a la ciudad a buscar hielo..., tú o Soames.

—Iré yo, abuela.

Soames nunca perdía ocasión de conducir mi pequeño coche.

—Pero, cariño —dijo Leonie—, ¿quieres irte ahora a la ciudad? ¿Por qué no te quedas en casa como un buen chico y sigues trabajando en el tejado del granero? Mamá se sentiría muy orgullosa si terminaras tu trabajo.

—Ya lo terminaré.

—Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Ya sabes que mañana vamos a ir a cortar el árbol de las abejas.

—Ya lo sé.

—Y hay un montón de tablas que no has colocado todavía.

—También lo sé, mamá. Ya me encargaré de ellas.

—No lo harás, si te vas a la ciudad.

—Vamos, déjale ir —interrumpió mi padre—. Hace mucho calor encima de ese tejado, ¿verdad, muchacho? Nos iremos los dos dentro de un rato.

—No volváis muy tarde —dijo mamá—. Queremos hacer la crema antes de que se abran las damas de noche^[1].

—Llegaremos a tiempo.

—Bueno, que sea verdad. —Se volvió hacia nosotras—. ¡Al menos se abrirán dos docenas esta noche! He contado los capullos esta mañana. ¡Nunca había visto tantos! Bueno, niñas, ¿qué nos llevaremos para la excursión de mañana? Decidamos.

Lo discutimos mientras lavábamos los platos. Abajo, en el bosque, mi padre había encontrado un árbol hueco en el que las abejas habían instalado su colmena. Al día siguiente íbamos a hacerlas salir con humo, cortar el árbol y recoger la miel silvestre. También pensábamos nadar, pescar y preparar la comida junto al sombreado riachuelo. Papá y mamá habían planeado pasar todo el día en el campo, como alegre colofón de nuestras dos semanas en casa.

Mientras debatíamos las respectivas excelencias de las patatas fritas y la ensalada de patatas, el teléfono de la pared del comedor sonó con dos toques cortos y uno largo.

—Es nuestro teléfono —dijo mamá.

—¡Yo lo cojo! —gritó papá. Un minuto después apareció en la puerta de la cocina—. Mamá, es Jake Latham. Él, Fanny, los Barrow y algunos otros van a ir a la granja de Corcoran mañana. Jake dice que la alfalfa está ya seca y hay que amontonarla ya. Y cree que también conviene recoger los melocotones.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de mamá era ligeramente irónica—. Ya era hora de que hicieran algo por él. Ésta será la primera vez.

—Bueno, mejor tarde que nunca. *Absit invidia*.

—Supongo que quieren que vayamos a ayudarles.

—Sí, eso quieren.

—Les habrás dicho que no podemos...

—Les he dicho que ya vería.

Mamá le miró como si fuera tonto.

—Pero ¡si mañana vamos a cortar el árbol de las abejas!

—Ya lo sé, pero...

—¿No se lo has dicho?

—No...

—¿Por qué?

—Bueno —replicó papá evasivo—, no creo que un árbol lleno de abejas le parezca a Jake una buena excusa.

—¡Bobadas! ¿A quién le importa lo que piense Jake?

—No deberíamos mostrarnos poco dispuestos a colaborar —dijo papá.

—Me parece que son ellos los que colaboran poco. Nunca han hecho nada por él. Bueno, de todos modos, está muy bien que lo hagan ahora. No me importaría ayudar, pero ¿no pueden esperar hasta el lunes?

—Se lo he preguntado a Jake y me ha dicho que no le iba bien.

—Pues mañana no nos va bien a nosotros. Tenemos otros planes.

—Ya lo sé —dijo papá con expresión preocupada—. Odio ir mañana, pero no sé cómo negarme. Vosotros seguid adelante con la excursión; yo iré a la granja de Corcoran.

—Eso no sería justo —replicó Jessica—. ¿Por qué no vamos todos? Tus chicas pueden ayudar.

—¡De ninguna manera! —exclamó mamá—. No va a ir nadie. ¿Cómo vamos a dejar que nos estropeen el día? Son muchos para trabajar, y por una vez pueden pasar sin nosotros.

—Pensarán que somos unos egoístas —previno papá.

—Que piensen lo que quieran. Es el precio que tendremos que pagar.

—Muy bien. Si ésta es tu última palabra, no diré nada más.

Papá se puso el sombrero y se marchó con aire de noble resignación. Se sentía enormemente aliviado. Nosotras terminamos de lavar los platos y mamá se fue arriba a hacer la siesta. Soames se había puesto a trabajar. Leonie salió a decirle lo buen chico que era.

—Pobre Leonie —dijo Jessica—. Parece como si quisiera obligarle a terminar ese tejado.

—Si no se calla —observé—, lo sacaré de quicio y acabará dejándolo todo a medias.

—Sí —repuso Jessica—, y después el pobre chico se sentirá culpable.

—Y se enfadará con ella.

—Y ella pensará que no la quiere, pues de lo contrario la habría complacido.

—Lo mismo que con las lecciones de canto —dije.

Leonie había suplicado, regañado, insistido e intentado todas las estratagemas maternas conocidas para convertir a Soames en cantante. No iba desencaminada, porque Soames poseía una bonita voz. Podría haber llegado a ser muy bueno si se lo hubiese propuesto. Pero el canto no le interesaba, como tampoco muchas otras cosas, a excepción del vuelo.

—¡Pobrecillos! —exclamó Jessica—. Me dan tanta pena los dos que casi no la puedo resistir.

—Bueno, procuremos que vuelva aquí y lo deje solo; si podemos, claro. Voy a tocar el piano. Eso la atraerá.

Nos dirigimos a la sala donde estaba el viejo piano y rescatamos unos números muy atrasados de la revista *Étude*. Me decidí por una composición llamada «La atracción de Cupido», una de las que más me gustaban de joven. Tardé un rato en colocar bien los dedos sobre el teclado, y la melodía fue perdiéndose entre los acordes. Leonie acudió en seguida con las manos sobre las orejas.

—¡Vamos! —exclamó—. ¡Más garbo!

Despachó «La atracción de Cupido» con dedos diestros y empezó a tocar otras piezas, algunas canciones —llenas de «¡Oye!» y de «¡Oh!» y de pesares que llegaban cuando caía el manto de la noche— que Jessica y yo interpretamos con el ánimo que requerían. Nos lo estábamos pasando muy bien. Pero, en medio de la juerga, un sabueso extraviado que había estado rondando nuestro patio toda la semana empezó a ladrar. Salí a calmarlo.

—¡Pobrecito! —dije—. Me gustaría saber dónde vives.

—Es una birria de animal —comentó Jessica.

—Es un perrito muy mono. Me gusta.

—Tiene pulgas.

—No es culpa suya.

—¿Qué le pasó al de la barba? —preguntó Jessica.

—¿Un perro con barba?

—Bueno, era una especie de perro. Me refiero a aquel muchacho de aspecto tan raro que trajiste aquí el verano pasado.

—¡Ah, ése! Yo no lo traje..., vino él solo. Estaba haciendo un viaje, una ruta andando.

—Una ruta predicando, diría yo.

—Lo recuerdo —dijo Leonie—. Llevaba zapatillas de tenis.

—Sin calcetines —añadió Jessica.

—Y olía muy raro.

—¡Uno de esos zarrapastrosos con los que se relaciona nuestra hermana!

Me dirigieron una mirada diabólica; los amigos que yo tenía las ponían furiosas. No comprendían a los anárquicos tipos de pelo revuelto a los que siempre parecía atraer y que algunas veces ni siquiera me gustaban a mí.

—¿Te acuerdas de cómo tomaba los cereales? —preguntó Jessica—. Se le caían por toda la barba.

—¡Y metía la barba en el plato!

—Siempre lo seguía un enjambre de moscas.

—¡Basta! —chillé—. Era muy intelectual.

—¡Intelectual! —replicó Leonie con indignación—. ¡Se burló de Shakespeare!

—¡Chist! ¡Despertaremos a mamá!

Todas nos echamos a reír sin ninguna razón especial.

—Tengo mucho calor —dijo Jessica—. Estoy sudando como un cerdo. Bajemos a bañarnos.

La única bañera de la granja consistía en un amplio tramo del arroyo. Con unas cuantas toallas y una pastilla de jabón de Ivory, atravesamos los campos hasta donde el riachuelo se abría paso por un profundo barranco. Allí, mi padre había construido una pequeña presa y colgado un cubo en una rama de abedul. Creía en el valor terapéutico del agua del manantial, de la miel silvestre y de los rayos de sol. Nos deslizamos por la orilla y nos sentamos en cuclillas. El aire era dulce y frío.

—Toma un poco de agua del río —dijo Jessica, tendiéndome el cubo Heno—. Es buena para los riñones.

Hicimos un concurso para ver cuál de las dos resistía más. Nunca habíamos oído hablar de las hemorragias internas. Por fin Leonie nos hizo parar.

—Os haréis pipí en la bañera —dijo.

Caminamos hasta donde el arroyo formaba un estanque. Allí el agua era más profunda y tan clara que se podían ver sombras de hojas en su suave fondo arenoso. Nos desnudamos detrás de unos matorrales y Jessica se metió en el río, chillando

mientras el agua helada iba alcanzándole la cintura. Leonie entró con delicadeza, salpicándose las muñecas y las rodillas. Yo resbalé y me caí dentro. Al cabo de un rato nos acostumbramos al frío. Nos enjabonamos, nadamos y chapoteamos, divirtiéndonos como chiquillas en lugar de como mujeres adultas. Jessica tenía casi cincuenta años, Leonie no andaba lejos de cumplirlos y yo iba para los treinta. Pero ninguna de nosotras actuaba o se sentía como correspondería a la edad que teníamos. Nos comportábamos casi siempre como niñas retrasadas porque eso era lo que a nuestros padres les gustaba.

Nuestros cuerpos brillaban al sol.

—¿Verdad que somos guapas? —dije.

Dejamos de chapotear y nos contemplamos.

—Ya lo creo que lo somos —replicó Jessica—. Muy guapas.

Aunque ella estaba demasiado gorda y yo casi en los huesos, las tres teníamos la piel blanca y suave, y estábamos bien formadas. Allí en el campo, bajo la luz del sol, parecíamos hermosas, y resultaba natural decirlo. Salimos del agua y nos sentamos en una roca llana frotándonos con las toallas.

—Me gustaría que papá y mamá instalaran agua corriente —dijo Leonie—. ¿No creéis que les hace falta?

—No lo sé —replicó Jessica—. Han vivido años sin ella, me parece que no la echan de menos.

—Se acostumbrarían.

—Bueno, ¿y qué tiene esto de malo? —dijo Jessica, imitando el tono de voz de papá—. ¡Con el agua del río tenemos bastante!

Nos echamos a reír, y yo pensé en la ciudad en la que nací, donde sólo el banquero y el dueño de la tienda de ultramarinos podían permitirse el lujo de poseer una fosa séptica y de costearse las reparaciones continuas que exigía una bomba en el sótano. Los demás nos las arreglábamos lo mejor que podíamos. Recuerdo el aspecto que presentaba la cocina en una mañana de invierno: sacos de carbón en el suelo, el cubo de la basura junto a la puerta, agua hirviendo en la gran estufa negra, mi padre afeitándose en la mesa, y yo, en combinación, lavándome en la tina gris esmaltada (el cuello y las axilas), mientras mamá freía el tocino en el fogón. La cocina no era una estancia agradable. Servía de baño, comedor y lavandería, por turnos o todo a la vez. No era algo que nos preocupara demasiado; no nos preocupaba demasiado hasta que visitábamos las otras casas de la ciudad; entonces resultaba más duro salir a diez grados bajo cero para sentarse en el retrete del patio o tolerar el orinal del dormitorio, tan práctico.

Esto era en invierno. En verano, la vida se expandía con los rayos del sol. Podíamos bañarnos arriba, lavar la ropa a la sombra del melocotonero y planchar bajo la brisa del porche trasero. La casa parecía más alta, más amplia, más bonita. Las estufas se guardaban en el depósito de carbón y las mesas se cubrían de flores. Había que llenar los cubos de agua y vaciar los de basura, claro está. Pero no teníamos que

entrar carbón, ni sacar cenizas. Y tampoco era necesario tener el orinal en la habitación; uno iba al retrete antes de meterse en la cama, lo cual, en las noches de verano, resultaba una agradable excursión.

—Bueno —estaba diciendo Leonie—, me gustaría que modernizaran la casa un poco, si es que van a quedarse aquí.

—No podrán quedarse mucho tiempo —dijo Jessica.

—Ellos creen que sí.

—Ya lo sé, pero no podrán. Son demasiado mayores. Y además, con agua corriente no nos divertiríamos ni la mitad que ahora.

El sol se filtraba entre las hojas del roble. A lo lejos, en los bosques, un jilguero cantaba alegremente. Jessica se sentó sobre una toalla azul y rodeó las rodillas con los brazos. Su piel estaba todavía sonrosada por el agua, y su redondeado trasero tenía el aspecto de un enorme melocotón. Parecía una Diana de Boucher o una bañista de Renoir. Pero si se lo hubiera comentado se habría echado a reír, diciendo que aquello era una tontería. Jessica no iba a pretender ser más que lo que era vestida: una mujer corriente de mediana edad bastante desaliñada y necesitada de una faja.

Miré a mi otra hermana. Estaba sentada al sol, bronceada y brillante como un huevo moreno caliente. Poseía un cutis envidiable, y su pelo, antes rubio, le caía ahora sobre los hombros plateado y hermoso como las barbas de una panocha todavía verde. Ninguna mujer con aquel aspecto, pensé, merecía tener el carácter de Carry Nation^[2]. Pero Leonie estaba marcada, más que ninguna de nosotras, por el sello de nuestros antepasados: gentes animosas que se abrieron camino por Indiana y Kentucky desbrozando el desierto con la Palabra de Dios. Y si, por exceso de celo, con el hacha con que talaban el roble venenoso también abatían el retoño de manzano, no pasaba nada, porque era la Palabra de Dios la que lo había derribado. El Libro Sagrado era la ley, la luz y el camino, no el amor. Nada podía detener a aquellos fanáticos de ojos de fuego que se abrían paso hacia el Misuri y hacia el siglo xx, como tampoco nada podía detener a Leonie. Ella poseía ese ardor, esa hacha de Dios. Sin embargo, como el de sus antepasados, el suyo era un camino duro y lleno de derrotas. Cuando se dejaba invadir por las dudas, daba lástima. Al llegar a la granja dos semanas atrás, tenía la cara chupada y los ojos hundidos de preocupación. Pero los días tranquilos, la crema de leche y la risa la habían hecho engordar un poco y parecer hermosa de nuevo. Sentada desnuda sobre la roca, peinando su largo cabello, parecía una ninfa, y se lo dije. Aceptó el cumplido con una tímida sonrisa, sin creerlo, pero complacida.

—Supongo que mamá ya se habrá despertado —dijo—. Tendríamos que volver.

—Me imagino que sí.

Pero nadie se movió. Contemplamos cómo una hoja caía lentamente sobre el agua. Luego otra. Una cigarra rompió el silencio con un agudo chirrido.

—Otoño... —murmuró Jessica.

Al cabo de un rato, nos vestimos y emprendimos el largo camino de regreso a

casa. Trepando por una ladera, llegamos al prado que llamábamos el de la Vieja Chimenea. Unos cuantos ladrillos descoloridos señalaban el lugar donde había ardido una casa, hacía varios años. Jessica y Leonie recordaban cuando se alzaba la chimenea, visible desde el camino.

—¿Te acuerdas —preguntó Jessica— de cómo dividíamos los viejos cimientos en habitaciones?

—Con ristras de tréboles —dijo Leonie.

—¿Y de cómo las decorábamos con margaritas?

—¡Sí, y con flores de zanahoria silvestre y asclepias!

—¡Y los ácaros de las asclepias nos decoraban a nosotras!

Se echaron a reír.

—Aquí había un ciruelo, y solíamos comernos las frutas antes de que maduraran, ¿te acuerdas?

—¡Nos sentaban mal y mamá se enfadaba! Era tan divertido...

—De eso hace mucho tiempo.

—Sí...

—Mathy tenía aquí una casita —dijo Jessica—. ¿Recuerdas que veníamos a buscarla cuando no volvía a casa al anochecer?

—¡Claro que me acuerdo!

Sonrieron, y siguieron caminando delante de mí, recordando tiempos en los que yo desempeñaba un papel muy escaso. No había compartido su niñez. Tuvieron otra hermana pequeña, mucho antes de que naciera yo. Era Mathy, la tercera hija, a quien yo sólo recordaba vagamente. Se marchó cuando yo tenía tres años, pero cuando cumplí los cinco tuvo un hijo, un niño llamado Peter. A través de él supe cómo era ella. Se le parecía mucho, me decían: buena figura, moreno, con brillantes ojos negros; vivaz, extraño, imperturbable y, como su madre, fascinado por el mundo. Peter adoraba los árboles, las piedras, los huesos desenterrados y, por encima de todo, el intrincado mecanismo de cualquier cosa que se arrastrara o volara: chinches, escarabajos, mariposas... Los había convertido en su profesión. Ahora estaba estudiando en Europa con una beca, en la Universidad de Leiden. Todos nos sentíamos sumamente orgullosos de Peter.

Jessica y Leonie dieron una vuelta por los viejos cimientos, hablando todavía de Mathy.

—Debió de ser una vida muy dura —dijo Leonie—. A mí no me habría gustado.

—Ni a mí. Pero creo que ella fue feliz.

—Lo deseo. ¡Lo deseo de veras!

Leonie alzó los ojos vivamente, como si Jessica pudiera dudarle.

—Me gustaría que Peter estuviera aquí —dije, contemplando un bicho que subía por un tronco.

—¡Pues a mí me gustaría estar allí! —repuso Leonie—. Daría cualquier cosa por viajar a Europa.

—Te llevaré algún día... si no desaparece. ¿Verdad que sería divertido estar allí con Peter?

—¡Ya lo creo! —exclamó—. ¿Te ha contado ese viaje que hizo durante sus vacaciones? Escribe unas cartas maravillosas.

—Y muchas.

—Espero que Soames haga lo mismo. Cuando se fue el verano pasado, sólo recibí una postal. —Su cara se ensombreció ligeramente, y luego se iluminó de nuevo—. Peter nos mandó postales de todas partes. Londres, Venecia, Dinamarca... Fíjate, ¡ha visto Elsinore!

—Sí, me lo escribió.

—¡Elsinore! ¡Y todos esos sitios que conocemos por la literatura! Peter sabe apreciarlos.

—Desde luego.

—Me gustaría que Soames fuera igual. —Una expresión de herida perplejidad volvió a aparecer en su cara—. ¡Oh, cuando lo pienso! Sólo con que hubiera continuado con sus lecciones de canto podría haber estudiado en Europa también. ¡Italia..., París...! Si yo hubiera podido encontrar la manera..., si su padre me hubiera ayudado...

Dio media vuelta con el bello rostro encogido en una expresión de frustración. En aquel momento, un lejano «¡eeeh!» llegó a través del bosque.

—Es mamá —dije—. Será mejor que volvamos antes de que venga a buscarnos.

Descendimos por la ladera, atravesamos un bosque y entramos en el huerto por entre los artríticos árboles plateados cuyas raíces el tiempo había hinchado y calcificado. Mi padre había plantado árboles nuevos para reponer los que se morían.

—¡Ahí llega el cartero! —gritó Jessica, al ver un coche en el camino—. Hoy viene tarde.

—Tal vez tengamos noticias de Peter —dijo Leonie.

Corrió hacia el buzón, donde mamá nos esperaba con una carta en la mano.

—¿Es de Peter?

—Me parece que es de Ophelia —contestó mamá.

—¡Oh...!

Ophelia era una prima segunda nuestra. Ella y su familia vivían unos sesenta kilómetros al sur de la granja. Mamá abrió la carta y me la dio.

—Léela tú, Mary Jo. Nunca consigo entender su letra.

La letra de Ophelia era como una pintura abstracta; había que leerla varias veces para entender algo.

—«Queridos primos —leí—, hace tanto tiempo que no sabemos nada de vosotros que nos preguntamos si todavía estáis vivos y coleando. ¡Ja, ja! Ralph y yo seguimos tan bien como siempre, con la ayuda de Dios. Mamá está pachucha este verano. No sé si la tendremos mucho tiempo con nosotros».

—¡Pobre tía Cass! —exclamó mamá, refiriéndose a la madre de Ophelia—. Se le

va la cabeza. Pero por mi vida que, a pesar de su edad, está más fuerte que yo.

—Su olor también es más fuerte que el tuyo —dije—. El verano pasado, cuando estuvimos allí, parecía una fruta madura.

—¡Mary Jo!

—Bueno, pues era así, y los demás también. Ophelia y Ralph siguen asistiendo a esas reuniones religiosas, sudando la gota gorda, y no bañándose nunca.

—Se han lavado en la sangre del Cordero —dijo Jessica.

—Eso no sustituye el jabón.

—*Callaros*, las dos —intervino mamá—. Tendría que daros vergüenza. ¿Qué más dice?

Proseguí mi lectura.

—«Si el Señor quiere, mamá cumplirá noventa y seis años. Esperamos que vengáis a casa ese día. Prometisteis que lo haríais, y que traeríais a las niñas».

—¡Qué estúpida que soy! —exclamó mamá—. Se lo prometí la última vez que estuvimos allí, pero lo había olvidado. ¡Ojalá a ella también se le hubiera olvidado!

—Tiene una memoria de elefante —comenté.

—Y algo más —replicó Jessica, puesto que Ophelia era bastante gorda—. ¿Cuándo es el cumpleaños de tía Cass, mamá?

—¡Mañana!

—¡Oh, no!

—¡Qué mala suerte!

—No tenemos que ir, ¿verdad?

—Deberíamos hacerlo.

—No podemos: vamos a cortar el árbol de las abejas.

—¡Es que se lo prometí! —gimió mamá, mirándonos con desesperación.

—Bueno —dijo Jessica—, puedes romper esa clase de promesas. Dios no te lo tendrá en cuenta.

—Pero Ophelia sí. Se enfadará. Y tía Cass es tan vieja..., éste puede ser su último cumpleaños.

—Mamá, ¿te das cuenta de que hace nueve años que vamos a la fiesta de despedida de tía Cass?

—Sí, ya lo sé, pero...

—Y puede que sigamos yendo a su fiesta durante otros nueve, si es que todos esos festejos no la matan antes. Tantos llantos y besos...

—¡El primo Ralph y su bigote mojado! —dije.

—¡Y los gritos y los himnos! —prosiguió Jessica—. Si Ophelia está tan preocupada por su madre, lo mejor sería que suspendiera las fiestas. Las hace porque le gustan a ella.

—Me imagino que sí —dijo mamá—. Pero no podemos criticarla, que están pero que muy solos allí.

—¡Caramba, mamá, no me digas que están solos! —refunfuñó Jessica—. Asisten

a esas reuniones, van a la ciudad, y Ralphie y los niños los visitan con frecuencia..., se lo pasan muy bien.

—Ophelia dice que están solos.

—Lo hace para darnos lástima. Y lo consigue. Papá y tú siempre vais a su casa. Y el viaje te cansa, ya lo sabes.

—Bueno, sí —concedió mamá—. Pero la próxima vez que la vea va a querer saber por qué rompí mi promesa. ¿Qué excusa voy a poder darle?

—Dile que teníamos que ir a cortar el árbol de las abejas..., dile la verdad.

—A algunas personas les cuesta comprender la verdad.

—Pues ponle las cosas fáciles a Ophelia. ¡Miente!

Mamá nos miró pensativa.

—Me parece que lo haré.

Nos echamos a reír y le dimos un beso en la mejilla. Tenía el tacto suave y gastado del hilo viejo. (Nunca he podido acostumbrarme a las madres jóvenes. Cuando nací, la mía era de mediana edad; por eso las madres jóvenes y vigorosas no me parecen auténticas).

—Además —dijo mamá—, si vamos allí no regresaríamos a tiempo para cuando vayan a abrirse las damas de noche.

Resuelta la situación, nos instalamos a pelar melocotones en el salón, donde hacía más fresco. Mamá quería preparar mermelada antes de cenar. No la necesitábamos, pero ella disfrutaba con su elaboración. Cada mañana nos daba los buenos días con cara alegre diciendo:

—Hoy no vamos a trabajar..., ¡vamos a hacer lo que nos venga en gana!

Y resultaba que todos los días nos venía en gana lavar todas las colchas, o limpiar las maderas, o hacer más mermelada. Siempre había sido igual. Nuestra madre nos dirigía con mano experta. La escoba y el tarro de fruta eran su insignia; la tabla de lavar, su escudo y su pavés. Como papá era maestro de escuela, se nos permitía estudiar, pero casi nunca leer. ¿No podíamos hacer otra cosa? ¿No lo preferíamos? Mamá nos necesitaba; le encantaba su trabajo, y más cuando la ayudábamos a hacerlo.

La edad no había disminuido en nada su pasión. A sus setenta años, seguía cuidando de la casa tan concienzudamente como siempre. En la granja no disfrutaba de ninguna comodidad, pero tenía a alguien que la ayudaba.

Tenía una amiga cuyo nombre era Hagar, una solterona mayor y apergaminada que vivía en la colina de al lado. Miss Hagar se había instalado allí, hacía varios años, con su anciano padre. Cuando el viejo murió, miss Hagar se quedó sola en su granja. A menudo la veíamos segar en el campo con un sombrero para el sol, una raída camisa de guinga y unos viejos zapatos de hombre. Era una criatura brusca, impasible y tímida que sabía defenderse sola y no pedía favores. Las tareas reservadas a los hombres le resultaban más fáciles que las cosas de mujeres. Fumaba en pipa, y ciertos vestigios femeninos de «un dolor, una pérdida, una pena natural»^[3] aparte, apenas

quedaba algún rasgo de feminidad en ella. Pero adoraba a mi madre. Varias veces por semana iba a visitarla, y las dos hacían conservas, limpiaban y charlaban más a gusto que gatos en un pajar caliente.

Resultaba una extraña compañera para mi madre, que olía a lavanda y llevaba cintas en las enaguas. Mamá ponía volantes en las ventanas y tapetes en las mesas; suspiraba por la elegancia victoriana del lujoso cristal tallado, de los portiers de terciopelo y de una bonita casa blanca en la ciudad. Una gran casa que hiciese esquina; rodeada de un porche, con un jardín de césped inmenso y un muchacho que fuera los sábados a recortar el seto. Se habría sentido a sus anchas con criados.

Sin embargo, mi madre había arado la tierra, y no se avergonzaba de ello. Compartía los valores del campo. Adoraba las cosechas, el ganado bien cebado y los tarros de mermelada resplandeciendo, rojos, dorados y verdes, en bodegas frías que olían a tierra. Le gustaba que los domingos la cocina se llenara de parientes y viejos amigos. Y disfrutaba haciendo visitas y sosteniendo conversaciones llenas de muertes, pérdidas y desgracias.

Miss Hagar le parecía mucho más agradable que las señoras entre las que había vivido en la ciudad. Casi todas jugaban al bridge y daban meriendas. Llamaban a las cosas con nombres caprichosos, compraban objetos inútiles y escuchaban los seriales de la radio. Y aunque se burlaba de esas mujeres, mi madre también se sentía incómoda en su compañía. Con su gramática vacilante y sus firmísimos valores se sentía fuera de lugar.

Mi madre vivía, pues, bastante retraída. Atendía a la casa, cuidaba de sus hijas y, durante cuarenta años, esperó a su marido. Día tras día, se levantaba, preparaba el desayuno y lo veía salir hacia la escuela. Noche tras noche, se sentaba a su lado y lo contemplaba mientras trabajaba. El viento aullaba en la chimenea, la tetera silbaba, la mecedora crujía y él nunca decía una palabra. Estaba muy ocupado; no se le podía interrumpir. Mi madre escuchaba el tictac del reloj y, por último, se iba a la cama. Estuvo sola durante cuarenta años. Pero lo amaba, y supo esperar.

Sus hijas crecieron con una gramática intachable y con extrañas rebeldías. Pero las quería, y tenía paciencia. Todas se fueron, una murió. Sin embargo, incompletas como son las cosas, pero también reconocibles, la alegría que había estado esperando llegó. Pudo regresar a la granja y al riachuelo. Su marido era todo suyo por fin. Sus hijas volvían a casa en verano y tenía una amiga, fiel como una buena sirvienta, a la que le gustaba charlar de muertes y desastres, y que no sabía leer.

—Miss Hagar ha ido a la ciudad esta tarde —dijo mamá, apartando los ojos de los melocotones—. No sé para qué. Debe ser algo importante, no ha ido a la ciudad más que tres veces en todo el verano.

—Es una lástima que no supiera que papá iba a ir —dijo Jessica—. Podría haberle acompañado.

—No lo habría hecho. Siempre le pedimos que venga con nosotros, pero tiene miedo de molestar a alguien. Casi no nos deja que le hagamos favores. ¡Y con tantos

como ella nos hace!

—Desde luego que es una ayuda.

—Y no pide nada a cambio. Hemos intentado varias veces pagarle con algo, pero no lo acepta. Papá le lleva de vez en cuando una caja de comestibles o un saco de pienso. —Mamá alzó los ojos de nuevo—. ¿Dónde está papá? Me gustaría que se fuera de una vez a buscar el hielo.

—Ya se ha ido —dije.

—¿Estás segura? —preguntó Leonie—. Creía que Soames estaba todavía aquí.

—Me parece que papá se ha ido sin él.

—¿De veras? —Leonie se dirigió a la puerta de atrás y echó una ojeada afuera—. Casi no puedo creerlo —dijo al regresar—. ¡Papá se ha ido a la ciudad y Soames se ha quedado aquí trabajando!

—Ese tejado está arreglándolo pero que muy bien —dijo mamá—. *Escuchar*: ¿no es bonito? —Soames había empezado a cantar.

—Ah, sí, siempre canta cuando cree que nadie le oye.

La cara de Leonie adoptó una expresión pensativa cuando la clara y dulce voz de barítono se alzó desde el tejado del granero soñando con «Jeanie, la del cabello color miel». Leonie tenía puestas grandes esperanzas en aquella voz. Mamá suspiró con satisfacción.

—¡Qué canción tan triste! Me hace pensar en el pobre señor Corcoran.

Y nos contó una vez más cómo lo habían encontrado la mañana que fueron a llevarle medio kilo de mantequilla. El viejo no parecía agradecer lo que hacían, pero era su manera de ser, y ella no podía soportar la idea de que comiera tan mal y viviera tan solo, sin nadie que lo cuidara. La voz seca y familiar de mamá sonaba como una antigua balada, llena de amor y pena.

Un soplo de brisa agitó un instante las cortinas de encaje y se desvaneció en la quietud de la granja. Mis hermanas y yo nos balanceamos y nos abanicamos estirando las piernas desnudas sobre la alfombra de flores, bajo los cuadros de Cristo caminando sobre las aguas y orando en Getsemaní. El milagro pasó desapercibido y la pasión del huerto no nos conmovió, abandonadas como estábamos a los profanos placeres de un desastre que no nos concernía y a la serenidad de la larga y cálida tarde de verano.

Jessica se abanicaba las piernas con el borde de su vestido.

—¡Qué calor! Me daría otro baño.

—Sí que hace calor —dijo mamá, doblando el cuello de su vestido—. Bájate el vestido, Jessica. Se te ve todo.

—Bueno, mamá, ¡qué más da! No verás nada nuevo.

—¿Y si va y llega alguien al porche?

—Si viene sin llamar, le estará bien empleado.

—¿Te acuerdas de cuando el verano pasado llegó el pastor por la puerta de atrás y te cogió probándote aquel corsé viejo? —dije—. ¡Se quedó de una pieza!

—¡Ya te dije que el porche trasero no era buen sitio para probarse un corsé! — exclamó mamá.

—¿Dónde podía habérmelo probado? —preguntó Jessica.

—Arriba, por ejemplo.

—Hacía calor, y además el pastor no tenía nada que hacer aquí. ¡Salir al campo en una calurosa tarde de verano! Nosotros ya estamos salvados, y él lo sabe. Debería haberse quedado en casa leyendo su Biblia o complaciendo a su esposa.

Leonie y yo nos echamos a reír, y mamá dijo:

—¡Jessica! ¡Debería de darte vergüenza!

—La pobrecilla podría disfrutar un poco.

—No hables así. No está bien.

—Como quieras, mamá —sonrió Jessica—. Pero no parece conseguir mucho placer, ¿verdad?

—¿Quieres callarte?

Nos reímos, nos estiramos y bostezamos. Leonie salió al porche de atrás y trajo un jarro de té helado. Nos acomodamos en las sillas y echamos trocitos de hielo en los vasos. El aire era agradable, y olía a miel y a cedro. En las ventanas, las blancas cortinas se henchían y se encogían y volvían a henchirse, como si respirasen. Desde el tejado del granero nos llegaba intermitentemente el ruido del martillo.

La tarde se deslizaba lentamente, espesa como la miel, dulce, dorada y nada opresiva. Nos balanceábamos, y el hielo repiqueteaba en nuestros vasos y las cortinas seguían agitándose. Yo pensaba, sin saberlo expresar en palabras, en aquellos momentos de las obras de Chéjov en que el ritmo se vuelve estático. La mujer de la mecedora se levanta y, al cabo de mucho rato, se sienta de nuevo. El doctor (pues siempre hay un doctor) se hunde en su sillón, su triste sabiduría le pesa tanto que ni se mueve. Hijas o tíos se apoyan en los respaldos en un éxtasis de frustración. Y la quietud, el calor y el aburrimiento de las provincias lastran la obra hasta que ésta apenas se mueve.

El crujido de unas ruedas sobre la arena del camino rompió el silencio.

—Ahí está miss Hagan Ya era hora —dijo mamá. La seguimos hasta el patio—. Tal vez ha oído algo del señor Corcoran. ¡Eeeh! —gritó.

Su amiga llegaba en un chirriante coche de caballos, diminuta y erguida bajo una sombrilla negra, con los pies juntos y las rodillas separadas.

—¡Soo! —gritó al caballo.

El animal se detuvo lanzando un prolongado relincho de alivio. Sus patas eran flacas; su lomo, hundido, y el cuello se le curvaba lentamente, igual que una barra de regaliz por el calor. Cuando su hocico tocó la tierra, empezó a mordisquear hierba con satisfacción.

—¿Qué tal? —saludó miss Hagar.

Dejó su pipa en el pescante. Nunca se atrevía a fumar delante de mi madre.

—Hace calor, ¿eh?

Sonrió mostrando sus pequeños dientes amarillos. Nosotras contestamos que sí.

—¿Alguna noticia? —preguntó mamá.

—Nadie sabe nada desde ayer. Dicen que sigue igual. Bastante mal.

—¡Pobre hombre!

—¡Dios Todopoderoso! No entiendo cómo sigue vivo.

—Ni yo. ¿Sabe si ya han cogido al chico?

—Todavía no. Algunos dicen que lo vieron por Osceola el otro día, otros que está por aquí.

—Huy, espero que no —dijo mamá.

—No tiene por qué preocuparnos.

—Es verdad; me parece que ya no hará más daño. Él y su padre tenían cuentas pendientes. Pero saber que puede estar por aquí me tiene con la mosca tras la oreja. ¿No se pone nerviosísima, sola ahí arriba?

—No me asusta.

—Supongo que tampoco a mí debería de asustarme el pobre chico. Jake Latham ha telefoneado antes. Van a ir varios a trabajar mañana a la granja.

—Lo sé. ¡Diablos!, yo fui allí el otro día para recogerle unas mazorcas.

—Fue una buena obra.

—Con el poco maíz que tiene, no hace falta un grupo de gente. Me imagino que lo que Jake quiere es presumir un poco. Supongo que les dijo que se fueran al infierno.

Mamá sonrió.

—Bueno, les dijimos que no podíamos ir mañana. Es el último día que estarán las niñas aquí.

—Me lo imaginaba. No deben de tener ningunas ganas de pasarse el último día trabajando.

—Es verdad.

—Seguramente tendrán otras muchas cosas que hacer.

—Sí, estaremos muy ocupados.

—¡Probablemente demasiado para hacer la comida!

—Bueno, lo estaremos, sí.

—Eso es lo que me figuraba. —Miss Hagar se detuvo, y su ruda cara morena, normalmente inexpresiva como una torta de avena, adquirió un vivo brillo. En su boca se dibujó una sonrisa avergonzada—. ¡Quiero invitarles mañana a comer a todos en mi casa!

—¡¿Qué?! —exclamó mamá. El asombro había hecho que olvidara sus modales.

Desde que se conocían, miss Hagar no la había invitado nunca.

—¡Estoy decidida a hacerles helado!

Dirigimos la mirada al coche y vimos un trozo de hielo en un húmedo saco de arpillera, un verdadero lujo para miss Hagar. Había ido a la ciudad en coche para comprarlo.

—¡Cielo santo! —exclamó mamá.

—He comprado una gallina vieja en la cooperativa; la prepararé por la mañana. Y haré un pastel.

—¡Caramba, miss Hagar!

—No quedará tan bueno como si lo cocinara usted, pero quizá podrán comerlo.

—Pero no debe de tomarse tantas molestias por nosotros.

Miss Hagar enrojeció.

—Bah, no es nada.

Pero sí que era, y bastante, y mamá lo sabía. Para un acontecimiento como éste, Miss Hagar debía de haber ensayado, planeado y ahorrado durante todo el verano.

—Casi no sé qué decir, miss Hagar. Nos gustaría muchísimo ir a su casa. Pero...

—Vaciló, y la sonrisa de miss Hagar se desvaneció.

—¿Ya tienen planeado algo?

—Sí..., sí. Me temo que sí.

—¡Oh!

—El señor Soames encontró un árbol con abejas al otro lado del arroyo, y pensábamos ir a cortarlo.

La sonrisa volvió a aparecer.

—Bueno, pero eso no les llevará todo el día. Si van a cortarlo por la mañana temprano...

—Sí, claro que podríamos hacerlo... —Mamá se detuvo, sumida en una auténtica incertidumbre. Miss Hagar había hecho grandes preparativos para recibirnos y nunca nos había pedido nada. Mamá nos miró con expresión angustiada. Luego se volvió hacia su amiga—: Lo siento muchísimo, miss Hagar, pero no creo que *podremos* ir.

—¡Oh! —Su carita de torta adoptó la inescrutabilidad de costumbre—. Bueno, era sólo una idea.

—Y muy buena, por cierto. Lo siento de veras, miss Hagar.

—No se preocupe.

—Cualquier otro día iremos con mucho gusto.

—Sí, con mucho gusto —repetimos nosotras.

—Pero no sé, siendo mañana el último día, y estando ellas en casa tan poco tiempo... —Su voz se apagó y nosotras permanecemos en silencio, humilladas por su muda desilusión.

—Supongo que ya no veré más a las chicas —dijo.

Nosotras asentimos.

—Entonces me despido ya de ellas.

—¿No puede venirse algún otro rato? —preguntó mamá.

—No, tengo trabajo en casa.

Cogió las riendas, el caballo se enderezó y el coche se puso en movimiento. El pequeño trozo de hielo goteaba sobre el polvo del camino. Mamá estuvo mirándola hasta que descendió por la ladera de la colina.

—¡Pobrecilla! —murmuró con los ojos llenos de lágrimas.

—Mamá —dijo Jessica—, podemos cambiar de planes. No tenemos obligación de cortar el árbol de las abejas.

Mamá se volvió y nos miró con los ojos rebosantes de ternura.

—Sí, sí que la tenemos —dijo.

Al dirigirnos de nuevo a casa oímos un tremendo alboroto por la parte del granero: gritos, aullidos, el ruido de un motor y los fuertes cacareos de las gallinas.

—¡Dios nos asista! ¿Qué es este jaleo?

Era Soames, que volvía a perseguir pollos con mi pequeño coche.

—¡Basta! —chilló Leonie.

Soames frenó, hizo girar el coche, y se dirigió hacia la valla. Se detuvo a unos quince centímetros de la misma.

—¡Basta! —volvió a chillar mi hermana.

—Ya he terminado.

Estaba sentado, sonriente como un diablo, desnudo de cintura para arriba y formando una sola pieza con el coche, como si fuese un centauro mecanizado.

—¡Te zurraría! —exclamó Leonie—. Vas a conseguir que las gallinas del abuelo no pongan huevos.

—Bah, mamá, a ellas les gusta que las persiga. Creen que soy una especie nueva de gallo.

—Siempre tienes que hacer el mono. Deberías estar ahí arriba, terminando de arreglar el tejado.

En aquel momento entró mi padre en coche y los pollos volvieron a revolucionarse. Soames saltó afuera y le ayudó a acarrear el hielo, que metieron en un cubo de lavar la ropa.

—Bueno, mujeres —dijo mi padre—, tan pronto como tengáis preparado el helado, estamos dispuestos a darle a la manivela.

Se sentó en el brocal del pozo y empezó a abanicarse con el sombrero. A pesar de sus setenta y dos años, conservaba todavía casi todo el pelo, ahora gris, y seguía teniendo el aspecto de siempre. Su cara era aún delgaducha y severa, pero el rictus alegre de su boca se había hecho más profundo. Había madurado. Ahora nos dejaba dormir hasta las seis y media de la mañana. Gran condescendencia.

—Eh, mirad la fruta en el suelo —dijo—. ¿Por qué no la habéis recogido, niñas?

Corrimos al melocotonero que había en un extremo del patio y cogimos los melocotones. Eran gruesos y dulces, y cuando los comíamos el jugo nos caía por la barbilla. Soames volvió a acariciar el coche. Era un MG rojo que yo compré en cuanto los ingleses devaluaron la libra. En aquellos tiempos no había muchos; era el primero que Soames veía. Lo adoraba. Por las tardes, se iba en él a Renfro, el pueblo más próximo, y aparcaba en la plaza, donde las chiquillas lo rodeaban con grititos de admiración. El metro ochenta de Soames y un coche inglés constituían una buena combinación.

—¿Me lo dejas esta noche, tía Jo?

—Bueno, pero que tus amiguitas no peguen chicle en el guardabarros.

Mi padre tiró un hueso de melocotón a dos arrendajos que reñían en el árbol.

—¡Fuera de ahí!

—¡Espera que coja mi honda, abuelo!

Soames saltó del coche y tiró una piedra a las ramas. Los arrendajos echaron a volar hacia el huerto gritando «¡caco!». Las hojas del melocotonero volvieron a colocarse en su lugar, fijas en el aire como hojas de geranio en jalea de manzana. A lo lejos, el sol brillaba sobre las copas de los árboles de la Vieja Chimenea. Las sombras empezaban a dibujarse por el patio.

—¡Bajemos al arroyo! —dijo Leonie.

—Ahora no —replicó mamá.

—Me parece que ha picado un pez en mi anzuelo: ¡un siluro grande!

—Pero no volverías a tiempo. Las damas de noche van a abrirse.

Leonie miró de soslayo al sol y luego a la enredadera.

—La sombra todavía no la cubre. Podemos ir, si nos damos prisa.

—Oye, Leonie, es más tarde de lo que crees —le recordé.

Alguien tenía que decírselo, siempre. El pésimo sentido del tiempo de Leonie era objeto constante de nuestras bromas. Como todos los fanáticos, sentía unos deseos tan ardientes de hacer lo que quería hacer que el tiempo no tenía más remedio que acomodarse a ella. Y esto lo creía Leonie con una fe tan inquebrantable que perdía trenes, quemaba las comidas y nunca sabía cómo empezaba una película. La familia ni siquiera consiguió que, cuando Soames estaba a punto de nacer, fuera a tiempo al hospital. Insistía en que tenía todo el día. Siguió colocando cintas y lazos en la cuna del bebé —lo quería todo perfecto—, salió para el hospital a la hora que le vino bien y Soames nació en el asiento delantero del coche. Leonie nunca aprendía.

Mientras discutía con nosotros, perezosamente, por costumbre, la sombra fue extendiéndose por el patio. Fui a mirar la enredadera que trepaba por la ahumadera hasta el nogal, con sus hojas en forma de corazón y sus largos capullos cerrados. Había nacido de los granos sembrados en la tierra en primavera, semillas más duras que una nuez que protegían tanto la vida que llevaban dentro que para que saliera había que abrirlas con una lima.

Con el rabillo del ojo percibí un movimiento. Me volví rápidamente. La enredadera permanecía inmóvil, pero yo sabía que aquello estaba empezando. Llamé a los demás. Cruzaron el patio corriendo y mi madre cogió la silla plegable, donde se sentó para contemplar el espectáculo. Papá se puso en cuclillas a su lado. Poco a poco, dejamos de hablar. El silencio se hizo intenso. En cualquier instante las flores empezarían a abrirse.

—¡Allí!

—¿Dónde?

—No, me parece que todavía no.

Reanudamos la espera. Pronto, en seguida, temblaría un tallo, un leve estremecimiento sacudiría la enredadera y alguna hoja se crispería. No, eran imaginaciones. Pero sí, ¡se movía! Un ligero espasmo contrajo el largo capullo. Primero lentamente, luego más aprisa, y por fin el verde capullo se abrió dejando entrever los bordes blancos de la flor, que ascendía en espiral y ensanchaba sus pétalos, hasta que apareció perfecta y pura, guardando en su cáliz una diminuta gota de rocío.

—¡Oh, mirad!

—¡Allí hay otra!

—¡Tres..., cuatro!

En la enredadera irrumpió la vida y los capullos estallaron lanzando su extravagante belleza a la brisa del anochecer.

—Veintidós, veintitrés, veinticuatro..., ¡veinticuatro! ¡Tenías razón, mamá!

—Nunca había visto tantas de una vez.

—Es un buen año.

—¡Qué bonitas son!

—Y se van tan deprisa...

—Pero ¡ahora son tan hermosas!

Las pródigas flores se abrían y se estiraban como la seda de las sombrillas. Al anochecer brillarían débilmente, flácidas y amarillentas, como guantes viejos después de un baile. Pero ahora no. Ahora las flores resaltaban blancas en la oscura enredadera y llenaban el aire con el perfume dulce y ligeramente amargo de su primer y último aliento.

Nos quedamos un rato esperando a que se abriera algún otro capullo tardío. Pero eso había sido todo por esa noche. La representación había terminado. Volvimos a casa sonriéndonos unos a otros, sintiéndonos más alegres, como renovados. El florecimiento de las damas de noche era una especie de milagro y, como todos los milagros auténticos, tenía el poder de sanar.

Aquella noche cenamos en el patio. Al sentarnos a la mesa, mi padre la bendijo: «Bendice, Señor, el alimento que vamos a tomar... Bendice a nuestros seres queridos dondequiera que estén, y concédenos, oh, Señor, que podamos seguir los senderos de la rectitud...». Lo que quería decir era que se sentía agradecido por los apacibles olores y sonidos de la noche de verano, por las estrellas que brillaban en el cielo, por los tomates frescos de su jardín. Pero habría pensado que era pagano expresar su placer en términos tan vulgares. Lo manifestaba a su manera y, sin duda, el Señor ya lo interpretaría; debía tener mucho trabajo en ese sentido durante Su jornada laboral, «... y reúnenos por fin a todos en el Cielo, nuestro hogar. Te lo pedimos en nombre de Cristo. Amén».

Se produjo un ruido de sillas mientras esperábamos que transcurriera un intervalo decente entre el amén y el momento de pasarnos el pan.

—Ahora, a llenar vuestros platos —dijo mamá—, y no *olvidaros* de dejar sitio para el helado.

Nadie dejó sitio. Pero después del jamón, tomates y maíz, nos comimos más de tres litros de helado de melocotón. Al terminar, Leonie husmeó por la nevera.

—Ven, Jessica, aún queda un poco.

—Bueno, tráelo aquí.

—Te sentará mal —dijo mamá.

—Bah, no lo creo. Vaya, la verdad es que hoy llevaba mucha vainilla.

—Sí, está fuerte. Es esa botella nueva que compré al hombre de Jewel Tea.

Supongo que nunca hubo un vendedor ambulante que no pudiera endosar algo a mamá. Jessica empezó a revolver el helado con la cuchara.

—Estás jugando con él —dijo mamá—. Ya has comido bastante.

—Todavía queda un poco en la nevera.

—¿Por qué no se lo lleváis a miss Hagar? —sugirió papá.

—Vaya, eso estaría muy bien —replicó mamá—. Una de vosotras se lo puede llevar.

Soames y yo, con el helado en mi falda, subimos en el MG y nos pusimos en marcha. Estaba muy oscuro. Sentada en el descapotable, sentí que la noche nos envolvía persiguiéndonos por el solitario camino. Pensé también en «aquello que avanza en tinieblas», el concepto gótico de la peste, y un estremecimiento recorrió mi cuerpo, aunque no sabría decir si fue de miedo o de placer.

Un poco antes de llegar a la casa de miss Hagar, un sendero se desviaba en la otra

dirección entre dos hileras de cedros. Era el del señor Corcoran. Llevaba a la vieja casa de ladrillo donde había vivido en solitaria hostilidad y donde su hijo le había disparado varios tiros.

—¡Qué sitio para un crimen! —murmuré.

Soames aminoró la velocidad.

—Vamos a echar una ojeada.

—¿A la casa?

—Sí. No hay nada que pueda hacernos daño, ¡vamos!

Giró donde estaba el buzón del correo y enfiló el lúgubre sendero de los cedros. Nuestro cochecito rebotaba sobre el camino lleno de baches. Por fin, los faros alumbraron la casa de ladrillo, que, con las ventanas cerradas, tenía un aspecto siniestro. Nos detuvimos un instante en silencio. Los cedros susurraban a nuestro alrededor y, a excepción de aquel sonido y de la pequeña vibración del motor, el silencio era intenso. En la oscura noche, el enloquecido muchacho había llegado, furtivo, con intención de matar. Pensé en una puerta que se abría sin ruido, en un rostro tras la ventana...

—¡Vámonos de aquí! —dijo Soames.

Bajamos de nuevo por el sendero y tomamos el que conducía a la casa de miss Hagar. Pensar en su calma impasible resultaba reconfortante.

—Sólo estaré un minuto —dije al llegar a la casa.

Cogí la heladera, me dirigí a la puerta y llamé. No obtuve respuesta. Pero había luz, supuse que debía de estar despierta y llamé de nuevo.

—¿Quién es? —contestó una débil voz.

—Soy yo.

—¿Quién?

—Mary Jo, la hija de la señora Soames.

—¡Oh! Ya voy. —Se produjo un ruido, como si moviera un mueble pesado, se abrió el cerrojo, y miss Hagar apareció en el umbral de la puerta. Una ráfaga de calor se perdió en la oscuridad—. ¡Cielo santo, no tenía idea de quién podía ser!

—Lo siento, miss Hagar, ¿la he despertado?

—Estaba sólo dormitando. ¡Entra, entra!

—No puedo quedarme. Hemos venido a traerle un poco de helado.

—Oh, gracias. Apetece mucho en una noche como ésta. Entra; lo pondré en un plato.

—No se preocupe por eso, de veras.

—¿No quieres esperar por la heladera?

—La recogeremos en cualquier otro momento.

—Entra un rato de todos modos —insistió.

—Es tarde; creo que debemos irnos.

—Oh, quédate, ¿no puedes?

Alargó la mano, como si quisiera empujarme adentro, y cuando bajó el escalón de

la puerta vi el interior de la habitación. Había un pesado baúl ladeado junto a la entrada, las ventanas estaban precintadas con papel, y al lado de la cama había un hacha. ¡Miss Hagar tenía miedo!

—Bueno, creo que puedo quedarme unos minutos —dije.

—Siéntate ahí, en la mecedora, y acércala a la puerta.

El calor de la pequeña habitación era asfixiante. Sentía que me volvía verde y mohosa como una hoja de gordolobo. Enjugándome la cara, le di conversación mientras ella, sentada en el borde de la cama, se *comía* el helado saboreando su frescor. Mientras hablaba pensé en miss Hagar, acostada durante la noche solitaria en aquella casa sin aire, esperando oír un ruido furtivo en la ventana: los pasos de la muerte. Y pensé también en nuestro hogar, abierto de par en par, con la brisa que acariciaba las cortinas, el eco de risas en todas las habitaciones y una lámpara brillando en el patio como signo de alegría y seguridad.

—Miss Hagar, ¿por qué no viene a pasar la noche en casa con nosotros?

Su pequeña cara morena me miró pensativamente por encima de la heladera, y la vi vacilar.

—Muchas gracias —dijo—. Pero a vosotros os gusta estar solos, y es mejor que sea así.

En su voz no había ni un vestigio de reproche. Al cabo de un rato, Soames y yo regresamos a casa sin ella.

—Ir allí en seguida y que venga —dijo mi madre—. Y esta vez no discutáis.

Volvimos y nos llevamos a miss Hagar a casa. La instalamos en un catre en el comedor. Los demás intentamos dormir arriba, pero incluso en nuestra gran casa aireada hacía calor aquella noche. No pasaba ni un soplo de aire. Al cabo de poco rato todos estábamos en pie cambiando de camas y dando vueltas como granos de maíz en un cazo. Soames se trasladó al porche delantero con una colcha. Jessica y yo instalamos dos catres en el patio. Mamá se paseaba de un lado a otro con una linterna, como un ocupado fantasma casero, procurando que todos estuviésemos cómodos. Una luna amarilla había aparecido en el cielo y se oyó un trueno a lo lejos.

Una hora más tarde empezó a soplar el viento y llegó la lluvia. Toda la casa se levantó de nuevo y se precipitó en la oscuridad, cerrando ventanas y tirando cosas. Soames corrió afuera y metió mi coche en el granero. Mamá mandó a papá a poner el cubo de lavar bajo el desagüe. La lluvia azotaba la casa y el aire se volvió frío. Como todo el mundo estaba completamente desvelado, encendimos las lámparas y preparamos chocolate caliente.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó miss Hagar, sonriendo sobre su taza—. ¡Esto sí que es un espectáculo único!

Al cabo de un rato, mi padre salió al patio de atrás.

—¡Está amainando! —gritó—. Se está muy bien aquí. ¡Venid!

Salimos y nos detuvimos a su lado con los pies descalzos sobre la hierba mojada. Las nubes se habían amontonado más allá del huerto y dirigían la lluvia hacia el este.

Sobre los bosques, al oeste, la luna brillaba blanca y fría, limpia por el agua. De pronto mi padre exclamó:

—¡Mirad, hijas!

Y señaló el cielo. Allí, junto a las nubes, había aparecido un arco iris lunar. Era de un blanco purísimo. Aunque eran las tres de la madrugada, su fantasma bañaba los bosques. Y bajo la luz de la luna, la granja parecía un belén bordado en plata. Las plumas blancas de los pollos dormidos resaltaban entre el follaje mojado del melocotonero. La valla brillaba chorreante, y las tablas nuevas formaban un sendero plateado sobre el tejado del granero.

Llamamos a los que se habían quedado dentro y nos quedamos de pie al fresco, de brazos cruzados. Mi madre llevaba un chal blanco sobre la cabeza. Papá peló una panocha de maíz para pasar el rato; los granos brillaban al caer en la cacerola. Durante mucho rato, nadie habló. A nuestras espaldas, el viento agitaba las hojas de la enredadera de damas de noche.

—Mañana hará muy buen día —dijo mi padre.

Uno por uno, todos fueron entrando en casa. Sólo papá y yo nos quedamos fuera, contemplando el arco iris nocturno.

—¿Habías visto alguno? —le pregunté.

—Nunca. Tenemos suerte —contestó.

Cuando el último resplandor se disolvió en la oscuridad, entramos. Aquella noche soñé que mi padre se moría y que lo enterrábamos en el jardín. El sueño me despertó y permanecí un rato recordándolo. Parecía de lo más natural enterrarlo no bajo un césped convencional o una losa de mármol, sino entre las zanahorias y cebollas, con los pies en el lecho de fresas. Era una idea graciosa y dulce, como una antigua broma familiar. Cuando el jardín volviera a su estado original, él haría lo mismo, y los dos se transformarían lentamente en mostaza, gordolobo y primavera silvestre. Allí él se sentiría como en su casa, entre cosas familiares; dormiría en paz.

—¡Niñas! —La voz de papá sonó con estruendo al pie de las escaleras—. Es tarde, ¡levantaos!

—El Evangelio según san Mateo —dijo Jessica, saltando de la cama.

Corrimos al pasillo para dar los buenos días.

—Estoy cargando el coche; tengo ya el hacha y el cubo. Si vais a cortar el árbol de las abejas conmigo, ¡daos prisa!

—Nos daremos prisa.

—¡Hace una mañana preciosa! —gritó mientras se alejaba.

Corrí a la ventana y me asomé. Era la mañana más hermosa que había visto nunca, y había visto muchas bonitas en mi vida. Fui a buscar a mis hermanas. Nos vestimos, temblando en el delicioso fresco, y corrimos escaleras abajo. La cocina estaba vacía, pero el fuego crepitaba en el hogar de leña y la estancia olía a galletas recién hechas. Los rayos del sol se reflejaban en la plata y danzaban en el techo. Mamá estaba fuera, podando la enredadera. Con mano poco sentimental iba arrancando las amarillentas flores marchitas.

—Tengo que sacarlas para hacer sitio para los nuevos capullos de esta noche. Por Dios, niña, tendrías que ponerte un vestido. ¿No te da frío en las piernas con esos pantalones cortos?

—Sí —dije—. Pero me gusta.

Le puse una caléndula en el pelo y bajé por el sendero que conducía al retrete. Mientras desayunábamos, mamá sacó unas viejas cortinas de encaje para que nos las pusiéramos en la cabeza, como protección contra las abejas, según dijo. Al cabo de un rato entró Soames y nos anunció que el tejado del granero estaba cubierto.

—¡Lo has terminado! —Leonie dio un salto y lo abrazó—. ¡Eres un buen chico! ¿No te sientes orgulloso? ¿No te proporciona una sensación agradable terminar algo? La próxima vez que empieces algún trabajo, ¡debes recordar esta maravillosa satisfacción!

—No sé por qué tanto jaleo —dijo mamá—. Sabía que lo terminaría, dijo que lo haría.

—Sí, pero no siempre lo hace...

—Bueno, esta vez sí. Niñas, *daros prisa* ahora y *lavar* los platos. Soames, hijo, tráele a tu abuela la cesta de excursión. Tenemos que empezar a prepararlo todo.

—Me parece que voy a hacer unas galletas —dijo Leonie.

Mamá, Jessica, Soames y yo nos volvimos al unísono.

—¿Ahora?

—¡Un premio para Soames! —replicó Leonie.

—Pero ¡mamá! —exclamó él.

—Esas galletas de jengibre que te gustan tanto.

—¿No es un poco tarde? —preguntó mamá.

—Sólo tardaré un minuto.

Mamá la miró, y luego nos dirigió una sonrisa.

—Bueno, hazlas. Tampoco hay tanta prisa.

—¡Estupendo! Las tendré hechas en un santiamén.

Jessica me miró guiñándome un ojo.

—Empapelemos la cocina antes de irnos.

—¡Y remendemos una colcha! —repliqué.

Leonie nos miró con expresión inocente.

—Te estamos tomando el pelo, cariño. —Jessica le dio unas palmaditas—. Haz tus galletas. Te ayudaremos.

Nos lanzamos a la cocina, provistas de rodillos y bandejas de horno, y Jessica, poniéndose encima una cortina de encaje, empezó a cantar «Ahí llega la novia». Hacíamos tanto ruido que casi no nos dimos cuenta de que el perro estaba ladrando.

—¿Qué diablos le pasa? —dijo Jessica, asomándose a la ventana—. ¡Oh, mierda!

—¡Jessica! —exclamó mamá.

—¡Ahí viene el pastor!

—¡Dios nos asista, se estará toda la mañana!

—Escondámonos: creerá que nos hemos ido.

Corrimos a la habitación de delante arrastrando a mamá.

—No deberíamos hacer esto —protestó.

—¡Chist!

—No está bien.

Pero permaneció allí mientras el perro ladraba con furia y el pastor se acercaba tratando de calmarlo con voz audaz. Llamó a la puerta de atrás, esperó un momento y volvió a llamar.

—¡Hermano Soames! —gritó el pastor. Aguardó mucho rato—. ¿No hay nadie en casa?

—Tendríamos que dejarle entrar —susurró mamá. Llamó otra vez, esperó, y por fin bajó las escaleras—. Quietos —le dijo suavemente al perro.

—¡Pobrecillo! —exclamó mamá—. Es como Jesús llamando a unas puertas que nadie le abría. Voy a dejarle entrar. —Y se dirigió a la cocina—. ¡Eeeh! —gritó—. Pero ¡si es el hermano Mosely! Ya pensaba yo que había oído llamar a alguien.

—¡Buenos días! Creía que no había nadie en casa.

—Estábamos todos delante —dijo mamá. Si él creía que se refería al patio delantero no sería culpa de mamá—. ¿Quiere entrar un momento?

—O una hora o dos —susurró Jessica.

—Gracias —repuso el pastor—. Supongo que he cogido a su marido en casa.

—Sí, anda por ahí. Entre, que estará más fresco. —Nosotras nos dirigimos a la puerta principal, pero mamá nos pilló en el porche—. Oh, *entrar*, niñas —dijo, como si hubiésemos estado fuera todo el tiempo—. Ha venido el hermano Mosely, os acordáis de él, ¿verdad?

Entramos y le dimos la mano. El pastor, un hombre joven y flaco, orgulloso de su vocación, nos bendijo de una en una.

—Me alegro de veros. Dios os bendiga; estoy muy contento. —Hizo unos cuantos chistes sobre el encanto femenino y, con el deber cumplido, adoptó una expresión solemne—. Bueno, he venido con una dolorosa misión —dijo, haciendo una grave pausa—. Malas noticias. El hermano Corcoran se ha ido a su eterna morada.

—¡Oh! —exclamó mamá llevándose una mano a la mejilla.

—Ahora descansa en paz. Sus sufrimientos han terminado. El muchacho está en la cárcel de Clinton.

—¡Pobre chico! ¡Papá! —grité, viendo que mi padre pasaba por delante de la ventana—. El señor Corcoran ha muerto.

—¿De verdad? —papá entró con una panocha en la mano—. Buenos días, hermano Mosely.

—Dios le bendiga, hermano —repuso el pastor.

—¿Cuándo ha sido?

—Ayer por la tarde, a última hora. Yo me hallaba con él en aquel momento.

—Me alegro de que el viejo no muriera solo.

—Fui a rezar con él todos los días —dijo el pastor—. Espero haberle ayudado un poco.

—Estoy seguro de ello —replicó papá.

—El hermano Corcoran no iba mucho a la iglesia.

—Me temo que no. Tampoco sé a qué Iglesia pertenecía en realidad.

—Ya, pero merecía un funeral, como todo el mundo, y tengo intención de oficiarle uno.

—Sí, tenemos que darle un entierro cristiano. Supongo que habrá que buscar un trozo de terreno.

—No —replicó el pastor—, ya tenía uno; lo he descubierto. Cerca de Cole Camp.

—¿Tan lejos?

—Él era de allí, y allí le llevaremos. Pero he pensado que los servicios deberían ser en Renfro, para que sus amigos puedan asistir. No habrá muchos, supongo.

—No, no muchos.

—Sólo ustedes y unos cuantos vecinos. Cuento con usted para la música.

—De acuerdo, organizaré un coro. ¿Cuándo prevé celebrar el funeral?

—A eso de las tres y media —contestó el pastor.

Se produjo un silencio mortal.

—A las tres y media... —murmuró mi padre.

—El cadáver llegará en el tren de las tres.

—¿Hoy?

—No había razón para retrasarlo.

Mis padres se miraron. Se habían esforzado por defender este día. Equivocados o no, se habían resistido a los vecinos y al deber, a la amistad y a la lástima. Pero no podían hacer nada contra la muerte. Mi padre se volvió hacia el pastor.

—Allí estaré —dijo.

—Nosotras también.

—¡Estupendo! —exclamó el pastor—. Sabía que podía contar con ustedes. Ahora debo darme prisa y encontrar a alguien que me lleve el palio. ¿Rezamos una oración?

Inclinamos la cabeza y yo conté desde cien hacia atrás. «... y consérvanos a tu lado, oh Señor. Ayúdanos a caminar por el sendero de la rectitud, por amor a Aquel que dio Su vida por nosotros...» Por último, el joven pastor pronunció un solemne amén y cogió su sombrero.

—¡Qué mala sombra! —exclamó mamá mientras el pastor salía por la puerta del jardín—. ¡Hace un día tan bonito!

—Sí —suspiró papá.

—¡E ir a enterrarlo a Cole Camp! ¡Ni siquiera llegaremos a tiempo para cuando se abran las damas de noche! —Contempló pensativamente la cesta de excursión—. La verdad es que no tenemos por qué ir, no era muy amigo nuestro.

—No, pero no habrá casi nadie, descontándonos a nosotros. Me remordería la conciencia si no fuéramos.

—Supongo que a mí también —suspiró mamá—. Bueno, no merece la pena darle más vueltas. Saca el traje, papá; tendré que plancharte los pantalones. Y vosotras, niñas —nos miró con desafiante ternura—, como casi no le conocíais, *seguir* adelante con la excursión. No tenéis que asistir a ningún funeral el último día que paséis en casa.

—Tienes razón —dijo papá—. Las damas de noche se abrirán antes de que volvamos. Quedaos aquí y disfrutad.

Mis hermanas, Soames y yo nos miramos. Sería maravilloso pasear por el bosque y contemplar cómo se abrían veinte capullos en la enredadera.

—No —dijo Jessica—, no sería justo. Si tenéis que ir al funeral, os acompañaremos.

Nuestra excursión se fue, pues, a pique. Guardamos la cesta, nos recogimos el pelo y corrimos a plancharnos los vestidos. Leonie terminó sus galletas.

—Que vaya alguien a avisar a miss Hagar —dijo mamá—. Seguro que querrá venir, pero no sé si cabremos todos en el coche.

—Soames y yo podemos ir en el mío —dije.

Mamá echó una ojeada al deportivo rojo.

—No sé... ¿No parecerá un poco fuera de lugar en un funeral?

—¡Cógelo! —exclamó Jessica—. Animará la procesión. Procura ponerte justo

detrás del féretro.

—Oh, cállate, Jessica; estoy hablando en serio. Me parece que *tendrás que* cogerlo, Mary Jo. *Pero ¡ponte algo en la cabeza!*

—¿Como qué? —pregunté.

—Un sombrero, por ejemplo. Tienes uno, ¿verdad?

—Aquí no. No me he traído ninguno.

—Ninguna de nosotras había traído uno.

—Bueno, pues no podéis ir a un funeral sin sombrero.

—Toda la gente de aquí lo hace.

—No me importa, no es bonito. *Ir arriba y coger* esa caja que está dentro de la cómoda. Tendréis que ponerlos uno de los míos.

Bajé la caja y nos probamos su contenido: sombreros de verano, de invierno, viejos, nuevos...

—Tal vez podría ponerme éste.

Leonie se miró con el ceño fruncido como si fuera la emperatriz Eugenia.

—Tendrás que quitarle la pluma —dijo Jessica—. A mí éste no me sienta mal.

—Te lo has puesto del revés —dijo mamá.

—Queda mejor así.

—Entonces, llévalo del revés. Pero *daros prisa y dejar* de hacer tonterías.

A las tres menos cuarto estábamos ya listas. Jessica, Leonie y yo, ataviadas con los sombreros de mamá y sintiéndonos como las Tres Gracias, nos dirigimos a los coches.

—¡Estáis de broma! —exclamó Soames.

—Casi no os había reconocido —dijo la señora Hagar.

—Estáis muy bien —observó mamá.

—Bueno, bueno, vamos —dijo mi padre—; se está haciendo tarde. Soames, tú ve detrás de mí.

No quería que Soames hiciera carreras mientras se dirigía a un funeral.

Mi sobrino me sonrió cuando me senté a su lado. Papá emprendió la marcha sosegadamente y, con tanto sosiego como pudimos, nosotros le seguimos. Subimos por la colina dejando atrás la Vieja Chimenea. Sentadas con expresión dulce y estúpida en medio del camino, unas palomas apenas si se molestaron en apartarse. Mi cochecito traqueteaba y se ahogaba, poco acostumbrado a una marcha tan lenta.

—¡Nunca más volveré a salir segundo! —se quejó Soames.

—Ajá —asentí, poniéndome cómoda.

El camino de Renfro serpenteaba por los campos de Latham; cruzaba por el medio la finca de Barrow, entre la casa y el granero; bordeaba la escuela de Bitterwater, donde había enseñado mi padre, y atravesaba un puente tendido sobre el Little Tebo, cuyas tablas crujían de un modo alarmante. Todo nos resultaba muy familiar. Durante aquellos años, lo único que había cambiado era el nombre de algún buzón de correos. Al pensar en ello, dudé de que yo, a mi vez, hubiera cambiado

mucho. Lo había intentado; huí tan lejos como pude. Y, sin embargo, ahora me hallaba en el mismo camino viejo, y tener un coche propio, mi resplandeciente símbolo, no cambiaba demasiado las cosas. Aún seguía a mi padre, manteniendo el ritmo que él marcaba.

—¡Nos está siguiendo tu perro, tía Jo!

La voz de Soames me sacó de mi ensueño. Miré atrás por encima del hombro. El animal corría con las orejas derechas y la lengua fuera. Paramos y Soames le tiró una piedra. Pero podía haberse ahorrado muy bien el esfuerzo, pues el perro no le hizo ningún caso. Frenético de alegría, nos alcanzó, saltó a mi falda y me cubrió la cara de besos. Ésa era la historia de mi vida. Todos los seres perdidos, desplazados y rechazados me adoraban. No podía desprenderme de ellos.

—¿Qué hacemos? —dije, empujando el perro hacia fuera.

—Llevarlo con nosotros —contestó Soames.

Volvió a colocar el perro en mi regazo, se puso al volante y reanudamos el viaje hacia la ciudad. No aminoramos la marcha hasta que llegamos a la plaza.

—¡Cuidado, Jackson! —Soames dio un frenazo; esquivó una furgoneta, con la que no chocó por unos pocos centímetros—. Caramba, pensaba que íbamos a ser los únicos.

Contemplamos la calle. Estaba llena de coches aparcados que llegaban hasta la iglesia metodista y daban la vuelta a la plaza. Por lo visto, toda la gente del condado asistía al funeral. Habíamos olvidado que el viejo Corcoran no había fallecido de muerte natural. Lo habían asesinado, y el asesinato lo había hecho famoso. El patio de la iglesia estaba a rebosar; los niños corrían por todos lados. De no haber sido por la presencia del féretro, habría parecido una fiesta. La muerte es siempre un acontecimiento social, y ésta era una especie de jubileo.

Soames aparcó junto al coche de papá y yo procuré esconder el perro.

—¡Esto sí que es bueno! —exclamó Jessica, saltando del coche—. Podríamos habernos quedado en casa y nadie nos habría echado de menos.

—Sí —replicó mi madre—, pero la mayoría de esta gente ha venido por curiosidad. Y eso no está bien. ¿No podéis aparcar ese coche en algún sitio que no se vea, niños? ¡Cielo santo!, ¿qué hace este perro aquí?

Nos pusimos en marcha de nuevo y aparcamos detrás de la iglesia, junto al muro. Soames ató el perro en el coche con su corbata. No habíamos encontrado nada más.

La iglesia ya estaba llena cuando entramos. Mi padre subió al coro y Leonie se sentó al piano. Los demás nos colocamos en el primer banco, enfrente del ataúd. El viejo señor Corcoran yacía a un par de metros de distancia con aire severo y reprobador, y su larga nariz señalaba hacia arriba con desprecio. Eché una ojeada a mi alrededor.

—¿Dónde está Soames?

—No lo sé —contestó Jessica—. ¡Oh, está allí, en el coro!

—¿Le ha hecho ir Leonie?

—No lo creo.

—Hermanos y hermanas... —el pastor, de pie en el púlpito, contempló con solemne placer a una multitud que nunca habría soñado poder reunir ni en todos los domingos de un mes—. Hermanos y hermanas, levantaos para rezar.

Los fieles se pusieron en pie. En la fila de atrás, un niño gritó:

—¡Quiero ver al muerto!

Le hicieron callar y empezó la oración. Yo conté hacia atrás, desde cien, y cuando llegué a cero el hermano Mosely seguía invocando al Señor. Una y otra vez, su solemne voz se elevaba y volvía a descender. Cambié de posición. Las quemaduras del sol me escocían y el sombrero de mamá me rozaba una oreja. Suspiré discretamente, anhelando la dorada atmósfera del exterior. Con toda aquella gente, ¿quién nos habría echado en falta? Pero mi madre tenía razón. Aunque muchos asistían al funeral, pocos lo hacían con pena. Y eso era triste, porque allí yacía un hombre que debió de disfrutar de la vida un momento u otro y que debió de sentir el dolor y la alegría como todos nosotros. Sin embargo, nadie le echaba de menos, nadie excepto el hermano Mosely y mis padres. Lo añorarían un poco, y no porque él hubiera hecho mucho por ellos, sino porque ellos habían hecho algo por él.

—... te lo pedimos en Tu nombre, amén.

Nos sentamos, aliviados. A una señal de mi padre, el coro se levantó de nuevo, Leonie interpretó una introducción y empezaron a cantar.

Quédate conmigo; pronto llega el atardecer.

El viejo himno resonó por la iglesia, dirigidas las poco afinadas voces por la cascada y autoritaria voz de bajo de mi padre.

La oscuridad aumenta; Señor, quédate conmigo:

Cuando me fallen otras ayudas, y carezca de consuelo...

Al llegar a este punto, el perro comenzó a ladrar. Abandonado en el coche, oír la música hizo que se compadeciera de sí mismo, sentimiento que expresó con un prolongado y lastimero aullido. El pastor alzó los ojos con desaliento. Por los bancos sonaron risas apagadas. A mi lado, Jessica se tapó la boca y me dio un codazo. Mamá se agitó con impaciencia y se puso en pie. Sabía de quién era el perro y no podía hacer nada por él sin que los demás se enteraran también.

Los lastimeros aullidos continuaron y, sucumbiendo ante la competencia, el coro empezó a vacilar. Uno por uno, sus integrantes fueron dejando de cantar hasta que sólo quedaron mi padre y Soames. Papá estaba lívido. Se le trababa la lengua, se olvidaba versos, volvía a empezar y por fin, sin saber qué decir, se dio por vencido.

Soames siguió cantando solo.

Al principio resultaba difícil oírle, porque las risas de los presentes resonaban en la iglesia. Pero él continuaba, decidido e impasible, como uno de esos ángeles del Señor, alto y rubio, masculino e inocente; y su suave voz caía sobre la multitud como una bendición. Poco a poco la gente fue calmándose, el perro dejó de ladrar, y cuando se desvanecieron los últimos ecos del himno sólo se oían los trinos de los gorriones en el patio. Soames permaneció un momento inmóvil. Luego, volvió la cabeza y sonrió a Leonie, como si no hubiera nadie más que ella en la iglesia.

De repente, me pareció que contemplaba aquella sonrisa desde muy lejos y lo veía todo de nuevo..., la sonrisa y el día, aquel soleado, triste, divertido y maravilloso día, y todos los demás que habíamos pasado juntos. ¿Qué iba a hacer cuando esos días se terminaran? No nos quedaban muchos, pues estábamos haciéndonos mayores. ¿Y cómo aprendería a vivir sin mi familia? Yo, que los necesitaba tan poco, que podía estar lejos todo el año, ¿qué haría sin ellos?

Los miré —mi madre, la tirana de siempre, con su escoba y sus tarros de frutas; papá, al que la edad había suavizado como el musgo vuelve más suave la piedra; Leonie, corriendo por el mundo contrarreloj; la divertida Jessica con el sombrero de mamá del revés— y comprendí que los amaba más que a nada del mundo. Luego contemplé al señor Corcoran y me eché a llorar.

El servicio continuó durante más de una hora. Pero por fin concluyó. El empleado de la funeraria empujó el ataúd hasta el vestíbulo y el pobre viejo yació en la capilla ardiente, esperando la larga fila de curiosos que habían acudido atraídos por el crimen. Nosotros fuimos los últimos en salir. Desfilamos despacio y formamos un grupo indeciso mientras el empleado de la funeraria, con un conciso «¿De acuerdo?» a mi padre, cerró el féretro y despachó los restos del señor Corcoran rumbo a la eternidad.

Las gastadas piedras de la iglesia estaban ahora en sombras. Eran las cinco pasadas. Por la plaza y por las calles se oía el ruido de los motores que se ponían en marcha. Me volví hacia mi padre.

—¿Tenemos que ir al cementerio?

Vaciló. Cole Camp quedaba a muchos kilómetros.

—No puedo soportar la idea de que entierren al pobre viejo sin que esté nadie allí.

Mientras hablaba, el coche del féretro avanzó, seguido por el Ford del pastor. Otro auto se sumó al cortejo, y pronto varios más lo siguieron. Al llegar a la carretera, la procesión era muy larga.

—Bueno —dijo mi padre—, si van todos...

Mi madre le miró pensativa.

—Si crees que hemos cumplido y si nos damos prisa, todavía podríamos llegar a casa a tiempo...

No necesitamos oír más. Con nuestra solemnidad a punto de resquebrajarse, empezamos a bajar la escalera. Y, cuando llegamos a los coches, lo que hacíamos era

correr. Soames y yo tomamos la salida primero, y al enfilear el camino del campo él se levantó de su asiento y lanzó un grito de comanche.

Pasamos por las colinas, por el puente, dejamos atrás Bitterwater, cruzamos la granja de Barrow, enfilamos el sendero de nuestra casa y llegamos al patio: se levantó una nube de polvo, las gallinas se pusieron a cacarear y, en aquel preciso instante, las damas de noche empezaron a florecer.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó mamá.

Lo recordaré el resto de mi vida.

JESSICA

Cuando eran pequeñas, Mathew Soames era Dios y el clima para sus hijas. Era omnipotente y estaba en todas partes: en casa, en la escuela, en la iglesia. No había lugar donde fueran en que el espíritu dominante no fuese el de su padre. Y, como la lluvia o el sol, el humor de su padre condicionaba todo lo que hacían.

Cuando estaba con más gente, se mostraba tan agradable como podía: se reía, contaba chistes y conversaba maravillosamente. Las señoras les decían a menudo: «¡Vuestro padre es un hombre estupendo!».

Pero las niñas no podían dejar de advertir que el buen humor que exhibía en público se ensombrecía en casa. Allí solía mostrarse preocupado, parco en palabras; cuando les mandaba algo o las reñía, se mostraba indiferente con ellas. Las llamaba a todas «hija», ya que este apelativo era un poco más autoritario que el nombre de cada una, que, por lo demás, quizá no fuera capaz de recordar en ese preciso instante.

—Papá es más simpático con la otra gente que con nosotras —dijo una vez Leonie.

—A veces sí, hija —le contestó su madre—. Pero es que tiene que ser así. Tu papá es un hombre importante en la comunidad. Se tiene que comportar de esta manera.

De no haberles resultado tan fastidiosa, la importancia de su padre podría haber consolado a las niñas. Pero había demasiadas cosas que no podían hacer «porque no quedaría bien». Y tampoco podían hacerlas a espaldas de su padre, pues él estaba en todas partes. Por tanto, se resignaban a la situación y obedecían a papá. El objetivo de la vida, decía él, era trabajar. «*Laborare est orare*», repetía con frecuencia; y trabajar significaba estudiar la lección y ayudar a mamá.

Entre lección y ayuda también pasaban muy buenos ratos. Los parientes iban a visitarlos a menudo. En la granja, podían jugar en los bosques e ir a pescar. Cuando se trasladaban a la ciudad, tenían amigas y asistían a fiestas en la escuela dominical. Carecían de juguetes de los que poder hablar, pero viviendo tanto al aire libre no los necesitaban. Jugaban con lo que tenían a mano o se fabricaban sus juguetes ellas mismas, y se divertían mucho. Aun así, muy pronto comprendieron que jugar era algo sospechoso que se les permitía sólo por condescendencia; un pasatiempo trivial que pronto dejarían atrás y que casi era un pecado. Sólo cuando se hicieron mayores descubrieron que *placer* no era una palabra fea. Según el diccionario personal de su padre, *placer* significaba paseos en coche, bailes, juegos de cartas, cigarrillos y otras cosas demasiado terribles para nombrarlas siquiera.

El esparcimiento, sin embargo, era algo honorable. Su padre hablaba de él con respeto. Era una abstracción, un complemento de la educación, algo saludable, como las cabezas de nabo hervidas. Las niñas nunca sabían a ciencia cierta cuándo disfrutaban del esparcimiento; lo que sí sabían, en cambio, era cuándo se divertían. Y lo que más las divertía era el momento en que papá, muy de tarde en tarde, levantaba la cabeza de su trabajo y se apercibía de su presencia. Entonces, sentadas alrededor de la estufa en una noche de invierno, desgranaban maíz y escuchaban las historias de su niñez. («¡Caramba, ya lo creo que trabajábamos cuando éramos chicos! ¡Papá solía despertarnos a las cuatro y media de la mañana para recoger maíz!») A veces cantaban juntos y Leonie tocaba el piano. Su padre llamaba a aquello un esparcimiento, pero ellas se divertían lo mismo.

Apreciaban aquellos ratos como si de pequeños regalos se trataran. Tal dádiva no se la merecían, pues papá no estaba obligado a hacerles favor alguno. Papá era un hombre «ocupado». Tenía cuadernos que corregir y lecciones que preparar. Debía asistir a muchas reuniones y preocuparse de mil cosas: libros, mapas, tiza, música para el coro... Debía también ensayar con el coro de la iglesia, ordeñar la vaca, cavar el jardín, poner o quitar la estufa, limpiar el gallinero o arreglar un neumático de su viejo coche. Los sábados, tanto si le gustaba como si no, tenía que ir a Clarkstown a ver al superintendente del condado o bajar a la granja para averiguar por qué los aparceros no habían pagado el alquiler.

Sus excesivas ocupaciones tenían prioridad sobre cualquier otra cosa y a menudo desbarataba otros planes, como la vez que las niñas le prepararon una sorpresa para el día de su cumpleaños. Eso fue después de que se hubieran trasladado a la ciudad y hubieran aprendido cómo se organizaban las fiestas de cumpleaños. Hicieron un pastel y mamá les dejó comprar velas e incluso adornar el comedor. Se pasaron horas pintando en secreto tiras de papel con sus lápices de colores y pegándolas para que formaran anillas entrelazadas. Aquella tarde, al salir de la escuela, corrieron a casa y las colgaron por la habitación. Sacaron el mejor mantel, pusieron la mesa y colocaron el pastel en el centro. Todo quedó muy bonito. Casi no podían esperar a que papá llegara. Hacia las cinco sonó el teléfono; los otros profesores le habían preparado una sorpresa en la escuela: una cena fría en la sala de estudio, con un gran pastel. No iría a cenar a casa.

Mamá le explicó que las niñas también le habían preparado una pequeña sorpresa. Pero, claro, papá no podía defraudar a sus compañeros. Jessica y Mathy empezaron a gritar y Leonie se puso hecha una furia. Mamá tuvo que regañarla a gritos.

—Le daremos la sorpresa mañana por la noche —dijo.

Así que retiraron el pastel y los adornos, y a la noche siguiente lo sacaron todo de nuevo. Pero no fue bien. En medio de la cena, Mathy, que tenía siete años, se echó a llorar y pegó un puñetazo al pastel de cumpleaños. Papá la reprendió por dejarse llevar por el mal genio y por querer salirse con la suya siempre. Por fin la niña se calló y todos se dispusieron a comer el pastel, pero no pudieron.

Aquella noche, mamá subió al primer piso y les dio un buen rapapolvo a todas. Se mostró comprensiva, pero les hizo ir a dar las buenas noches a papá y disculparse. Él las perdonó como perdona siempre el Padre Celestial.

En cierto modo, aprendieron a aceptarlo como acepta uno el tiempo. Aunque a veces se quejaban de él, no podían hacer nada, ni lo pretendían. Su padre era la amenaza y la autoridad, el que decía no, el severo enigma. Pero su madre les había enseñado a creer en su padre como quien enseña un credo, y su fe en él era profunda.

En cuanto a Matthew, quería a sus hijas, pero de forma abstracta, sintiendo quizá por ellas menos preocupación que por los terneros o los pollitos. Cuando tuvieron edad de ir a la escuela, procuró olvidar que eran sus hijas. Cinco días a la semana se mezclaban con los demás niños y niñas, cuya estima consideraba más importante. Para que no lo acusaran de debilidad por sus hijas, las trataba con rebuscada objetividad.

Si lo hacía era, en buena medida, por una cuestión de autodefensa; si sus hijas nunca podían escabullirse de él, tampoco podía él librarse de ellas. Durante todos sus años de enseñanza, apenas si hubo algún tiempo en que no tuviera en su clase a alguna de sus hijas. El aula lo revestía de autoridad, lo transformaba noblemente cada mañana. Pero, sin embargo, siempre había ante él una carita que le había visto pocas horas antes en pijama o saliendo del granero con la chaqueta sucia y oliendo a leche y a estiércol. Ser una figura pública y padre a la vez resultaba engorroso.

Pero éste era un impedimento secundario en su vida. Aunque suspiraba a menudo por horizontes más amplios, por viajar, por saber más y por disponer de más tiempo para alcanzar sus metas (había empezado tarde), casi siempre se sentía intensamente feliz. Le encantaba su trabajo. La escuela era su reino. Todo lo que hacía dentro de ella era para él «fuego y caballo, salud y fiesta», como decía Emerson. No se habría cambiado por nadie del mundo.

Sin embargo, «tanto la campana como el arado tienen su utilidad», y el amor que Matthew sentía por la escuela superaba por muy poco el que sentía por la granja. Había comprado una parcela cerca de Renfro: una adquisición cara, pues los impuestos eran altos y no resultaba fácil conseguir aparceros, especialmente durante la guerra, cuando casi todo el mundo se marchaba a la ciudad. Él no tenía tiempo de cuidarla; cuando no estaba enseñando, asistía a una escuela de verano. Algunos años un granjero vecino recogía el maíz e iban a medias; otros, la tierra quedaba en barbecho; todos los años, sin embargo, mi padre debía correr con los gastos de mantenimiento, como haría con una querida cara.

A veces tenía que mantener casi en secreto las cuentas que pagaba, pues aunque Callie amaba la granja tanto como él, no podía evitar inquietarse.

—Tendrías que comprarte un abrigo nuevo —le diría—. Tienes un aspecto muy zarrapastroso para ser el director de las escuelas.

O bien:

—Jessica necesita un vestido para el día de su graduación. Si la granja se queda

sin una valla nueva este año, ¡que espere al siguiente!

Misteriosamente, Jessica tenía su vestido, y la granja, su valla, pero casi de milagro. Y Matthew siempre acababa trabajando como un animal.

Una primavera, poco después de la guerra, el dueño de la casa que habían alquilado en Shawano la vendió y el nuevo propietario exigió su inmediata ocupación. Sólo quedaban otras dos para alquilar en la ciudad: la de Cooper, que era demasiado pomposa y grande, y una humilde casita que no quedaría libre hasta otoño. Matthew tuvo una agradable idea. Se sentía muy cansado de tantos libros y pizarras. ¿Por qué no trasladarse a la granja durante el verano?, le dijo a su familia.

Sus dos hijas mayores tenían mil razones para no querer mudarse a la granja. Leonie, una elegante damita de dieciséis años, no soportaba tener que dejar a sus amigas y a su profesor de piano. Jessica, que tenía dieciocho y estaba a punto de graduarse, deseaba asistir a una escuela de verano en Clarkstown con su mejor amiga. Querían compartir habitación, hacer prácticas de maestras, aprender a jugar al tenis y ver películas. Su padre le dijo a Jessica que no tenía dinero para mandarla allí; la granja necesitaba vallas nuevas y había que comprar una yunta para el verano o alquilarla. Además, necesitaría su ayuda. «Mamá no es tan fuerte como antes.» (Callie no había cumplido todavía los cuarenta, y seguía resistente y flexible como una rama de nogal. Pero al ser flexible, se encorvaba con facilidad. Y cuando esto le sucedía, todos temían que no volviera a enderezarse nunca más. Desde que cumplió los treinta, sentía que la muerte la aguardaba a la vuelta de la esquina).

La verdadera razón por la que Jessica quería quedarse en la ciudad era una que no podía revelar. Había descubierto a los muchachos. Hallazgo tardío, puesto que Matthew y Callie protegían a sus hijas como los granjeros las calabazas de valor. Las niñas nunca salían con nadie. Jessica lo había intentado una vez, a modo de prueba. Un chico la acompañó a casa al salir de una fiesta en la escuela. Matthew los vio abandonar el edificio, pero, aceptando de mala gana la realidad de la vida, los dejó ir. Desgraciadamente, llegó a casa unos diez minutos antes que ellos y los esperó en la puerta. Al verlos, se puso furioso, avergonzó a Jessica y asustó al muchacho. Como el incidente se propagó en seguida, los chicos de la escuela ya no se atrevieron ni siquiera a mirar a las hijas del profesor.

Pero una noche de primavera, durante un ensayo de los mayores, un muchacho llamado Marvin, más inquieto y osado que los demás, sorprendió a Jessica en la oscuridad, junto al refrigerador del agua, y la besó. Ella estaba aterrorizada hasta que logró asegurarse de que su padre no se había enterado de nada. Entonces se enamoró desesperadamente. Lo único que podía hacer con Marvin era mirarlo, pero incluso eso resultaba un consuelo. ¡Si se iba al campo ni siquiera podría verle los domingos!

Sus ruegos y los de Leonie cayeron en saco roto. Papá o las reprendía o las fastidiaba.

—¡Lo que os conviene es sembrar maíz, niñas! —les dijo una noche—. ¡Levantaros a las cuatro de la mañana y ordeñar las vacas! —Y sentó a Jessica sobre sus rodillas, aunque tenía las piernas demasiado largas para eso—. ¡Te dejaré lavar a los cerdos este verano!

—¡Oh, papá! —exclamó exasperada.

Pero se echó a reír, porque él esperaba que lo hiciera. Era una muchacha alta y delgada, y con una cara más limpia, sana y sencilla que una pastilla de jabón. El pelo, castaño claro y brillante, le caía sobre la espalda recogido con un gran lazo. Cuando se lo arreglaba como las otras chicas, mamá y papá decían que parecía demasiado mayor. A ella no le importaba. Con todo, no le gustaba peinarse de aquel modo; se sentía demasiado formal.

Matthew le acarició la cara.

—Tendrás que vigilar tu nariz este verano. Podríamos ponerte una especie de toldo para protegerla del sol.

—Pero ¡papá! ¡No es tan grande!

Jessica escondió la cara en su hombro. Su larga y fina nariz le daba un aire de belleza clásica, pero nunca se lo había dicho nadie. Sólo le tomaban el pelo, y especialmente su padre, que se creía con derecho a hacerlo porque aquella nariz era suya.

Matthew miró a su hija pequeña, sentada en el suelo.

—Mathy sí tiene muchas ganas de ir a la granja, ¿verdad, nenita?

La chiquilla alzó sus ojos negros, brillantes y solemnes.

—Me encanta la granja. Estoy impaciente por volver allí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Matthew.

—Prensando un trébol de cuatro hojas.

—No creo que la Biblia sea el lugar más adecuado para hacerlo.

—Es el libro más grande que he encontrado.

—Usa uno de esos de pintura —dijo Callie, levantando los ojos de su labor.

—Está bien.

Mathy cogió cuidadosamente su trébol y se dirigió a la librería, en cuyo estante inferior se alineaban los doce volúmenes del *Índice pictórico de mitología y literatura*.

Matthew se los había comprado a un viajante que, como todos los vendedores, era medio evangelista y medio fanfarrón. Matthew no se atrevió a decirle que no. Para justificarse, se dijo a sí mismo y le dijo a Callie que los libros serían educativos para las niñas. A ellas les parecían extraños y desternillantes.

Mathy sacó el primer volumen y lo abrió por una página en la que se veía a Andrómeda, gorda y desnuda, encadenada a la roca.

—Le pondré esto encima, como si fuera una gran hoja de higuera —dijo, colocando estratégicamente la hoja en su sitio.

—¿De dónde has sacado eso de las hojas de higuera? —preguntó Callie.

—No lo sé.

Callie miró a Matthew y se encogió de hombros. Nunca sabían de dónde sacaba Mathy las cosas. Leía mucho. A veces, el mismo libro varias veces. En la biblioteca de tercer grado encontró uno titulado *Los habitantes del árbol*; era la historia de un niño de la época de los mamuts. Mathy lo monopolizó hasta que, por fin, el maestro habló con Matthew de la cuestión. Poco después el libro desapareció y Matthew lo encontró, un día que llovía, en una de sus botas de goma. Mathy recibió un sermón sobre el octavo mandamiento y tuvo que quedarse en casa todo el domingo por la tarde. Devolvió el libro a la mañana siguiente y pidió disculpas al profesor. Al cabo de unas semanas, el texto completo de *Los habitantes del árbol* apareció en las paredes de su habitación. Lo había copiado palabra por palabra en su cuaderno. Matthew le habló con severidad, pero las páginas se quedaron en la pared. Por una vez, él tuvo la sensación de haber perdido.

Mathy volvió a colocar el libro de pintura en su estante y se sentó en el regazo de Jessica, de tal modo que las dos quedaron sobre el de Matthew.

—Papá, cuando nos traslademos a la granja, ¿podré ir en el carro de las mudanzas?

Matthew se echó a reír.

—Tendremos que preguntárselo a mamá.

—Mamá, ¿podré?

Mathy se precipitó al regazo de Callie.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Callie, cortando una hebra de hilo—. Te caerás y te romperás la crisma.

—No, no me caeré. Tendré mucho cuidado.

—No puedo dejarte que vayas de esa manera, sola con los hombres de las mudanzas.

—Bueno, pues, ¿por qué no van también Jessica y Leonie en el carro?

Leonie, que estaba estudiando una pieza nueva al piano, se volvió.

—Yo no quiero ir en el carro.

—¿Por qué no?

—Es indecoroso.

—Pues a mí me parece que sería muy divertido —dijo Jessica.

—Vamos, cariño, eres ya muy mayor para hacer estas cosas —replicó Callie.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en ir en un carro?

—No es muy propio de una señorita.

Jessica se puso en pie.

—Yo no quiero ser una señorita —dijo—. Las señoritas no pueden divertirse nunca.

Leonie intervino de nuevo.

—Las señoritas no se suben a los árboles, si es eso a lo que te refieres. ¡Ni se

ponen el mallo de croquet entre las piernas cuando tiran!

—Es que es más fácil así —replicó Jessica—. No consigo darle a la pelota cuando pongo el mallo de lado.

—Sí, y el otro día, por culpa de eso, te descosiste el dobladillo del vestido.

—Ya lo sé. Se lo dije a mamá.

—No entiendo por qué no puedes mantener la ropa limpia, como Leonie —dijo Callie plácidamente—. Leonie, deja ya las muecas, que estás muy fea.

Callie suspiró. A pesar de sus esfuerzos, Jessica no estaba domesticada por completo. Era una buena chica, desde luego; hacía todo lo que se le decía y no se paraba a discutir como solía hacer Leonie. Pero había algo en ella que Callie no lograba controlar. Jessica ayudaba mucho en casa, pero prefería coger patatas antes que pelarlas, y limpiar el gallinero antes que su habitación. Leonie, en cambio, estudiaba su lección de piano, terminaba su labor de bordado y mostraba cierta dignidad. En cuanto le quitabas la vista de encima, Jessica estaba leyendo un libro, o fuera en el granero, deslizándose por el heno con Mathy. Y ahora quería ir en el carro, como un muchachote.

—Bueno —dijo Leonie—, yo iré en el Ford... si es que tenemos que ir. —Y le lanzó una sombría mirada a Matthew, pero éste no se dio cuenta, porque se había puesto a corregir cuadernos—. Tú y Mathy id en el carro, si queréis.

—Yo todavía no he dicho que les diera permiso —observó Callie.

Pero cuando llegó la hora del traslado, a mediados de mayo, cedió. El hombre de las mudanzas dijo que a él no le importaba, y además era miembro de su iglesia. Se decidió, pues, que Mathy podría ir en el carro si Jessica la acompañaba.

—Ahora no os caigáis —advirtió Callie—, y que no se os suba el vestido. Os alcanzaremos en seguida. Mathy, aquí tienes tu sombrero para el sol.

—No quiero llevarlo, mamá.

—Póntelo. Estás ya tan quemada que pareces una negra.

—Bueno, está bien. —Mathy se puso el sombrero y abrazó a su madre con vehemencia—. ¡Adiós, mamá preciosa!

—Pero ¡cariño, ten cuidado! Por poco me tiras al suelo.

Jessica, de pie junto al carro, contemplaba la calle ansiosa. Estaba rezando para que apareciera Marvin con los ojos transidos de dolor y le entregara una rosa. Por esto sí sería capaz de soportar la ira paterna. Pero como no había rastro de Marvin, trepó al carro dando un suspiro. Una vez instalada sobre el taburete del piano, y Mathy en un cajón, no pudo menos que empezar a reírse, nerviosa. Y mientras el carro se alejaba, ella y Mathy chillaron y saludaron a Leonie hasta que desapareció de su vista. Leonie hizo el trayecto, como una señorita, con su madre y su padre en el Ford de segunda mano. Para la ocasión, lucía sus guantes y su segundo mejor sombrero.

Hacía cinco años que Callie no vivía en la granja. Ahora, ventilando la casa, limpiando los entarimados, arreglando el jardín y haciendo conservas, se hallaba de nuevo en su elemento. Y sin escuela que las distrajera, sus hijas eran todas suyas. Se mostraban ágiles, obedientes, entraban y salían de la casa, corrían por el jardín, por el corral, por el granero, por el huerto; bajaban al arroyo y volvían a subir en una serie de agitadas idas y venidas, con las manos llenas de fresas, huevos, pescados y flores. Callie era la abeja reina, pero necesitaba de sus zánganos.

Tanto como los días, a mamá le gustaban las noches, cuando la familia se sentaba en el porche delantero y los sonidos de la oscuridad tejían un suave manto a su alrededor. Algunas veces simplemente charlaban. Otras, cantaban, y sus voces, soprano la de Leonie, contralto la de Jessica, ronca y débil la de Mathy, siguiendo la discreta voz de bajo de Matthew, se elevaban dulcemente en la noche. En aquellas ocasiones, Matthew estaba alegre y relajado, sin preocuparse de sus estudios.

A veces, cuando se levantaban para entrar en casa, se encontraban con que Mathy había desaparecido. Entonces tenían que encender la linterna y salir a buscarla por el huerto o por la Vieja Chimenea. Nunca se alejaba mucho. Pero aquellas excursiones nocturnas preocupaban a su familia y la dejaban perpleja. Hacía tiempo que la niña había empezado a vagar en la noche sin miedo alguno, y ni las protestas de la familia ni los castigos habían logrado que perdiera ese hábito. Al hacerse mayor y vivir en la ciudad, pareció desterrarlo. Pero ahora que se hallaba en la granja de nuevo, había vuelto a las andadas. Las noches eran su mundo, un mundo que había encontrado ya hecho y que la esperaba. Los demás tenían la inquietante sensación de que, en dicho elemento, adquiriría otra forma o se disolvía en la niebla. Aunque la encontraban siempre, paseando tranquilamente o sentada en la rama de un árbol, cantando en voz baja. Entonces llegaban los regaños, los sermones y sus repetidas promesas de no volver a hacerlo.

A pesar de estos incidentes, a Callie el verano le parecía completo. A veces pensaba que no podía pedir nada más de lo que ya tenía: los días largos y ocupados, y las noches cálidas y apacibles en las que el perfume de la miel silvestre llenaba el aire y su marido cantaba en el porche con las niñas.

A principios de la estación, Matthew había plantado unas lechugas en el bosque, en un lugar donde una vez quemó un montón de zarzas. La tierra, enriquecida por aquel abono puro, produjo una enorme cosecha, y Callie enviaba a las niñas cada dos días para que cogieran una lechuga. Una tarde de finales de julio salieron las tres para

el bosque; Jessica cargaba con un cesto para la lechuga y Leonie un cubo de hojalata, por si se diera el caso de que encontraran fresas maduras. Todas llevaban sombrero y largas medias de algodón cortadas para que les asomaran los pies.

—Las odio —dijo Jessica, refiriéndose a las medias.

—¿Por qué no te las quitas? —sugirió Leonie.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Quiero conservar la piel bonita.

—Bah, cuentos, sólo las llevas porque mamá lo dice.

Leonie negó con la cabeza.

—Si no quisiera llevarlas, no las llevaría.

—Montemos en la *Vieja Blossie* —dijo Mathy. *Vieja Blossie*, una vaca de Jersey blanda, gruesa e inofensiva como un sofá, levantó la cabeza, las miró y siguió rumiando.

—Quizá no quiere ir al bosque —dijo Jessica.

Mathy arrancó una rama de un árbol.

—Podemos pegarle en el culo.

—¡Mathy! ¿De dónde sacas estas palabras?

—No lo sé. ¡Arre, *Blossie*! —Mathy acarició las amarillentas posaderas de la vaca y saltó encima—. Vamos, hay sitio para todas.

Jessica también montó en la vaca y se colocó detrás de Mathy.

—Va, Leonie, ahora sube tú.

—No quiero. No es propio de una señorita montar en una vaca.

—Nadie nos ve.

—No me importa; prefiero andar.

—Bueno, supongo que *Blossie* también lo preferirá. —Jessica golpeó a la vaca con las rodillas—. ¡Anda, *Bloss*, vamos al bosque!

La vaca comenzó a bajar por el sendero moviendo las patas de un modo extraño, y Jessica se puso a cantar: «¡Vendrá por la montaña cuando venga! ¡Llegará montada en la *Vieja Blossie*!». Mathy y Leonie la secundaron.

—Cógele la cola —dijo Jessica—. ¡No para de pegarme!

Leonie agarró la cola y la balanceó mientras el cesto de las fresas se columpiaba en su brazo. Cantaron durante todo el camino al plantel de lechugas.

Cuando estaban a punto de regresar a casa, Leonie dijo:

—Ya que estamos aquí, voy a ir al arroyo a pescar un pez.

Jessica dejó el cesto en el lomo de *Blossie*.

—Oye, Leonie —dijo con voz suave—, mamá ha dicho que volviéramos en seguida.

—Ha dicho que tardáramos media hora. Y todavía no ha pasado.

—Apuesto algo a que sí.

—Pues yo apuesto algo a que no. Voy a pescar un pez, no tardaré más de un minuto.

—No te has traído caña.

Leonie sacó un rollo de cordel del bolsillo de su delantal.

—Tengo hilo y anzuelo. Arrancaré una rama.

—Bueno, está bien —dijo Jessica—, si crees que hay tiempo, vamos. Supongo que a mamá le gustará tener pescado para cenar.

Dejaron la vaca paciendo en la sombra y se dirigieron a su lugar de pesca favorito. Mientras caminaban a través del maizal, pasó un tren de carga a cosa de un kilómetro del arroyo, en dirección a Renfro.

—¿Ves? ¡Ya te lo decía yo! —exclamó Leonie—. Ahí va el tren, todavía no son las tres.

—Si es puntual —replicó Jessica—. Pero normalmente lleva retraso.

El ligero olor a carbonilla del humo del tren se coló entre las hileras de maíz. Luego se oyó el silbido.

—¿No os suena solitario? —observó Jessica.

El silbido se hizo cada vez más lejano, hasta que se perdió a lo lejos.

La orilla del arroyo estaba bordeada de maleza, zumaques y zarzas. Las niñas estaban a punto de abrirse camino cuando Mathy, que iba delante, se detuvo de pronto.

—¿Qué es eso?

Permanecieron inmóviles y escucharon. Desde el arroyo les llegó el sonido de una voz de hombre cantando.

—¿Es papá?

—Papá está cortando heno en la Vieja Chimenea —dijo Jessica.

Escucharon de nuevo. Era una voz dulce, pero no había duda de que el que cantaba era un hombre. Se miraron con los ojos muy abiertos. ¡Por fin se encontraban con un peligro! Durante toda su vida, Callie les había prevenido: «Si veis a un hombre extraño en el bosque, ¡no esperéis! *Volver* a casa lo más aprisa que podáis, y ¡no os separéis!».

—¡Corramos! —susurró Jessica.

Mathy avanzó por la maleza, seguida de Leonie.

—¡Quiero verlo! —exclamó ésta.

—¡Vuelve aquí!

—¡Chist!

La voz seguía cantando, dulce y solitaria. Mathy se arrastró y se escondió detrás de un matorral. Cuidadosamente, sin hacer ningún ruido, apartó las hojas a un lado.

—¡Allí! —susurró.

Leonie y Jessica asomaron la cabeza—. Debajo de ellas, a la orilla del agua, un hombre joven tomaba el sol tumbado sobre una roca. Estaba completamente desnudo. Yacía de espaldas, con las manos en la nuca y un pie en alto, y cantaba.

*En la ciudad de Londres, donde yo vivía,
había un muchacho a quien yo quería.
Él me cortejaba, mi vida cambió,
pero luego, más tarde, me abandonó.*

Dio media vuelta, se puso en pie sobre la roca y estiró los brazos. Ni los viejos espiando a Susana se habrían sentido más cautivados que aquellas tres niñas escondidas en los arbustos. Ante sus ojos, un hombre completamente desnudo. Contemplaban su cuerpo con inocente curiosidad.

—¿Es gitano? —susurró Mathy.

Callie les había prevenido siempre contra los gitanos. El hombre se estiró de nuevo, se rascó el pecho y se zambulló en el agua. Se sumergió, volvió a emerger y dio una voltereta. Su torso mojado brillaba al sol. Al cabo de un rato se dirigió a un lugar más sombreado y empezó a frotarse vigorosamente los brazos con las manos. Se echó agua por encima, como un elefante, sacudió la cabeza y se enjugó la boca haciendo gárgaras. Las niñas empezaron a reír, tapándose la boca.

—¡Qué divertido! —susurró Mathy.

—¡Es todo peludo! —dijo Leonie.

El hombre se dirigió a la orilla opuesta, donde estaban sus ropas, y salió del agua. Entonces empezó a secarse con las manos y un gran pañuelo rojo.

—¡Tirémosle una piedra y corramos! —exclamó Mathy.

—¡Oh, no! —replicó Jessica alterada—. Podría perseguirnos.

Lo dijo demasiado tarde. Mathy ya había tirado al arroyo una piedra, que se hundió en el agua con un sonoro «¡chof!». El hombre levantó la cabeza, pero las niñas no esperaron a ver nada más. Se deslizaron entre los matorrales como ardillas y corrieron por el campo de trigo lo más deprisa que pudieron.

—¡No nos paremos! —dijo Jessica, jadeante, cuando lo hubieron atravesado—. ¡Podría perseguirnos!

Se escabulleron por la ladera y llegaron al bosque.

—¡*Blossie* nos protegerá! —gritó Mathy, rodeando con los brazos el cuello de la vaca—. ¡La buena *Blossie*!

—¿Creéis que será un tratante de blancas? —dijo Leonie, esforzándose por recobrar el aliento.

—¡Oh, no, no lo creo! —Jessica palideció—. Mamá dice que los tratantes de blancas viven en las ciudades y van muy bien vestidos. Además, parecía demasiado joven para serlo.

—¿Era gitano? —preguntó de nuevo Mathy.

—Claro que no —replicó Leonie impaciente.

—¿Cómo lo sabes?

—Por donde no le había quemado el sol, tenía la piel muy blanca. Y no tenía el pelo negro.

—Pero sí muy rizado —observó Jessica.

—Probablemente es un vagabundo que iba en el tren de carga.

—A mí no me parecía un vagabundo —dijo Mathy—. Estaba muy bien.

—¡Oh, Mathy! Era muy peludo —replicó Leonie.

—En la cara no tenía pelo. Era bonito.

—Los hombres no son bonitos —explicó Leonie—. Son guapos. Sólo que éste no lo era. Tenía un aspecto corriente.

—No para mí.

—Bueno, pues para mí sí. —Mathy se volvió hacia Jessica—. ¿Tú crees que era corriente?

—No lo sé. No estábamos lo bastante cerca.

—Sí que estábamos lo bastante cerca como para ver esa cosa entre sus...

—Ya está bien, Mathy, cállate, por favor. —Jessica se puso como un tomate.

—Quiero decir que si estábamos bastante cerca para ver eso, también lo estábamos para saber si tenía un aspecto corriente o no.

—No recuerdo cómo era. Si me lo encontrara en medio del camino, no sería capaz de distinguirlo de... —Jessica se echó a reír— de ¡Adán! —Ella y Leonie se retorcieron de risa—. ¡Si vuelvo a verlo, me muero!

—¡Yo también!

—¿Vamos a decírselo a mamá? —preguntó Mathy. Leonie y Jessica dejaron de reír como por encanto—. ¿Vamos a explicarle que hemos visto a ese hombre?

—Bueno, creo que, de verdad, no hace falta.

—¿Por qué no? —inquirió Leonie alzando la barbilla con expresión puntillosa—. Me parece que debería saberlo.

—¿Por qué?

—Porque sí, eso es todo.

—Pues yo no creo que debamos mencionárselo.

—Bueno, ¿y por qué no, Jessica?

—No lo sé, es sólo que..., bueno, ¡no lo sé!

—Si se lo contamos —dijo Mathy, mirando con el rabillo del ojo a Leonie—, querrá saber por qué hemos ido al arroyo.

—Es verdad —asintió Jessica—. Y tal vez ya no nos dejará ir a pescar.

Leonie bajó la barbilla.

—Bueno..., quizá tengáis razón. —Cogió el cesto de fresas vacío—. No digamos nada. Yo no lo contaré si vosotras tampoco lo contáis.

—De acuerdo —dijo Jessica.

—Sólo conseguiríamos poner nerviosa a mamá.

—Sí, y no hay necesidad. Pero será mejor que volvamos; si no, vendrá a buscarnos.

Mathy se subió encima de *Blossie*.

—¡Todas arriba!

—Me parece que iré andando —dijo Jessica.

—¡Arre, *Blossie*!

La vaca echó a andar por el camino. Leonie se sujetaba de la cola. Jessica las seguía lentamente, balanceando el sombrero. Le producía una extraña sensación haber visto a un hombre desnudo. ¡Si papá lo supiera...! Se estremeció. Pero no era como si conociese al hombre; no era como ver a papá. O a Marvin. De pronto trató de imaginarse a Marvin desnudo, y la idea la sonrojó. Sólo le gustaba pensar en Marvin con su traje de los domingos y su aspecto grave e importante. Cerró los ojos recordando aquel rápido beso junto al refrigerador de agua. ¡Oh, cómo deseaba estar de nuevo en la ciudad para poder verlo! Callie había salido al jardín a esperarlas junto a la verja.

—¿Dónde os habéis metido, niñas? Empezaba a preocuparme.

—Nos quedamos descansando un rato en la sombra —contestó Jessica.

Era verdad. Habían descansado un minuto después de su huida del arroyo.

—Pues os habéis tomado un largo descanso, me parece a mí. ¿Cómo es que no habéis cogido fresas? ¿No estaban maduras?

Leonie miró a Jessica alarmada. Se habían olvidado de buscarlas.

—No hemos encontrado ninguna madura —dijo.

—Bueno, me parece que no lo estarán hasta el Cuatro de Julio. Ahora *venir* a ayudarme a preparar la cena. Papá no tardará en llegar y estará hambriento. Mathy, cielo, lléname un cubo de agua, ¿quieres? ¡Ah, Jessica, tengo un trabajito para ti!

Jessica, que se dirigía a las escaleras, se detuvo.

—¿Qué es?

—Mientras Leonie pela patatas, ¿por qué no vamos tú y yo a plantar unas cuantas judías? Será muy entretenido.

—Bueno, es que había pensado en escribir a miss George, ¿sabes?, mi profesora de inglés. Me dijo que lo hiciera.

Su madre pareció desilusionarse.

—¡Oh! Bueno, hazlo, si quieres. Pensaba que te gustaría salir un rato al jardín. Podríamos plantar unas cuantas hileras antes de cenar. Se está muy fresco fuera, y las peras huelen tan bien...

Jessica lanzó un suspiro imperceptible.

—De acuerdo. Te ayudaré.

—¡Estupendo! Pero ponte el sombrero, querida. Todavía hay un poco de sol, y no conviene que te tuestes.

Jessica lo vio cuando subía silbando por el camino del este, con un hatillo colgado del hombro. Llevaba unos pantalones oscuros que le iban pequeños, camisa azul, y la cabeza descubierta. Tenía el pelo castaño y muy rizado. Pasó junto a la cerca del jardín y, al darse cuenta de que ella lo miraba, se detuvo. Dejó de silbar. En su cara se dibujó una cordial sonrisa y agitó la mano.

—¡Hola!

Callie, que estaba inclinada sobre el surco de tierra, se enderezó y dio media vuelta.

—Buenas tardes, señora. —Se acercó a la verja, y dejó su hatillo sobre un poste—. Bonito día.

—Sí —dijo Callie.

—Soy forastero. He llegado en un tren de carga. Vengo del sur, de más allá de Cabool, ¿sabe?, bastante al este de Springfield, tal vez conoce el sitio. —Callie asintió—. ¿Sabe usted por casualidad dónde podría yo encontrar trabajo?

—Pues la verdad...

El joven sonrió.

—No seré el mejor ayudante del mundo, pero le pongo ganas. —En lugar de ayudante dijo *yudante*.

Callie cogió la azada que había dejado en el suelo. Aunque sabía que Matthew necesitaba ayuda, no quería decirlo. Pero el forastero era joven y simpático, y no le gustaba la idea de mostrarse brusca con él.

—Mi marido podría decirle si hay alguien por aquí que necesite una mano —terció—. Pero ahora está en el campo.

—Será un placer hablar con él.

—Bueno... —Callie titubeó—. Supongo que puede esperarse aquí, si quiere.

—Muchas gracias.

Al oír voces, Mathy salió al patio delantero. Y al ver al forastero abrió la boca con asombro. Él se volvió y sonrió.

—Buenas tardes —dijo cortésmente.

—Hola —contestó; y entró precipitadamente en casa.

—Oiga —dijo Callie—, dese la vuelta y entre por la puerta de atrás.

Señaló el sendero que conducía del camino principal al granero. No quería que un forastero que acababa de llegar en un tren de carga entrara por la puerta delantera.

—Gracias, señora.

El muchacho cogió su hato y se alejó.

—Entra en casa —le pidió Callie a Jessica—. Espero que papá llegue pronto. No tendría que haberle dicho que no estaba aquí, quién sabe.

—No parece muy peligroso.

—Esto nunca se sabe. A veces los que menos lo parecen son los peores.

Mientras Callie arrinconaba la azada, Jessica entró en casa. Allí encontró a Mathy y Leonie pegadas a las ventanas de delante.

—¡Es él! —dijo Mathy.

—Ya lo sé —replicó Jessica—. No os alborotéis. Está buscando trabajo. Mamá le ha dicho que se espere aquí hasta que papá vuelva.

—¡Quizá estemos todas muertas para entonces! —exclamó Mathy alegremente, con los oscuros ojos llenos de excitación—. ¡Puede cortarnos el cuello y quemar la casa!

—Bah, no digas tonterías —dijo Leonie—. No le tengo ningún miedo.

—Parecía muy educado —comentó Jessica.

—Hummm, es un jornalero.

—Bueno, pero puede ser educado.

El joven saltó la verja de atrás y caminó por el sendero. Las niñas corrieron a la cocina para poder verlo mejor. Callie lo observaba desde el patio.

—¡Puede esperar ahí! —gritó—. El señor Soames llegará dentro de un minuto.

Él se dirigió a la cerca.

—¿Quiere que le corte madera mientras espero?

Mathy iba dando brincos de un lado para otro.

—¡Supongo que mamá no le dejará el hacha! ¡Nos cortará la cabeza!

—No, gracias —dijo Callie con voz firme. Luego, entró en casa—. Vosotras, niñas, *apartaros* de la ventana.

—¿Por qué no le has dejado cortar leña? —preguntó Mathy—. ¿Te ha dado miedo dejarle el hacha? ¿Es por eso, mamá?

—¡Oh, claro que no! ¡Ni se me ocurrió! —Callie se detuvo, como si en realidad sí se le hubiera ocurrido—. Pero no quiero tener que agradecerle nada, eso es todo. Si hace algo por nosotros, puede llegar a creer que puede tomarse confianzas y todo. Y ahora, niñas, *ayudarme* a terminar la cena. ¡Salid de la ventana! —Se lavó las manos en el barreño—. Parece un buen chico. No comprendo cómo va tan limpio, si sale de un tren de carga.

Salió al porche de atrás. Las niñas se miraron y se echaron a reír.

—¡Claro que está limpio! —susurró Leonie—. ¡Se acaba de tomar un baño!

Cuando Callie regresó, se volvieron de espaldas. Matthew llegó con el carro del heno pocos minutos después y lo vieron charlar con el muchacho mientras desenganchaba al caballo. Al cabo de un rato entró en la cocina.

—Mamá —dijo—, creo que contrataré a ese chico por unos días. ¿Qué te parece?

—Eso es cosa tuya.

—Bueno, necesito un poco de ayuda, y por lo visto los chicos de por aquí ya no quieren quedarse en sus casas. Se van todos a Kansas por la cosecha.

(Los muchachos siempre se iban tras las chicas o tras el dinero).

—Además, los vecinos están también muy ocupados —prosiguió—. Y este chico parece honrado y educado.

—Parece algo debilucho.

—Bueno, no voy a matarlo a trabajar.

—Ya sé que no. Pero Dios mío, ¿dónde va a dormir?

—En el granero. Ya hemos hablado de eso y le parece bien. Está limpio, y podemos darle una colcha. Habrá dormido en sitios peores.

—Si tú lo quieres, por mí está bien.

Se llamaba Tom Purdy. Tenía seis hermanos y había crecido en una granja de Ozark.

—Me fui cuando tenía dieciséis años —explicó en la mesa durante la cena—. De eso hará cuatro. He estado ya en Little Rock y en San Luis. Voy a casa de vez en cuando y me quedo con mi familia una temporada. Nos lo pasamos muy bien todos juntos.

—Sírvene más patatas —dijo Matthew.

—Sí, gracias. Mando dinero a mi familia a veces, cuando lo tengo.

Sonrió enseñando unos dientes blancos y ligeramente cariados. Tenía unos ojos grandes y azules, con pestañas largas y rizadas que le daban una expresión extrañamente angelical.

—Este año pensaba en ir al oeste para la cosecha. Un tío mío tiene una gran granja en el oeste de Kansas donde sólo cultiva trigo. Allí es adónde iba yo. Iba a apearme en la ciudad de Kansas. Pero ¡uno se siente tan solo y sucio en un tren de carga! Esta mañana, en aquel vagón abierto, tenía tanto calor que, mirando los campos verdes y los bosques, no me he podido aguantar. He saltado del tren y he empezado a andar. ¡Diablos, cuando he visto el arroyo, me he tirado de cabeza! ¡Qué gusto que daba nadar ahí! —Se echó a reír—. Pero me parece que alguien me ha lanzado una piedra.

Jessica, Leonie y Mathy clavaron la vista en sus platos, masticando con todas sus fuerzas.

—Aunque no he visto a *naide* —prosiguió—. Tal vez era una rana.

—¡Seguro que sí! —dijo Mathy, muriéndose de risa.

Callie frunció las cejas y miró con suspicacia a Jessica.

—Pásame el pan, por favor —dijo ésta.

—Ya tienes.

—Quiero decir la mantequilla, por favor.

El muchacho dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato vacío.

—Nunca he trabajado para un maestro de escuela —dijo; y añadió modestamente—: pero voy a casarme con una maestra.

—¿Sí? —exclamó Matthew.

—Eso está muy bien —dijo Callie.

—Estamos prometidos; se dice así, supongo. Vamos a casarnos cuando vuelva a casa. —Apoyó la barbilla en la mano—. Creo que va a tener que enseñarme a hablar bien cuando estemos casados. Nunca he sabido. Llegué hasta octavo y entonces tuve que ponerme a trabajar. Nunca he tenido oportunidad de volver a estudiar.

—Bueno, pero puedes intentarlo ahora —dijo Matthew amablemente.

—Soy *demasiado* mayor.

—Oh, no, nunca se es demasiado mayor para ir a la escuela. ¡Caramba, yo tenía tu edad cuando empecé el bachillerato! ¡Y ya estaba casado!

Se llevó a Tom al porche y empezó a hablarle de los viejos tiempos. Callie y las niñas retiraron los platos.

—¿Adónde habéis ido esta tarde, niñas? —preguntó Callie como por casualidad.

—No has limpiado bien este plato —le dijo Leonie a Jessica.

—Es que no veo. Casi no hay luz.

—Sospecho que habéis bajado al arroyo —prosiguió Callie—. Bueno, que me conteste una. Jessica se volvió.

—Sí, mamá, hemos ido allí. Pero sólo un minuto.

—Me lo imaginaba —replicó Callie—. Y supongo que habéis visto al chico ese tomándose un baño. —Nadie contestó—. Os he dicho que no bajarais al arroyo esta tarde.

—¡No, mamá, no nos lo has dicho! —exclamó Leonie.

—Bueno, pero os he dicho que volvierais en seguida de coger las lechugas. Es lo mismo. Y a propósito, ¿para qué habéis ido?

—Queríamos pescar un pez para cenar; eso es todo.

—Así que habéis ido y visto algo que no debíais.

—Pero, mamá, ¡no sabíamos que él estaba allí! —exclamó Leonie con impaciencia.

—De todos modos, no se os había perdido nada ahí.

—Teníamos más derecho que él. Es nuestro arroyo.

—Pero ¡yo os he dicho que no fuerais hoy!

—¡No, no lo has dicho!

—¡Está bien, Leonie, ya basta! Si papá se entera de adónde habéis ido, no van a quedarte ganas de hablar tanto.

—Pero, mamá —interrumpió Jessica—, ¡nosotras no sabíamos que él estaba allí!

—Bueno, ya lo sé, pero... ¿Quién de vosotras tiró la piedra?

—Yo —contestó Mathy.

—¿Por qué demonios lo hiciste?

—Pensé que sería divertido.

—Pues a mí no me lo parece. —Callie se sentó y se abanicó con el delantal—. ¡Está muy mal eso de que le mirarais sin él saberlo!

—¡Cree que ha sido una rana! —Mathy se tumbó en un sillón riéndose a carcajadas—. No sabe que hemos sido nosotras.

—Y no quiero que lo sepa. Podría hacerse una idea equivocada de vosotras. Estando un chico aquí, debéis tener mucho cuidado. Que no se os suban las faldas y *portaros* bien. Y que papá no se entere de lo que ha pasado esta tarde. Si lo descubre, se enfadará tanto que pondrá mala cara el resto de la semana. Y además se enojará conmigo por dejaros ir.

—No ha sido culpa tuya, mamá —dijo Jessica.

—Bueno, no discutamos de quién ha sido la culpa. Pero me gustaría que esto no hubiera pasado. Os habéis portado mal; así que *subir y pedir* perdón a Dios.

—¿No podemos sentarnos un rato en el porche primero? —preguntó Mathy.

—Desde luego que no. *Subir* al cuarto en seguida y *meteros* en la cama. Las tres. Mathy, acuérdate de lavarte los pies.

Mientras Jessica se cepillaba el pelo en el tocador, Mathy vagaba de un lado a otro en camisón.

—Jessica...

—¿Qué, cariño?

—No sé por qué he de pedirle perdón a Dios.

Leonie, sentada en la cama con su Nuevo Testamento (leía un pasaje cada día), dijo:

—Ni yo. ¿Qué hemos hecho que sea tan terrible?

—Bueno —repuso Jessica lentamente—, mamá nos ha dicho que volviéramos en seguida y no lo hemos hecho. Supongo que eso es lo que está mal.

—¿Sólo eso? —Mathy se dejó caer en la cama agitando los pies en el aire—. Es un pecado muy pequeñito. Leonie, tú has sido la que has querido ir. ¿Por qué no le pides perdón a Dios por todas? Así Jessica y yo no tendremos que hacerlo.

—¡Oh, no creo que os podáis librar tan fácilmente! —replicó Leonie—. Vosotras también habéis ido, ¿no? Yo sólo he tenido la idea.

—Vamos a pedirle que nos perdone —dijo Jessica—. Decid sólo «Perdónanos nuestros pecados, cualesquiera que sean», y servirá.

Mathy se fue a su habitación y volvió al cabo de un rato.

—Ya están dichas.

—¿Qué?

—Mis oraciones.

—Muy bien.

—Esta noche he rezado una corta porque no se me ocurría qué decir. Hace demasiado calor. Me gustaría que pudiéramos dormir en el patio.

—Vete a la cama y olvídalo. En seguida se te pasará el calor.

Jessica continuó cepillándose el pelo. Reflejado en el espejo, veía el cuadro de la pared de enfrente, regalo de sus padres. Representaba a una muchacha sosteniendo una cruz de piedra en un mar tempestuoso. Cada vez que lo miraba le remordía la

conciencia. Se peinó el pelo en una trenza larga y apretada, y se metió en la cama.

Leonie terminó su lectura, apagó la luz y se arrodilló junto a la cama. Jessica no tenía muchas ganas ni de rezar ni de arrodillarse. Se recostó en el colchón de plumas y trató, con toda su alma, de sentirse pecadora. Por fin, Leonie terminó.

—¡Tanto jaleo sólo por un jornalero! —dijo—. Y todavía están hablando ahí abajo. Nunca hubiera creído que a papá le gustara hablar con alguien tan ignorante.

—No es ignorante.

—Sí lo es. Ya has visto cómo habla.

—Bueno, a veces mamá también habla así y no es ignorante.

Leonie no contestó. Permanecieron despiertas en la oscuridad, escuchando las voces que llegaban del porche delantero. El aroma de tabaco penetró por la ventana.

—¡Fuma! —exclamó Leonie con altanería.

Al cabo de un rato Matthew y Callie subieron a su habitación y las chicas oyeron cómo el muchacho abría la puerta del granero. La casa quedó en silencio. De pronto, Jessica se incorporó.

—¿Qué es eso? —dijo.

Leonie levantó la cabeza.

—¡Alguien está tocando una armónica! —el sonido llegaba suave, dulce y lejano, desde el granero—. ¡Es él!

Se sentaron y escucharon. La melodía era triste, y el sonido de la armónica la hacía más triste todavía; la sencilla interpretación del muchacho, además, hacía que sonara tan tosca y cautivadora como su lenguaje. A veces sonaba fuerte; otras, se perdía entre los cantos de los grillos o los relinchos de un caballo, pero siempre surgía de nuevo. Jessica pensó que era la canción más solitaria que había oído nunca. Se recostó sobre la almohada sintiéndose llena de compasión por el muchacho, por ella misma, por Marvin, que estaba lejos, y por todas las almas solitarias, errantes y sin hogar del mundo. Era una tristeza dulce la que le embargaba. Se durmió en seguida.

Los pocos días que debía quedarse Tom se convirtieron en semanas sin que Matthew dijera nada respecto a su marcha. Aunque el muchacho tenía sus defectos (apilaba el heno sin cuidado, se olvidaba de cerrar la puerta del granero y de vez en cuando tenía que sentarse en la sombra para fumarse un cigarrillo), era de muy buena pasta, no perdía nunca su buen humor y obedecía las órdenes como si fueran alguna clase de bendición especial. Con las niñas se comportaba con naturalidad y no les prestaba demasiada atención, más que para gastarles alguna broma inofensiva. La existencia de la desconocida maestra tranquilizaba a Callie y a Matthew.

Todos admiraban la limpieza de Tom. Callie le había instalado un lavabo fuera de la casa, junto a la puerta de atrás, que consistía en una jofaina, un cubo, un clavo para la toalla y un plato rajado para la pastilla de jabón. Él había añadido un cepillo de dientes y una navaja de afeitar. Todas las mañanas le pedía a Callie la tetera para calentarse agua. Y cada noche, cuando volvía del campo, se desnudaba de cintura para arriba y se frotaba tanto que Callie se preguntaba si le quedaría algo de piel sobre los huesos.

Un día, Mathy encontró un trozo de espejo roto y lo colocó sobre el lavabo de Tom. Él le dio las gracias amablemente. De todas las virtudes de Tom, había una que gustaba particularmente a Matthew. Tom amaba la música, de la que, aunque tenía una aptitud natural y buen oído, no sabía nada. Como Matthew disfrutaba enseñando, por las noches empezaron a organizar lecciones de música en el salón después de cenar. Sudando bajo la luz de la lámpara, Matthew le enseñaba a Tom a leer las notas mientras Leonie los acompañaba al piano. Leonie no tocaba con mucha inspiración, pero lo hacía correctamente; quería ser concertista. Con enorme paciencia, repetía los simples ejercicios con Tom una y otra vez. Tom la secundaba diligentemente con su armónica y a veces, con su ayuda, tocaba el piano. Al cabo de un tiempo ya se sabía las notas, y entonces interpretaban duetos. Matthew marcaba el compás con las manos como un director de orquesta, cantando de vez en cuando *do re mi o fa fa sol*, para que no perdieran el ritmo. En ocasiones Callie decía:

—Me gustaría que se aprendieran una pieza nueva. Ésta ya me está cansando.

Pero los tres sudorosos músicos del salón repetían una y otra vez las mismas notas, lanzando exclamaciones de regocijo cuando terminaban sin equivocarse.

Jessica, que los escuchaba desde la cocina, donde ayudaba a lavar los platos, se sentía relegada. Y empezó a desear haber estudiado piano, como quería su madre. De vez en cuando se sentaba y practicaba durante media hora, pero sus dedos eran torpes

y perdía el compás. Normalmente aporreaba algún viejo estudio de los que el profesor de música había dado a Leonie o emprendía un mortal combate con alguna composición de título romántico. Callie nunca la dejaba tocar mucho rato.

En las noches en que Matthew y Tom estaban demasiado cansados para las lecciones, se reunían con los demás en el porche. Entonces Mathy no descansaba hasta que Tom tocaba la armónica, y él no accedía a hacerlo a menos que ella cantase. La velada musical se iniciaba normalmente con una versión algo disparatada de «Tres ratones ciegos» en la que a los gemidos de la armónica de Tom se sumaba la risa de Mathy. Después, todos cantaban juntos. A veces «El muchacho carnicero», la balada que Tom estaba cantando el día en que lo descubrieron en el arroyo. Él les había enseñado la letra. Al principio, recordando dónde habían oído la canción por primera vez, las niñas solían reírse; pero era una melodía solitaria y llena de tristeza, y cuando la tocaba se unían a la interpretación y la cantaban en voz baja. Aquellas noches, Jessica vagaba con dulce melancolía por su habitación y se miraba soñadoramente en el espejo, recordando a Marvin. Evangeline despidiéndose de Gabriel. ¡Era todo tan hermoso y trágico!

Un día caluroso y húmedo, poco después del mediodía, Tom se desmayó en el campo. Matthew lo llevó a casa en el carro y se fue en el Ford a buscar a un médico.

—Se ha acalorado demasiado —dijo el doctor, y sugirió que Tom descansara durante un par de días.

Callie le instaló una cama en el salón.

—No puedo consentir que el pobrecillo esté enfermo en el granero —dijo.

Puso sábanas limpias en el catre y le colocó varias almohadas en la espalda para que estuviese cómodo. Durante las horas del día en que hacía calor, dejaba las persianas bajadas para que la habitación se mantuviese fresca. Las niñas pensaban que todo aquel asunto era maravillosamente dramático. Entraban y salían con sopa de patatas, vasos de agua y trozos de hielo en trapos limpios. Mathy le llevaba helechos y piedras de colores, y le leía cuentos. Leonie tocaba el piano para distraerlo, y de vez en cuando permitía que Jessica la acompañara. Ésta se las arreglaba con la segunda voz sin demasiados apuros.

Una tarde, mientras Tom estaba durmiendo, Jessica entró de puntillas en la habitación para bajar las persianas. Cuando se volvió, Tom había abierto los ojos y la contemplaba pensativo.

—Jessica... —dijo con voz soñadora.

—¿Qué?

—Nada. Sólo «Jessica». Nunca he conocido a nadie con este nombre. Una vez conocí a una Jessie, y a un chico llamado Jess también. Pero no es lo mismo. —Siguió mirándola con esa expresión seria y pensativa—. Tienes aspecto de Jessica.

Ella se echó a reír con afectación.

—Y eso, ¿qué significa?

—No lo sé.

Arregló las cortinas de la ventana alisando los pliegues.

—¿Quieres un pedazo de hielo?

—Sí, gracias.

Después de llevarle el hielo, subió a su habitación y se contempló en el espejo. Ladeó la cabeza, se levantó el pelo, lo dejó caer de nuevo, alzó la punta de la nariz y se examinó los ojos durante mucho rato; concentrándose, frunció el ceño. «Tienes aspecto de Jessica.» ¿Qué diablos quería decir con eso? Sonrió con coqueta timidez al espejo, igual que las chicas de los calendarios. Luego se dedicó una mueca fea y se volvió.

—¿Jessica? —La voz de su madre llegaba desde la cocina.

—¡Voy!

El sábado por la noche, Tom se sintió lo bastante bien para ir a la ciudad con ellos. Las damas de la iglesia metodista de Renfro daban una cena a base de helados, y Callie tenía que llevar helado y un pastel. Tom se sentó en el asiento de atrás, entre Mathy y Jessica, con la heladera a sus pies.

—Como me habéis tratado tan bien, niñas, puede que os compre un helado.

—Es mejor que ahorres el dinero, muchacho —dijo Matthew.

—¡Caramba, no me queda más remedio que comprarle a Mathy un helado! Si no lo hago le escribiré una carta a mi maestra y le diré que ando detrás de otras chicas.

—¡No lo haré!

—Pero bueno, ¿no me dijiste que sí? ¿No me acorralaste ayer subido a un árbol amenazándome con una horca y me hiciste prometer que te compraría un helado?

—¡No, señor! ¡Papá, se lo está inventando!

—Vaya, de todos modos te lo compraré para estar a salvo. No quiero que le cuentes chismes a mi chica.

Mathy le pegó un puñetazo.

—Me parece que no tienes ninguna novia.

—Pues a mí me parece que sí.

—Entonces ¿por qué no te escribe?

—No sabe dónde estoy.

—¿Por qué no le escribes y se lo dices?

—Porque no sé escribir, ¡por eso! —Se echó a reír—. ¿Te parece buena respuesta, señorita quisquillosa?

En la iglesia, Tom descargó la heladera y los dejó. Al cabo de un rato regresó con un sombrero de paja nuevo, buscó a Mathy y la escoltó hasta una mesa donde pidieron dos clases de helado y pastel. Callie, que ayudaba a servir, se acercó a ellos meneando la cabeza.

—Os sentará mal a los dos.

—No, ya verá cómo no, señora Soames —dijo Tom—. En cuanto terminemos aquí iremos directos a la farmacia y compraremos aceite de ricino.

—¡Oh, Tom, qué tonto eres! —exclamó Mathy.

Callie se rió.

—Bueno, no comáis más esta noche. Tom, no deberías gastarte el dinero en ella.

Mathy corrió a jugar con las otras niñas y Tom se ofreció a ayudar a las señoras. Al llegar de la calle, donde había vaciado una heladera de agua, vio a Jessica, que estaba al borde del césped.

—¡Eh!

—Hola. ¿Dónde está papá? Quiero pedirle dinero. Necesito una cinta nueva para el pelo.

—Está por aquí. Ven, te voy a comprar un helado.

—¡Huy! —exclamó Jessica acariciándose el estómago—. Ya he comido. Estoy llena.

—Bah, puedes comerte otro. ¡Vamos!

Jessica se encogió de hombros.

—Está bien. Supongo que sí puedo comer más. —Se sentó en el banco de una de las mesas—. ¡Caramba, qué calor!

Se apartó el pelo y se abanicó con su pañuelo.

—Espera, te ayudaré. —Tom desdobló su pañuelo de bolsillo y lo agitó—. Tienes un pelo muy bonito.

—Lo odio. Me gustaría ser rubia como Leonie.

—A mí me gusta castaño y brillante como el tuyo.

—Bah, a mí no. —Jessica se secó el sudor de la frente—. ¡No va mal el helado en una noche como ésta!

—También tienen un helado de plátano que huele que alimenta. He abierto la heladera de la señora Latham.

Jessica hizo una mueca.

—Si lo ha hecho ella, seguro que dentro habrá cáscaras de huevo o plumas de pollo o algo así. Es algo descuidada cocinando.

—Gracias por avisarme. ¿Y qué me dices del de la señora Barrow? Parecía muy bueno.

—Siempre le queda desaborido. Es demasiado tacaña con la nata, liso es lo que dice mamá. Pero la señora Buxton sí lo hace bueno. Pidamos del suyo. —Agitó la mano a una señora que se hallaba cerca—. Queremos helado del suyo, señora Buxton. Supongo que le queda.

—Sí, me parece que sí —contestó la señora—. Os llenaré los platos hasta arriba, niños.

Jessica siguió repasando la lista de damas de la iglesia y las dotes culinarias de cada una. La señora Sells hacía siempre pasteles de cuatro pisos con un baño de chocolate de sabor muy raro; miss Serena Hicks le ponía pasas al helado; y la lista continuaba. Justo cuando Jessica y Tom estaban a punto de terminarse el helado apareció Callie.

—Jessica, ven a ayudarnos un rato.

—Está bien, mamá. Gracias por el helado, Tom.

—De nada...

Salió a la calle.

—Tom me ha invitado a tomar un helado muy bueno. ¿Verdad que es amable?

—Ahora quédate aquí con nosotras a ayudarnos. Tenemos mucho trabajo.

—Mamá, ¿crees que papá me dejará comprar una cinta nueva? La necesito.

—No lo sé, pero quiero que te quedes aquí conmigo. Ya hablaremos de la cinta después.

Las tiendas cerraron antes de que Jessica pudiera escaparse. Pero no le importó. Había estado comiendo helados y pasteles toda la tarde, y no se sentía muy bien. Cuando llegaron a casa, hacía tanto calor que se empeñó en quedarse levantada. Mathy era de la misma opinión. Después de una larga discusión, Callie las dejó dormir en el patio.

Tom ya se había ido al granero. Cuando inició su serenata nocturna, Jessica y Mathy lo acompañaron. Los tres cantaban a gritos y las chicas además hacían el tonto, tanto que Matthew tuvo que reñirlos severamente desde la ventana de arriba. Por fin se calmaron, y cuando Callie se asomó media hora después, las niñas ya dormían arrebujadas en las sábanas.

De madrugada, cuando la luna ya se había ocultado y el cielo empezaba a clarear, Callie se despertó y se asomó de nuevo a la ventana. Sólo había una niña en el catre de abajo. No veía a Jessica por ninguna parte. Al instante, se apoderó de ella un temor que le resultaba muy familiar. Se echó un chal por los hombros y bajó.

—Mathy —susurró, sacudiendo a la niña—. ¿Dónde está Jessica?

—No lo sé —contestó Mathy medio dormida.

—¿Has oído a alguien..., a Tom...?

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Jessica a sus espaldas.

Callie se volvió.

—¡Gracias a Dios, cariño! ¿Adónde has ido?

—Al retrete.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—¿Dónde creías que estaba?

—No sé. No creía nada. Ahora vuelve a la cama. —Arropó a las dos niñas y a Jessica le dio un beso rápido en la mejilla—. Mamá te quiere mucho —dijo, y volvió a entrar en casa.

—¿Dónde demonios creía que estaba? —murmuró Jessica.

Jessica odiaba las tardes de domingo. Las mañanas eran agradables. Le gustaba el bullicio del desayuno y arreglarse para ir a la iglesia. Los vestidos de domingo eran un fastidio, pero a pesar de lo incómodos que eran les sentaban muy bien. (Callie siempre se enfadaba porque Jessica se resistía a vestirse como una señorita; prefería llevar trajes holgados que no le cortaran la respiración.) Era divertido asistir a la escuela dominical con las amigas y charlar en el intermedio que precedía al oficio religioso. El pastor era un hombre mayor, seco y delgado como una página de la Biblia; hablaba bien, y sus palabras, al resonar en la iglesia, producían un sonido hermoso. El hermano Ward no gritaba ni se desgañitaba como muchos predicadores; se limitaba a inclinarse sobre la gran Biblia abierta y a hablar, y le escuchabas y te sentías mejor.

Luego, al salir de la iglesia y disfrutar del soleado mediodía, te embargaba una especie de exaltación. El cielo estaba limpio, claro y brillante; todo el mundo se mostraba cordial, ¡y había helado para comer! A Jessica le gustaban las mañanas del domingo.

Pero las tardes eran algo distinto. Era un tiempo de soledad. La granja ya no parecía un hogar. Nada resultaba familiar ni real. Te sentías sobrecogido, aturdido por el calor y la quietud; no se podía salir y nadie podía entrar. Y la soledad era tanta que describirla resultaba imposible.

Las personas a tu alrededor también cambiaban. Hacían la siesta. Se sentaban en los porches, meciéndose y abanicándose, leyendo los periódicos dominicales y contemplando el camino. De vez en cuando, pasaba una calesa o un coche levantando una nube de polvo que se quedaba en el aire durante un largo rato hasta que, por su propio peso, volvía a caer al suelo. La casa parecía embrujada, como aquel castillo que pasó cien años durmiendo. Hasta las arañas dormían en sus telas. Una tabla del techo crujía, las moscas zumbaban, una página, al volverse, silbaba en el aire. Y eso era todo, a excepción del desmayado chirrido de las cigarras en los árboles.

Los domingos por la tarde, Leonie escribía cartas a sus amigas y primos, estudiaba la lección del domingo siguiente y tocaba el piano. Lo hacía todo con gran seriedad. Pero Jessica se sentía demasiado desdichada para hacer algo que mereciera la pena.

La tarde del domingo siguiente al de la cena de helados estuvo vagando un rato por la casa y finalmente se sentó en el patio de atrás con un volumen de poesías de Longfellow. El viento gemía alrededor del granero. Pensó que se moriría de nostalgia,

aunque no sabía por qué la sentía. Deseaba que llegara el lunes, el querido lunes, con las alegres idas y venidas de la gente haciendo al fin cosas.

Dentro, Leonie había empezado a tocar el piano. Practicaba escalas una y otra vez con manos torpes pero precisas. Era un sonido tan monótono como el de las cigarras. Mathy salió con un lápiz y un cuaderno, y se sentó debajo de un árbol. Se puso a dibujar una mariquita. Mientras dibujaba, cantaba.

Serpientes de dos lenguas y escamas moteadas espinosos erizos, escondéos, ocultaos; tritones, luciones, obedeced, comportaos; no rondéis cerca de la reina de las hadas.^[4]

—¿De dónde has sacado esta canción? —preguntó Jessica.

—Me la he inventado. La letra no, sólo la música.

—¿Y de dónde has sacado la letra?

—De un libro.

—¿Qué libro?

—No sé..., uno de los de la biblioteca. ¡Escucha! —exclamó Mathy levantando una mano—. ¡Oigo un avión!

Se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia el corral escrutando el cielo. Pero no se veía nada.

—Lo que has oído probablemente son las cigarras del bosque —dijo Jessica.

Volvieron a sentarse debajo del árbol. Mathy intentó dibujar un avión y Jessica cogió de nuevo su libro. La tarde parecía interminable. *Do re mi fa sol la si do*, se oía en el piano..., *do re mi fa sol la si do*. Tom, que había estado durmiendo en el patio delantero, se dirigió al pozo.

—Sácame agua fresca —dijo Mathy.

—Trae el cubo y lo llenaré.

Mathy trajo el cubo y un cazo, y los dos bebieron. Luego ella estuvo dándole a la bomba mientras Tom se lavaba la cara bajo el caño y se alisaba el pelo con las manos mojadas.

—Espera, te ayudaré.

Le echó agua por la cabeza.

—Ahora te toca a ti, señorita quisquillosa.

Tom le salpicó la cara.

—¡Qué buena está!

—Pues toma un poco más —dijo salpicándola de nuevo.

Mathy llenó el cazo en el cubo. Tom echó a correr y ella empezó a perseguirlo. Mathy lo apuntó con el cazo, dispuesta a darle, y entonces él se escondió detrás del árbol y el agua alcanzó a Jessica. Esta dio un salto, riendo, y corrió a casa a buscar otro cazo. Entonces empezaron a perseguirse los tres por el patio, riendo, chillando y mojándose cada vez más. Al oír aquel alboroto, Leonie salió a ver qué pasaba.

Recibió un chorro de agua en la cara.

—¡No hagáis eso!

—¡Lo siento! ¡Quería darle a Tom! —gritó Mathy riendo a carcajadas.

Leonie cogió el cubo y se unió a la guerra. Pegado al cuello, el pelo de las niñas chorreaba. Sus vestidos de algodón se adherían al cuerpo moldeando sus piernas y sus pequeños senos. La camisa de Tom y sus pantalones de domingo estaban empapados.

Mientras Mathy y Leonie se peleaban por la bomba del pozo, Tom saltó la valla de atrás para escaparse de Jessica. Ella cruzó como una flecha la puerta, y quedaron los dos frente a frente, junto al reguero del agua.

—¡Voy a tirarte dentro! —dijo él jadeando.

—¡No, no lo harás!

Jessica se llenó las manos de agua y se la echó a Tom, que dio un salto, le pasó a Jessica un brazo alrededor del cuello y le sujetó la cabeza contra su hombro. Con la mano que le quedaba libre cogió agua y le roció la cara. Jessica gritó y se resistió, pero él la agarraba con fuerza. El aire estaba lleno de chillidos, risas y agua. La tarde del domingo se había abierto de golpe, como una cárcel, y en el patio de atrás se había levantado un motín. En medio de todo, la voz de Matthew resonó como un latigazo.

—¡Oídmelos todos! ¡Ya basta!

Mathy, que perseguía a Leonie con el cubo de agua, se volvió y vio a Matthew. Y con expresión de júbilo febril le echó toda el agua por la cabeza.

Por la noche, cuando ya era oscuro, Callie subió al cuarto de las niñas. La insurrección había terminado hacía tiempo y las ropas mojadas estaban tendidas fuera para secarse. A Mathy le habían dado unos buenos azotes, y Jessica y Leonie se habían quedado castigadas en su habitación todo el día. Estaban tumbadas en la cama riendo cuando Callie apareció en el umbral de la puerta.

—Jessica, ¿quieres venir conmigo un momento, por favor?

Jessica entró en la habitación de su madre y Callie cerró la puerta.

—Siéntate, hija. Mamá quiere hablar contigo.

Jessica se sintió de pronto como si se hubiese tragado una piedra. Si había algo que la llenara de miedo y tristeza, eran las conversaciones confidenciales de Callie.

—Es sobre Tom —dijo su madre.

—¿Qué pasa con él?

—Lo de la otra noche. No quedó bien que te invitara a tomar un helado.

—¿Por qué? También invitó a Mathy.

—Ya lo sé. Pero no es lo mismo. Mathy es sólo una niña. Tú en cambio eres ya mayor, Jessica, y te tienes que andar con más cuidado con los muchachos.

—Pero ¡si era Tom!

—Ahí está, cariño. No me parece bien que te sentases en público con el muchacho que tenemos en la granja para que nos ayude.

—Pero...

—La gente puede pensar que eres su novia.

—Pero ¡mamá!

—Bueno, es así. La gente habla, por mucho que tú no tengas culpa de nada. Y no quiero que piensen que la hija del director tontea con un jornalero. A papá lo pones en un aprieto.

—Nunca se me había ocurrido pensarlo.

—Ya lo sé. Pero no quiero que él vaya a pensar lo mismo tampoco. Además, esta tarde, cuando os estabais peleando con el agua, le he visto que te pasaba el brazo por el cuello.

—¡Estábamos jugando!

—Tú estabas jugando, ya lo sé. Pero no sé yo si él hacía lo mismo. Quiero que a partir de ahora tengas mucho cuidado y no dejes que te agarre de ese modo, o que *te se acerque demasiado*. A los chicos se les ocurren cosas raras, y no quiero que piense nada raro de mi hija. —Jessica bajó la cabeza, agradeciendo la oscuridad de la habitación—. Tom es un buen muchacho, pero se trata sólo de un jornalero, de un vagabundo. Y mamá quiere para ti algo mejor. Algún chico de buena familia, que te cuide y te trate bien.

—Pero, mamá, ¿quién ha dicho algo respecto a...?

—Ya sé que no has pensado nada de Tom, pero quiero que te andes con cuidado. No cojas demasiada confianza con él. Cuando los chicos y las chicas intiman, pueden pasar cosas malas. Tienes que tenerlo en cuenta, ya eres tú mayorcita.

Callie se dirigió a la ventana y apartó la cortina para dejar entrar más aire. Jessica creyó que iba a vomitar.

—¿Puedo irme ahora, mamá? Hace mucho calor aquí dentro.

—Sí, puedes irte.

Jessica bajó corriendo las escaleras y salió al patio, donde estaba oscuro. Le habría gustado huir al bosque, esconderse allí y no salir nunca más. Al lado del ahumadero, arrebujada en las sombras, apoyó la cabeza sobre las rodillas y trató de llorar. Pero las lágrimas no le salían. Se sentía mortificada, aunque no sabía por qué. ¿Quién le había mandado sentarse aquella noche con un jornalero? ¿Cómo pudo ser tan estúpida? ¿Y por qué se había metido en aquella pelea de agua dejando que él la tocara? Eso era lo que no podía perdonarse. Que el jornalero le hubiera pasado el brazo por el cuello, que hubiera apoyado su cabeza contra el hombro, ¡y que a ella le hubiese gustado! Clavó las uñas en la tierra, furiosa consigo misma.

Pero, después de todo, ¿por qué no había de gustarle? ¿Por qué todo el mundo despreciaba a Tom? Era simpático. Y si había nacido en una familia humilde, ¿tenía él la culpa? De pronto, sintió tanta pena por él que al fin se echó a llorar.

En primer lugar, Tom no era mal parecido. Siempre estaba limpio, de buen humor, tan correcto como sabía, y aunque poco instruido, era inteligente. Pero, por encima de todo, estaba allí. La proximidad es a menudo la mayor virtud. Cuando Jessica se durmió aquella noche, ya se había enamorado locamente. Avergonzada o no, tenía que admitirlo. Lo quería desde la primera tarde en que lo vio subiendo por el camino.

A la mañana siguiente se despertó con dolor de cabeza y se quedó arriba hasta que Matthew y Tom salieron de casa. Vagó todo el día, soportando su vergüenza. Pensaba en él constantemente, sin un momento de paz. Lo juzgaba desde el punto de vista de su madre y de Leonie, y se imaginaba lo que dirían sus amigos de la ciudad si lo vieran. Era pobre, desharrapado, un paleta sin cultura y con los dientes cariados. Un don nadie. Luego lo juzgaba según su propia opinión —un muchacho alegre, de ojos azules, dientes muy blancos y gran dulzura—, y sentía amor incluso por el granero, la pila de agua, la bomba y el catre del salón, porque todo le recordaba a él.

Pero Tom tenía una novia en su tierra con quien se iba a casar. Al recordar esto, a Jessica se le caía el alma a los pies. No podía hacer nada. Para Tom, ella era sólo una niña, una chiquilla tonta y vulgar con una nariz grande, que ni siquiera sabía tocar el piano. Se mordía los nudillos, jurándose practicar cada día. Pero aunque lo hiciera, ¿qué sacaría? Aunque Tom la viera —aunque empezara a reparar en ella—, papá y mamá no lo permitirían ni por asomo. Y además era desharrapado, vulgar, no sabía hablar bien, ¡pero a ella no le importaba! Sólo que sí le importaba.

Corrió arriba, y se miró en el espejo. Una cara delgada con una gran nariz que sobresalía como un pico, ojos castaños claro de expresión asustada y pelo lacio. Él había dicho que le gustaba su cabello..., pero no podía ser cierto. Lo dijo en broma. Se echó a llorar, y al ver en el espejo su rostro contraído y sus ojos enrojecidos, escondió la cara entre las manos.

—¡Eres tan fea! —dijo—. ¡Y muy tonta!

Una semana después, cuando estaban sentados a la mesa, su madre dijo:

—¿Qué te pasa, Jessica? No comes casi de nada y has perdido el color. ¿Te encuentras mal?

—No, muy bien. Pero no tengo hambre.

—¿Que no tienes hambre?

—Hace mucho calor.

—Sí, es verdad, hace un calor terrible, y pegajoso, además. —Callie se abanicó el pecho apartando el escote de su vestido—. Y va a ir a peor. Mal día para tener visitas.

—Me gustaría que no vinieran —dijo Jessica, pensando con aversión en tías, tíos, su prima Ophelia, y cualquiera que no fuese Tom.

—¿Por qué? Creía que tenías ganas de tener compañía.

—Sí, pero...

—Pues yo me alegro de que vengan —dijo Leonie—. Ya tengo ganas de que estén aquí.

—Bueno, tenemos mucho que hacer antes de que lleguen —dijo Callie—. Si vais a lavaros el pelo, niñas, os lo laváis ahora mismo para que después me podáis ayudar.

Se lavaron la cabeza en el patio de atrás, en la pila de Tom, usando una gran pastilla de jabón de sosa. Jessica y Leonie se marcaron el pelo con rulos de papel. Cuando hubieron terminado, Callie mandó a Jessica que preparara unas tortas de maíz. Y una vez estuvieron listas para el horno, todos los demás habían salido. Jessica se fue al salón a leer *Loma Doone*.

Acababa de empezar cuando se asomó Callie.

—No vigilas el fuego muy bien —dijo.

Jessica suspiró, cerrando el libro.

—Ahora voy.

Vació en el fogón un cubo de carbón que pronto se consumió. Ahora tenía que ir a buscar mazorcas de maíz y empezar de cero otra vez. Cogió el cubo y se dirigió al granero. El sol calentaba y le quemaba la piel por entre los apretados rulos de papel.

—Tienes un aspecto muy cómico —dijo Mathy, saliendo del granero.

Mathy llevaba el pelo corto y liso, y no tenía que molestarse en rizárselo.

—Me da lo mismo —replicó Jessica.

Pero al llegar a la puerta del granero, apareció Tom, saltando la valla.

—¡Caray, estás guapísima! —Jessica siguió andando impasible, pero sonrojada hasta las cejas—. ¡Parece como si te hubiesen decorado para Navidad!

—Puede que sí. ¿Qué estás haciendo en casa a estas horas?

—Vengo a buscar la horca. Me la he dejado esta mañana.

—Y también te has olvidado de cerrar la puerta del granero.

Jessica entró y la cerró de golpe.

—¿Otra vez? Vaya...

Jessica se sentó sobre una pila de grano. No quería salir hasta que Tom hubiera cogido lo que había ido a buscar y volviera al campo. Perezosamente, fue llenando el cubo de mazorcas.

—¡Eh!

Levantó los ojos, sorprendida por el dulce sonido de la voz de Tom. Él había entrado en el granero y le sonreía.

—¿Qué quieres? —dijo malhumorada.

—No he querido molestarte.

A Jessica no se le ocurría nada que decir. Siguió echando mazorcas en el cubo.

—Pero es que tienes un aire cómico, vaya que sí —añadió, sonriendo.

—¡Cállate!

—¡Vamos, Jessica! Una chica tan guapa como tú puede tener una pinta rara y da lo mismo.

—Yo no soy guapa. Soy fea.

—¿Quién te ha metido en la cabeza esa idea?

Ella se volvió para replicar algo impertinente y, antes de que pudiera darse cuenta, él la había besado de lleno en la boca.

—¡Al fin! —exclamó—. Habría hecho esto hace tiempo si te hubiera cogido a solas.

Ella bajó la cabeza, intentando ocultar la sonrisa que se dibujaba en su boca.

—No deberías haberlo hecho.

—¿Por qué no?

—No está bien.

—Yo no opino eso.

—Bueno, pues no lo está. Además, tú estás prometido.

—No, no lo estoy.

Alzó los ojos, y él le sonrió.

—¿Y qué me dices de esa maestra con la que te vas a casar? —preguntó.

—No hay ninguna maestra.

—Tú lo dijiste.

—Me lo inventé.

—Así ¿no estás prometido con nadie?

—¡Qué va!

—Entonces ¿por qué lo dijiste?

—Supuse que tu papá estaría más tranquilo. Con dos hijas mayorcitas, no habría querido a un muchacho por aquí.

Jessica frunció la boca del modo en que lo hacía siempre Leonie.

—¡Qué embustero!

—Puede. Pero yo quería trabajar y tu padre me necesitaba. ¿Qué mal hay?

—Tú no... —Intentó decir «amas», pero la palabra no le salió—. ¿A ti no te gusta nadie, entonces?

—Sí, sí me gusta alguien.

Sus alegres ojos azules sonrieron, y Jessica sintió que su corazón saltaba como un pequeño pez.

—¡Je-ssi-ca! —gritó una voz desde fuera.

Tom se enderezó.

—Las chicas guapas siempre tienen hermanas pequeñas. Será mejor que me vaya al campo. —Salió del granero—. Hola, Mathy. Ya era hora de que vinieras a ayudar a tu hermana.

Saltó la valla de nuevo y Mathy se asomó al granero.

—Jessica, mamá estaba preguntando dónde te habías metido.

—Estoy cogiendo mazorcas para el fuego.

—Se ha apagado hace rato.

—Ya lo sé. Por eso he venido aquí. Tom se ha olvidado la horca... Estábamos hablando y...

—Jessica...

—¿Qué?

—No me chivaré.

Se miraron un momento en silencio.

—¿A qué te refieres? —inquirió Jessica.

—No diré que Tom y tú os habéis besado.

—¡Oh, Mathy!

Jessica bajó la cabeza, avergonzada y sorprendida.

—¿No le has besado?

—Pues no. Quiero decir que yo no le he besado a él.

—Bueno, ¿y por qué? —Mathy le miró con impaciencia—. Eres muy tonta, Jessica. Yo besaría a Tom, si tuviera oportunidad de hacerlo. Me gusta Tom. Pero no soy bastante mayor, ¡y esto me pone mala! Jessica, como yo no puedo casarme con él, ¡tienes que hacerlo tú!

Estaba muy seria y Jessica se echó a reír.

—¿Quién ha hablado de casarse?

—¿No quieres casarte con él, Jessica?

—Pero ¡Mathy, por favor!

—Di, ¿no quieres?

—Soy demasiado joven para casarme.

—Tienes dieciocho años. A esta edad se casó mamá.

—Pero voy a ir a la universidad. Y, además, Tom no quiere casarse conmigo.

—¿Lo ha dicho?

—Claro que no..., ¡no hemos hablado de eso!

—Apuesto algo a que él lo hará.

—Pues yo apuesto algo a que no.

—¿Quieres que lo haga, Jessica?

—¡Mathy, por favor!

—¿Sí o no?

—Bueno, no me importaría que me pidiera...

—¡Oblígale a hacerlo!

—¡Mathy! ¡Nunca he oído una cosa más tonta! Si no fuera porque... —Jessica se detuvo, miró a Mathy con exasperación, y luego la abrazó—. ¡Eres la hermanita más estupenda del mundo!

Las dos rodaron por el suelo riendo a carcajadas. Y después salieron del granero sintiéndose aturdidas e importantes. Por primera vez en muchos días, Jessica no se sentía culpable.

Cuando aquella tarde llegaron los parientes, los recibió con los brazos abiertos, quería a todo el mundo. Nunca había pasado un día tan delicioso.

A partir de entonces Jessica vivió en un estado de sitio. No podía hacer nada sin notar que Tom la observaba. Al lavar los platos, pensaba en qué le parecería a él (¡y con cuánta gracia levantaba la olla!). Cuando trabajaba en el jardín, ya no caminaba entre los surcos con el trasero al aire. Vigilaba, como una señorita, que la falda no se le subiera. Cuando se secaba al sol el pelo recién lavado, se lo dejaba suelto sobre los hombros, lo que le hacía sentirse como Lorna Doone. Había desechado los rizadores de papel.

Un día, mientras se bañaba en la tina en el piso de arriba, se contempló en el lado bueno del espejo, donde la imagen se reflejaba mejor. Su cuerpo era largo y fino, y de un color bonito. Muy pálido, sin pecas. Examinó la pequeña constelación de lunares que tenía en un hombro. ¿Le importarían a él? La idea de que la viera desnuda la hizo enrojecer. Apartó los ojos e, inmediatamente, volvió a mirarse presa de una extraña alegría. Pensó en el cuerpo desnudo de Tom aquel día en el arroyo y lo deseó de un modo que la asustó. Al contemplarse en el espejo, vio por encima del hombro el cuadro de la pared de enfrente —la muchacha sosteniendo la cruz en un mar tempestuoso— y se apartó bruscamente.

Durante aquellos días, lo único que hubo entre ellos fue aquel beso, y de vez en cuando el contacto de sus manos cuando se cruzaban por la casa de noche. A Jessica le bastaba. Era un placer exquisito, peligroso, que no se debía tomar de un trago. Era como el sabor amargo y verde de las hojas de uva, que se mastican pero no se tragan. Más que un sabor, era un amargante.

A ella le preocupaba decepcionarlo cuando estuvieran a solas por no saber qué hacer o decir. Pero cuando por fin se presentó la ocasión, no se mostró torpe ni temerosa.

Aquella noche Matthew la mandó a encerrar los pollos. El cielo, apenas oscuro, estaba todavía muy azul, y la luna nueva brillaba sobre el huerto. Jessica se detuvo y pidió un deseo. Luego alzó la cara y se volvió lentamente, sintiendo que el mundo, hermoso, se extendía en todas direcciones y ella ocupaba el centro exacto. Mientras se dirigía hacia la puerta del jardín, Tom surgió de entre las sombras. La parte de atrás de la casa estaba a oscuras; en el porche delantero se oían voces. Jessica fue hacia él como un torrente de agua, y se abrazaron con tanta vehemencia que ni siquiera necesitaron besarse. A ella le pareció que todos sus sentidos se abrían y recibían a Tom; con la boca pegada a la de él, lo sentía, lo saboreaba, lo respiraba. ¡Aquí estoy!, gritaba en su interior. Así estaban cuando el estruendo de una voz a sus espaldas los golpeó como un martillo. Se separaron bruscamente y, al volverse, se encontraron cara a cara con Matthew.

Durante un instante los tres permanecieron mudos mientras la furia de Matthew se esparcía por la oscuridad. Al recobrar el habla empezó a tirar balas. Dijo palabras como «rastrero», «podrido», «insolente» y «abuso de confianza». Al final de la

retahíla, Tom musitó:

—Lo siento, señor Soames. No tenía intención de causarle ninguna molestia.

Matthew lanzó otra descarga, dirigida a los dos, y ordenó a Jessica que entrara en casa. Ella obedeció sin protestar. Lo último que oyó fue: «... ¡y no quiero verte más!».

A la mañana siguiente, Tom se había ido. Nadie mencionó su nombre.

Aunque sentía pena por Jessica, Leonie encontraba todo el asunto difícil de comprender.

—Era muy vulgar —repetía, a modo de consolación—. No podías querer casarte con él. Tú debes casarte con un profesor o algo así.

Pero para Mathy, al igual que para Jessica, la pérdida de Tom era un desastre. Las dos se lamentaban en secreto, preguntándose incansablemente adonde se habría ido. Jessica estaba segura de que había cogido el primer tren de carga para el oeste.

—Siempre hablaba de Kansas —dijo—, de irse para la cosecha del trigo.

Mathy creía que todavía andaba cerca.

—Volverá a buscarte —auguraba.

Jessica agradecía aquellas palabras, pero lo hacía sin esperanza. Tom no la quería mucho, pues de lo contrario no se habría ido sin ella.

Sin embargo, un sábado por la noche lo vieron en la ciudad. Entraron en el mercado justo cuando Tom salía. Jessica creyó morir de alegría... y también de temor. La boca de su padre adquirió una expresión dura cuando contestó con un helado «Buenas noches» al informal «Eo» de Tom. Y Jessica rezó para que no hubiera visto la mirada que se cruzaron ella y el muchacho.

—*Quedaros* aquí conmigo —murmuró Callie a las niñas... ¡como si Jessica tuviera el valor de ir tras él!

No volvió a verlo en toda la noche. Normalmente Leonie y ella paseaban por la plaza con sus amigas y se tomaban una gaseosa en el bar. Aquel día no podían alejarse un poco sin que su madre les dirigiera una severa mirada. Mathy consiguió zafarse de Callie, pero Jessica y Leonie no salieron de la plaza del mercado. En cuanto hubieron comprado los comestibles y vendido los huevos tuvieron que volver a casa. Hicieron el viaje en silencio; su padre estaba malhumorado, enfadado sin duda con Tom por seguir vivo. A Jessica no le importaba. Mientras Tom estuviera cerca, todo lo demás le daba igual.

Ansiaba llegar a casa para desahogarse con Mathy. Seguían pasando las noches fuera en el patio. Apenas se habían metido en la cama cuando Mathy pasó la sábana sobre sus cabezas y susurró a Jessica al oído:

—¡Te manda un mensaje!

Jessica se estremeció de alegría.

—¿Qué te ha dicho?

—Quiere reunirse contigo abajo en el huerto.

—¿Cuándo?

—¡Esta noche a las doce!

Jessica ahogó un grito en la almohada.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes? ¿Qué más te ha dicho?

—Sólo que quería verte a medianoche. Me lo he encontrado en la calle, cuando paseaba.

Las dos charlaron nerviosísimas bajo la sábana, Jessica aterrorizada, Mathy intentando darle ánimos.

—¿Y si papá lo descubre? —preguntó Jessica.

—Esperaremos a que se haya dormido.

—¿Cómo lo sabremos?

—Ronca.

—¿Y mamá? Se despertará, se asomará a la ventana y verá que no estoy aquí.

—No, no lo verá —dijo Mathy.

—¿Por qué no?

—Cuando yo me voy, nunca se entera.

—¡Mathy Soames! ¡Has vuelto a pasear en la oscuridad!

—Sólo de vez en cuando.

—Eso es peligroso. ¡Mamá y papá te dijeron que no lo hicieras!

—No se enteran. Ni siquiera tú te habías dado cuenta, y estás aquí.

—Será mejor que no lo hagas más. Si mamá descubre alguna vez que te has ido, nos zurrará a las dos.

—No lo descubrirá nunca. Tengo un sistema.

Mathy se levantó silenciosamente y, corriendo, atravesó el patio y se dirigió al ahumadero. Volvió con una pequeña escudilla redonda que colocó, con mano diestra y rápida, sobre la almohada. Luego la tapó con la sábana, y modeló un bulto con la colcha. En la oscuridad, parecía un cuerpo. Se rió por lo bajo.

—Lo hago cada vez que me despierto y tengo ganas de dar un paseo.

—¡Eres terrible! —exclamó Jessica.

Permanecieron bajo las sábanas, ahogando sus risas en la almohada y procurando no moverse. De vez en cuando sacaban la cabeza para escuchar. Parecía que en la habitación de sus padres el murmullo de la conversación no fuera a terminarse nunca. La luna brillaba sobre el huerto, acechando la oscuridad.

—Tengo miedo —dijo Jessica.

—Yo no —replicó Mathy.

Al cabo de mucho rato las voces de arriba se apagaron. Los grillos cantaban, las hojas de los árboles crujían y la oscuridad parecía llena de toda clase de misteriosos ruidos. Por fin se oyó un ronquido largo y familiar, y la noche quedó inmóvil como la muerte.

—Ya duerme —dijo Mathy—. Puedes irte.

Jessica se incorporó con la sábana bien agarrada, pegada al cuello.

—No voy a ir.

—Tienes que hacerlo. Ten cuidado, no hagas ruido.

—No estará allí, sé que no estará.

—¡Ve a comprobarlo!

—¡Está muy oscuro! —se quejó Jessica.

—¡Oh, Jessica! —dijo Mathy con impaciencia—, si eres tan cobardica te acompañaré.

—No puede ser..., sólo tenemos una cabeza.

—Buscaré otra.

Mathy fue al ahumadero a por otra escudilla y la colocó sobre la almohada. Luego las dos se deslizaron por el patio y corrieron hasta el huerto. A Jessica le palpitaba el corazón.

—Sé que no vendrá.

—Ya verás cómo sí.

Trotaron entre cerezos, melocotoneros y manzanos. Enfrente había un trozo de tierra sin cultivar que separaba el huerto del bosque. Podían verlo perfectamente a la luz de la luna. No había nadie.

—¡No ha venido! —exclamó Jessica.

—Hola —dijo Tom, saliendo de detrás de un árbol.

—¿Qué te he dicho? —dijo Mathy triunfalmente.

Jessica cruzó los brazos sobre el pecho, recordando por primera vez que iba en camión.

—¿Qué tal, Jessica? —Hola.

Intercambiaron una sonrisa forzada.

—Me alegro mucho de verte —dijo Tom.

—Yo también.

—De veras que me ha sorprendido tu recado.

—¿Qué recado?

—¿No me has mandado un recado... por medio de Mathy?

—¡Claro que no!

—Ella me ha dicho que..., que tú querías verme.

—¿Sí? ¡Pues no es cierto! A mí me ha dicho que eras tú el que querías verme...

Mathy, ¿por qué...? ¡Mathy!

Mathy se había batido en retirada.

—¡Ven aquí!

El blanco camión brilló entre los árboles y desapareció.

—¡Voy a partirle los dientes! —exclamó Jessica, volviéndose hacia Tom.

—¿Por qué, Jessica? ¿No te alegras de estar aquí?

—Sí, claro, pero...

—Yo sí me alegro.

Puso la mano en su brazo.

—Será mejor que me vaya, Tom.

—Todavía no, Jessica, acabas de llegar.

—Ya lo sé, pero será mejor que vuelva antes de que papá se dé cuenta de que me he ido.

—Está durmiendo, ¿no? ¿Y no vigila Mathy?

—Sí, pero...

—Quédate, Jessica. Sólo un minuto.

—Está bien...

El aire era tan agradable, la noche tan hermosa (la luna menguante bañaba el huerto con su luz de plata) y había deseado tanto volver a verlo...

—Jessica... —murmuró él, acercándose más.

—No te acerques.

—No tienes miedo, ¿verdad?

—No.

—No voy a hacerte ningún daño.

—Ya lo sé.

—Ni siquiera te tocaré, si no quieres... ¿Quieres que lo haga, Jessica?

—No lo sé.

Bajó la cabeza, y permanecieron así unos instantes.

—Voy a irme lejos de aquí dentro de poco, Jessica.

—¿Sí? —dijo ella, alzando los ojos—. ¿Muy lejos?

—No me queda otro remedio. He estado con Latham desde que me fui de aquí, pero ya no me necesitará más a partir de la próxima semana.

—¿Adónde piensas ir, Tom?

—Al oeste, a la granja de mi tío.

—¡Eso está muy lejos!

—Tengo que ir a algún sitio.

—¿No puedes quedarte por aquí?

—¿Para qué? Nada me retiene por aquí. Excepto tú... Jessica...

—¿Qué?

Se produjo una larga pausa.

—Supongo que no nos veremos nunca más, ¿verdad?

—No lo sé, Tom.

—Imagino que tu padre ya no me dejará volver a tu casa.

—No, a menos... que cambie de opinión.

—¡Eso sí que no lo veo yo! —Cogió una pequeña manzana, la estrujó en su mano, y la tiró—. Supongo que ésta es la última oportunidad que tenemos de estar juntos.

—Sí, creo que sí.

—Bueno, entonces..., tenemos que aprovecharla, ¿no te parece? Su corazón palpitó violentamente.

—¿Jessica? —dijo él, tocándole el brazo.

—Tengo miedo —contestó ella con voz débil.

—No de mí. Por favor, Jessica. Yo..., yo te quiero.

—¿Lo dices en serio? —exclamó.

—Claro.

—¿De verdad?

—Sí.

—¡Oh, Tom, yo también te quiero!

Con un ligero sollozo, lo rodeó con los brazos y se casó con él en su corazón.

A la luz del día, sin embargo, el asunto adoptó un cariz distinto. Aunque la ausencia de Jessica no había sido descubierta (Mathy vigiló lealmente), la aventura podría delatarse a sí misma, y de la manera más horrible. Unos cuantos días después, como a su cuerpo no le sucedía nada se tranquilizó un poco. Pero sólo momentáneamente. Descubierta o no, había violado un mandamiento y, de todos, el más aterrador..., no el más importante, según la Biblia, pero sí el más importante para su madre. Jessica veía los mandamientos como diez tablas de mármol, viejas losas en un antiguo cementerio surgiendo de la hierba en una blanca hilera. Cuando uno se derrumbaba, todos los demás se venían abajo con él. Día tras día, entre las ruinas del Decálogo, se sentía condenada. Tom era su único refugio y salvación.

—Tengo que verlo —le dijo a Mathy—. ¡Es necesario que lo vea! Tom tiene que volver.

—Volverá.

—No sé cuándo.

—Tal vez cuando vuelva de Kansas.

—Pero eso es mucho tiempo. A lo mejor se queda allí.

—¡Te dije que te fueras con él! —exclamó Mathy.

Jessica intentó explicarle que no podía irse de aquel modo, en camión.

—Y, además, no me lo pidió —añadió tristemente.

—Volverá. No te preocupes, Jessica.

Mathy se esforzaba por distraerla. Le llevaba cada día pequeños regalos: ramilletes de hierbas, la cáscara azul de un huevo de petirrojo, un pincho largo y brillante como si fuera madera barnizada, un nido de oropéndola abandonado (cogido con gran dificultad de una rama alta). También la invitaba a su cueva secreta, la que quedaba sobre el arroyo. Jessica se sentía agradecida, pero aquello no la aliviaba mucho.

Una noche, cuando todos los demás estaban durmiendo, Mathy la convenció de que bajara al bosque.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo.

Salieron por el patio y cruzaron los prados como dos pequeños fantasmas con los pies descalzos y largos camiones blancos. La luna todavía no había salido. A ratos, Jessica apenas podía distinguir la figura de Mathy en el sendero. De vez en cuando tropezaba. Mathy, en cambio, caminaba como una ardilla por aquellos parajes, que conocía de memoria. Cruzaron la arboleda de nogales y llegaron hasta el pie de la

ladera. Allí se desviaron tomando una vieja senda que conducía al bosque.

—¿Dónde estás? —preguntó Jessica en susurros—. No te veo.

—Aquí..., por aquí.

Jessica se encaminó en dirección a la voz y dobló una curva del sendero. Allí, ante ella, en un negro hueco bajo una roca, miles de luces diminutas brillaban en la oscuridad.

—¡Mira! —gritó Mathy—. ¡Todos los bichos de luz del mundo!

La oscuridad parecía viva con aquella explosión de luciérnagas. El aire estaba lleno de su olor delicado y acre. Mathy bailó con entusiasmo, batiendo las palmas.

—¡Se han quedado por ti, Jessica, te esperaban! —Se lanzó con los brazos extendidos—. ¡Vamos, Jessica! ¡Baila!

Dio vueltas y más vueltas como un remolino.

—¡Oh, Jessica! —Mathy se detuvo bruscamente—. ¿No te gusta?

—¡Sí, claro que sí!

—¿Verdad que es bonito?

—Es..., ¡es precioso!

—Pensé que te animaría.

La voz de Mathy rebosaba de desilusión.

—¡Y me anima, cariño! Es precioso, de veras.

Mathy retrocedió y las dos se quedaron un rato contemplando las luciérnagas.

—Me parece que te mueres por ver a Tom —dijo.

Poco después emprendieron el camino de regreso a casa.

Jessica se levantó el domingo por la mañana con dolor de *cabeza*, y al vestirse para ir a la iglesia se sintió peor. Tenía náuseas y fiebre. Después de deliberar brevemente, Matthew y Callie decidieron que las niñas se quedaran en casa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Matthew.

—Tiene algún trastorno intestinal —contestó Callie.

—No será que..., bueno, que ella y ese chico...

—No —dijo Callie firmemente—. No hicieron nada. Estoy convencida.

—No sería raro. Lo que vi junto a la verja aquella noche bastó para hacerme sospechar.

—Lo único que le pasa es lo que tendría que *pasarla*... Me parece que tú también me besaste una vez o dos antes de que nos casáramos. —Matthew no hizo ningún comentario—. Y sigo creyendo que fuiste un poco duro con ella. Y también con él. No tenía mala intención.

—Pero ¡no podía permitir que se quedara aquí después de aquello!

—Supongo que no. Pero me alegro de que Jake le diera trabajo para que no pasara hambre.

—¿Crees que ella sabe que está allí?

—Lo dudo. Como sea, ahora ya se ha ido. Fanny me dijo que iba a irse a Kansas.

—Buen viaje —dijo Matthew.

Callie se puso el sombrero.

—Por menos de nada me quedaba en casa esta mañana. Hace mucho calor y me duele un poco la cabeza. Pero creo que será mejor que vaya.

Leonie estaba enfurruñada en el salón.

—Me gustaría saber quién va a tocar en la escuela dominical.

—Encontrarán a alguien, digo yo —terció Callie—. La niña de los Barrow, quizá. Está aprendiendo. Está muy bien darle una oportunidad de vez en cuando.

Leonie pisó con fuerza el pedal y aporreó las teclas del piano.

—Vamos, señorita, alegre esa cara, ¿me oyes?

—¿Por qué no se queda Mathy? Ella y Jessica siempre tienen muchos asuntos entre manos.

—Ya se queda.

—Pero ella sola, quiero decir.

—Quiero que tú te quedes también. Y no pongas esa cara. Siento que no puedas ir, pero esta vez no hay más remedio. Mathy, pórtate bien, y no te escapes.

Matthew y Callie se fueron en coche. Jessica estaba echada en la cama en combinación, con un paño mojado en la cabeza, y escuchaba el solitario canto de las cigarras. Leonie tocaba el piano. Al cabo de un rato, Jessica la oyó salir a la puerta y llamar a Mathy en el porche y luego en la parte de atrás, finalmente se acercó a la escalera.

—¿Está Mathy arriba contigo?

—No.

—¿Dónde se habrá metido esa chiquilla?

La llamó de nuevo una o dos veces, y por fin volvió al piano. Jessica yacía con los ojos cerrados. Al cabo de unos instantes Mathy entró en la habitación de puntillas.

—¡Chist! —Se puso un dedo en los labios y se deslizó cautelosamente por la habitación—. ¡Tom está aquí! —susurró.

Jessica dio un salto, dejando que el paño mojado se le cayera al suelo.

—¿Dónde?

—En el huerto.

—¿Qué hago? Está Leonie...

—Espérate aquí y no bajes hasta que yo te lo diga.

Salió sin hacer ningún ruido. Luego, la puerta de atrás se cerró de golpe.

—¡Mathy! —exclamó Leonie.

—¿Qué?

—¿Dónde te habías metido? Te he estado llamando.

—Estaba fuera.

—¿Dónde? ¿No me has oído?

—Sí.

—Se lo diré a mamá.

—Díselo.

—¿Adónde vas ahora?

—Al pozo. Voy a sacar un cubo de agua. ¿Quieres que te traiga un poco?

—Bueno.

Jessica empezó a vestirse sin acertar apenas a abrocharse los botones. Se cepilló el pelo, se lo recogió con una cinta nueva, se echó agua fría por la cara y se pellizcó las mejillas para darles algo de color. Mathy no había dado todavía la señal. Leonie seguía tocando el piano. De vez en cuando, cuando con la mirada tropezaba con el cuadro de la muchacha que sostenía la cruz, Jessica se estremecía. Abajo, en la cocina, el reloj dio las once.

Leonie terminó la canción que estaba tocando; Jessica la oyó salir por la puerta de atrás y cruzar el patio. Un momento después se oyó un ruido, unos puñetazos y la voz de Leonie llena de furia apagada. Mathy volvió a subir corriendo.

—¡Vamos! ¡La he encerrado en el lavabo!

—¡Le dará algo! —chilló Jessica—. ¡Echará la puerta abajo!

—No podrá, he puesto una tabla por fuera. No saldrá hasta que yo la deje.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. ¡Vamos, Jessica!

Cogió a Jessica de la mano y la arrastró atropelladamente por las escaleras. Luego corrieron hacia el huerto; Mathy iba delante.

—¡Tom! —gritó al llegar al fondo del huerto—. ¡Estamos aquí..., a salvo!

Tom se asomó cautelosamente por detrás de un árbol.

—Hola —dijo, sonriendo.

—¡Has vuelto! —gritó Jessica.

—Sí —contestó—. ¿Cómo estás?

—Muy bien.

—¿De..., de verdad?

—De verdad, Tom.

—¡Me alegro de saberlo! —Titubeó con la sonrisa tonta todavía en el rostro—. Mathy me ha dicho que querías verme.

—He ido a buscarlo —dijo la niña.

Jessica se volvió lentamente, mientras su sonrisa desaparecía.

—¿Tú?

—Pensé que tal vez estaría todavía en casa de los Latham; así que he ido.

Jessica volvió a mirar a Tom.

—¿Aún estás allí? Creía que te habías ido a Kansas.

—Todavía no.

—Ah...

—Caramba, de veras que me alegro de que me hayas mandado llamar. Me estaba preguntando si...

—Yo no te he mandado llamar —susurró Jessica—. No sabía que Mathy iba a ir.

—Es verdad, Tom —dijo Mathy—. Ella no me ha mandado..., ya te lo he dicho.

Tom se echó a reír desconcertado.

—Bueno, da igual lo que haya dicho. De todos modos, me alegro de verte.

—¿Sí? —dijo Jessica.

—Claro que sí.

—Entonces ¿por qué no volviste la semana pasada, Tom?

—Bueno, yo...

—¿Necesitabas que fueran a buscarte?

—Caray, Jessica, no estaba seguro..., no sabía si tendrías el valor de escaparte otra vez.

—Lo habría hecho.

—Pero es que yo no lo sabía. No te enfades, Jessica.

—¡No estoy enfadada! —replicó con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, dejad de pelearos —dijo Mathy—. No hay tiempo. Daos prisa y decidíos.

—¿Decidir qué? —preguntó Tom.

—Que os casáis.

—¡Casarnos!

—Vais a casaros, ¿no?

—Bueno, yo... ¡Caray!, no hemos llegado tan lejos, ¿verdad, Jessica?

—Me parece que no.

Mathy intervino.

—¿No os gustáis el uno al otro? Yo creía que...

—¡No entiendo mucho de bodas! —dijo Tom.

—Lo único que hay que hacer es ir a ver al pastor —contestó Mathy.

—No creo que sea así de fácil.

—¿Por qué no?

—Un chico debe tener algo con qué casarse.

—¿Te refieres al dinero?

—¡Sí! —dijo Tom—. Y un trabajo, y una casa donde vivir.

—¡Bah! ¿Para qué necesitas una casa?

—Las personas casadas la necesitan. En algún sitio hay que vivir.

—¿No puedes vivir con tu familia?

—Mathy, ¿quieres callarte? —dijo Jessica—. No podemos casarnos..., papá no nos dejaría.

—No se lo digas —replicó la niña—. Hazlo. ¡Fúgate!

—¡Oh, Mathy, cállate! —rió Jessica.

—¿Te daría miedo? —preguntó Mathy—. ¿A ti te daría miedo, Tom?

—No lo creo, pero...

—¿No queréis casaros?

—No he pensado en ello.

—Pues yo sí —dijo Mathy—. Me encantaría casarme. ¡Debe de ser muy divertido!

—¡Seguro! —Él se echó a reír desdeñosamente.

—Yo también lo creo —dijo Jessica en voz baja—. Tom, yo podría irme contigo a Kansas. Te seguiría a todas partes y haría lo que me pidieras... No te causaría problemas.

Tom la miró alarmado.

—No tengo mucho dinero, Jessica.

—No me importa.

—¡Ni trabajo ni nada!

—Me da lo mismo que tengamos que estar con tu familia una temporada..., parece simpática.

—Pero ¡por el amor de Dios! ¡Ni siquiera tengo dinero para llegar hasta allí!

—Podéis quedaros con el dinero de los huevos —dijo Mathy—. Yo os lo traeré.

—Eso es robar —dijo Tom.

—No si lo devuelves.

—Podríamos devolverlo —dijo Jessica.

Tom se apoyó en el árbol con la camisa mojada de sudor.

—¡No sé nada de fugas!

—Se coge un tren —dijo Mathy.

—¿Sí? ¿Y cómo lo cogemos?

—El domingo que viene, cuando vayamos a la iglesia, Jessica puede escaparse y reunirse contigo en la estación.

—Sí —asintió Jessica—. Y podríamos ir a tu casa...

—¿Y si tu padre nos pesca?

—No os pescará —dijo Mathy—. Estará cantando en el coro.

—Se pondrá como una fiera cuando lo descubra.

—¿Y qué te importa? No estarás aquí...

—¿Por qué no lo hacemos, Tom? —dijo Jessica.

—Diablos, no sé...

—Bueno, ¡decidíos! —exclamó Mathy, impaciente—. Tengo que sacar a Leonie del lavabo.

Tom se enjugó el sudor de la frente.

—¡Madre mía...!

—¡Por favor, Tom! —gritó Mathy—. ¡Te queremos tanto...! Tom se quedó con la espalda apoyada en el árbol contemplando a sus encantadoras adversarias: las dos tiernas y dulces y jóvenes; una, viva y decidida; la otra, tímida y adorable; ambas con intenciones más mortíferas que las de un cañón. Una lenta sonrisa de derrota se dibujó en su cara.

—Bueno —dijo, mirando a Jessica—, creo que lo haré si tú quieres.

—¡Sí quiero! Oh, Tom... —Se detuvo—. ¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Te reunirás conmigo el domingo en la estación?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¡Estupendo! —exclamó Mathy—. Ahora vámonos, Jessica, antes de que nos descubran.

Si Jessica no hubiese estado obsesionada con su primer amor, si no se hubiera sentido tan culpable, tal vez nunca habría creído lo que Mathy tanto le aseguró ni habría dejado su casa aquel domingo por la mañana, con el corazón en la boca y el dinero de los huevos en el bolsillo. Si, por otra parte, Tom hubiera tenido un temperamento menos dulce y afable, y si, sobre todo, hubiese hecho otros planes, tampoco se habría reunido con ella en la estación. Pero tanto Jessica como Tom eran como eran y cogieron el tren del mediodía.

A la misma hora en que eso sucedía, la familia salía de la iglesia. Mathy se perdió convenientemente entre la multitud hasta que oyó de lejos el silbido del tren; sólo entonces sacó la carta que había dejado Jessica. Estaban todos junto al coche esperándola. Matthew ni siquiera terminó de leer la primera página.

—Entrad —dijo.

Y se dirigieron a toda velocidad a la estación.

—¿Era ésa su hija? —dijo el jefe de la estación esbozando una sonrisa.

Matthew volvió a entrar de un salto en el coche, pero el motor se había parado. Tuvo, pues, que salir y darle a la manivela. Tenía la cara bañada en sudor y la camisa se le pegaba a la espalda. En el camino de regreso a casa el coche se paró de nuevo y hubo que limpiar el carburador. Nadie pronunció una sola palabra. Callie lloró durante todo el viaje.

Nunca descubrieron cómo Tom y Jessica lograron reunirse. Mathy juraba ser inocente. Pero tuvo su castigo. Papá no les dejaría volver a casa nunca más.

A pesar de eso, Callie le mandó a Jessica su ropa.

—No me importa lo que haya hecho, pero no puedo consentir que vaya con la ropa vieja de alguien. —Empaquetó los vestidos, la ropa interior y las bonitas cintas del pelo, todo impregnado de lágrimas y exasperación—. ¡No puedo soportar la idea de que se haya ido con ese perdulario! Yo quería para ella a alguien mejor.

—Dios los cría y ellos se juntan —dijo Matthew.

No podía perdonarle aquella humillación. Había arruinado su reputación en la comunidad. Y ¿por qué? Como buen protestante, habría aceptado su culpa y hecho de su aceptación virtud. Pero no lograba ver qué culpa tenía él. Le había dado una vida fácil, un buen hogar, una educación. Un lluvioso día de agosto, sentado en el bosque, gritó al Señor:

—¡Tú sabes cuánto trabajo en invierno y en verano! ¡Tú sabes cómo me he esforzado! ¿Qué tenía que hacer y no he hecho?

Pero no ardió ninguna zarza ni recibió respuesta alguna. Sólo oyó el suave susurro de la lluvia entre las hojas del roble.

Tom y Jessica pasaron el invierno con la familia del chico, una tribu desternillante que, con toda naturalidad, le hizo sitio a Jessica en la mesa. Pescaban truchas, cazaban ardillas, trabajaban la tierra y vivían felizmente de lo que encontraban. A veces, cuando podían, bebían cerveza casera. Los sábados por la noche se vestían con sus mejores ropas y organizaban fiestas. Los domingos por la mañana se ponían los mismos trajes e iban a la iglesia. La devoción era un placer, y viceversa; Jessica estaba sorprendida y encantada con ellos.

Había muy pocas cosas aquellos días que no la sorprendieran y encantaran. Vivía en un estado de perpetuo asombro, al encontrarse allí y con Tom. Cuanto más conocía al muchacho, más le gustaba. Incluso sus enfermedades —resfriados, fiebre, ataques de debilidad a los que parecía propenso— le hacían quererle más. Ella lo inundaba de afecto, y ambos vivían en aquel radiante ambiente como peces en el agua. Los demás los contemplaban sonriendo con indulgencia.

Su única preocupación era financiera. No podían contribuir en nada al sostenimiento de la familia. Jessica, al ver que no había manera de que Tom se ganara la vida, se buscó un trabajo de profesora de la escuela local. Enseñaba de oído, recordando lo que podía y revisando el método cuando lo juzgaba necesario. La escuela era pequeña y asistían pocos niños. Todos la adoraban. En los recreos cantaban y jugaban juntos. Con frecuencia representaban comedias y todos los vecinos acudían a verlas. Una noche, en una fiesta, Jessica ganó la caja de caramelos para la chica más guapa. Tom se sentía tan orgulloso como ella.

—¡Te dije que me casaría con una maestra! —exclamó.

Cuando Jessica consiguió el trabajo escribió en seguida a casa, segura de que su padre se alegraría. Pero él no le contestó. Leonie y Mathy sí escribieron. La carta de Leonie le transmitía fielmente un mensaje de su madre: ¡qué vergüenza que Jessica tuviera que mantener a su marido! Más que defraudada, Jessica se sintió indignada. Allí estaba más feliz que una alondra, y su madre sólo lo lamentaba.

Al llegar el verano la salud de Tom mejoró y el muchacho empezó a hablar de nuevo de marcharse al oeste. Jessica lo animaba pensando que un cambio de clima podría serle beneficioso. Pero esta vez no se iría solo viajando en trenes de carga. Ella había ahorrado un poco de dinero durante el invierno y partirían juntos en un vagón decente.

—A tu tío no le importará que vaya yo también, ¿verdad? Puedo ayudar a tu tía en la cocina. Trabajaré mucho.

Tom le aseguró que se alegrarían de tenerla con ellos tanto como él. Mandaron, pues, una postal avisando de su llegada, y a finales de junio empaquetaron su comida en una caja de zapatos y cogieron un tren.

Jessica había estado una vez en la ciudad de Oklahoma para visitar a su rica tía Bertie (la hermana de Matthew, cuyo marido había prosperado mucho vendiendo comestibles al por mayor). Tom había recorrido el estado en trenes de carga. Pero ninguno de los dos había hecho nunca un viaje tan largo; la comodidad, además, era nueva para Tom. Se hicieron amigos de los otros viajeros, comieron pollo frito y pasteles que llevaban en la caja, y se ayudaron a quitarse motas de carbonilla de los ojos. Pasaron dos días y una noche en el tren y, cuando por fin llegaron a una pequeña ciudad del oeste de Kansas, resultó que el tío se había marchado de allí y que nadie sabía adónde. Había perdido su granja de trigo.

Tom estaba atónito. ¿No había ido su hermano mayor a trabajar para el tío hacía sólo tres veranos? No, no habían recibido noticias de su tío desde entonces, pero siempre había estado allí, lo daban por descontado. Ahora lo único que podían hacer era regresar a casa.

Pero después de haber llegado tan lejos sería una lástima volver a casa, dijo Jessica. Debía de haber otras granjas de trigo por los alrededores: ¿por qué no buscaban trabajo? Merecía la pena intentarlo. Se tomaron un helado para animarse y empezaron a indagar por la ciudad. Se trataba de una pequeña ciudad arenosa y abandonada, dispuesta alrededor de un inmenso silo cuyas torres plateadas se erguían desafiando la llanura.

—¿Por qué no preguntamos en el silo? —sugirió Jessica.

Y así conocieron al señor Olin.

Era un hombre menudo cuyo cabello rubio rojizo se había descolorido hasta adquirir las tonalidades del paisaje; a excepción de sus brillantes ojos azules, nada en él llamaba la atención. Tenía un porte fiero, un corazón bondadoso y doscientas cincuenta hectáreas de campos de trigo que amontonaba cada año en su granero. Poseía también una casita para los arrendatarios donde Tom y Jessica podrían vivir. Lo acompañaron encantados a su granja en un gran carro de grano.

El señor Olin parecía una trilladora mecánica: era activo y ruidoso, y sabía separar el trigo de la paja. A ellos les gustaba, aunque no les pagaba demasiado y trabajaban mucho. Sin embargo, no les pedía más de lo que se exigía a sí mismo y siempre estaba de buen humor.

También su esposa les gustaba, y ella y Jessica se hicieron buenas amigas. La señora Olin, una mujercita sencilla y cansada, poseía una atractiva cualidad que parecía fuera de lugar en aquella áspera región: irradiaba una dulzura que parecía traída de una tierra verde y fértil. Jessica se maravillaba de que la hubiera conservado durante tantos años, en aquel paraje arenoso y quemado por el sol que contenía su vida: su casa, su patio, un mísero jardincito.

Era un lugar terrorífico. La casa, destartalada y diminuta; el granero, enorme y

agobiante como un ataúd en un salón... No podía negarse la importancia del granero; aquélla era una granja que llevaba un hombre a su manera, y la casa y la mujer lo seguían como podían. Entre la casa y el granero estaba el cobertizo de maquinaria, que contenía piezas del tractor, ejes engrasados y herramientas; el abrevadero para el ganado; oxidados graneros de chapa metálica que brillaban al sol; el silo, una torrecilla ciega y sin castillo; y el molino de viento, que chirriaba al extraer el agua de las profundidades del suelo. A excepción del granero, todo parecía débil e inestable, como si fuera una granja de cartón levantada en el suelo por un niño. Nada podía echar raíces en una tierra tan árida.

No crecía hierba por ninguna parte. A lo lejos, un bosquecillo de catalpas dibujaba una polvorienta línea verde a lo largo del extremo del campo de trigo. Pero junto a la casa no crecía nada, a excepción de unas cuantas verduras, los pillos girasoles y un álamo de Virginia o dos, árboles agrestes y grises que llenaban el patio de su inútil algodón. El viento hacía crujir sus hojas con un sonido sordo.

Jessica salía a menudo a la puerta de su casita y contemplaba los campos, pensando en su hogar: la hierba verde, las rosas del patio, el agua fría y dulce del Little Tebo, el susurro del huerto, Mathy subiéndose a los árboles... Cuando ella y Tom se sentaban fuera al anochecer, recordaba aquellas veladas en el porche del verano pasado y le parecía percibir el perfume de la miel silvestre. A veces, Tom tocaba la armónica y cantaba «El muchacho carnicero»; y, a veces, ella lloraba. Pero eran lágrimas agradables que se agotaban pronto.

Muchas noches, Tom se iba en seguida a la cama, demasiado cansado para sentarse. Estaba muy pálido a pesar de su piel tostada por el sol, tenía ojeras y perdía peso. Los Olin estaban preocupados por él y le hacían comer mucho y trabajar menos. Pero Tom adelgazaba y se cansaba cada vez más. Una noche se desmayó. Sin embargo, como fue la noche que se quemó la paja del trigo, nadie le dio demasiada importancia. Con el calor, los hombres se desmayaban frecuentemente. Tom conducía el carro con el tanque del agua; cuando bajó a ayudar a sofocar las llamas se cayó al suelo. Uno de los hombres lo recogió. Después de pasar varios días en cama y haber recuperado algo de fuerza, lo llevaron al médico. El doctor lo examinó, murmuró palabras vagas y le recetó un tónico. Sin embargo, cuando se iban, los llamó y les sugirió que lo llevaran a un hospital que quedaba a unos sesenta kilómetros de allí. Jessica estaba aterrorizada.

—Cariño, no voy a ir a ningún hospital —dijo Tom—. He cogido mucho calor, nada más.

—Quédate en cama unos días —dijo el señor Olin— y tómate ese tónico. Te alimentaremos bien y pronto podrás levantarte.

Pero Jessica no quedó convencida. Algo iba mal y, mentalmente, ella lo achacaba a aquella región azufrosa. Tom necesitaba lluvia. Y pensó en la lluvia que cae en agosto en Misuri llevándose con ella las fiebres estivales. Pensó en la granja —la de su padre—, donde el patio era verde, la casa blanca y ordenada, y su padre, el

Todopoderoso.

—Volveremos a casa —dijo.

Eso era lo que necesitaban, y no daría su brazo a torcer. Una hermosa mañana de julio, el señor Olin los acompañó al tren. Tom se tumbó en el carro sobre un colchón de lona y Jessica lo protegía del sol con una arrugada sombrilla (extraída del baúl en el que la señora Olin había enterrado su niñez). Durante todo el camino, Tom no cesó de bromear. Pero cuando llegó el tren, apenas podía sostenerse en pie. El señor Olin, apesadumbrado, los acompañó por el andén hasta el vagón de equipajes.

—Este hombre está demasiado enfermo para viajar sentado —dijo—. Déjele instalarse aquí en un colchón, tengo uno en el carro.

—No puede hacer eso, señor —replicó el revisor.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el señor Olin, metiendo el colchón por la puerta—. ¿No ve que el muchacho está enfermo?

—Tiene que ir delante. Son las reglas.

El señor Olin se enfureció.

—Me gustaría saber qué mal va a hacer aquí. Si la gente puede llevar parte de su equipaje delante, me imagino que una persona puede ocupar el sitio de dicho equipaje.

—No puedo permitirle hacer eso.

—Bueno, pues voy a hacerlo; ellos han pagado su billete, y usted no puede echarlos.

Metió a Tom en el vagón de equipajes, ayudado por Jessica. Tom se tumbó en el colchón, entre cestos y cajas, demasiado fatigado para preocuparse por dónde lo ponían. Sonó la campana. Jessica abrazó al señor Olin y se echó a llorar.

—No te preocupes —dijo—. No os echará. Podéis ir tranquilos hasta Kansas. Allí os esperarán, ¿no? —Jessica negó con la cabeza—. ¿No les has escrito? —preguntó alicaído.

—No me pareció conveniente.

—¡Maldita sea!

—Los avisaré cuando llegemos a Renfro, vendrán a buscarnos.

—¡Nos vamos! —gritó el revisor.

El señor Olin saltó al andén y corrió junto a ellos farfullando consejos mientras el tren salía de la estación. Esperó hasta que hubo desaparecido por la cálida y arenosa llanura, y entonces subió a toda prisa al carro, se dirigió directamente a la central de teléfonos y puso una conferencia. Tuvo que aguardar más de una hora, bebiendo vaso tras vaso de agua de un gran jarro de cristal, mientras voces femeninas recorrían la línea a través de Salina, Abilene y Topeka, hasta la red de la ciudad de Kansas, y se perdían de nuevo por los bosques de Misuri, hasta llegar por fin al teléfono del comedor de la granja cercana a Renfro. El señor Olin habló entonces a gritos para hacerse entender.

—¡Les he instalado en el Union Pacific esta mañana! —chilló—. Señor, imagino

que no van a ser muy bien recibidos ahí. Pero no tendrá que aguantarlo mucho tiempo. Esto no es asunto mío, pero debo decirle algo: hicieran lo que hiciesen, ya han sufrido bastante. No se merecen padecer más. Esto es todo lo que tengo que decirle, a excepción de que espero que alguien los recoja cuando lleguen a Kansas.

La comunicación se cortó antes de que terminara de hablar. Pero Matthew había oído bastante para comprender que Jessica volvía a casa y que Tom Purdy estaba muriéndose. Permaneció unos instantes con la frente pegada al auricular intentando ordenar sus sentimientos. El juicio de Dios, pensó con severidad, pero también con lástima. ¡Pobre chiquilla! Sin embargo, había recibido su lección.

El tren fue llenándose de gente durante toda la larga tarde. Jessica, sentada encima de un cesto, abanicaba a Tom y le enjugaba la cara con un pañuelo. Intentó hacerle comer algo de lo que les había preparado la señora Olin, pero Tom no tenía apetito.

En cierto momento, Tom alzó los ojos con tristeza.

—Tienes que perdonarme, Jessica —dijo.

—No hay nada que perdonar.

—Toda esta molestia —murmuró cerrando los ojos—. Cuando me ponga bien, todo será distinto.

—Ya lo sé, amor mío.

Al cabo de un rato, Tom dijo:

—Estoy contento de que nos casáramos.

—Yo también.

—¿De verdad?

—¡Oh, sí, Tom!

Él la miró con una alegre sonrisa.

—Me parece que nunca habríamos tenido el valor de hacerlo si ese diablillo de Mathy no se hubiese empeñado. —Jessica se echó a reír—. Es terrible.

—Desde luego que sí.

—Le estoy muy agradecido... Hicimos bien, ¿verdad, amor mío?

—Sí, Tom.

Él sonrió beatíficamente y cerró los ojos. Durmió durante varios kilómetros. Luego se despertó murmurando cosas ininteligibles y moviendo la cabeza de un lado a otro. Jessica se inclinó.

—Tengo tanta sed... —dijo él.

Entonces, mirándola con expresión de súplica en los ojos, como un animalito enfermo, murió.

El cálido viento llenaba de carbonilla el vagón de equipajes. Jessica se puso en pie sin saber qué hacer. Luego volvió a sentarse y comenzó a abanicarle. Finalmente se detuvo y se tapó la boca con las manos mientras el tren silbaba al pasar un cruce.

Ese mismo día Mathew recibió otra llamada, desde el pueblo en el que bajaron a Tom del vagón. Se marchó en el primer tren. Jessica no lloró hasta que lo vio llegar.

Devolvieron a Tom a su familia y lo enterraron en un cementerio rural. Pero allí la hierba era reseca y frágil, y los saltamontes brincaban a su alrededor. Las hojas, amarillentas por el calor del verano, ya habían empezado a caer, y las cigarras gritaban débilmente que todo, todo, estaba perdido. Jessica se sentía aturdida. Se había olvidado de las estaciones secas, recordando tan sólo el verdor y la sombra, el agua fresca y la fruta madura de los árboles. ¿Qué había pasado para que el verano fuera así? ¿Y dónde estaba Tom?

Dócil y confusa, regresó a la granja de sus padres, y a medida que retomaba los viejos quehaceres y volvía a charlar con sus hermanas su dolor se fue aliviando. La tristeza no iba con su temperamento. También el tiempo cambió. Después de una larga temporada sin lluvias llegaron las tormentas de agosto. La hierba reverdeció, los días se hicieron frescos, azules y dorados, y las noches, frías y blancas. La casa perdió su silencio y volvió a llenarse de ruido, risas, cantos y portazos. Como se acercaba el día en que debían trasladarse a la ciudad, Callie se apresuraba a meter en jarras todo lo que había sobrevivido a la sequía. Iba y venía sin descanso por la casa y el jardín, por las viñas y el huerto, y la cocina exhalaba ricos aromas.

Fue una feliz convalecencia. Todos se mostraban amables. Papá la sentaba en su regazo; mamá la besaba al darle las buenas noches. Habían aceptado su vuelta con los brazos abiertos; la recibieron como al hijo pródigo, llenos de amor, perdón y olvido. Pero Jessica se sentía desgraciada: a pesar de lo buenos que eran, a pesar de lo mucho que los quería, volvería a marcharse. Y no sabía cómo decírselo.

La ocasión se le presentó un día mientras desayunaban. Estaban sentados junto a la mesa de la cocina riendo muy alegres. Todo era divertido aquella mañana. Papá estaba chistoso como un payaso. El fuego de la estufa esparcía por la habitación un agradable olor y la mesa rebosaba de mermeladas frescas y jaleas. Cuando estaba untando con mantequilla una galleta caliente, Mathew se detuvo y dirigió una sonrisa a toda la mesa.

—¿Verdad que es estupendo? —dijo, volviéndose hacia Jessica—. Estamos muy contentos de tenerte en casa.

—Gracias, papá.

—Te echábamos de menos, cariño —dijo su madre.

—¡Ya lo creo! —exclamó Mathy—. Todos llorábamos todo el rato.

—He estado pensando... —Matthew hizo una pausa y prosiguió de nuevo—: Desde luego, nos gustaría muchísimo tenerte con nosotros este invierno, pero sé que querías ir a Clarkstown el año pasado y asistir a la universidad. Pues bien, he estado pensándolo, y si quieres ir este curso, creo que podré mandarte. —Se apoyó en el respaldo de la silla con una sonrisa—. Bueno, ¿qué me dices a esto?

—Pues yo... ¡Caramba, papá, me gustaría mucho! Pero...

—He pensado que tú y yo podríamos ir allí este sábado para matricularte.

—Eres muy amable, papá.

—Te buscaremos una bonita habitación en una de las casas de huéspedes...

—¡Y puedes venir a casa todos los fines de semana! —remató Callie y se recostó en la silla triunfal.

—¡Dios mío! —exclamó Jessica—. Eso sería estupendo. Siempre he deseado ir a Clarkstown, pero creía que este invierno, ahora que...

—Oh, no tienes por qué ir a la universidad —dijo Callie esperanzada—. Si prefieres quedarte en casa.

—No es eso, mamá. Me gustaría ir a la universidad o quedarme en casa. Pero no puedo.

—¿No puedes qué?

—Hacer ninguna de las dos cosas.

Matthew, que se llevaba a la boca una taza de café, se detuvo.

—¿Por qué no puedes?

—Voy a volver a enseñar en la escuela.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —continuó Matthew.

—Allí abajo.

Su padre dejó cuidadosamente la taza en el plato.

—Comprendo —añadió.

—¿Ahí con su gente? —preguntó su madre—. Pensaba que habías dejado esa escuela.

—Lo hice —contestó Jessica—. Pero cuando estuvimos allí para el funeral me dijeron que podía volver. Lo único que tenía que hacer era decirlo.

—Y tú aceptaste la oferta —intervino Matthew.

—No en seguida. Lo medité primero. Y no se lo dije hasta la semana pasada.

—Ya.

Se produjo un silencio helado. Mathy y Leonie dejaron de comer.

—Creía que os gustaba que me dedicara a la enseñanza —dijo Jessica tímidamente.

—No sin un poco más de preparación. Por eso me proponía mandarte a Clarkstown.

—Pero es que ya les he dado mi palabra. No puedo volverme atrás.

—Las circunstancias lo justificarían en este caso.

—Cariño —interrumpió su madre, esbozando una agradable sonrisa—, tú no

quieres volver a vivir allí sin estar él, ¿verdad?

—Tengo muchos amigos.

—También los tienes aquí.

—Ya lo sé, mamá. Pero siento que aquello es mi hogar ahora. Oh, ya sé que ésta es mi verdadera casa —añadió rápidamente, al ver la expresión de sus caras—. Pero como viví allí cuando me casé, he pensado que...

—¿Vas a vivir con su familia?

—Ellos me quieren.

—¡Tu familia también! —estalló Callie—. ¿Por qué tienes que regresar corriendo con la suya?

—No voy a correr, en realidad...

—No es muy agradable vivir entre gente ruda e ignorante que no sabe nada de nada.

—Pero son simpáticos... y muy buenos conmigo.

—¡Creía que nosotros también lo habíamos sido!

—Y lo habéis sido, mamá —dijo con voz temblorosa—. Papá y tú os habéis portado magníficamente.

—Entonces ¿por qué tienes que volver con ellos?

Jessica se echó a llorar.

—No lo sé —contestó; lo único que sabía era que debía hacerlo.

A pesar de todos los llantos, las acusaciones y los llamamientos al sentido común, se mantuvo en sus trece. Se había ido antes, arriesgándolo todo, y no había perdido. Aunque Tom ya no estaba, su amor persistía. La muerte no es la mayor frustración del mundo. Jessica había tenido éxito una vez y podría tenerlo de nuevo. Pero en esta ocasión necesitó más valor, mucho más que cuando se fugó con Tom. Porque sabía que, aunque le habían perdonado aquella huida, jamás le perdonarían ésta.

Al ver que estaba decidida, aceptaron el martirio de mala gana. No dijeron nada más. La trataban con rebuscada cortesía, como a una extraña. Las bromas y las risas desaparecieron de la casa dejando un ambiente de tristeza. Su madre suspiraba a menudo; su padre estaba sombrío. Incluso Mathy le falló. Mathy, que la había animado a casarse, no comprendía ahora que tuviera que macharse, que ya no podía ser una niña de nuevo. Aunque se subían a los árboles, se deslizaban por el heno y tenían largas conversaciones, ya no era tan divertido como antes. Por Mathy, Jessica fingía que se divertía, pero a duras penas conseguía soportar la espera.

Sin embargo, a medida que el día se aproximaba lo temía cada vez más. Cuando por fin llegó, se despertó con verdaderas náuseas. Desayunó algo y en seguida lo devolvió. Le dolía la cabeza. Todos iban y venían con mudo frenesí. Se vistieron con sus mejores ropas, como si fueran a un funeral, y partieron solemnemente hacia la ciudad. Jessica charló durante todo el viaje oyéndose sólo a sí misma y odiando el sonido de su voz. Sería por poco tiempo, dijo; volvería a casa en Navidad. Luego la escuela terminaría y llegaría el verano.

—Sí, es verdad —dijo su madre tristemente—. El tiempo se nos hará muy corto.

—Os escribiré cada semana.

—Eso estará muy bien.

—Quizá podáis venir a verme alguna vez.

—Ya veremos.

En la estación tuvieron que esperar un rato la llegada del tren. La conversación languidecía. A Jessica le palpitaba la cabeza y empezó a temblar. A lo lejos sonó un pitido que se le clavó en el oído.

—Bueno, ya llega —dijo con una risa nerviosa.

—¡No te vayas, Jessica, no te vayas! —gritó Mathy.

Leonie la miraba con los ojos llenos de lágrimas.

El tren entró en la estación y el revisor bajó de un salto.

—¿Es usted la que se va, señorita?

—Sí.

—Bueno, pues ya puede subir —dijo tomando la maleta que le tendía Matthew. Luego paseó un rato por el andén hasta que, por fin, gritó—: ¡Nos vamos!

Jessica tragó saliva con fuerza y se volvió. Su familia estaba en fila, como una patrulla de combate.

—Bueno... —dijo.

—¡Mi niña!

Callie la abrazó con desesperación, temblando como una epiléptica. Sus sollozos se clavaron en el oído de Jessica. Mathy y Leonie también lloraban. Y a papá, con el rostro crispado, le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

A Jessica se le hizo un nudo en la garganta y abrazó con fuerza a su padre.

—¡Te quiero mucho! —gritó.

Y subió al tren sabiendo que así sería el resto de su vida. No podía quedarse, pero tampoco podía estar lejos, y volvería de vez en cuando, condenada para siempre a ir y venir, y a soportar aquellas horribles despedidas. Ése era el precio de su libertad. Pero así era como tenía que ser.

MATTHEW

Era el viernes antes de Pascua. Soplaban un frío viento del norte y Matthew se preguntaba por qué a aquel día se le llamaba «santo». Su hija pequeña se reunió con él para charlar de milagros.

—Sospecho que metió algo dentro —dijo Mathy—. No convirtió el agua en vino, echó algo en la tinaja mientras lo servía.

Se refería al milagro que habían representado la noche anterior en la iglesia baptista durante la semana de Resurrección. Matthew y su familia eran metodistas, pero en Shawano las ramas de las distintas confesiones, aunque claramente delimitadas, se mezclaban a menudo. Durante la semana anterior, metodistas, baptistas y campbelitas (todos menos los baptistas primitivos y los dunkards), se habían reunido para escuchar la arenga de un predicador que pretendía salvar a las almas perdidas. Y para conseguirlo había recurrido a más trucos de los que Matthew consideraba necesarios.

—Dijo que el Señor le había dado el poder para hacerlo —prosiguió Mathy—. ¿Tú lo crees, papá?

—Bueno...

No se decidía a decir que aquel hombre era un charlatán. No quería sembrar dudas en una niña...

—Los demás se lo han creído.

Por desgracia, estaba en lo cierto. El predicador no era ni un san Pablo ni un mago muy ducho, pero consiguió fascinar tanto a la congregación que todos se tragaron sus milagros como si fueran vino de misa. Matthew deploró interiormente sus métodos y deseó que suavizara su relato de la Pascua para que no pareciera un linchamiento. Aunque sí que lo fuera. Pintar las agonías de la Cruz más vívidamente que el gozo de la Resurrección era una lástima. ¡Aquello era típico de los católicos! Pero luego se decía a sí mismo que la pasión romana por lo dramático no los había abandonado, a pesar de Calvino y de Wesley.

—Yo no me lo creí —dijo Mathy.

El viento llegaba directamente desde el casquete polar. Aquel año la Pascua había caído temprano. A Matthew le dolían los huesos de frío. Estaba harto y cansado del trabajo del invierno y la excitación de la primavera todavía no lo había atrapado. Reuniones de curso, competiciones, comedias, exámenes...

Mathy empezó a cantar:

*Cuando el viento sopla con toda su fuerza,
y la tos ahoga el sermón del párroco,
y los pájaros se sientan a criar en la nieve,
y la nariz de Marión se pone roja...*

—¿De dónde has sacado eso? —inquirió Matthew.

—Es Shakespeare.

—Ya lo sé. ¿Está en las lecturas obligatorias?

—No. Lo he leído por gusto.

—Sería mejor que no perdieras el tiempo. ¿Has terminado tu redacción para la WCTU?^[5]

—¡Oh, papá! ¿Tengo que escribirla?

—¿Qué te hace pensar que podrías librarte?

—Porque lo odio, por eso.

—Pero no es excusa. Tienes que aprender que no siempre podemos hacer sólo lo que nos gusta.

—¡Ja...! ¿Por qué no podemos? —Se levantó de un brinco y abrió los brazos—. ¡El veeeeennnto! —gritó—. ¡Me gusta el viento! ¡Voy a volaaar!

Dio un salto agitando los brazos con el abrigo abierto y se cayó de bruces en el suelo.

—¡Por el amor de Dios, niña, levántate!

Matthew la cogió por un brazo y el viento se le llevó el sombrero. Mathy corrió a alcanzarlo y lo recuperó. Al detenerse, las faldas se le levantaron hasta la cabeza y dejaron a la vista los bombachos de satén negro y un retazo de su ropa interior. Matthew hizo un gesto de disgusto.

—Lo tengo, papá. ¡Tengo tu sombrero!

—Gracias. Pero bájate las faldas, por favor.

Algunas niñas de doce años eran ya unas señoritas, pero no aquel torbellino de hija suya. Hasta le gustaba saltar a la pértiga. ¡Igual que un chico! Subieron por la ladera en silencio.

La escuela pública de Shawano estaba en un extremo de la ciudad. Junto al camino había un prado; detrás de él, otro; más allá, el campo abierto. La escuela era un alto edificio de ladrillo, la estructura más anodina jamás erigida en nombre de la educación. Roja y desgarrada como un muchacho de granja, se alzaba sobre un terreno de cuatro hectáreas enfrentándose a los elementos. Ningún árbol, valla o promontorio de tierra la protegía del tiempo. El sol la quemaba y el viento soplaba entre los arbolitos que Matthew plantaba cada Día del Árbol con ceremonia y esperanza.

Dentro, unas recrujientes escaleras de madera conducían al sótano y otras al segundo piso, donde estaban las clases de la escuela primaria, y al tercero, un gran espacio abierto con una plataforma al fondo y que correspondía al instituto.

Matthew gobernaba aquel pequeño reino desde su oficina de director en el segundo piso, una pequeña estancia enclavada al final del largo vestíbulo central. Con la puerta abierta podía ver todas las idas y venidas. La ventana, orientada hacia el oeste, daba al patio trasero de la escuela. Fuera, muy a mano, estaba colgada la gran campana en una especie de torre de madera por la que los niños trepaban siempre. De hecho, subir por una fuerte cuerda atada a la torre formaba parte de su programa atlético. No había recreo en que Matthew no debiera enfrentarse con una cara sudorosa y roja, y gritos de triunfo en la ventana.

En el centro del despacho había una mesa, y en uno de los rincones, un escritorio. Tres o cuatro sillas plegables, un balancín, un archivo y una librería completaban el mobiliario. El teléfono estaba colgado en la pared. El diploma de Matthew, enmarcado en dorado, daba un sello de autoridad a la habitación, y George Washington visto por Stuart lo contemplaba todo con desdén. En aquella estancia Matthew examinaba el presupuesto y funcionamiento de la escuela, reunía a los profesores, administraba disciplina, firmaba papeles y se devanaba los sesos.

Esa mañana, después de colgar el abrigo, se quedó un rato mirando el paisaje, en el que todavía no se apreciaba la primavera. El patio de la escuela terminaba en una cerca que señalaba el principio del prado de los Seabert. Más allá, quizá a un kilómetro de distancia, nacían unos bosquecillos. Un grupo de arces, robles y zumaques crecían junto a una colina coronada por el cementerio de la ciudad. Matthew contemplaba a menudo aquella vista. Desde su diminuta oficina, seguro en la matriz de sonidos familiares, Matthew podía reflexionar con alivio acerca de los placeres de una muerte tranquila. Eran «razones viejas, tristes, distantes»^[6], que llenaban su alma de deliciosa melancolía. Se entretuvo unos minutos. Luego, su mirada, apartándose de la colina, tropezó con los dos lavabos que había en el patio. El romanticismo se evaporó al recordar que debía sacar dinero del presupuesto escolar para instalar unas cañerías decentes. Dando un suspiro se volvió y empezó su trabajo cotidiano.

Los profesores entraban y salían con sus problemas. Le llevaron a dos muchachos para que los castigara; uno había pegado al otro con un huevo de Pascua y se habían peleado en el patio. Durante el período de calma que siguió a la campana de las nueve, Matthew se encerró en su despacho y consiguió trabajar un poco. Acababa de levantarse para ir a dar su clase de segunda hora cuando llegó la señora Delmore Jewel. Abrió la puerta en el momento en que aquella majestuosa dama iba a hacerlo también, y casi chocaron.

—Profesor Soames —dijo, luego hizo una breve pausa—, ¿podría tener una pequeña charla con usted? Es acerca de Delmora.

Siempre lo mismo. Aquella vez el papel de Delmora en la comedia que representaba su clase era demasiado insignificante para complacer a su madre.

—La llevamos a Clarkstown todos los sábados para que tome lecciones de dicción. Yo creía que una niña tan preparada como ella...

Matthew llegó tarde a su clase. Estaba acostumbrado a las quejas de la señora Jewel; la despreciaba y por una cuestión de principios no podía ceder a sus constantes peticiones, pero formaba parte del público y no quería disgustarla. Eso lo ponía nervioso.

Cuando bajó del aula se encontró con que en su despacho le esperaba otra visita. Se trataba de un tal Garney Robles, carpintero local y empapelador. También era, por razones que Matthew no lograba comprender, miembro del consejo de la escuela. Garney, repantingado en una silla, no se molestó en levantarse.

—¿Cómo está usted, profesor? Pasaba por aquí y se me ha ocurrido entrar un momento. Podríamos tener una pequeña charla, si no está muy ocupado.

—Siempre estamos ocupados por aquí —dijo Matthew con una sonrisa forzada.

—Quería volver a hablar con usted sobre esa profesora de latín.

—¿Sí?

Matthew enarcó ligeramente las cejas. Garney estaba pesado con el asunto desde la primavera pasada, cuando Matthew se empeñó en incluir el latín entre las asignaturas y en contratar a otra profesora. (Había hecho también comentarios vulgares del estilo: «¡El director y la nueva maestra se dicen cositas dulces en una lengua extranjera!»).

—Bueno, creo que sería mejor discutirlo en una reunión...

—No seguirá usted queriendo conservar el curso de latín, ¿verdad, profesor? —dijo Garney—. Tengo entendido que no hay más de media docena de niños que acuden a él.

—Son doce —contestó Matthew.

—Seis..., doce..., ¿qué diferencia hay, siendo la clase de setenta? Nos cuesta demasiado dinero una profesora sólo por tan pocos.

—También enseña inglés —dijo Matthew.

—Sí, pero lo podría hacer otra persona. ¿No sería mucho mejor emplear ese dinero en un buen entrenador de baloncesto?

—Me parece que el estudio de los clásicos es mucho más importante que...

—¡Diablos, profesor! Necesitamos a alguien que nos dé más prestigio en el condado.

—Somos los primeros del condado, desde el punto de vista académico.

—Bueno, yo no entiendo nada de puntos de vista académicos. Pero sé que en baloncesto no tenemos reputación. No hemos ganado un solo torneo desde hace tres o cuatro años. Y tenemos buenos jugadores en nuestro equipo..., por ejemplo, Ed Inwood, ¡cómo salta ese chico! Pero no saben cómo ganar.

—Es el deporte lo que cuenta —dijo Matthew—, jugar limpio. No es necesario ganar siempre.

—¿Dónde está su espíritu deportivo, profesor? La comunidad quiere un equipo que gane. Ya sé que usted entrena a los muchachos lo mejor que puede, pero ¡cuernos!, ya tiene bastante que hacer para perder el tiempo en el patio. Si no le

importa que lo diga, profesor, necesitamos a un hombre más joven. Y con eso no tengo intención de insultarle. Necesitamos a un muchacho que les enseñe a luchar.

Matthew se sintió agradecido por el golpe que sonó en la puerta en aquel momento. Entró el bedel.

—Profesor, me parece que he cogido la gripe. ¿Puedo irme a casa?

—Desde luego, váyase en seguida —contestó Matthew—. Métase en la cama y cuídese. Yo me ocuparé de la caldera.

El bedel salió después de darle las gracias. Matthew consultó su reloj.

—Tendrá usted que excusarme, Garney. Tengo una clase dentro de pocos minutos. Podemos discutir este asunto en la próxima reunión del consejo.

—Sí, claro —dijo Garney, levantándose—. Pero pensé que podíamos ahorrar tiempo si usted y yo llegábamos a una especie de acuerdo.

¡Qué falta de educación!, pensó Matthew, viendo cómo Garney se marchaba. El consejo de la escuela no era el Congreso Continental, precisamente, pero la mayoría de los hombres que lo formaban eran decentes, eficientes y procuraban actuar bien. ¿Cómo era posible que hubiera salido elegido un tipo como Garney Robles? Con intimidaciones, sin duda..., como intimidaría ahora a los demás respecto a la cuestión del entrenador. *Sic transit* el curso de latín, pensó tristemente. Se sentía orgulloso de aquel curso; le daba cierto lustre a la escuela. A él mismo le habría gustado asistir a la clase y estudiar con los alumnos. Había aprendido muy poco latín en la universidad, y para las lenguas tenía muy buen oído. Pero ¡cómo reverenciaba a los clásicos! Había labrado sus campos recordando frases de las *Geórgicas*. La pérdida del curso de latín sería como una pérdida personal.

Y además, ¡también perdería su equipo de baloncesto! Disfrutaba encestando y se sentía orgulloso de su agilidad. Todavía era capaz de pasear la pelota por todo el patio con la ligereza de muchachos que no tenían ni la mitad de su edad. Pero, como Garney había señalado rudamente, estaba envejeciendo. Subió cansinamente la escalera hacia la clase.

Los acontecimientos de la tarde no contribuyeron en nada a mejorar su estado de ánimo. Estaba acostumbrado a incidentes como que una pelota de béisbol se estrellara contra el cristal de la ventana y un niño vomitara en el vestíbulo. Pero que saliera humo de la caldera en ausencia del bedel le parecía una auténtica ofensa. Luego se celebró la asamblea especial de Pascua y los estudiantes le agotaron la paciencia. Normalmente se portaban bien —todo lo bien que podía esperar dada su edad—, pero no necesitaban mucho para revolucionarse, y hoy algo los excitaba. Susurraban, se movían y tosían al unísono. Por toda la sala sonaban risas reprimidas. Logró mantener el orden hasta que se levantó para dirigir la palabra a la alegre reunión. Luego, cuando tuvo que volverse de espaldas, solo podía imaginar la actividad de los muchachos. No le quedaba otra para acompañar el himno que tan candorosamente había ensayado durante las últimas cuatro semanas.

Regresó a su despacho de muy mal humor.

—¡Se han comportado como cafres! —se dijo asomándose a la ventana—. ¡Sin ningún respeto! ¡Y cómo ensucian el patio!

El envoltorio de alguna merienda volaba por el jardín junto con varias hojas de bloc. Y alguien había atado a la valla trasera una cometa que golpeteaba por el suelo como una gallina decapitada. Matthew se volvió, contrariado, salió del edificio y recogió los papeles. Luego, sacó el cortaplumas del bolsillo, cortó la cuerda de la cometa y empezó a enrollarla. Se dio cuenta de que tenía algo dibujado. Era una cometa grande hecha de papel de embalar marrón, y en uno de sus lados, pintada con tinta roja, aparecía la figura de Cristo crucificado. En el otro lado se leía la inscripción: «¡Avergüénzate, Poncio Pilaros!».

Matthew contempló la cometa con desesperación. Como si aquel día no hubiese tenido bastantes problemas, aparecía ahora esto, que, automáticamente, lo obligaba a entrevistarse con el culpable. Y sabía muy bien quién era. Sólo un muchacho de la escuela tenía la audacia para hacer una cosa así: Ed Inwood. Lanzando un profundo suspiro, regresó con la cometa a su despacho. Durante un rato la dejó en la papelería y fingió no haberla visto nunca... Pero todos los niños de la escuela la habían visto, y quizá los profesores también; la historia correría por toda la ciudad. No le quedaba más remedio que llamar a Ed. Cerró la puerta de su oficina y se sentó en una silla para armarse de valor.

Que Ed Inwood hubiera pasado a secundaria se debía a la indulgencia de las profesoras, no a la de Matthew. Leía mucho, pero no estudiaba nada y sabía

demasiado poco de demasiadas cosas. Tenía una inteligencia más inquisitiva y discriminadora que la nariz de un cachorro. Siempre estaba dándoles vueltas a los dogmas más conocidos e iniciando discusiones con sus desatinadas preguntas. «Señor Soames, si la teoría de la evolución es cierta, ¿no eran Adán y Eva un par de monos?» «Señor Soames, si Cristo viviera actualmente, ¿no lo calificaríamos de bolchevique?» Señor Soames esto, señor Soames lo otro, hasta que Matthew perdía la paciencia y se enredaba con sus propios argumentos.

En Halloween, Ed escribió con alquitrán «KKK» sobre el lomo de la vaca de Matthew. Al día siguiente confesó y Matthew le mandó quitar las letras con trementina; pero luego comprobó que para retirar la trementina el muchacho había afeitado a la vaca y la silueta de las letras seguía bien visible.

¡Ed era indomable como el aire! Si tratabas de sujetarlo, se escapaba como el viento de una bolsa de papel: con una fuerte explosión, más ruidosa que dañina. La culpa de todo la tenía su educación, pensaba Matthew: lo había criado una hermana casada (sus padres habían muerto) que le permitía andar suelto y hacer, más o menos, lo que le daba la gana. (Jugar al baloncesto, conducir coches, perseguir a las chicas... Más de una vez le había sorprendido Matthew en un coche aparcado cerca de la escuela con una muchacha.) Y era una lástima, porque tenía buena cabeza.

—Ed —le decía Matthew de vez en cuando—, Ed, ¿por qué no te aplicas? Sienta la cabeza y estudia un poco. Podrías llegar a ser algo.

Y su respuesta era siempre:

—No quiero llegar a ser nada, ¡sólo quiero divertirme!

¡Diversión! Eso era lo único en que pensaba. Y para él divertirse consistía por ejemplo en crucificar a Cristo en una cometa.

Matthew se levantó, tocó la campana y abrió la puerta del despacho. Los niños empezaron a abandonar las clases con gran alboroto. Él había procurado imponer la regla de que salieran en silencio, pero quizá estaba ya muy avanzado el curso para esperar mucho orden, incluso por parte de los profesores. Además, era viernes. Mientras contemplaba aquella algarabía, un muchacho alto y fornido bajó de dos en dos las escaleras del tercer piso y cruzó el vestíbulo en dirección al despacho. Guapo, su cara brillaba de impaciencia, tan alegre como si esperase un premio. ¡Gran estrella del baloncesto!, pensó Matthew. Al llegar a la puerta se detuvo respetuosamente.

—¿Quería usted verme, señor?

—Entra, Ed. Y cierra la puerta, por favor. —Entonces Matthew señaló la cometa—. ¿Te resulta esto familiar?

Ed se inclinó sobre la mesa.

—Sí, señor; creo que es mía.

—¿Seguro? —inquirió Matthew secamente.

—Oh, sí, señor. No hay duda.

—¿Y has hecho tú este dibujo?

—Sí, señor. Tengo facilidad para dibujar.

—Ya lo sé —¡La de tarjetas de San Valentín, chistes en los márgenes de los libros y brazos tatuados con la Venus de Milo que había visto!—. Ed, ¿qué te impulsó a hacer una cosa así?

—Bueno, el otro día estaba haciendo esta cometa y...

—En primer lugar, ¿es éste un pasatiempo adecuado para un muchacho de tu edad?

—¡Acuérdese de Ben Franklin!

—No me importa Benjamín Franklin.

—Bueno, pues, como le decía, estaba haciendo esta cometa, y me fijé en que las varillas formaban una cruz... Señor Soames, ¿cree usted que en alguna época la cometa tuvo algún significado religioso? Como usted decía el otro día en clase, las canciones de cuna poseían al principio un significado político... ¿Cree usted que tal vez la cometa...?

—No estamos aquí para discutir la historia de la cometa.

—No, señor. El caso es que me di cuenta de que una cometa se construye sobre una cruz. Y como es Pascua, se me ocurrió hacer este dibujo para mantener el espíritu de la ocasión. Creía que me había salido muy bien.

—No dudo de tu habilidad. Es del uso que haces de ella de lo que me quejo.

—¿Hay algo malo en dibujar a Jesús?

—No es...

—Lo copié de un periódico de la escuela dominical. Creo que el original fue pintado por Van Dyck, el gran artista holandés.

—Ed, ¡no es el dibujo lo que está mal! Es dónde lo hiciste. Una cometa no es un lugar adecuado para pintar la imagen de Cristo. Poner a Dios en un juguete es burlarse de Él. Y tu frase —añadió— ¡es sumamente impertinente!

—¿No cree que Pilatos debería haberse avergonzado de sí mismo?

—En efecto, y lo mismo deberías hacer tú por tratar un asunto sagrado con tanta ligereza.

—Señor Soames, ¿diría usted que esto es un pecado?

—¿Tu acción? Bueno, no —dijo, suavizándose un poco—. Yo no lo llamaría pecado. Pero sí una enorme falta de respeto.

—¿A quién?

—Al Señor. Es una blasfemia.

—¿Y si yo no creo que Él sea Dios?

—La mayoría de nosotros lo creemos. Yo, por ejemplo.

—Entonces para usted sí es una falta de respeto.

—Y para todos los que creen.

—Pero ¿es una falta de respeto al Señor, si yo no creo que Él sea Dios? Lo que yo quiero decir, señor Soames... Bueno, mi hermana tiene una de esas cosas que se llaman incensarios. Parece una estatua de Buda, se quema dentro una sustancia aromática y sale humo por la boca. Pero resulta que muchos chinos creen que Buda

es Dios. Y nosotros cogemos a su dios, lo convertimos en un cachivache y quemamos incienso en su interior. Sin embargo, no lo hacemos como un insulto: no lo consideramos una blasfemia porque nosotros no creemos que Buda sea un dios. Por tanto, si yo no creo que Cristo sea...

—Ed, ¡no voy a excusarte basándome en tus opiniones ateas! Si persistes en tus ideas erróneas, no puedo obligarte a cambiarlas. Pero no pienso tolerar que alardees de ellas por esta escuela.

—Bueno, está bien. Pero lo único que he hecho ha sido un dibujo. No veo por qué soy peor que Van Dyck u otro pintor.

—¡Es tu actitud, Ed! En la actitud radica la diferencia entre el respeto y la irreverencia. Tú puedes decir «Dios mío», y según cómo lo digas será una cosa o la otra. Por tu actitud has profanado la imagen de Jesucristo. Es exactamente lo mismo que tomar el nombre de Dios en vano.

Matthew concluyó elocuentemente y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Ése es uno de los mandamientos, ¿verdad? —inquirió Ed.

—El segundo —contestó Matthew.

—Ya... En tal caso, supongo que he quebrantado abiertamente un mandamiento.

—Podríamos decirlo así.

Ed lo miró inocentemente.

—Pero usted ha dicho que no era un pecado, señor Soames.

—Bueno, lo que yo quería decir...

—Creía que para ustedes, los cristianos, quebrantar un mandamiento era pecado.

—Si recuerdas mis palabras, Ed...

—Tal vez los diez mandamientos están pasados de moda..., sé que alguna gente lo dice, pero no sabía que usted lo pensara. ¡Estoy sorprendido!

—Jovencito...

—¡Y me imagino que muchos otros se van a sorprender también!

—Pero...

—No se preocupe, profesor. —Ed se inclinó hacia delante, con una expresión de malévola complicidad—. ¡No se lo diré a nadie!

—¡Ahora vas a escucharme! —dijo Matthew, levantando la voz—. No quiero que salgas de aquí diciendo que he refutado la Biblia. ¿Lo entiendes? Has tergiversado mis palabras, y quiero que sepas que... ¡Deja de reírte, Ed!

—¡No me estoy riendo de usted!

—Entonces ¿qué es lo que te parece tan cómico?

Matthew volvió la cabeza. Aplastada contra el cristal de la ventana había una horrenda carita con los ojos bizcos y la lengua fuera. Se puso en pie de un salto y abrió la ventana.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Estoy trepando por la cuerda para practicar —respondió Mathy.

—¡Baja de ahí todo lo aprisa que puedas y vete a casa ahora mismo!

Mathy desapareció de su vista deslizándose por la cuerda. Matthew cerró la ventana y se volvió.

—¡Ahora, prosigamos! —gritó.

Ed le sonreía con malicia.

—Bah, olvídalo, profesor. Sólo estaba bromeando.

—Si ésta es tu idea de una broma...

—No muy buena, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—No debería haber hecho esa cometa. Es una cosa de mal gusto.

—Propia de tu manera de ser.

—Lo sé. Le pido disculpas, profesor.

—Bueno...

—Siento haberla hecho y siento haberle enojado. No era ésa mi intención. Procuraré que no vuelva a suceder.

Matthew se sentó.

—Está bien, Ed —dijo, al cabo de un rato—. Lo olvidaremos por esta vez.

—Gracias, señor. Procuraré no profanar más símbolos religiosos, aun cuando no crea...

—Ya está bien, Ed. Ahora puedes irte.

—Sí, señor. Me parece que debería hacerse algo respecto a esos incensarios, ¿no cree usted, señor Soames?

Furor loquendi!

—Buenas tardes, Ed.

—Me pregunto qué pasaría si los chicos quemaran incienso en estatuillas de Jesucristo...

—No creo que sea necesario discutir...

—Me gustaría verlo, ¿a usted no? El humo saliendo por las llagas de los clavos...

—Buenas tardes, Ed.

—Está bien. —Se levantó y abrió la puerta—. Buenas tardes, señor Soames. ¡Felices Pascuas! —añadió alegremente cerrando la puerta al salir.

Matthew se inclinó con cansancio sobre su mesa. Le dolía la cabeza. La apoyó en las manos y se frotó las sienes con los dedos. Se sentía viejo y derrotado. Tal vez Garney tenía razón. Tal vez necesitaban a un hombre más joven.

Poco a poco, se apercibió del sonido de unas voces en la distancia. Eran voces de chicas cantando Mendelssohn:

*Los rayos de luna brillan, las estrellas dan su luz
un poco antes de este día...*

Era un canto cándido y revitalizador.

*Pues el Señor sabe cuándo nos volveremos a encontrar,
en el florido, en el alegre mes de mayo.*

Era el trío de chicas que ensayaba su número para el concurso de primavera de Clarkstown. Matthew levantó la cabeza; se acordó, sintiéndose culpable, de que había dicho a las niñas que se quedaran después de las clases para que él pudiera ayudarlas. Se dirigió a la puerta, pero se había retrasado demasiado; las oyó bajar la escalera. Se sentó de nuevo. Un momento después llamaron a la puerta.

—Adelante.

—Soy yo. —Entró Leonie—. He visto que estabas ocupado, papá, y he ensayado con el trío en tu lugar.

—Está bien. Gracias, hija.

—Les he hecho cantar a cada una su parte, primero al piano, y luego *a capella*, sólo leyendo las notas. Después he escuchado a la contralto y a la segunda soprano juntas, luego a la primera soprano y a la contralto, y por fin a las tres juntas. Entonces...

—Está bien, cariño. No hace falta que me lo cuentes todo.

—Pero creía que te gustaría saber cómo lo hemos hecho.

—Sí. Está muy bien. Vete ahora, hija. Estoy ocupado.

—Si no tardas te espero y podemos ir a casa juntos.

—Tengo muchas cosas que hacer antes. Vete tú.

—Pero puedo irme arriba y estudiar hasta... Bueno, está bien. ¿Cierro la puerta?

—Puedes dejarla abierta.

Salió. Matthew se levantó de nuevo y se dirigió a la ventana. Todo el mundo se había ido; el edificio estaba en silencio. Tan sólo se oía el crujido de los muebles a través de los vestíbulos vacíos. Con los hombros caídos, estaba cansado y enfadado, agotado por las tribulaciones del día. Mientras contemplaba con aire ausente el cementerio de la colina y apoyaba su frente ardiente en el cristal, la oficina empezó a llenarse de una luz dorada. Las nubes iban incendiándose una a una y la llama de una puesta de sol ventosa se extendió por el firmamento. Lentamente, a medida que el espectáculo se apoderaba de sus sentidos, fue arrastrándolo hasta una posición casi divina desde la que se contempló a sí mismo: una figura solitaria en una escuela desierta; y se sintió como un general en una llanura oscura al que sus soldados hubieran abandonado. (El rey Lear en el erial o el desgraciado Enrique en los campos de Yorkshire.) «¡Qué solo estoy!», se dijo. Solo en su batalla contra la ignorancia y en su amor por la sabiduría, la verdad y el orden. Solo también en su amor por la belleza. Se preguntó si habría alguien en la ciudad que también se hubiera detenido a contemplar la puesta de sol. ¡Aquel lento y silencioso estallido de color en el cielo! Su belleza le angustiaba, le obligaba a responder... Y en aquel momento, deseó con todo su corazón hallar una posible respuesta, un posible elogio; o que, simplemente alguien dijera: «¡Qué hermoso!». Alguien que pudiera escucharle.

Como si respondiera a su deseo, la puerta de la escuela se abrió y se oyeron unos pasos en las escaleras. Al volverse, Matthew vio una dorada cabeza en el vestíbulo. ¡Afrodita surgiendo de la espuma! Una muchacha de ojos cálidos y azules como un cielo de verano avanzaba hacia su despacho envuelta en un resplandor dorado; se detuvo sonriente en el umbral. A Matthew el corazón le dio un salto.

—Entra.

La niña entró con su libro de inglés bajo el brazo; una visión hermosísima con camisa de marinerito y falda, y el pelo recogido con una cinta azul. Se quedaron los dos junto a la ventana contemplando la puesta de sol. Él comentó lo hermosa que era. Ella entrelazó las manos y lo miró con expresión tímida y radiante. Luego se sentaron, abrieron el libro y Matthew le habló de literatura y de cultura. Después le leyó una poesía en voz alta.

*Tu cabellera de jacinto, tu clásico perfil,
tus cantos de náyade me han transportado...*^[7]

—¡Hace usted que suene tan bonito! —dijo ella.

Él hablaba sin parar. Su voz, dulce y serena, los transportó a un mar perfumado mientras la habitación brillaba con la luz dorada que se filtraba por la ventana. De pronto la chica alzó los ojos y exclamó:

—¡Le amo!

—Mi querida niña —dijo él sonriendo—, es la poesía lo que tú amas.

—¡Es usted!

Matthew contempló sus ojos azules y se sintió vacilar.

—Creo —dijo volviéndose con nobleza—, creo que deberías irte ahora.

Ella protestó, pero él se mantuvo firme. Ella suplicó; él sonrió dulcemente. Entonces, alzando la rosada boca, lo besó y salió corriendo de la estancia; se dejó su libro de inglés.

Matthew contempló el libro abierto. «Helena, tu belleza es para mí...» Intentó ordenar la mesa, pero la encontró llena de objetos extraños —papeles, lápices, libretas— y no supo dónde ponerlos. Se volvió de nuevo hacia la ventana y, al mirar afuera, lo único que vio fue el rostro de la muchacha.

En realidad, la chica no había dicho: «Le amo».

En realidad, ella sólo había entrado con su libro de inglés y le había pedido que le explicase un poema que no comprendía. Se llamaba Alice Wandling. Estaba en el último curso y cada tarde se sentaba en su clase de historia cerca de la ventana, donde los rayos de sol le acariciaban el pelo, hecho que no había pasado desapercibido. Era también la chica elegida para representar al instituto de Shawano en el concurso de dicción. Durante las últimas semanas, Matthew la había ayudado con la lectura dramática. Y justo cuando ella entró en su despacho aquella tarde, Matthew se dio cuenta de que había disfrutado considerablemente con aquellas sesiones; bastante más de lo que auguraba tener que escuchar una y otra vez *The Last Word* de Henry Van Dyke.

Estaban los dos junto a la ventana admirando una vez más la puesta de sol. Luego Alice (observando sin duda que los lavabos exteriores se interponían en el panorama) se había vuelto con una sonrisa turbada.

—Para el lunes nos han mandado un poema de Alexander Poe —dijo—. Es mi autor favorito, ¡pero lo encuentro tan profundo!

Así que se sentaron y abrieron el libro por la página de «Alexander» Poe. Matthew empezó a hablar de las bellezas de la literatura, se olvidó de sí mismo y habló sin pausa. Leyó «A Helena» en voz alta. La muchacha le tocó entonces el brazo.

—¡Vaya, señor Soames, desde luego que lo hace usted sonar bonito!

Siguió luego diciéndole lo bueno que era como profesor y lo joven que parecía para saber tanto. Cada movimiento de su maduro cuerpecito, su perfume de rosas, sus conmovedoras miradas de color azul eran un consuelo y un descanso para él. Cuanto más rato pasaban juntos, más elocuente se volvía. Por fin tenía a alguien que lo escuchaba, y se sentía tan agradecido que la hubiera tomado entre sus brazos. Pero, como no se atrevía, tenía la vaga esperanza de que ella le acogiera en los suyos.

Se preguntó por qué había vuelto a la escuela después de que todos los demás se hubieran ido. ¿Lo habría hecho deliberadamente, esperando encontrarle allí? Pero aquello era una tontería. La muchacha sólo necesitaba ayuda para sus lecciones. Pero ¿por qué la suya? No era su profesor de inglés. ¿Por qué no se dirigía a miss Coppidge? Porque miss Coppidge era estúpida. Que Dios le perdonara, pero lo era; el tono de su voz estropeaba la poesía. Y, además, miss Coppidge se había ido a su casa para pasar el fin de semana. Entonces, ¿qué estaba haciendo allí aquella chica que

olía como las rosas y le sonreía con su pequeña lengua roja entre los dientes? ¿Era todo coqueteo descarado?

Desde luego que no, se dijo firmemente. Era atención arrebatada. Alice Ojos Azules amaba la literatura, eso era todo. («¡Oh, señor Soames, me gusta cómo habla usted!») Lo admiraba por su inteligencia.

Sin embargo, a pesar de todos sus razonamientos y del decoro de la muchacha, podría muy bien habersele echado en sus brazos y haberle declarado su pasión. Cuando ella le dio las gracias y salió olvidándose su libro de inglés, él estaba, al menos en aquel momento, completamente loco por ella.

Enamorarse de una colegiala formaba parte de sus costumbres; era una enfermedad como la epilepsia, que permanecía inactiva durante largos períodos y surgía inesperadamente sometiéndolo a palpitaciones desenfrenadas, sudores, vanidad incontrolable y delirios de brillantez, elegancia e invencibilidad; resumiendo: de grandeza. Era el éxtasis secreto y prohibido que le producía que una jovencita lo mirara día tras día como si él fuera el sol naciente que brillaba sobre ella. Aquella sensación lo renovaba, lo llenaba de un placer excesivo y desatado.

Y, sin embargo, lo espantaba. Aquella costumbre, enfermedad, aptitud suya le producía angustia. Lo hacía sentirse como una especie de monstruo. Con desesperada sinceridad, intentaba sondear su interior preguntándose si surgiría de un oculto deseo incestuoso. Pero ¡por todos los demonios!, no podía creer que se tratara de eso. ¿Qué parecido tenían con sus hijas aquellas muchachas que se apoderaban de su corazón?

Fuera cual fuese la causa, lo turbaba enormemente: lo empujaba a traicionar no sólo a Callie —¡lo cual estaba ya bastante mal!—, sino también a su otro verdadero amor, el conocimiento. Aquellos arrebatos amorosos agotaban sus pensamientos y lo distraían de sus propósitos. Casi se alegraba cuando terminaban. Entonces, como un convaleciente, leía ávidamente, recuperando el tiempo perdido. Tomaba cursos por correspondencia o asistía de nuevo a la escuela de verano. Conferencias, investigación, largas horas en la biblioteca (sudando, sintiendo la picazón de sus pantalones de lana y con el barniz de la silla pegándosele a la camisa...), todo aquello curaba su alma y le devolvía el sentido común.

Había encontrado una frase de Francis Bacon que había escrito en una hoja de papel con su mejor caligrafía Palmer: «Busca primero las cosas buenas de tu mente, y el resto, o se te dará o no sentirás su pérdida». La guardaba en su mesa, y cada vez que la leía se sentía lleno de reverencia por tan noble mandato. Pues él amaba las cosas buenas de la mente. Y al hacerse mayor las amaba cada vez más, tanto que creía que lo habían curado de su vieja y periódica locura. Sin embargo, allí estaba él —pasados los cuarenta, sólido y asentado, una figura relevante de la comunidad—, bebiendo los vientos como un adolescente por una colegiala de la edad de su segunda hija.

Matthew contempló el oscuro cielo desde la ventana de su despacho.

—Oh, Dios mío —murmuró—, he vuelto a hacerlo.

Llevando su fiambarrera, se dirigió a casa a través del prado de enfrente de la escuela. El sendero estaba siempre desierto a la hora en que él lo recorría. Le gustaba aquel paseo bajo el cielo abierto; le proporcionaba unos minutos de soledad entre los agobios de la escuela y los de casa. Aquella noche caminó lentamente por el crepúsculo ventoso recordando la hora de la puesta de sol en el despacho, saboreando cada mirada, cada palabra, intentando interpretar cada insinuación. La imagen de Alice no se apartaba de su pensamiento, y se preguntó cómo podría disimular delante de su familia. Con un estremecimiento, pensó en todos los oídos, los ojos y las entrometidas voces femeninas que le esperaban al final de la calle. Deseó poder ir a algún otro sitio. Pero allí estaba su casa, la trampa de la cena, y se sintió atrapado.

Las cacerolas exhalaban vapor sobre el fogón. Mathy, que tenía una tapadera en la mano, la dejó caer al suelo y se arrojó en brazos de Matthew.

—¡Papá, por fin estás en casa! Nos estamos muriendo de hambre. Me siento débil... ¡No puedo resistir más! —Y empezó a saltar.

—No hagas eso —dijo Callie—. Papá está cansado.

—Ha estado terriblemente ocupado todo el día —intervino Leonie, que planchaba en un rincón de la cocina—. He tenido que ensayar con el trío de chicas en su lugar.

—Quítate el abrigo —dijo Callie—. Vamos, niña, ve a colgarlo. Siéntate, papá, y pon los pies sobre la puerta del horno. Debes de tenerlos fríos. Te he hecho un poco de té de sasafrás; sé que te gusta. Dame una taza, cariño.

Leonie se acercó a él.

—Te he planchado tu camisa buena, papá. ¿Verdad que ha quedado bien?

Revoloteaban a su alrededor ofreciéndole té caliente y sus zapatillas.

—Comeremos en cuanto hayas entrado un poco en calor —dijo Callie—. Si no, llegaremos tarde a la iglesia.

—¿A la iglesia? —inquirió Matthew.

—Es el servicio especial de Pascua. ¿Lo habías olvidado?

Sí, lo había olvidado. Desde que Ed Inwood le había deseado una Pascua feliz, no se había vuelto a acordar de ella.

—Bueno, venid todos —dijo Callie—. Sentémonos.

Inclinaron la cabeza mientras Matthew bendecía la mesa. Luego, Callie levantó los ojos y se pasó una mano por la frente.

—¡Uf! —exclamó—. Casi tengo dolor de cabeza de esperar tanto.

¡Ya lo había dicho! Era el pequeño golpe que siempre llegaba, Matthew lo sabía,

y que nunca lograba esquivar. Lo encajó de lado, con una mueca de dolor. Ella se mostraba amable y buena y conseguía que se sintiera más mezquino que un ladrón de caballos. Y luego, cuando lo había suavizado, le asestaba el golpe, algo astuto para hacerle saber que había obrado mal y que, aunque lo perdonaba, no se le había pasado por alto.

—¿Por qué no habéis cenado sin mí? —preguntó malhumorado.

—Mamá nos ha mandado esperar —dijo Mathy.

—¡Faltaría más! No nos gusta comer sin papá. —Callie se volvió hacia Matthew —. Parece que no te vemos nunca, como no sea en la mesa.

Lo contempló un momento, apoyando el codo en la mesa y la barbilla en una mano. Su lindo rostro reflejaba amor, abierto y evidente, como si las niñas no estuvieran sentadas allí. Matthew apartó la mirada. Se sentía despreciable.

Mientras los baptistas celebraban la semana de Resurrección con grandes ceremonias, los metodistas, que eran menos numerosos, asistieron a un oficio tranquilo. Cantaron un himno, el pastor les hizo rezar, y luego, sin gritos de por medio, les leyó el pasaje de la Crucifixión según el Evangelio de san Lucas.

—«Se acercaba la fiesta de los ázimos llamada Pascua. Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban la manera de matarlo...».

Matthew, sentado con su familia en uno de los últimos bancos de la iglesia, se esforzaba por escuchar. Jesucristo y Alice competían por su atención. El pastor proseguía:

—«Y, tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: “Este es el cuerpo mío, el que será entregado por vosotros: haced esto en memoria mía”».

Sí, pensó Matthew; y empezó a sermonearse a él mismo: Y yo pensé que lo recordaría, y justo en ese preciso momento, cuando Él moría para salvarte.

—«Porque el Hijo del hombre se va, conforme a lo que está determinado, pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!».

Matthew se sintió condenado como Judas. Tú eres el traidor —se dijo—; no hay duda alguna. No has podido llorarlo ni una hora. Sólo piensas en la carne.

Aquella idea lo estremeció. Sí, querías tomarla en tus brazos; deseabas besarla. No me digas que no. Y volvió a pensar en ello deliberadamente, como si estuviera frente a un tribunal; y la sensación le resultó tan placentera que se sorprendió. Con un gran esfuerzo, centró de nuevo la atención en san Lucas.

—«Lo seguía una gran muchedumbre de pueblo y de mujeres, que se lamentaban y lloraban. Vuelto hacia ellas, dijo Jesús: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí. Llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos”».

A su derecha estaba sentada Leonie, tiesa y atenta, con las manos cruzadas sobre el regazo. Su rostro era dulce e inocente, un rostro de niña. No aparentaba sus dieciocho años. Y resultaba hermosa cuando se la observaba sin que ella se diese cuenta. Con remordimientos de conciencia, Matthew recordó con cuánta insistencia había pedido participar en el concurso de dicción. «Me gustaría representar a la escuela sólo por una vez antes de graduarme. ¿Por qué no puedo, papá? Ganaría, sé que ganaría. Cuando leímos en voz alta en la reunión, muchos pensaron que lo hice mejor que Alice Wandling».

Pero, naturalmente, él no lo podía permitir. Los padres de Alice —o alguien, quien fuera— lo acusarían de hacer trampa. Y, de todos modos, pensó, mirando de

nuevo a Leonie, su hija no poseía mucho talento dramático. Contaba con una buena memoria y una voz clara, pero nada más. Sintió un poco de lástima por ella. Lamentaba no quererla más. Era una criatura pesada y tozuda, pero trabajaba mucho. Era una buena chica que no había hecho nada para merecerse a un padre infiel y libidinoso. Como tampoco su hija pequeña, ni su madre.

¡Olvida a esa muchacha! —se suplicó—. Eres un viejo loco, y pórtate bien. No quieras saber nada más de ella. Cuadró los hombros y alzó la cabeza con desafío. Además, a ella no le importas en absoluto.

El pastor leyó el final del capítulo.

—Y ahora —dijo, cerrando la Biblia—, levantaos todos mientras el hermano Soames nos dirige en la oración.

Matthew se puso en pie y pidió al Padre Todopoderoso auxilio y perdón. En su interior, rezaba fervorosamente para poder creer en lo que estaba diciendo. El servicio religioso terminó a las nueve menos cuarto.

Al final de la calle los baptistas seguían cantando.

—¿Puedo ir a esperar a Genevieve? —preguntó Leonie, cuya mejor amiga era baptista—. Así volveremos a casa juntas.

—Te acompaño —dijo Mathy.

—No, no —replicó Callie—. *Quedaros* aquí las dos. Siempre hay chicos revoloteando afuera de la iglesia.

—Bueno, pero no me van a hacer nada —dijo Leonie—. Todos le tienen miedo a papá.

—Es igual. *Venir* conmigo.

Las dos niñas siguieron a Callie y Matthew. Era una noche desapacible, llena de viento y sombras. Contemplaron las grandes nubes que cruzaban el firmamento.

—¡El cielo es un plato de natillas! —gritó Mathy, tumbándose alegremente en el suelo.

—Bah, no lo es —replicó Leonie—. Eres tonta. Levántate antes de que papá te vea.

Delante de ellas, Callie cogió del brazo a Matthew.

—No parece que sea primavera, ¿verdad?

—No mucho —replicó él—. ¡Oh, no!

—¿Qué pasa?

—Me he dejado los papeles en la escuela. Quería corregirlos esta noche.

—¿No lo puedes hacer mañana?

—Mañana tengo que ir a la granja. Quería quitármelos de encima esta noche. Será mejor que vuelva a buscar esos exámenes.

—Oh —musitó Callie con lástima—, pero estás tan cansado...

—No tardaré mucho.

Se alejó y dobló la esquina.

—¿Adónde va? —inquirió Mathy—. Espera, papá, ¡iré contigo!

—Tú ven conmigo —dijo Callie—. Tiene que ir a la escuela, y volverá en seguida.

Matthew tomó el atajo que cruzaba el prado; seguir por la oscuridad el sendero que tanto conocía le resultó fácil. El viento casi le arrebató el sombrero. Se lo encasquetó bien y bajó la cabeza. Se hallaba ya a medio camino cuando oyó ruido de pasos que corrían y una figura surgió en la noche, dirigiéndose hacia él. En su prisa, lo alcanzó antes de que Matthew pudiera volverse.

—¡Señor Soames!

Alice Wandling estaba ante él. Retrocedió y contempló la cinta del pelo en sus manos y éstas en su boca. Se le había soltado el cabello y el viento jugueteaba con él. Por un momento, aquel fue el único movimiento que percibió. Alice fue la primera en recobrar de la sorpresa que les produjo a los dos aquel encuentro.

—¡Es usted, de verdad! —exclamó.

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?

Alice vaciló y bajó la cabeza.

—Lo estaba buscando —dijo en voz baja.

—¿A mí?

—Sí.

Lo miró, acercándose más.

—¿Para qué querías verme?

—Para nada. Sólo quería verlo. Pensé que lo encontraría en la escuela, como suele estar algunas veces...

—Alice, si quieres hablarme de algo...

—No es eso.

—Entonces ¿qué es?

—¡Sólo quería verle! —repitió. Y se produjo un silencio antes de que profiriera bruscamente—: ¡Porque estoy loca por usted!

Aquellas palabras estallaron en el corazón de Matthew como un cohete, despidiendo luces de colores.

—¿No lo sabía? —gritó ella—. ¿Tenía que decírselo yo?

La cinta del pelo se agitó al viento y el perfume de rosas llegó hasta él. No sabía que su sombrero había volado.

—Por favor, no me riña —suplicó con voz suave—. No lo puedo remediar. Le gusto a usted, ¿verdad? ¿Un poquito?

—Alice, querida niña...

Alzó la mano y le apartó el pelo de la cara. Eso fue todo, sólo sus dedos contra su mejilla.

—¿No está enfadado conmigo? —preguntó ella—. ¿No va a gritarme?

—No.

—¡Oh, gracias! —exclamó.

Y entonces, rodeó su cuello con los brazos y lo besó fuertemente. Fue algo real; él

lo sabía. La sintió, la olió y la saboreó. No lo hizo justo en aquel momento, sino unos instantes después, cuando la oyó bajar corriendo por el sendero.

Nunca encontró su sombrero.

Por fin llegó la primavera, el aire se tornó cálido y a la tierra llegó la salvación. Los árboles florecieron de la noche a la mañana, el jardín se llenó de franjas verdes, y rábanos y junquillos invadieron la ciudad. En los prados, las vacas pastaban la hierba nueva, y su leche se hacía espesa y amarilla. A las mesas llegaron las verduras y las setas cogidas en los bosques. Las mujeres tendían la ropa blanca al sol y se entretenían charlando entre ellas y comentando el buen tiempo. Por toda la ciudad se oía un zumbido y, al anochecer, sonaban ruidos furtivos, ligeros, excitados. Eran risas, puertas que se cerraban, pasos apresurados, saludos bajo las farolas de la calle, susurros de los pájaros que se arrullaban en los anocheceres primaverales...

Matthew vivía aquellos días deliciosos con un orgullo especial. Elogiaba el comportamiento de los jardines; elogiaba incluso a la hierba por crecer. Contemplaba el mundo y se sentía complacido, como si la primavera fuese su propia obra. La emoción de su enamoramiento daba color a su piel y brillo a sus ojos. Su inteligencia se hizo más aguda. Impartía las lecciones con gusto, hacía su trabajo aprisa y se mostraba de buen humor incluso en casa (donde sólo aparecía para comer y dormir). Ni las madres pesadas ni Ed Inwood le molestaban. Ed hacía muchos novillos, y cuando se dignaba ir a la escuela se recostaba en la silla y se ponía a mirar soñadoramente por la ventana.

—Lo siento, profesor —dijo un día cuando Matthew le llamó la atención—. No soy muy dueño de mis actos. Tal vez es la primavera... ¡quizá estoy enamorado!

Rompiendo sus costumbres, Matthew se echó a reír.

—Bueno, muchacho, me imagino que es el tiempo.

Por las mañanas casi no podía resistir la espera para ir a la escuela. Se aproximaba al edificio en un feliz tormento, preguntándose si todo aquello no serían imaginaciones suyas. Pero cuando, de pie en medio de los otros estudiantes, ella le dirigía una amorosa mirada o una rápida sonrisa, se sentía tranquilo. Nunca volvió a encontrársela en el sendero que atravesaba el prado, a pesar de que iba allí cada noche lleno de esperanza. Sin embargo, todas las tardes se reunían en la oficina durante la hora de estudio para ensayar la lectura dramática. No intercambiaban muchas palabras, pero no importaba: miradas, risas, el contacto de sus manos, incluso algún rápido beso era lo único que necesitaban. Hacía mucho que Matthew no había tenido que vérselas con sensaciones tales como las palpitaciones, la sequedad de garganta y el sudor de manos. Ella era muy hermosa. La chica más guapa de la escuela, a quien todos los muchachos deseaban. En cambio, lo amaba a él. En su

presencia se ponía roja, hacía unos pucheros adorables y suspiraba. ¡Qué inocente y adorable le parecía! En justicia, él debería disuadir a la muchacha de su amor; sería lo mejor. Durante una temporada, sin embargo, el juego resultaría inofensivo. Ella no tardaría en olvidarlo todo, igual que él. Pero mientras durara, pensaba Matthew, bien podía disfrutarlo.

Empezó a esperar con ilusión el concurso del condado, que se celebraba cada año en Clarkstown. Alice estaría allí, y él también. Pero por desgracia asistirían veinte estudiantes más y tendría que estar vigilándolos todo el día. (Ninguno se ponía nunca en el sitio correspondiente. Las sopranos perdían a las contraltos; el coro se equivocaba. Los rapsodas esperaban pacientemente en un piso mientras el concurso empezaba en otro. Delmora Jewel devolvía cuando se ponía nerviosa. Y cuando a las chicas del trío les tocaba cantar, siempre estaban mirando a los muchachos.) Pero quién sabía si en medio de aquella confusión Alice y él podrían escaparse un rato y estar a solas. En la biblioteca, quizá, ¡un lugar bastante seguro! O en alguna parte remota del recinto universitario donde pudieran pasear juntos como había visto hacer a otras parejas. (Como había estudiado en la universidad en sus ratos libres, y ya casado, nunca había tenido tiempo para los clásicos amores estudiantiles, y a veces envidiaba a los muchachos que perdían el tiempo en el césped acompañados de chicas guapas.) Contentísimo, empezó a planear su escapada.

El lunes anterior al concurso llegó a la escuela antes que el bedel. Abrió la puerta y se metió en su despacho. Apenas si había acabado de colgar el sombrero en el perchero cuando oyó que la puerta delantera se cerraba de un golpe. Se asomó esperando ver la dorada cabeza de Alice, pero en su lugar apareció la trenza color castaño de Delmora Jewel. Nadie le habría causado una desilusión semejante. La pobre Delmora no podía remediar ser hija de su madre, claro está, pero Matthew tampoco podía evitar tener aquello en contra suya.

—¡Hola, señor Soames! —gritó.

—Buenos días, Delmora.

Se dirigió al tercer piso, vaciló, y volvió a bajar. Cruzó entonces el vestíbulo en dirección al despacho caminando con las puntas de los pies hacia fuera, lo que le daba un aire excéntrico.

—¿Se ha enterado de la noticia, señor Soames?

—¿Qué noticia, Delmora?

—¿No lo sabe? —Los ojos le brillaban tras los lentes de montura dorada—. ¡Alice Wandling se ha fugado con Ed Inwood! —Le miró y abrió la boca en una horrible sonrisa de felicidad—. ¡Se han escapado a Springfield y se han casado!

—¿Cuándo...? —empezó Matthew sin voz—. ¿Cuándo ha sido?

Anoche, supongo.

—¿Estás segura?

—Bueno, lo único que sé es que se han escapado.

—¿Estás segura de que todo esto no es un chisme, Delmora?

—¡Oh, no, señor! Es verdad. Mi madre se ha enterado esta mañana.

—Eso no quiere decir que sea verdad. Corren muchas historias feas que luego resultan falsas.

—¡Oh, yo no creo que sea fea! Estaban locos el uno por el otro. Todo el mundo lo sabía.

Matthew se aclaró la garganta.

—¿Sí?

—Claro. Pero los padres de Alice no podían soportar a Ed. No le dejaban entrar en su casa. Y ella se escapaba y se encontraba con él. ¡Era terrible!

—Está bien, Delmora. No creo que sea necesario hablar de esto.

—Pensé que le gustaría saberlo.

—Cuanto menos se diga sobre esto, mejor.

—Sí, señor. Y también he oído decir que...

La puerta delantera se abrió de nuevo y un montón de niñas corrieron escalera arriba. Con un chillido de alegría, Delmora se alejó.

Desde el extremo del vestíbulo, el ruido de voces cayó sobre él como una rociada de piedras. Entró en su despacho y cerró la puerta de golpe.

Alice y Ed se escaparon por la noche y llegaron a los Ozarks en el Overland de segunda mano de Ed. Los casó a la mañana siguiente un pastor que tenía una esposa más joven que Alice y ni se molestó en preguntarles la edad. Sin embargo, los padres de Alice les siguieron la pista y los encontraron al mediodía en una habitación de un hotel de Springfield; Alice estaba sentada en la cama comiéndose un sándwich de jamón. Se la llevaron a casa y consiguieron que el matrimonio fuera anulado. Al lunes siguiente, castigada y humillada, Alice regresó a la escuela.

Ed también volvió, pero sólo para recoger su jersey y sus cosas. Matthew ni siquiera tuvo la satisfacción de expulsarlo.

Entretanto, el asunto del concurso de dicción seguía en pie. Cuando Leonie se enteró de que Alice se había retirado, se dirigió en seguida a Matthew y le pidió que la dejara ocupar su lugar. Y como no había tiempo de preparar a nadie más, Matthew consintió. Leonie se puso a trabajar con gran entusiasmo; cada tarde insistía en recitar delante de su padre. Él la escuchaba con paciencia, recordando con tristeza sus tardes con Alice. El contraste entre aquellas tardes y éstas le resultaba insoportable.

El sábado por la mañana, en la universidad, Leonie representó al instituto de Shawano. Realizó su lectura con voz clara y confiada, pero no ganó más que una mención honorífica. Por la noche, cuando se encontraron en el coche para ir a casa, Matthew dijo:

—Lo siento, hija, pero las cosas van así. No todo el mundo puede ganar.

—Yo podría haber ganado si hubiera ensayado tanto como Alice Wandling —replicó Leonie con firmeza.

Matthew se mordió la lengua. Estaba equivocada, pero no tenía derecho a decírselo. Leonie subió al coche, se sentó detrás con Mathy y no dijo nada más. Se pasó todo el camino a casa sonándose la nariz. Cuando llegaron, a Matthew le embargaba tanto la compasión que enmudeció de rabia.

Alice no le hizo más visitas al despacho. Se sentaba en la clase con los ojos bajos e hinchados. Cuando se cruzaban por el vestíbulo, no se hablaban. Pero el perfume de rosas que dejaba al pasar recordándole lo que había perdido lo atormentaba. La imagen que se había formado de sí mismo —poeta y enamorado, inteligente y escogido— se derrumbó revelándole al hombre vulgar y monótono de cada día. Vivía su rutina con desaliento. Y, sin embargo, el tiempo de primavera, enloquecedor y hermoso, continuaba.

Se acercaban los exámenes. Matthew preparaba los festejos de fin de curso sin

entusiasmo. También eso se lo habían quitado.

—Es mi castigo —se dijo en voz alta, sentado una noche frente a su mesa, en la escuela vacía. Como siempre, había vuelto allí después de cenar para trabajar un poco—. Es lo que me merezco. Oh, ya lo sé, Señor, quebranté un mandamiento. Cometí adulterio en mi corazón, como dice la Biblia. Que ella me engañara no me excusa. — Reflexionó durante unos instantes, y añadió—: Y, además, he sido un maldito idiota.

Matthew no era un hombre dado a las palabrotas, pero el adjetivo era demasiado oportuno para resultar blasfemo. Le dolía más su ingenuidad que el pecado, desde luego. Uno puede arrepentirse de un pecado y terminar con él, pero la sensación de haber sido tonto perdura.

Abrió la ventana y se asomó. El aire de la noche le acariciaba suavemente la cara. Por el oeste, sobre el cementerio de la colina, el cielo era de un azul profundo. Así era como estaba Matthew aquella tarde dorada en que Alice acudió por primera vez a él, con su boca rosada y sus hipócritas miradas. ¡Porque estoy loca por usted! Eso es lo que había dicho. Supo reaccionar con inteligencia, sí, cuando él la encontró corriendo a casa después de su cita. Pensó en Ed, aquel muchacho arrogante e insolente. Pensó en los dos juntos, reuniéndose en secreto en sitios oscuros, abrazándose, besándose. Las cosas que ella le diría, las cosas que le dejaría hacerle. Matthew gimió.

—¡Y tú pensabas todo el tiempo que era a ti a quien quería! —Alzó la cabeza y rió débilmente—. Viejo loco —dijo—. Viejo loco y pecador.

Cerró la ventana de golpe, apagó la vela y salió del edificio. En el cielo brillaba la luna llena. Cruzó el patio de la escuela, saltó la cerca, se metió en el prado de los Seabert y caminó entre los árboles con las manos en los bolsillos, subiendo por la ladera de la colina hasta que llegó al cementerio. Las tumbas aparecían blancas y tranquilas a la luz de la luna.

—Buenas noches —dijo en voz alta como si se tratara de unos viejos amigos.

Y moviéndose entre los familiares aposentos de la muerte, empezó a sentirse mejor. Allí arriba, las cosas que lo atormentaban parecían importar menos. Cuando estuviera muerto ya no importarían en absoluto. Se sentó detrás de una losa, cara a la luna. Contemplando el espacio donde el ser humano había descubierto otros soles y planetas sin encontrar todavía el cielo, Matthew empezó, una vez más, a reflexionar sobre ese rompecabezas que era él.

Otra noche, hacía muchos años, Matthew se había sentado a solas en otro cementerio. Joven y apurado, se había detenido en el cementerio de Millroad un atardecer de finales de octubre. El sol se ocultaba, rojo y sangrante sobre el horizonte. Contempló cómo la luz desaparecía del cielo y la oscuridad envolvía Misuri, ocultando todo lo que sus ojos podían ver desde aquella elevada ladera: los campos de Carpenter, el bosque de Clarence Oechen y los pedregosos pastos de la granja de su padre. La tierra retrocedía ante el crepúsculo creciente. Matthew apoyó la espalda en la lápida mortuoria y, mirando el paisaje, trató de sentir la rotación de la Tierra. Empezó a pensar sin dejar que se le escapara la conciencia del momento presente, agarrándola como uno agarraría una calabaza con las manos, y trató de grabar en su memoria su forma, su olor y su color. Sus sentidos se expandieron para abarcarlo todo: aquel instante de octubre hacia finales de siglo en aquella colina de América que reposaba sobre un globo que daba vueltas y que, en aquel mismo momento, lo llevaba en su viaje alrededor del Sol. Se adelantó al tiempo y miró atrás para evaluar el significado del ahora. Giraba, volvía a girar, avanzaba y retrocedía tratando de comprender el tiempo, el mundo y el lugar que en él ocupaba.

Bajo sus pies yacían los huesos de sus antepasados. En otras tierras, en tumbas más antiguas, descansaban otros hombres. Se preguntó qué clase de personas habían sido. ¿De quién había recibido sangre por conducto de su familia? Cavilando en el aire frío de la noche, Matthew se dijo: «¿Quién soy yo?».

Y se preguntó por milésima vez por qué él era él y no su hermano Aaron, o una chica, o cualquiera de los que yacían bajo la tierra de su alrededor. Podría haber sido un indio precolombino o uno de los Hijos de Israel. Sin embargo, estaba en la América de 1896, sentado detrás de la tumba de su abuelo, con la humedad de la noche empapándole los pantalones de lana y con ganas de sonarse la nariz. ¿Y cómo podía saber él si aquello sucedía por causa de algún plan premeditado o por una confusa disposición de vidas en el tiempo y en el espacio?

No se sentía feliz con su realidad. No deseaba ser quien era, un muchacho tímido de dieciocho años, ni estar allí a solas en la oscuridad en lugar de asistir a la lección de caligrafía de la escuela que quedaba al final de la carretera.

Durante las tres últimas semanas, el señor Kolb de Sedalia había dado clases del método Palmer. Cinco noches a la semana, los vecinos, cada uno con una lámpara de carburo, tinta y pluma, se reunían en la escuela Thorn para mejorar su escritura. En las pequeñas sillas de aquella clase abarrotada llenaban página tras página de trazos

cuidadísimos: bucles ascendentes, bucles descendentes, curvas a derecha e izquierda. Como era la última clase, aquella noche habría un concurso, y el que escribiera mejor ganaría un dólar de plata.

Matthew deseaba ese premio. Lo ansiaba tanto que le parecía el símbolo de su futuro. No era el dólar lo que importaba (aunque soñaba con comprarse un bombín); lo verdaderamente importante era el valor que la victoria le daría. Si ganaba, estaba decidido a ir a la escuela. Marcharía a Sedalia con el señor Kolb, si éste lo aceptaba, y buscaría algún trabajo. Asistiría al instituto y conseguiría un certificado para poder enseñar.

Aquella decisión le asustaba, pues había salido del distrito muy pocas veces, y sólo hasta el condado más próximo. No tenía dinero y tampoco idea de cómo comportarse en un ambiente que no fuese el suyo. El resto del mundo lo desconcertaba. Leía todo lo que podía, pero no era suficiente. Los libros de la escuela Thorn, a la que había asistido durante doce años, eran siempre los mismos. Y aunque pedía prestados algunos, la mayoría de sus vecinos no poseían más que la Biblia. Uno de ellos, sin embargo, le dejó un tratado sobre la Tierra. Con excitación casi dolorosa, Matthew había leído sobre glaciares, mares interiores, siglos de lluvia ininterrumpida... Pensaba en ello constantemente. Aquella información no era exactamente compatible con la del Génesis, y empezó a leer la Biblia con espíritu crítico, con el ojo atento a las pistas que pudiera encontrar. Pero todo lo que aprendía no hacía sino confundirle más.

De aquellos libros, y de buhoneros, predicadores y profesores itinerantes, se había formado la idea de que existían otras maneras de vivir. Sabía que había algo más de lo que veía en casa de su padre (una casa de ladrillos llena de hermanos mayores y hermanas pequeñas; una casa cristiana con gracia de Dios, pero sin gracias de ningún otro tipo, con poco afecto y poco tiempo para nada que no fuese el duro trabajo). Y como Matthew era el único que tenía esta perturbadora sospecha, los demás empezaron a recelar de él. Mucho en su contra no podían encontrar, para ser sinceros. Pero él deseaba algo más que ellos, y aquello bastaba para prevenirlos. Como un pájaro de mal agüero, él hacía que se sintieran incómodos; por eso, ahuyentando su maleficio con sus alegres burlas, trataban de destruirlo día a día haciéndole sentirse culpable por aspirar a más de lo que la Divina Providencia le había otorgado. De mil maneras le daban a entender que era un bicho raro, un desagradecido, y él los creía.

Le bastaba con echar un vistazo a su alrededor para comprender que podía hacer las cosas tan bien como sus hermanos. Y también podía hacer más cosas que ellos. Era capaz de arar más tierra en un día, de enganchar una yunta más deprisa y de recoger más maíz que un hombre más fuerte que él. También sabía leer, escribir y hacer quebrados. Y entendía algo de música. Ninguno de los maestros que llegaban al lugar dispuestos a reclutar alumnos para una escuela de canto se había ido sin el dólar de Matthew para la matrícula. Y ese dólar se lo había ganado él mismo.

Sin embargo, ninguna de estas cosas le otorgaba seguridad en sí mismo. Sólo

aumentaban su egotismo, que no es tanto la convicción de lo que vale uno mismo como el deseo de dicha convicción. Entre los demás no se sentía a sus anchas; los temía, y el miedo lo mortificaba. Y no le gustaba su propio aspecto. Había crecido demasiado de repente para acostumbrarse a sí mismo. Un día descubrió que era un joven de casi un metro ochenta de altura, rubio, con una nariz grande y delgada, y enormes huesos que le sobresalían por debajo de la piel como patatas en un saco. Sus extremidades eran demasiado largas. Sus ojos castaños, sin embargo, mostraban inteligencia, y su cara poseía una expresión viva e inquieta que suavizaba sus facciones, prestándoles armonía y gracia. Pero eso Matthew no podía saberlo. Sus hermanos mayores eran robustos y anchos de espaldas como su padre, y él no se les parecía, lo cual era bastante denigrante. Su apariencia, pues, no le proporcionaba ningún consuelo.

Además, le habían enseñado a ser humilde. En el rígido molde de su educación, el amor propio equivalía a la vanidad. «Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.» Esta máxima, sin embargo, no había reprimido su natural orgullo. Y por ello llegó a sentirse más humillado que humilde.

Se cerraba en sí mismo refugiándose en las cosas de la naturaleza, que amaba tanto por lo que eran como por la protección que le otorgaban. Conocía todos los bosques y arroyos del campo. Sabía dónde encontrar las primeras fresas salvajes, las avellanas más grandes y los peces más sabrosos. Podía permanecer quieto durante horas hasta que las palomas del bosque se congregaran en el ramaje de su alrededor dejando caer sus sílabas por entre las hojas, como si se tratara de frutas maduras.

No obstante, la protección no era lo único que deseaba. Su naturaleza pedía a gritos no estar solo, sino cantar, reír y besar a las chicas guapas. Tenía derecho a tales placeres. Su razón se lo decía. Pero no se atrevía ni siquiera a imaginarlos, a menos que pudiera presentar a los demás alguna prueba de su valía, algo tangible..., por ejemplo, un dólar de plata. Por eso tenía que ganar el concurso de caligrafía. Si quería ir a la escuela, debía demostrar que se lo merecía.

Todo el mundo decía que él ganaría aquella noche. Pero también lo habían dicho el año anterior, y cuando llegó la noche del concurso el corazón le latía vertiginosamente, la mano le temblaba y, al copiar el proverbio de la pizarra, se dejó una palabra. Y tan deseoso de ganar como estaba, perdió ante Ben Carpenter, a quien la victoria no le importaba mucho. Este año, se decía Matthew, las cosas serían distintas. Pero al llegar el día, su confianza había desaparecido antes de ponerse el sol, como el pan de un chiquillo que se escapa de casa.

Aquel día todo le había salido mal. Cuando su padre los despertó antes del amanecer, Matthew volvió a dormirse y los demás se comieron todo el desayuno. Su padre dijo que era justo, y tuvo que conformarse con un puñado de caquis. Luego, las mulas se obstinaron en no querer ir al campo y hubo de batallar con ellas toda la mañana. El arnés se rompió dos veces. Al mediodía, enfadado y hambriento, perdió la poca paciencia que le quedaba cuando descubrió que su hermana Bertie le había

escondido la pluma y el tintero. Se los entregó por fin obedeciendo el mandato de su madre, pero antes de que Matthew pudiera cogerlos Aaron se le adelantó.

—Déjalo —dijo Matthew—. Estropearás la punta de la pluma.

—¡Qué va! Voy a demostrarte cómo se escribe bien. —Aaron se sentó a la mesa de la cocina, apartó un plato y escribió su nombre en una hoja de papel—. Aquí lo tienes; no te consideres tan inteligente. Yo sé escribir mejor que tú, ¡y no necesito ir a ninguna escuela para aprender!

Tenía razón. Aaron apenas sabía escribir más que su nombre, pero poseía un don natural para la pluma y las letras le salían claras y fluidas. Le resultaba tan fácil como derramar tinta. Escribía incluso mejor que Ben Carpenter.

Aaron sacó el pecho y se lo rascó.

—A lo mejor me doy una vuelta esta noche por la escuela y me gano el dólar.

—No puedes —dijo Matthew—. No estás en la clase.

—¡Y no te alegras tú poco! —exclamó Aaron dándole un amistoso empujón—. Si yo no estoy allí, ¡tal vez puedas ganar tú! ¿Qué te pasó la última vez?

—Se asustó —dijo Bertie.

—No es verdad.

—Sí que lo es. Y me apuesto algo a que te volverá a pasar otra vez y dejarás que Ben Carpenter te vuelva a ganar.

—¡Apuesto un dólar a que no!

—No tienes ninguno.

—Lo tendré cuando gane.

Bertie le dirigió una mirada astuta.

—¿Vas a apostarte conmigo el dólar que ganes?

Su padre acercó su silla a la mesa.

—No quiero oír estas conversaciones en casa —dijo—. No toleraré que habléis de apuestas.

—Sólo estaba bromeando, papá.

—«Apartaos de toda apariencia de mal» —citó, e inclinó la cabeza para hacer un largo recuento de las tentaciones de las que el Señor, con su misericordia, debía librarlos.

Matthew regresó a su trabajo con sensación de cansancio e inutilidad. La aparición de Phoebe Oechen lo alivió muy poco. La chica había bajado al campo atravesando los bosques vecinos de su padre para desearle buena suerte; al menos, eso fue lo que le dijo mientras asomaba su carita de ternera por entre la maleza y se quedaba parada sonriéndole. Siempre podía contar con Phoebe. La soportaba porque ella le tenía afecto, pero en secreto la despreciaba bastante. Su opinión no le merecía ningún respeto. Como él no se gustaba, el hecho de que ella lo admirara era un punto en contra de la chica. A ninguna de las chicas guapas se la podía culpar de tal aberración. Las guapas —jovencitas alegres y menudas, como las hermanas Graneourt, que eran todas risas y mieles— estaban tan fuera de su alcance que apenas

se atrevía a pensar en ellas. Les tenía miedo y se sentía intimidado en su presencia. Pero como necesitaba una muchacha tuvo que recurrir a Phoebe, a quien no temía porque no era ni hermosa ni inteligente. Parecía una robusta cariátide bajo un entablamiento de pelo pardo-rojizo, y era muy dada a tropezarse con cosas tales como estufas calientes y pollitos. A Matthew le hubiera gustado que mirara por dónde iba y que no mostrara tanto las encías cuando reía. En público se avergonzaba de la sensación que el cuerpo grande y firme de ella le transmitía en privado. Pero esa sensación no era algo que se preocupara de controlar, y le producía satisfacción gustar a alguien, aunque fuese a ella.

Aquel día, sin embargo, Phoebe le parecía la culminación de todas sus desilusiones. Deseaba que se fuera, pero ella seguía allí, en la linde del bosque, rolliza como una vaca; una especie de desesperación se apoderó de él. Necesitaba urgentemente probarse a sí mismo en algo. Y allí estaba Phoebe, esperando. Saltó del carro y se dirigió hacia ella.

—Estoy segura de que esta noche ganarás —dijo Phoebe.

Matthew puso las manos en los brazos de la muchacha y una sensación como de melaza caliente le recorrió el cuerpo. La había tocado otras veces y había puesto las manos en sitios donde no deberían haber estado, pero no en aquellas circunstancias, a solas en el bosque, con el sol medio oculto y los árboles en sombras. La estrechó contra sí.

—No deberías hacer eso —dijo ella.

—¿Por qué no?

Se adentró en la espesura, llevándola consigo.

—Será mejor que me vaya. Alguien podría vernos.

«Si eso es lo único que te preocupa...», pensó Matthew. La guió hasta un claro entre los robles. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que iba a estallar. Ahora que había llegado el momento, se sentía terriblemente asustado y no sabía cómo empezar. Phoebe, entonces, se subió sobre un tronco, se enganchó un pie y cayó al suelo. Inmediatamente él se tiró sobre ella, y rodaron un poco antes de descubrir que ella no se resistía. La agarraba con toda su fuerza, que era considerable. Cuando por fin dejó de forcejear, Phoebe estaba encima de él como un saco de grano.

—Me estás asfixiando —dijo.

Ella se echó a reír y se apartó.

—¡Matthew Soames! —dijo alegremente—. ¡Eres de lo que no hay!

Él se volvió extendiendo hacia ella sus grandes manos huesudas, y se inició entonces un intervalo de caricias y empujones mientras las hojas secas crujían debajo de ellos. Phoebe no paraba de reír. Quería jugar, pero no deseaba llegar al fondo del asunto. Y cuanto más se le resistía ella —perezosamente, más hábilmente que él—, más decidido se sentía él a hacerlo todo y terminar de una vez. Un hombre tiene que empezar en alguna parte. Insistente, se colocaba encima de Phoebe, y con la misma insistencia ella lo apartaba. En el frenesí del juego, las faldas de la chica se

levantaban dejando ver su carne desnuda y blanca. La agarró, pero ella era demasiado corpulenta y no podía abarcarla. Ella le apartaba las manos como si fueran cardos y golpeaba los dientes de Matthew con los suyos tratando de besarle en la boca. Por fin, lo empujó a un lado. Él cayó de espaldas y permaneció inmóvil aspirando el aire frío que llegó a sus pulmones quemándolo.

Desde una distancia prudencial, Phoebe lanzó una risita.

—¡Caramba! No tenía idea de que fueses tan vehemente.

Matthew se sentó y se sacudió la ropa. Los dos estaban llenos de hojas secas.

—Vamos —dijo.

Y salió del claro sin mirarla. Sentía asco de sí mismo. No hacía nada bien.

—¡Matthew! —Corrió detrás de él—. No estarás enfadado porque no te he dejado hacerlo, ¿verdad? Tú no esperabas que te dejara, ¿no es cierto? No creerás que soy de esa clase de chicas, ¿verdad? —Matthew seguía andando—. Sabes que, si lo fuera, lo haría contigo. Lo sabes, ¿verdad, Matthew?

—Será mejor que te vayas a casa —dijo al llegar al campo—. Alguien puede venir a buscarte.

—Nadie me ha visto salir —dijo Phoebe con una tonta sonrisa.

Permanecía a su lado como si esperase que la besara.

—Tengo que trabajar —dijo él.

Phoebe le quitó las hojas que tenía en los brazos.

—¿Te veré esta noche en la escuela?

—Supongo que sí.

—Estoy segura de que ganarás.

—Gracias.

Tal vez no se iría nunca. Tal vez permanecería allí hasta que echara raíces, le salieran ramas y una ardilla hiciera un nido en su cabeza.

—Admiro de veras tu caligrafía —dijo.

—Anda, vete ahora.

—Supongo que luego irás a ayudar con los *toffees* donde los Carpenter.

—Pensaba ir.

—Yo también. Bueno...

No se decidía a irse.

—Tengo que trabajar, Phoebe —dijo desesperadamente—. Lo siento, yo, bueno..., ¡lo siento!

Se volvió y se metió en el campo. Apenas si había llegado al carro cuando una voz lo llamó desde el bosque.

—¡Eh, Matthew!

Era una voz femenina, y no era la de Phoebe. Cuando Callie Grancourt salió de entre los árboles, cerca del sitio donde había dejado a Phoebe, Matthew se quedó inmóvil como un conejo acosado. Callie era la novia de su hermano Aaron, más o menos. Debía de haber cruzado el riachuelo por donde había piedras y debía de haber

subido por el sendero a través de los bosques de Oechen. Por tanto, a menos que fuera ciega como un topo o que una rama le hubiera dado en un ojo, tenía que haber visto a Phoebe.

—¿Puedo ir a tu casa en el carro contigo? —gritó Callie—. Estoy invitada a cenar.

—Sí —dijo él—. Sube.

Se abrió paso entre los matorrales. Iba descalza y llevaba los zapatos en la mano. Al llegar al carro se detuvo y le miró directamente a los ojos con una expresión fría y burlona que le heló la sangre. Si había visto a Phoebe, tendría problemas, pues nada era sagrado para Callie Grancourt. Parecía vivir en un regocijo constante. Su fría expresión se convirtió en una sonrisa. Sí, había visto a Phoebe y se lo contaría a sus hermanas.

—Sube —dijo él.

Dio un par de saltos como un pez meneando la cola, y trepó por el costado del carro. Se sentó sobre un montón de grano y se dispuso a ponerse los zapatos. Sus pies estaban rojizos y llenos de ampollas.

—¡Demonio! —exclamó—. ¡El agua estaba helada! He cruzado el arroyo por el vado.

—Tendrías que haber venido por el camino, y con los zapatos puestos —dijo él, deseando que lo hubiera hecho y estuviera lejos de su vista.

—Llego antes así. Y de todos modos me habría quitado los zapatos. Sólo tengo este par y no quiero que se me estropeen. Esta noche tienen que estar limpios. —Se mojó un dedo con saliva y se frotó las puntas de los zapatos. Luego se instaló más cómodamente sobre el grano, se puso un chal y dijo con suavidad—: Tienes la espalda llena de hojas.

Matthew se puso rojo como la grana. Dio media vuelta tratando de ocultar la cara.

—Me he caído —dijo.

—¡Sin duda alguna! Anda, deja que te las quite yo. Tú no puedes.

Ahora le preguntaría por qué se había caído.

—He tropezado con un tronco —dijo bruscamente—. Estaba escondido entre las hojas.

¿Y qué estaba haciendo entre los matorrales?

—He oído un ruido por alguna parte... y he ido a ver qué era.

Pero por su vida que no se le ocurría lo que podía ser. Callie lo observó un instante.

—Quizá era una vaca —sugirió.

—¡Me parece que sí! —exclamó agradecido—. ¡Eso debe de haber sido! Una vaca extraviada.

—Tal vez una de las de Oechen.

A Matthew se le secó la boca. Le dirigió una rápida mirada. Ella lo contemplaba con ojos solemnes.

—Me parece que la he oído —prosiguió ella—. Algo se movía entre la maleza cuando subía del arroyo. Debe de haber sido una vaca.

—Seguro que sí.

—No sé qué otra cosa podría ser.

—Era una vaca.

Azotó a las mulas con las riendas. Frunció el ceño; Callie era terrible.

—¿Vais a ir a estirar caramelo esta noche Phoebe y tú? —preguntó ella de pronto. Él dio un salto como si le hubiera chillado.

—Yo sí que voy. Lo que ella piensa hacer, no lo sé.

La volvió a mirar con el rabillo del ojo. Si estuviera seguro de que había visto a Phoebe podría intentar explicárselo. Pero si no la había visto, cualquier cosa que dijera no haría más que empeorarlo todo. Por tanto, sólo podía apretar los dientes y esperar. La cena que le aguardaba sería un auténtico interrogatorio.

La hora de comer era siempre un suplicio cuando Callie estaba por allí, y solía estar a menudo. Era menuda y descarada, y siempre le daba un pellizco cuando estaba distraído. Le gustaba al resto de la familia, y con ella en casa todo el mundo actuaba de un modo distinto. Cuando cruzaba el umbral de la puerta las reglas que regían sus vidas saltaban por la ventana. Todos seguían su juego. Matthew, demasiado introvertido para jugar, se veía metido en él aun a pesar suyo. Nadie le hacía sentirse más incómodo que Callie Grancourt.

Era frívola, irreverente y arrogante. ¿Y quién era ella para sentirse tan orgullosa de sí misma?... ¡Una chiquilla ignorante que no sabía escribir ni su nombre y cuyo padre era más pobre que un cerdo de Arkansas!

Hubo un tiempo en que los Grancourt gozaron de cierta categoría en la vecindad. Habían llegado de Kentucky hacía un par de generaciones y adquirieron ciento sesenta hectáreas de tierra. Matthew todavía recordaba al abuelo, enjuto como Lincoln y tocado con un alto sombrero de seda. Solía bajar por el camino conduciendo su yunta de bueyes, con su bastón de puño dorado brillando al sol. Tenía un aspecto chocante, decían los vecinos. Sin embargo, el viejo Hugo Grancourt les gustaba: era amable y optimista, y aunque era demasiado orgulloso para su gusto, no había mucha providencia en ello, ni por su parte ni por la del Señor. No le envidiaban. Si en otro tiempo había tenido esclavos y ya no sabía cómo pasarse sin ellos, o si había perdido todo su empuje, eso nadie lo sabía. El caso es que no le fueron bien las cosas. Sus ciento sesenta hectáreas de tierra se desvanecieron como la espuma, y lo único que sus hijos heredaron fue unos cuantos terrenos rocosos y su optimismo. La mayoría de ellos vendieron sus tierras y se marcharon. Pero Mitch, el mayor, todavía vivía en sus treinta hectáreas con su segunda esposa y sus cinco hijos, todos andrajosos, fíenos de energía y hambrientos. No era extraño que aceptaran todas las invitaciones que recibían.

Y tampoco era extraño, pensó Matthew sentado frente a Callie a la mesa, que ella hubiera ido a visitarles aquella noche. Nada bueno le había sucedido aquel día.

Masticó la comida con la boca seca esperando a que ella lo delatara.

Ella estaba sentada en el largo banco junto a sus hermanas, y comía con movimientos rápidos y delicados, sujetando con gracia el cuchillo y el tenedor y manteniendo la espalda recta mientras cantidades asombrosas de cerdo, patatas, compota de manzana y bollos calientes desaparecían por su pequeña garganta. Consciente de todos sus gestos, incluso sin mirarla, Matthew olvidó de pronto el miedo y alzó la cabeza pasmado. ¿Cómo podía engullir toda aquella comida en un instante?, se preguntó. Ella lo miró con expresión serena y digna, mientras se servía una buena porción de salsa en el plato. Matthew se tragó el último bocado de carne y se puso en pie.

—Perdonadme, por favor —murmuró, deseoso de marcharse pasando desapercibido.

—Has comido muy poco —dijo su madre—. No estás enfermo, ¿verdad?

—No, mamá.

Todo el mundo lo miró.

—Está nervioso —dijo Aaron—. Preocupado por el concurso.

Recibiendo en silencio la descarga, Matthew cogió sus plumas y papeles y descolgó su linterna de la pared. Tenía que arreglarla, pero no podía entretenerse ahora. Se puso una bufanda alrededor del cuello y se caló la gorra de lana hasta las orejas. Si Callie dejara de mirarlo... Casi había llegado a la puerta cuando ella le dirigió la palabra.

—Matthew, ¿crees que esa vaca ha llegado a su casa a la hora de ordeñar?

Aaron levantó la cabeza; se olía algo.

—¿Qué vaca? —preguntó, esbozando una sonrisa.

Callie se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a él. Me ha dicho que esta tarde una vaca andaba perdida en los bosques de los Oechen.

Aaron lanzó un gruñido.

—¡Sí, y apuesto algo a que se llama Phoebe!

Se armó un gran barullo, su padre gritó imponiendo orden, y Matthew salió a la helada oscuridad. El escándalo de voces lo siguió hasta el granero.

Sosteniendo con fuerza su fardo, corrió por el prado en dirección a la escuela. La linterna chirriaba al darle contra el muslo. Corrió a ciegas, jadeando, hasta que llegó al bosque; allí aminoró el paso y respiró hondo para calmarse. Deseaba estar sentado frente a su pupitre y que hubiera empezado el concurso. Esta vez tenía que ganar, ¡tenía que hacerlo! La certeza de aquella necesidad le hacía temblar. Le sudaban las manos y se sintió mareado. Sabía que volvería a perder. Tiró el fardo al suelo y gritó:

—¡No iré! Que gane él, ¡no me importa!

Y golpeó el tronco de un árbol con los puños hasta hacerse daño. Al cabo de un rato recogió el fardo y la linterna y caminó lentamente hasta llegar al camino. Ya no tenía necesidad de correr. Y por ello, en el cementerio de Millroad, dio media vuelta y

se sentó sobre una losa tratando de reducir el premio a sus verdaderas dimensiones, pequeñas en un mundo vasto y sin tiempo. Esperaría allí hasta que terminase el concurso.

En el cementerio el silencio era tangible, lleno de sonidos recordados, voces de domingo e insectos de verano; era reconfortante. Allí se sentía a sus anchas. No tenía que competir con los muertos. Si aquellos que yacían bajo las hojas amarillentas de octubre habían escrito con mejor letra o arado surcos más rectos, no importaba. Él, al estar vivo, se sentía superior.

Matthew se apartó de la losa, encendió la linterna y tiró sus hojas de papel. La tumba sobresalía suavemente, como la barriga de un hombre gordo cuando duerme, y la hierba formaba una superficie lo bastante firme para escribir encima. Fijó la plumilla, y empezó a copiar en uno de los papeles la inscripción de la lápida. «Gabriel Soames, 1812-1890. Descansa en paz.» Con los codos apoyados sobre la tumba, Matthew escribía cuidadosamente.

—¡Amén! —dijo una voz ronca por encima de él.

El corazón de Matthew saltó como una pelota. Una cara ganchuda y amarillenta con una mandíbula parecida a un tronco de árbol y un arco blanco sobre los ojos lo contemplaba a la luz mortecina.

—¡Dios Todopoderoso, Johnny Faust! ¡Me has dado un susto de muerte!

Los extraños ojos centellearon y una sonrisa que era una mueca se dibujó en la cara.

—He venido sin hacer ruido —dijo Johnny Faust.

Era menudo y huesudo, y a Matthew le recordaba una horca. Tenía quizá treinta años, aunque resultaba difícil precisarlo. Su inteligencia era vieja en su lentitud, pero joven en su inocencia, y no se le podía atribuir ninguna edad determinada.

—¿Estás rezando? —preguntó Johnny.

—No exactamente.

—Deberías rezar todas las horas. Arrodíllate conmigo ahora.

Johnny se puso de rodillas y los dos, con la tumba entre ellos, se miraron cara a cara. Matthew sintió una oleada de risa en la garganta. La expresión de solemne piedad expuesta en aquella cara tan tonta era tan absurda como un poco de mantequilla expuesta sobre una tabla. Los gestos de la adoración se habían fijado en Johnny, junto con la imagen de Dios como un anciano que, con una serpiente negra en una mano y una tarta de cerezas en la otra, es fuente de castigo y de recompensa.

—Padre Todopoderoso... —empezó Johnny, alzando los ojos al cielo.

A Matthew volvió a darle un ataque de risa. Era todo tan absurdo... En la escuela, todo el mundo estaría charlando, riendo, estrechándole la mano a Ben Carpenter, divirtiéndose..., mientras que él se hallaba sentado con un idiota en un cementerio oscuro, escribiendo epitafios sobre el estómago de su abuelo. Bajó la cabeza para no reírse en la cara del pobre Johnny. Después de escuchar un rato, se sentó sobre los talones y tapó el tintero.

—Amén, Johnny —dijo amablemente—. Me parece que ya hemos rezado bastante por esta noche.

Johnny apartó los ojos del cielo.

—¿Tú crees?

—Claro. Si hoy has hecho algo malo, Dios ya te ha perdonado. Puede leer en tu corazón.

Pensó que Dios podía leer en su corazón tanto como en el de Johnny y que debía de haberse enterado de sus pensamientos respecto a Phoebe. Deseó ardientemente que le perdonara.

—¿Qué estás haciendo con estos papeles? —preguntó Johnny.

—Nada.

—Están escritos. ¿Qué dice?

—Dice «Descansa en paz».

—¡Amén! —Johnny se inclinó y examinó el papel—. Escribes muy bien —dijo.

—No mucho.

—Has ido a la escuela para aprender a escribir, ¿verdad?

—De vez en cuando.

—¿Por qué no estás allí ahora?

Matthew enrolló las hojas de papel.

—¿Por qué no estás tú, Johnny? ¿Es que escribes tan bien que no necesitas aprender?

Johnny se echó a reír con satisfacción. Al principio siempre recibía las bromas con gusto: le halagaban. Sin embargo, había aprendido a mostrarse cauteloso al respecto, porque nunca estaba seguro de cuándo terminaba la broma y empezaba el tormento.

—Supongo que vas a la fiesta del *toffee*, ¿no? —dijo Matthew.

—Allí es adónde voy. A la fiesta. —Sonrió—. ¿Tú vas?

—Tal vez —contestó Matthew, deseando tener el buen sentido de no hacerlo.

No se divertía en las fiestas, pero siempre iba, como siempre se mira uno en el espejo con la esperanza de encontrar algo mejor de lo que cabe suponer.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Johnny—. No estaría bien que llegásemos tarde.

—Sí, supongo que ya es hora.

La clase ya habría terminado y todo el mundo estaría subiendo a los carros para ir a la fiesta. Se levantaron y bajaron por la ladera hasta el camino. Al llegar frente a la iglesia, Johnny se detuvo.

—¿Tenemos que rezar?

—Me parece que no, Johnny. Puedes rezar en tu corazón mientras caminas.

—Amén —dijo Johnny con reverencia.

Sus sombras se movían a su lado tomando la forma y la textura de la maleza y del camino.

—Johnny —dijo Matthew—, tú eres amigo mío, ¿verdad? Quiero pedirte un favor. ¿Me lo harás?

—Claro que sí, Matthew; te lo haré. Soy tu amigo.

—Bueno, entonces, no cuentes nada de esto. Me refiero a nuestra parada en el cementerio. No se lo digas a nadie.

—¿No quieres que nadie lo sepa?

—No creo que sea asunto de nadie.

—Tienes razón. No lo es.

—Si tú y yo queremos sentarnos a descansar un rato, sólo es asunto nuestro.

—Tienes razón, Matthew.

—Así que olvídale todo. Olvida que hemos estado allí.

—Lo olvidaré, Matthew. No diré nada a nadie.

—Te estaré muy agradecido, Johnny.

Una hoguera brillaba en el patio de Carpenter y la melaza burbujeaba en la gran cazuela. Matthew esperaba pasar desapercibido, pero a Johnny Faust le gustaba estrechar manos. Se metió entre la gente con la mano extendida y la boca abierta en una sonrisa.

—¡Aquí está el viejo Johnny! —gritó alguien.

Dos chicas se le acercaron y empezaron a bailar a su alrededor. Luego se les unieron otras, y se formó un círculo alrededor de la hoguera, de Johnny y de Matthew. Si los hubieran arrojado al caldero, a Matthew no le habría sorprendido. Alguien chilló:

—¿Dónde te has metido esta noche? ¿Por qué no has ido a la escuela?

—¿Qué te ha pasado? —gritó Ben Carpenter.

—¡Eh, Matthew! —saludó Phoebe sonriendo.

A medida que el corro aumentaba su velocidad, su hermano Aaron y Callie Grancourt pasaron ante sus ojos como dos manchas. El círculo se rompió por fin y los chicos y las chicas se diseminaron por el patio como las cuentas de un collar roto. Volvieron a reunirse alrededor del fuego riendo. La melaza había hervido hasta convertirse en un jarabe espeso y dorado. Subiéndose las mangas y untándose las manos con mantequilla, empezaron a hacer caramelos. Ya se habían olvidado de Matthew.

Él permaneció entre las sombras contemplando cómo los demás trabajaban la masa de caramelo. La estiraban, le daban forma, y cada vez se hacía más blanca hasta volverse quebradiza y satinada. Al cabo de un rato, Matthew se acercó al caldero y se puso a ayudar. La pasta calentaba sus manos frías y olía bien. Se había olvidado de que tenía hambre.

Johnny Faust se hallaba también solo, haciendo caramelos. De vez en cuando daba un mordisco a la masa y su mandíbula trabajaba vigorosamente mientras el jugo caliente corría por su barbilla. Buscaba a alguien con quien hablar.

—Escuchad... —empezó, dirigiéndose a una de las parejas.

Pero ellos, tirando un trozo de caramelo y recogéndolo en el aire entre risotadas, lo ignoraron. Aaron pasó por su lado en dirección al caldero.

—Hola, Aaron —dijo Johnny.

Pero Aaron siguió andando. Johnny se acercó a otra pareja, sonriendo esperanzado.

—¿Qué tal, Virg? —saludó.

El muchacho llamado Virg lo miró por encima del hombro.

—Hola, Johnny.

—Matthew y yo hemos estado en la iglesia —dijo Johnny con orgullo.

—¿Cómo es eso?

—Yo andaba por el cementerio y he visto a Matthew sentado junto a una tumba...

—Se detuvo bruscamente al recibir un trozo de *toffee* en la mejilla—. ¿Quién me lo ha tirado?

Matthew le estaba haciendo señales furtivas.

—¿Me lo has tirado tú? —preguntó Johnny en voz baja. En aquel momento recibió otro detrás de la cabeza—. ¡Eh! —exclamó, dando media vuelta.

—¿Qué pasa? —inquirió Virg—. ¿Te está tomando alguien el pelo?

Johnny se quitó el caramelo del pelo.

—Que se guarden bien, eso es todo lo que tengo que decir.

—Díselo pues, Johnny.

Johnny alzó obedientemente la voz.

—El que me haya dado con el caramelo, ¡que se guarde bien! —Mientras hablaba, otro trozo aterrizó en su oreja—. ¡Que se guarde bien, he dicho!

—¡A ver si me coges, Johnny! —gritó una voz al otro lado del fuego.

—¡Ahí tienes, Johnny, dale un mordisco!

Trozos y tiras de caramelo empezaron a caer sobre él de todas direcciones.

—¡Ya basta! ¿Me oís? —chilló Johnny—. ¡Guardaos bien!

Matthew permanecía en segundo plano con expresión de culpabilidad. Él lo había empezado todo, pero no había previsto el rumbo que tomaría. Perseguido por sus atormentadores, Johnny se retiró atravesando el patio hasta llegar al ahumadero. Se apoyó entonces en la pared, intentando reír, y se cubrió la cabeza con los brazos mientras los trozos de caramelo seguían estrellándose a su alrededor. De pronto, de su curvada boca salió un sonido parecido a un aullido de dolor. Johnny había empezado a cantar.

*Ésta es mi historia, ésta es mi canción,
rezando todo el día, a Dios mi Salvador.*

Era lo único que sabía hacer, rezar al Señor pidiéndole ayuda, pues el Señor reparte castigos y recompensas y cuida hasta del más pequeño gorrión. Un trozo de

caramelo del tamaño de un dólar le dio en la boca.

—¡Basta!

La gente se volvió asombrada al oír la voz de Matthew.

—¡Dejad de molestar al pobre Johnny! —gritó.

Se abrió paso hasta el ahumadero y se colocó delante de Johnny para protegerlo. Por un instante, *todos* permanecieron en silencio. Luego, un aullido de regocijo se elevó entre la gente, mientras empezaba a apuntar al nuevo blanco. El caramelo volaba en todas direcciones, estrellándose en la cara y en el pelo de Matthew. Y delante de él estaba Phoebe Oechen, riéndose como una lunática, demasiado tonta para comprender que aquello había dejado de ser un juego.

Habían empezado a tirar otras cosas —terrones y tacos de madera—, cuando Callie Grancourt avanzó hacia Matthew con tal ferocidad que él pensó que iba a matarlo. Lo cogió de la mano, y a Johnny también, y, entre los dos y con la cabeza alta, empezó a cantar. No tenía mucha voz, pero cantaba con toda su alma, y su propósito era noble como el de David. El tiroteo concluyó tan bruscamente como una tormenta de verano. Los muchachos y muchachas se volvieron tímidamente y nadie pronunció una sola palabra.

—Deberíais avergonzaros todos —dijo Callie con voz suave; y no hubo una sola persona en el patio que no la oyera—. Vente ahora conmigo, Johnny. Nos iremos a lavar la cara. Y tú, Matthew, ven también.

Se hallaban los tres secándose las manos al aire cuando Callie habló de nuevo. Mirándolo directamente a los ojos, dijo:

—Dime, Matthew, ¿no te gusto? ¿Por qué tienes que andar siempre con esa tonta de Phoebe?

Giró sobre sus talones y se alejó balanceando suavemente las caderas. Cuando Matthew recobró la respiración, se sintió como si acabara de salir de un largo ensueño bajo el agua.

Matthew no se marchó a Sedalia con el señor Kolb, ni pensó más en ello. Después de la noche de los caramelos, lo único en lo que podía pensar era en Callie. Su rostro danzaba ante él día y noche. Le deslumbraba como el centelleo de un espejo al sol, cuya imagen queda tan vívidamente impresa que se sigue viendo con los ojos cerrados. Nunca había experimentado una sensación como aquélla. Lo había vuelto patas arriba; le había dado alas. Se sentía imponente como una montaña, ligero como el aire: ser el elegido lo había embujado.

Y, desde luego, él era el elegido. Callie Grancourt lo había marcado con el sello de su propiedad. Cuando aquella noche salió corriendo de entre la multitud, estaba llena de furia y lástima. Por Matthew sólo había sentido una simpatía superficial, pero cuando uno rescata a una persona a menudo se enamora de ella: metiéndose en un apuro, esa persona permite que uno se comporte como un héroe. De la noche a la mañana la lástima de Callie se convirtió en pasión. Se despertó ardientemente enamorada de Matthew. Iluminado por ese amor, Matthew creció, sus dimensiones aumentaron igual que las de una sombra que el fuego proyecta en la pared. Matthew llenaba su mundo entero.

Instintivamente, Callie sabía que, bajo su apariencia sombría, él sufría mucho. Y empezó a idealizarlo. Sin ser capaz de definirlos, le atribuía el humor sombrío, los anhelos trágicos y la melancolía de los poetas románticos. Le habría recordado a Byron si hubiera oído hablar alguna vez de él. Para Callie, Matthew tenía el encanto de las tempestades vistas desde un lugar seguro. Y aunque por naturaleza era activa, práctica y alegre, empezó a sufrir, a gemir y a suspirar por él mientras sacudía los colchones o sacaba la carne de cerdo del barril.

Buena parte de aquellos suspiros carecían, en realidad, de fundamento, pues Callie era lista y sabía muy bien que, lejos de ser una figura trágica, Matthew Soames era un joven inteligente y trabajador que saldría adelante. Probablemente se trataba del mejor partido del condado. Y le producía una gran satisfacción haber sido lo bastante astuta para descubrirlo antes de que alguien más lo sospechara.

Había hijos de familias que tenían más dinero, tierras y ganado. Incluso Aaron, con quien había pensado en casarse, era más guapo; y casi todos tenían mejor carácter. Pero Matthew era más inteligente que los demás. Y quería cosas. Eran esas cosas lo que Callie encontraba irresistible; cosas que eran un símbolo de su excelencia. Tenía sólo una vaga idea de lo que eran, pues su conocimiento del mundo era muy limitado. Pero sabía, sin ninguna clase de duda, que aquéllas eran las cosas

que uno debe desear y que, poseyendo a Matthew, las poseería también. Se dispuso, pues, a conquistarlo.

Eso no era tan fácil como parecía. Matthew estaba acostumbrado a pensar que no valía nada, y no podía perder esa costumbre. Y aunque estaba sediento de admiración, se negaba a aceptarla cuando la recibía. No le parecía sincera. Era imposible que una muchacha tan hermosa como Callie, tan deseable en todos los aspectos, lo quisiera a él.

Se había olvidado de todos los defectos de la chica. Su amor los convirtió en virtudes. Lo que en ella le había parecido insolencia, ahora lo consideraba valor. No era descarada, sino vehemente. Y la elevada opinión que tenía de sí misma no era más que un saludable amor propio. Incluso su ignorancia lo enternecía. Callie había llegado hasta el cuarto libro de lectura en la escuela Thorn; en eso consistía toda su educación. Pero la suya no era una ignorancia intencionada. A todas las chicas les pasaba lo mismo: sus madres las hacían trabajar en casa y no les quedaba tiempo para aprender. Le daba un poco de lástima aquella criatura. En este sentido se consideraba superior y, por tanto, digno de ella. Pero el resto de las virtudes de Callie lo sobrecogían; le producían pánico.

Callie no podía comprender por qué, si estás enamorado de alguien, no puedes ir en seguida a decírselo y actuar de acuerdo con ello. Pero por lo visto Matthew tenía que dar muchos rodeos, esconderse y salir de nuevo, y estaba tan loco por ella que siempre andaba despistadísimo: nunca sabía si lo que llevaba detrás era una yunta de bueyes o un par de gansos. Callie lo adulaba con recelo amable. De cien maneras indirectas, y a veces a las claras, le hacía saber que él era el rey de la creación. Y Matthew deseaba tanto creerlo que no se atrevía a hacerlo. Pero cuando por fin se vio como ella lo veía, la visión le extasió. Por nada del mundo perdería aquella sensación. Olvidó sus aspiraciones de marcharse de la granja para estudiar. Ahora, lo único que deseaba era dinero para casarse con Callie, una casa para cobijarla y algo de tierra para alimentarla.

Aquel invierno cortó leña, la llevó a la ciudad y la vendió. Cazó ratas almizcleras y vendió sus pieles. En primavera le compró a su padre una ternera y la engordó para llevarla al mercado. Cuando llegó el verano se empleó en una granja del condado vecino por catorce dólares al mes, más la manutención de su mulo. Ordeñaba las vacas, araba los campos y recogía lino. Los sábados, al ponerse el sol, se montaba en su mulo, *Faraón*, y cabalgaba toda la noche para pasar el domingo con Callie.

A finales de verano se fue al sur para trabajar de cortador en la cosecha de caña. En los días buenos cubría cuarenta áreas y se ganaba un dólar. Mientras pasaba el arado por los surcos, solía acordarse del dólar que no ganó. Lo habría conseguido más fácilmente que éste, si hubiera tenido fe en sí mismo. Pero tener fe era a veces más difícil que cortar caña durante diez horas.

El invierno siguiente, cuando el trabajo de las granjas comenzó a escasear, encontró un empleo en la ciudad de Kansas, en un matadero. Le encomendaron la

tarea de lavar astas de toro en agua helada. Pero la sangre, el olor, los chillidos del aterrorizado ganado y los golpes de hacha en los esqueletos de los animales le horrorizaban. Y, además, la ciudad le daba miedo. Permaneció allí dos meses, hasta que supo que en el campo, debajo de la nieve, empezaba a surgir la primavera. Abandonó la ciudad con alivio, contento de regresar a un mundo en el que por fin había empezado a sentirse en casa.

Por aquel entonces, Matthew había reunido ya unos sesenta dólares y una vaca, además de su mulo, y había encontrado una granja en alquiler. Eran dieciséis hectáreas en Little Tebo, al norte del condado vecino. Poseía ricos pastos para el ganado, tierra buena para cultivar y una casa de dos habitaciones. La alquiló por tres dólares por hectárea cada año. Él y Callie se casaron en marzo y se trasladaron allí a tiempo para realizar la siembra de primavera.

Al principio, todo les fue bien. Matthew compró otro mulo y pagó el alquiler para otro año. Cultivaba los campos con amor, como si fuesen suyos, y en su mente lo eran. Empezó a hablar de comprar la granja. Siempre encontraba un sinfín de cosas que hacer. Limpiaba la maleza, reparaba las vallas, desviaba el arroyo para proteger los campos bajos, cortaba grandes pilas de madera, mataba a los cerdos y curaba su carne sobre una hoguera en el ahumadero. Por las mañanas se iba a trabajar cantando, cantando por el amor y la gloria de Dios y por las rosas de la cerca. Por la noche volvía a casa, a la cálida cocina, cansado y contento; era tan consciente de su propia felicidad que se asustaba. ¿Quién era él para que le fueran dadas tantas cosas? Se sentía un poco culpable, como si lo hubiera recibido todo injustamente. Debía de tratarse de una ilusión que terminaría siéndole arrebatada.

Entretanto, en Little Tebo —como en el resto del mundo— el siglo XIX llegó a su fin y amaneció el XX; allí, sin embargo, no se vieron demasiadas celebraciones, a excepción del repique de campanas y del castillo de fuegos artificiales que habían sobrado de Navidad.

Pero Matthew pensó en el nuevo siglo y en el paso del tiempo. Y, en cierto modo, se sintió aliviado cuando empezó a notar de nuevo un vago descontento. El deseo y la insatisfacción le resultaban familiares, le proporcionaban cierta seguridad. A través de la niebla de su felicidad recordó que ansiaba algo más que una granja ordenada y bien dirigida. Quería ser algo más que un buen granjero. Tenía sed de cultura, de la que proporcionan los libros y los maestros en aulas de verdad, con mapas y gráficos y enciclopedias, los preciosos receptáculos del saber.

Cuanto más pensaba en todo aquello, más lo deseaba. Pero se le había pasado el momento. El señor Kolb y Sedalia fueron su última oportunidad. Ahora tenía dieciséis hectáreas de tierra, una esposa y responsabilidades. Su suerte estaba echada. Reflexionó acerca de la futilidad de su vida: sembrar y cosechar estación tras estación, en un ritmo constante en el que la abundancia y la escasez se sucedían, y todo a un nivel elemental, mientras que lejos, en alguna parte, sucedían cosas sin que uno pudiera enterarse de ellas. Peor aún: era imposible saber qué había sucedido ya. Corrían rumores de mundos antiguos y nuevos planetas, de viajes y guerras; pero allí en el campo, pasando la grada hecha de leños del seto, no había manera de enterarse de aquellos rumores.

Siguió realizando su trabajo, meditando en silencio, hasta que un día Callie le dijo:

—Oye, Matthew, ¿qué te pasa?

Logró sonsacárselo poco a poco, tarea que le llevó casi una semana.

—Pero, amor mío —dijo—, yo siempre me figuré que serías maestro. ¿Por qué no vas y lo haces?

—No puedo —contestó, y le dio las razones.

—¡Oh, vamos, claro que puedes! —Y procedió a explicarle cómo—. En primer lugar, podemos venderlo todo.

—Una yunta y dos vacas —dijo Matthew con acritud.

—Bueno, una de ellas va a tener un ternero. Nos la pagarán bien. ¿Cuánto dinero más se necesitará?

—Más del que tenemos.

—¿No podrías conseguir algún trabajo en la ciudad? Como dependiente en una tienda o algo así...

—No sé nada de tiendas.

—Bueno, podrías aprender. Tú eres más inteligente que todos los dependientes que he visto. La verdad, Matthew, ¡eres tan tímido para muchas cosas! ¿Por qué no nos llevamos las gallinas con nosotros y vendemos los huevos a la gente de la ciudad?

—De los huevos no se saca nada hoy en día.

—Seguro que no van a menos de cinco centavos la docena, como iban hace tres o cuatro años. Y sé que no paran de subir.

Siguió insistiéndole, dulce y persistente, hasta que la autocompasión de Matthew dio paso a la esperanza. Pero era una esperanza llena de dudas. Tal vez era demasiado mayor, decía; tal vez no sería lo bastante inteligente como para ponerse al día. Callie tuvo que luchar. Él siempre se resistía a las cosas que más deseaba. Pero por fin logró convencerlo.

Estaban ya decididos a trasladarse a Clarkstown para el invierno cuando, a última hora, Matthew se negó a dejar la granja. Aquellos campos y bosques eran suyos, se los había ganado con su amor, y no podía dejarlos en manos extrañas. Dándose cuenta de que él lo quería todo —la granja, los estudios y ella—, Callie decidió que dos tercios de lo que uno desea es mucho y que ella era el tercio prescindible.

—Me quedaré aquí —dijo— y cuidaré de la granja. Thad y Wesley pueden venir a pasar una temporada conmigo, y supongo que nos las arreglaremos.

Thad y Wesley eran sus hermanastros pequeños. Así que Matthew se marchó solo una gris mañana de octubre montado en el viejo *Faraón*. Llevaba una muda de ropa en un saco colgado de la silla de montar. A su espalda, en la grupa del caballo, reposaba un saco de provisiones: cebollas, patatas, tocino y dos barras de pan todavía calientes. Callie observó cómo subía por la colina hasta que se perdió en la fría neblina y pensaba que se le rompía el corazón. Estaría fuera seis meses. Lo echaría de menos a cada minuto y, lo que era aún peor, él también la añoraría. ¿Cómo dormiría en las largas noches de invierno sin ella para calentarle, y qué haría entre extraños,

cuando lo invadiera el pesimismo y perdiera la fe en sí mismo? ¡Se sentiría tan solo sin ella! Pero, aun sabiéndolo, se fue. El desconcierto la hizo llorar un poco más.

Matthew la echó de menos aquel invierno. Se sentía solo, extrañaba su hogar. Amoldarse a nuevas costumbres le costaba, y le parecía que en la ciudad nadie hacía las cosas como las hacían en casa. Eso era cierto: aunque sólo había viajado sesenta kilómetros al norte montado en su mulo, Little Tebo quedaba a medio siglo de distancia. Se refugió en los estudios, donde se sentía más seguro. Aunque las nuevas costumbres se le resistían, estudiar le resultaba sencillo. Hizo todo el trabajo del curso antes de que éste terminara. Ya era abril, y tenía que encargarse de la siembra de primavera.

Durante todo el verano, Matthew estudió en casa. Leía a Emerson y a Hawthorne mientras llevaba el arado. A mediodía se sentaba a la orilla del arroyo y se enfrentaba al álgebra. Por las noches estudiaba historia en la mesa de la cocina mientras en torno a la lámpara, cual guijarros rechonchos, iban aterrizando los escarabajos y Callie espantaba las polillas, parando de vez en cuando para abanicarlo y exhalar un profundo suspiro de aburrimiento.

A finales de agosto pasó un examen en el instituto del condado y recibió un certificado. La escuela de Bitterwater lo contrató para el invierno con un sueldo de veinticinco dólares al mes. Por fin era maestro. Y, de nuevo, era tan feliz que se sentía culpable.

La felicidad de Callie era también completa. Ahora era la esposa del hombre más distinguido de la vecindad. Su marido había colmado su fe y, además, le había dado un hijo. A veces, cuando lo sentía moverse en su interior, casi no podía contener su gozo. Entonces se sentaba y miraba a su alrededor, bendiciendo las paredes, los muebles, la escoba, los cacharros y platos de su casa. En otras ocasiones salía afuera y permanecía inmóvil, contemplando su jardín, los grandes árboles, el cielo y los altos pastos que, a lo lejos, brillaban al sol. Entonces se decía: «¡Bendito sea!», refiriéndose a Dios y a su marido.

Su primera hija nació en marzo. Le pusieron Jessica, porque Callie pensó que aquel nombre sonaba aristocrático. Sentía una gran aversión por los nombres vulgares. A Matthew no le importaba que el bebé fuera niño o niña, pero al nacer la chiquilla le desilusionó que no se pareciera a Callie. Él era el padre de la niña, el parecido, desde el primer día, era innegable. Sin embargo, era una criatura buena y simpática, que parecía siempre agradecida por haber nacido. No todos los bebés son así; lo descubrieron dos años después, cuando nació su segunda hija.

Leonie era terrible. Vomitaba la leche de Callie, le salían erupciones y se pasaba la mitad de la noche llorando. En algunos momentos, contados, podían apreciar que era una criatura muy hermosa. Y al cabo de una temporada pareció aceptar el hecho de que tenía que vivir, tanto si le gustaba como si no. Se tranquilizó y se convirtió en un miembro muy tolerable de la familia.

Durante los años siguientes, Matthew y Callie fueron progresando poco a poco. Pudieron comprar la granja, algunos terrenos adyacentes y añadir habitaciones a la casa. Trabajaban mucho para conseguirlo y vivían frugalmente. Sufrieron muchas penalidades —sequías, inundaciones y otros desastres de la naturaleza— y también tristezas. Los padres de Matthew murieron y la familia se dispersó. Durante una temporada, su hermano pequeño fue a vivir con ellos. Luego, Aaron, que no se había casado, también se instaló con ellos, enfermo de tuberculosis. Ese hombretón rubicundo... Lo cuidaron todo un invierno hasta que por fin se marchó a Colorado, donde murió. Matthew, alto, delgado y pálido, resultó el más fuerte de todos y resistió, mientras los demás enfermaban uno tras otro. Fue enterrándolos en el cementerio de Millroad, hasta que sólo quedaron él, uno de sus hermanos y Bertie.

El padre de Callie, viudo de nuevo, pasaba con ellos un mes o dos de vez en cuando; entrando y saliendo, desconsolado, inquieto, su espíritu animoso fue desplomándose hasta convertirse en melancolía lastimera. Si no le dolía una cosa, le dolía otra, hasta que por fin cayó enfermo en una casa de huéspedes de Sedalia. Matthew cogió el tren y se lo llevó de vuelta a casa para que muriera ahí.

No fueron años fáciles. Pero la muerte y los cambios de tiempo formaban parte de la vida. Matthew seguía trabajando firmemente en su granja, enseñando en la escuela, estudiando y aprendiendo.

Tras pasar varios años en Bitterwater, sus esfuerzos académicos se vieron recompensados con un trabajo nuevo. En Renfro, la ciudad más próxima, habían decidido que la comunidad necesitaba un instituto, así que ampliaron el edificio de la

escuela primaria y contrataron un maestro. Dos semanas antes de que empezara el curso, el maestro murió de repente.

Con completa inocencia, Matthew comentó:

—No sé lo que van a hacer. ¿Dónde encontrarán otro maestro tan tarde?

—Yo sí lo sé —replicó Callie—. Matthew, tú puedes enseñar en esa escuela. ¿Por qué no vas a Renfro y te ofreces?

—Pero, Callie, ¡no estoy capacitado para una cosa así!

—Apuesto a que estás tan capacitado como el otro, o más.

—No estoy tan seguro de eso.

—Yo sí. ¿Por qué no vas y te enteras? No irías a perder nada, yendo a ver.

—No me gusta hacer eso. Al señor Motherwell lo enterraron ayer. Me sentiría como un buitres, que no puede esperar ni a que se enfríe el cadáver.

—Alguien tiene que hacerlo. Y no pueden esperar todo el año; el curso va a empezar.

—Sí, y también en mi escuela. Si me fuera a Renfro, ¿quién daría mis clases?

—El que, si te quedaras de brazos cruzados, enseñaría en Renfro y ganaría más dinero. Ése daría tus clases.

—Hay cosas más importantes que el dinero —dijo Matthew con altivez, y se dirigió al granero.

Esto fue lo último que hablaron respecto a aquel asunto, hasta que dos días después el claustro de profesores de Renfro fue en su busca. Lo contrataron a pesar de sus protestas, y con un sueldo que le pareció fantástico. Sin embargo, no quiso aceptar el cargo hasta que otro maestro ocupara su puesto en Bitterwater. Cumplida esta obligación moral, emprendió su nuevo trabajo con temeroso celo. Al cabo de un mes sus temores cesaron, su ímpetu creció y se sintió tan feliz como podía ser. O casi tanto.

Había algo en su casa que le preocupaba un poco. No era que Callie se hubiera convertido sólo en una madre y se hubiera olvidado de ser esposa. No era eso en absoluto. A pesar de sus ocupaciones y de la frecuente presencia de parientes, siempre encontraba tiempo para estar a solas con él. O en realidad lo buscaba. En los días lluviosos, hacía jugar a las niñas dentro de la casa; y entonces corría al granero o al ahumadero, donde él estaba trabajando, traía con ella algún trabajo que hacer, se sentaba en una caja y le hacía compañía. Por la noche, una vez las niñas estaban en la cama, volvía a ser de nuevo su mujer, dulce y solícita, con su menudo cuerpo obediente al suyo.

Pero a pesar de esto, una grieta se había abierto entre los dos. No muy amplia, pero sí lo suficiente para que él la notara. Sabía que, en parte, era culpa suya. Tenía tantas cosas en las que pensar —la granja, sus clases y sus estudios— que no podía dedicarle mucho tiempo. Y sin embargo, en cierto modo, lo había intentado. Como le gustaban tanto los hechos, las teorías, las ideas que encontraba en los libros, había procurado compartírselos con ella. Se había esforzado, al principio de su matrimonio,

en enseñarle a leer. Aunque Callie era inteligente y había llegado hasta el cuarto libro de lectura en la escuela, Matthew descubrió con sorpresa que encontraba dificultades en las palabras más sencillas y que apenas sabía leer más que un niño. Él empezó a enseñarle a deletrear y escribir palabras largas; a veces hasta le ponía ejercicios. Callie, obediente, recitaba su lección y hacía sus deberes hasta que por fin empezaba a bostezar, a desperezarse y a frotarse los ojos.

—Me parece que ya he aprendido bastante por hoy —decía—. ¿No *le* he hecho bien?

—«*Le* he hecho», no: lo he hecho.

—¡Bah! *Le* o *lo*, ¿qué más da? Todo quiere decir lo mismo. Vámonos a coger moras al arroyo. Te haré jalea.

Sonriendo con un poco de tristeza, él se iba con ella. Era tan dulce, tan alegre, tan hermosa y seductora, que no tenía valor para enfadarse. A veces le contaba historias. Le contaba los viajes de Ulises, el romance de Lanzarote y Elaine; le hablaba de Sydney Carton y David Copperfield, de las guerras indias y de Benjamín Franklin. Callie le escuchaba, hasta que, aprovechando alguna pausa, hacía algún comentario sobre el tiempo, o la madera, o la calidad de las patatas de aquel año.

Pasaba lo mismo cuando le hablaba de su trabajo en la escuela. Por eso, llegar a casa por la noche y tratar de comunicarle las satisfacciones del día también empezó a parecerle inútil. Si las cosas le habían ido mal, entonces ella era toda simpatía y atención. De lo contrario, su trabajo no le interesaba. Y además, por lo visto, se figuraba que si él tenía tiempo para hablar de la escuela, también lo tenía para ayudarla. Matthew solía terminar batiendo la mantequilla («ya que estás aquí»), o colocando las cortinas de encaje, o yendo a cortar leña al bosque. No tenía ninguna objeción que hacer respecto a aquellas cosas, pero pensaba con tristeza en lo hermoso que sería que pudieran hablar de libros.

Matthew advertía, sin embargo, que aunque a ella le importaban muy poco sus deberes académicos, presumía de ellos ante los demás. A veces la oía decir a los vecinos:

—¡Esta noche tiene que estudiar!

Y lo decía como si fuera algo agotador para él (¡lo cual era verdad!). Pero, en realidad, estaba presumiendo. Ningún otro marido poseía un vicio tan distinguido.

—Ven a estudiar conmigo —le decía él a veces—. Aprenderemos historia.

—Oh, ve tú. Yo me sentaré aquí y leeré la Biblia.

Al cabo de un tiempo dejó de tratar de enseñarle.

Los componentes de su vida, al principio una próspera amalgama, empezaron a separarse poco a poco hasta que Matthew terminó viviendo dos vidas. Y cuanto más le envolvía su vida pública, más le gustaba. Fue en la faceta de su vida pública que se enamoró de Charlotte Newhouse.

Una mañana de febrero de su segundo invierno en Renfro, una muchacha alta, con sombrero y capa de piel, entró en su clase y se presentó. Era nueva en la comunidad, había llegado de San Luis para vivir con sus tíos y deseaba asistir a la escuela. Su voz era clara y elegante, una voz cultivada. Extasiado por sus fríos y distinguidos modales, Matthew apenas pudo pronunciar su nombre y estrechar la mano que ella le ofrecía. Le asignó un pupitre y le indicó dónde podía colgar su chal.

—Gracias —dijo ella con una ligera inclinación de cabeza—. Es usted muy amable.

Aquella frase le halagó; le pareció ceremoniosa y encantadora. «Muy amable», se dijo, queriendo reír; «¡muy amable!». Fue muy amable con ella durante todo el día.

Los demás alumnos se mostraron de lo más desagradables. Se reían, la miraban, se burlaban de sus vestidos, de su pelo y de su nombre. La llamaban la señorita flaca y descolorida. Ella lo soportaba con dignidad y con una expresión divertida.

Cuando terminaron las clases por la tarde, preguntó si se podía quedar en la escuela hasta que llegara su tío. Se sentó en la parte de atrás hojeando un libro mientras Matthew trabajaba en su mesa. No se dirigieron la palabra y el silencio se hizo tenso. Él oía su propia respiración, el estómago le hacía ruidos y necesitaba orinar. Al cabo de casi tres cuartos de hora, llegó por fin el tío.

—Buenas tardes, señor Soames —dijo Charlotte—. He pasado un día muy agradable.

Sus tíos, que vivían a algunos kilómetros de Renfro, eran un matrimonio sin hijos de elevada posición social. Matthew los conocía sólo de vista. Todas las mañanas, el tío llevaba a Charlotte a la ciudad en calesa, y al final de la jornada volvía a recogerla. Llegaba invariablemente tarde. Durante las esperas, que duraban de veinte minutos a una hora, Matthew y la muchacha empezaron a tratarse.

Él supo que sus padres estaban divorciados, que su madre había vuelto a casarse hacía poco y que se hallaba en Europa pasando la luna de miel. Y como el matrimonio se había celebrado repentinamente, no hubo tiempo de arreglar las cosas para Charlotte. Lo más sencillo había sido enviarla al campo tres meses con la hermana de su madre. (Además, mamá creía que le iría bien respirar el aire campestre durante una temporada y contemplar la naturaleza.) Charlotte no quería ir, pero no le quedó más remedio que obedecer.

Hablaba del divorcio con toda naturalidad, lo cual sorprendía a Matthew. Pero la muchacha parecía modesta, distinguida y nada embrutecida por la experiencia. Era

muy refinada. Matthew se enteró de que había estudiado pintura, frecuentaba la ópera, y asistía a representaciones teatrales. El amigo de su madre («que es ahora mi padrastro»), las llevaba a veces a conciertos.

Admitía serenamente que le importaban muy poco los estudios. En realidad, no había pensado en asistir a la escuela durante aquellos tres meses, sino dedicarlos a leer, la cual cosa adoraba, y a contemplar la naturaleza, como su madre le había sugerido. Pero al cabo de una semana de libros, naturaleza y nada más, se encontró terriblemente aburrida y decidió ir a la escuela.

Leía las novelas de Scott y Dickens y hablaba de libros y escritores que a Matthew le resultaban casi desconocidos: Theodore Dreiser, Edith Wharton, George Sand (Matthew se quedó atónito al saber que George Sand era una mujer) y una novela llamada *Madame Bovary*, escrita por un francés. Quería saber cómo había conocido aquellas obras. ¿Las enseñaban en la escuela de San Luis? Charlotte explicó que las había leído casi todas en casa; su madre tenía muchos libros. Incluso había escrito parte de una novela que le dejó leer a Charlotte.

También le gustaba mucho la poesía, particularmente la de Keats y Tennyson (¡cómo disfrutaba con «La vigilia de santa Inés» y «La dama de Shalott»!), y un libro que le habían regalado a su madre por Navidad, el *Rubaiyat de Ornar Khayyam*.

—¿El qué de quién?

—*Ru-bai-yat de Ornar Khay-yam*. Es muy bonito. Cuando vuelva a casa le mandaré un ejemplar.

Aquellas conversaciones deslumbraban a Matthew. Ella hablaba con mucha propiedad, diciendo las cosas más sorprendentes con su voz alta y clara, y manejando un vocabulario nada vulgar. Cada día esperaba con ansia aquellas charlas del atardecer. Charlotte también parecía tenerles afición. Cuando la puerta se cerraba detrás de los demás alumnos, ellos se miraban riendo con alivio y se daban la mano, como si no se hubieran encontrado en todo el día hasta aquel momento. Charlotte se instalaba en un pupitre de delante mientras Matthew, sentado ante su mesa, apoyaba la silla contra la pizarra; entonces empezaban a hablar de libros, viajes y música.

Charlotte solía decir que sería estupendo que él pudiera ir a visitarla a San Luis. Ella le enseñaría los grandes edificios, el museo, la universidad, y podrían asistir a un concierto juntos. ¡Cómo echaba de menos los conciertos! ¡Qué agradable sería que Matthew pudiera ir a la escuela de San Luis aquel verano! Hablaba de ello con tanta frecuencia que él empezó a considerar la posibilidad de hacerlo. Nunca se le había ocurrido ir a ninguna parte, a excepción de la escuela normal de Clarkstown. Pero ¿por qué no San Luis? Hasta el viaje mismo le serviría de instrucción.

La idea se convirtió en un pequeño juego entre ellos. Cuando Matthew fuera a San Luis, irían a ver un espectáculo cómico en un barco, uno de actores negros. Pero primero cenarían en un restaurante elegante. ¡Y beberían champán!

—¿Es embriagador el champán? —preguntó Matthew.

—¿Qué quiere decir? —dijo Charlotte algo sorprendida.

—¿Emborracha?

—¡Claro que no! —Lo miró incrédula—. ¡El champán no es cerveza!

Bueno, ¿y qué más harían? Irían a la escuela militar de Jefferson y verían desfilar a los soldados, todos vestidos de uniforme; eso era muy emocionante. Irían al nuevo Coliseo; irían en canoa. Visitarían los jardines de Shaw y los edificios de la exposición internacional (¡qué pena que no hubiera estado en San Luis justo entonces!). Ella llevaría su sombrero de rosas y su sombrilla a juego. Él, con su sombrero de paja y un bastón, tendría un aspecto tan elegante que todo el mundo pensaría que había llegado de Nueva York. Pasearían entre las flores y la gente creería que era su pretendiente. (Se echaron a reír).

¿Y qué más? Oh, habría un montón de cosas estupendas que hacer. La ciudad lo recibiría con los brazos abiertos. Y así seguían hablando hasta que la cabeza de Matthew daba más vueltas que un globo terráqueo.

Una tarde, al darse la mano, Matthew se inclinó súbitamente y la besó en la boca. Se contemplaron un instante y después no pudieron pensar ni decir nada. Charlotte se sentó encima de la mesa, Matthew se apoyó en la pizarra. Ninguno de los dos podía mirar al otro sin esa contracción de la cara que parece una sonrisa. El tío no llegaba, y por fin no les quedó otra cosa que hacer más que caer el uno en brazos del otro y unir sus labios.

Matthew acababa de cumplir los treinta años aquella primavera. La muchacha tenía diecisiete, pero parecía mucho mayor. Sus equilibrados modales conseguían ocultar el hecho de que era muy inexperta en amor y le daban un toque de mundología, que a Matthew le parecía el colmo de la sofisticación. Se sentía indigno de ella, lleno de gratitud porque no lo rechazaba.

Charlotte, por su parte, también le estaba agradecida a él. Se sentía muy sola. Se había enamorado del pretendiente de su madre y lo único que él había hecho era reírse y acariciarle la mejilla. Necesitaba urgentemente proyectar su personalidad sobre alguien que le prestase atención. Y aquel profesor alto y joven de cuerpo musculoso y hermosos ojos castaños se la prestaba de muy buen grado.

Matthew corría a la escuela cada mañana con la garganta seca, deseando tan ardientemente llegar allí que azuzaba a su yegua con disculpas y promesas de recompensas. Por las noches volvía a casa de mala gana esperando que llegara el día siguiente. Los fines de semana eran una tortura. Se los pasaba talando árboles, colocando setos, desenterrando troncos, intentando, en fin, pasar el interminable tiempo que faltaba para el lunes.

En la escuela, tenía miedo de ser visto a diez pasos de Charlotte. Durante las clases apenas la miraba, aunque enrojecía de orgullo cuando ella le hablaba con los ojos. Por las tardes, mientras esperaban al tío, se besaban con prisa, ávidamente, en un rincón de la estancia detrás de la estufa. Luego ocupaban sus sitios de costumbre, ella en el pupitre delantero, él detrás de su mesa. Sentados así, circunspectamente aparte, hacían el amor con palabras, a través del espacio que los separaba. ¡Las cosas que a ella se le ocurría decirle! ¡Rosas y joyas caían de su boca, palabras que eran besos, pasión asombrosa! Sus voces, bajas y anhelantes, los acariciaban a los dos hasta que Matthew se sentía angustiado.

Sin embargo, no estaba tan abandonado a su amor como para olvidar los peligros. Temblaba cada vez que uno de los estudiantes llamaba a Charlotte «la preferida del profesor». Se preguntaba qué rumores corrían sobre ellos y qué historias contaban en sus casas. A veces, el miedo a ser descubierto lo trastornaba tanto que llegaba a desear no haberla conocido nunca. ¡Qué alivio si se fuera y él pudiera olvidarla! Entonces recordaba que, en realidad, lo dejaría pronto, y se sentía desolado. Esperaba el fin de curso como quien espera el fin del mundo.

A pesar de los suspiros y ocasionales lágrimas de Charlotte, Matthew se daba cuenta de que ella aceptaba el fin más fácilmente que él. Hablaba con alegría de

volver a casa, de ver a su madre de nuevo, y todo aquello aumentaba la desesperación de Matthew. Se sentía furioso y, a la vez, más posesivo. La idea de casarse con ella cruzó mil veces su mente, ensombrecida por la de divorciarse de Callie. Apenas pensaba en su esposa; casi no le había dirigido la palabra en toda la primavera. Sin embargo, el cataclismo del divorcio estaba fuera de toda cuestión. Además del escándalo, que le podría ocasionar un perjuicio irreparable, estaba el tremendo inconveniente, tanto físico como emocional, de iniciar otra vida. Y cuando se enfrentaba con esa realidad, no podía imaginarse viviendo total y permanentemente sin Callie. (Trataba de imaginarse a Charlotte en su granja y se le ocurría pensar si, en primavera, ella iría corriendo a su encuentro para decirle que habían nacido las lechugas, como hacía Callie; o si saludaría a un nuevo ternero con gritos de alegría, o si mataría a los pollos, como su esposa tenía que hacer siempre. No tenía valor para dejarla).

En cambio, sí podía imaginarse una vida sin Charlotte. Aunque le resultara doloroso. Se hacía a la idea de vivir sin ella. Pero ahora no, todavía no. Quería continuar un poco más, y le dolía que ella no demostrara el mismo interés.

A medida que el tiempo se volvía más cálido y brotaban las hojas nuevas, se fue trastornando cada vez más. Daba las clases con gran esfuerzo. En casa se enfadaba con las niñas y apenas reparaba en la presencia de Callie. Y como no se comportaba bien con ellas, su conciencia le remordía. Empezó a sufrir insomnio; pasaba noches enteras tumbado en la cama, tenso y febril, entregado a sus pensamientos sin poder ni siquiera rezar para dormir. Pensaba en Charlotte, sumergida en la vida de la ciudad, dejándolo en la cuneta. A menudo había envidiado las ventajas culturales de una ciudad y había suspirado por ver sus parques, monumentos, santuarios históricos y edificios famosos, pero, sin embargo, desconfiaba de la gente. Siempre había desaprobado sus costumbres y actitudes, juzgándolas frívolas. Charlotte le había abierto nuevas perspectivas; con un estremecimiento físico, ahora pensaba en elegantes damas y caballeros, en bonitas palabras y distinguido lenguaje, en bibliotecas, pinturas, música y contemplación... *otium cum dignitate*. De todo aquello podría disfrutar un poco mientras continuara con Charlotte; pero al irse ella, eso terminaría también. En contraste con el mundo de la muchacha, el suyo le parecía terriblemente vulgar y, muy a su pesar, se sentía lleno de resentimiento contra Callie y las niñas. Él debía cuidarlas y, por tanto, ellas lo encadenaban y retenían.

La posibilidad de pasar el verano en San Luis con la excusa de la escuela lo seducía sobremanera. Pensaba en ello constantemente: cómo podría conseguir marcharse, qué arreglos podía disponer para la familia (que se quedaría en casa, naturalmente) y para la granja... Él se podía encargar de algunas cosas, y San Luis no era el fin del mundo. Ya se las arreglaría de algún modo. Una noche se atrevió a mencionárselo a Callie de improviso. Pensó que sería mejor sondearla, prepararla. Ella apenas si dijo nada, pero al día siguiente se encontró mal y Matthew se sintió culpable. Propensa a las jaquecas nerviosas, sufrió un ataque tremendo. La encontró

en cama cuando volvió a casa, con un paño mojado sobre la frente y una jofaina en el suelo para recoger sus vómitos. Tenía los labios de color azul y la tez muy pálida. Matthew permaneció a su lado hasta que quedó sumida en una especie de sopor parecido al coma, último estadio de la enfermedad.

Cuando a Callie le daban aquellos ataques, Matthew sentía, a la vez, compasión y aversión. Eran una especie de estratagema femenina, una protesta, un reproche. Casi se los provocaba ella misma. Sin embargo, tenía la sensación de que aquel último se lo había ocasionado él al mencionarle San Luis, y lo lamentaba.

A la mañana siguiente la dejó durmiendo. Cuando regresó (otra vez tarde, a pesar de sus buenas intenciones; aquel día Charlotte lo había vuelto loco), Callie estaba algo mejor. Incluso le sugirió que le diera una clase de caligrafía, cosa que no había hecho nunca.

—Oh, es tarde —dijo él, que no se sentía con ánimos—. He estado enseñando todo el día.

—Pero tenía ganas...

—Tengo que irme a la cama. Mejor en otro momento, quizá.

No podía mirarla. Se tumbó en la cama intentando dormir. Callie y Charlotte, dos clases de vida que lo desgarraban. Por fin, atormentado por el insomnio, se levantó y se vistió. Con cuidado de no despertar a Callie, bajó las escaleras y salió al patio, donde permaneció un rato sintiendo la noche.

La quietud, el aire fragante, el olor a verde, a rocío, a tierra recién removida... el aire puro de hoja y hierba. Las vacas dormían a la luz de la luna y la yegua se movía inquieta en el establo, golpeando las tablas con sus herraduras. Dirigiéndose a la verja, Matthew contempló el prado y los bosques de plata, y le pareció que hacía mucho tiempo que no había visto todo aquello.

Cruzó el patio y se adentró por la arboleda de nogales. A su izquierda se abría el prado; a la derecha, un poco lejos, una línea de robles, cedros y abedules señalaba el curvado cauce del arroyo. Abandonando el sendero se dirigió a la orilla y contempló el agua, que corría sobre piedras y guijarros reflejando la luz de la luna. El manantial susurraba en la oscuridad. Descendió por un camino hecho por las vacas y cogió agua fría con el hueco de las manos. Tenía un sabor limpio y medicinal que recordaba a minerales y hierbas.

Al otro lado del arroyo, la disposición de una cerca, los bosques y el cauce formaban un pequeño triángulo, un trozo de terreno sólo útil para apacentar al ganado y que él raras veces visitaba. Pensó que podía trepar hasta allí y echar una ojeada. Agarrándose a las raíces que crecían en la orilla, se abrió paso por entre la maleza hasta llegar al claro. Entonces se detuvo sorprendido. Solo, casi en el centro del terreno, se elevaba un espino blanco ya en flor. Tenía la forma de un gran pino cónico, redondo en la base y terminado en punta. Todo él estaba cubierto de unas pequeñas flores blancas que brillaban con luminosidad.

Matthew lanzó un débil silbido. Se había olvidado de aquel árbol; nunca lo había

visto florecido de aquella manera. Dio vueltas a su alrededor, maravillado. Al cabo de un rato se apartó, se apoyó en otro árbol (parecía que todos los demás se hubieran retirado a propósito) y contempló el brillo de la luna sobre el espino blanco. Hubiera brillado igual, quieto e impersonal, aunque él no hubiese estado allí. Pensó en toda la hermosura que podía pasar desapercibida y le complació haber tenido el privilegio de ver aquélla. Con estas reflexiones sintió que había recibido una lección de humildad. No hacía ni media hora que había renegado de su suerte, despreciado lo bueno de su vida, todo lo que el Señor le había dado. Y sin embargo, ingrato como era, adúltero y falso, lo había guiado hasta aquel árbol. Dios lo había dispuesto como una señal entre los dos. El alto espino blanco era un dulce reproche divino.

—Perdóname, Señor —musitó en voz alta—. Perdona mi ingratitud.

Y se sintió un poco mejor. Luego se sentó en el suelo y permaneció largo rato medio adormecido. Cuando sus ojos se saturaban de la belleza del árbol, dirigía la mirada al bosque oscuro o al cielo y después volvía a contemplar el espino blanco, como si lo viera por primera vez. En aquella especie de ensueño, las cargas de su espíritu parecían aligerarse. Se sentía purificado y exaltado en una especie de trance parecido al éxtasis de los santos.

Pero al cabo de un rato aquella calma se desvaneció y la imagen de Charlotte volvió a apoderarse de él, tan atormentadora como antes. Gimió débilmente, sumido otra vez en el deseo y la desesperación. Pensó en la fría piel de la muchacha, en sus ojos, en el sabor de su boca; el deseo que sentía por ella le pareció tan fútil como la ira. Se maldijo. ¿Debía llevarla incluso allí, al santuario de sus bosques? Se puso en pie y se adentró en la espesura ajeno a las ramas que rozaban su cara y las zarzas que arañaban sus tobillos. Caminó una y otra vez sobre sus pasos, pero no se sintió mejor. La necesidad de ella se le hacía imperiosa, y el espino blanco se reía de él con su belleza. Volvió a dejarse caer junto a un roble.

Al sentarse allí, percibió un ruido en la dirección del arroyo, como si alguien intentara abrirse paso por entre los arbustos. Una piedra rodó por la orilla hasta el agua. Matthew alzó la cabeza y escudriñó el claro de luna. Quizá una de sus vacas lo había seguido o un animal se había acercado a beber. Se oyó de nuevo el ruido, se produjo un movimiento en la maleza y una blanca figura apareció a la luz.

—¿Matthew?

Era Callie con su camisón blanco.

—¡Matthew! —gritó de nuevo con voz tímida—, ¿estás ahí?

—¿Qué estás haciendo aquí? —replicó él desde las sombras.

Ella lanzó un grito de espanto que terminó en risa.

—¡Dios mío! Me creía que estabas aquí, pero me has asustado. —Salió al claro y vaciló—. ¿Dónde estás? No te veo.

—Aquí. —Asomó de entre las sombras.

Con un suspiro de alivio, Callie corrió hacia él. Llevaba un chal sobre los hombros y el cabello suelto.

—Pensaba que estabas durmiendo —dijo él con brusquedad.

—He dormido un rato. Te encuentras bien, ¿verdad, Matthew? ¿No estás enfermo?

—No, sólo cansado. No podía dormir.

—Lo sé.

—He pensado que un paseo al aire fresco me iría bien.

—Se está bien aquí afuera. No hace nada de frío. —Se quitó el chal y sacudió el pelo—. ¡Qué noche tan bonita! Y el árbol, Matthew, ¡oh, el árbol! —Corrió hacia él—. Nunca había visto nada tan hermoso, ¿y tú?

—Tampoco —replicó él, lamentando su presencia—. Será mejor que volvamos.

—¡Todavía no! —Callie volvió a su lado y le cogió la mano—. Quedémonos un poco más. ¡Por favor! —Tímida como una colegiala, le soltó la mano y bajó los ojos—. Parece como si ya no pueda estar nunca a solas contigo —dijo. La luz de la luna trazó un arco sobre su cabeza inclinada. Como él no le contestaba, alzó los ojos y sonrió de nuevo—. Ya sé que estás muy ocupado. No me extraña que te sientas cansado. —Suspirando profundamente se volvió y se dejó caer en el suelo—. Siéntate, cariño.

Extendió su chal para él.

—Levántate, Callie. Te vas a enfriar.

—No. Vamos, siéntate.

Le tiró de la mano.

—¿Y si se despiertan las niñas? —dijo él, todavía en pie.

—No se despertarán. Cuando cogen el sueño duermen de un tirón. —Se quitó los zapatos y hundió los pies en la hierba—. ¡Qué bien se está así!

—¿No tienes miedo de los gitanos? —preguntó él—. Rondan algunos por aquí.

Dejó de mover los pies.

—Sí, ya lo sé.

—Me parece que esta tarde he visto sus fuegos de campamento en el bosque que está junto a la ciudad. No creo que tomen este camino, pero no me gustaría correr ningún riesgo.

—No —aprobó ella, y se quedó un momento en silencio—. Bueno, igual no podrían entrar en casa. La he cerrado con llave cuando salía, y bien cerrada. —Se tendió de espaldas sobre la hierba, con los brazos detrás de la nuca—. ¡Vaya luna grande que hace esta noche!

Se le había desabrochado el camisón; el ojo oscuro y redondo de uno de sus pechos contemplaba a Matthew.

—Vamos, Callie. Te enfriarás.

—Matthew... —murmuró ella.

—Volvamos a casa.

—Sí, pero primero échate un rato.

—No tengo ganas.

Hubo un silencio, y él siguió enfurruñado. Entonces Callie se puso en pie y le miró a los ojos.

—Matthew —dijo en voz baja—, ámame.

Él se volvió.

—Ahora no, Callie.

—¿Por qué?

—Aquí no.

—¿Lo harás si vamos a casa?

—No lo sé.

—Por favor.

—No nos hará ningún bien —dijo Matthew desesperadamente.

—Yo haré que sí, que nos haga bien. ¡Oh, Matthew!

—Tal vez mañana. No lo sé. Vamos, Callie.

Se deslizó hasta colocarse de nuevo delante de Matthew y, antes de que él pudiera moverse, empezó a quitarse el camisón. Sacó los brazos de las mangas y la prenda cayó al suelo.

—Vuélvete a poner —dijo él.

—¡No!

Apartó con el pie el camisón y, con una extraña sonrisa, aspiró una bocanada de aire para que sus redondos senos se hincharan. Matthew recogió el camisón, se lo tiró y se alejó por el claro. Callie corrió tras él y lo agarró del brazo.

—¡No te vayas, Matthew!

—¡Déjame solo! —gritó.

—¡Ya te he dejado solo!

Se miraron cara a cara en silencio, allí, bajo la luz de la luna, junto al espino blanco. Entonces, con un movimiento rápido y felino, ella se apretó contra él rodeándolo con los brazos mientras le desabrochaba la camisa.

—¿Qué estás haciendo?

Con un súbito tirón, le abrió del todo la camisa y apretó los senos contra su cuerpo desnudo.

—Sácate la ropa —susurró.

—¡Te odiaré!

Apenas podía hablar.

—No lo harás.

Su cuerpo se movía, sus manos le acariciaban la espalda, y con voz parecida a una cálida lluvia empezó a decirle cosas que nunca le había oído decir antes, cosas asombrosas y excitantes. Matthew sintió palpar su corazón hasta perder el aliento y, gimiendo, se quitó los pantalones y la apretó contra sí. Abrazados con fuerza, cayeron al suelo.

Después, permaneció echado de espaldas con un brazo sobre los ojos para resguardarse de la luna. La tierra estaba fría, pero se sentía demasiado cansado para

moverse. Había hecho el amor brutalmente, mordiendo y agarrando con fuerza, como si fuera un castigo que se veía obligado a infringirle. (Más tarde descubrió que le había dejado grandes cardenales). El acto no le había proporcionado placer, sino una amarga satisfacción parecida a la de la venganza. Aquélla nunca había sido su manera de amar. Y se sentía disgustado, con ella y consigo mismo.

Callie se inclinó sobre su marido y le acarició con su largo cabello.

—Nos ha hecho bien, ¿verdad? —dijo.

—Supongo que sí.

—¿Volvemos ahora?

—De acuerdo.

Pero no se movió. Al cabo de un rato, Callie lo cubrió con su chal y se quedó sentada sin hablar. Hubo un momento en que Matthew creyó que estaba llorando. La miró por debajo del brazo. Tenía la cabeza inclinada y el pelo le caía hacia delante, ocultándole el rostro. Se sujetaba un pecho con la mano.

—No quería hacerte daño —le dijo Mathew.

—Ya lo sé. Estoy bien.

Matthew cerró los ojos, y debió de caer dormido, porque cuando volvió a abrirlos ella se había ido. Sus ropas, que había tirado en desorden, estaban dobladas cuidadosamente a su lado. Se vistió y emprendió el camino de regreso a casa. Al llegar a la maleza que crecía junto al arroyo, se detuvo y miró hacia atrás. El espino blanco se erguía alto y sereno, y tuvo la sensación de que, en cierto modo, lo había traicionado.

Cuando Charlotte se despidió, se besaron tiernamente prometiendo volver a verse algún día, de alguna manera. Matthew estaba desolado. Pero, a pesar de sí mismo, no tardó en descubrir el placer que le proporcionaba despertarse en las frescas mañanas de mayo y quedarse en casa todo el día. Había redescubierto su granja y se afanaba trabajando en ella con las chiquillas pegadas a sus talones. Más adelante iría a la escuela de verano de Clarkstown durante unas semanas, y aunque no era lo mismo que San Luis, lo esperaba con ilusión. En el ínterin, no tenía lecciones que estudiar, exámenes que corregir, ni nada que hacer a excepción de trabajar al aire libre, cantar a voz en cuello y caer dormido en el mismo momento en que su cabeza se apoyaba contra la almohada. Aquella libertad llegaba cada año como una sorpresa completa y refrescante. No podía pensar en Charlotte sin sentir pena, pero a veces podía pasarse un día entero sin pensar en ella en absoluto.

Callie estaba encinta, naturalmente. Este hecho no sorprendió a ninguno de los dos, y aunque ella se sentía feliz, a él le remordía la conciencia. No podía evitar pensar que aquel hijo había sido engendrado en adulterio, pues había utilizado a su esposa —ésta era la única verdad— deseando a otra mujer.

Y sin embargo, también había deseado a Callie aquella noche, porque ella lo había obligado a desearla. Y seguía haciéndolo desde entonces. Matthew estaba un poco resentido por el modo en que su mujer lo satisfacía. Por su culpa, la distinguida Charlotte se iba desvaneciendo y, con ella, los conciertos, los museos, el lenguaje elegante y los modales cultivados.

Bueno, pues que se fueran. De todos modos, estaba demasiado lejos de su alcance. ¿Cómo podía él, con su humilde origen, soñar con tales logros? ¿Y qué importaba si no iba a conciertos ni a galerías de arte, ni frecuentaba los claustros universitarios? Tenía a los pájaros, cuya música elevaba el alma. Tenía el cielo, donde Dios pintaba bellos cuadros. La naturaleza era su compañía. ¡Ningún libro escrito podía enseñar a los hombres más que ella! Contemplaba sus tierras con el corazón alegre.

Pero ¡oh! —pensó al coger las riendas de nuevo—, ¡oh, cuántos libros que se escribían y cuánta gente que podía leerlos! ¡Oh, las cosas que pasaban en el mundo, los mares, las montañas, los cráteres, los castillos, los fuertes, los barcos y las estatuas, las junglas, la pompa, y todas las hermosas muchachas de piel blanca a las que nunca llegaría a conocer!

La niña nació en enero en medio de una tempestad de nieve, cuando el mundo exterior estallaba y rugía, y las ramas de los árboles azotaban el tejado. Hacía tan mal tiempo aquella mañana que Matthew estuvo tentado de quedarse en casa y no ir a la escuela. Callie no esperaba el bebé hasta unos cuantos días más tarde, pero no veía por qué Matthew tenía que salir con aquella tormenta.

—Con un día así no va a ir ningún niño a la escuela —dijo.

—Bueno, pero yo tengo la llave —replicó Matthew—, y no me gustaría que alguno se quedara fuera.

—¿No pueden ir a pedirle al pastor que les abra si son tan tontos de salir con un tiempo así? ¿No tiene él una llave?

—Sí, pero no me gusta faltar.

—Por una vez no pasará nada.

—Lo sé, pero las tiendas y los bancos abrirán. No quedaría bien que la escuela estuviera cerrada.

—¡Por el amor de Dios! Todos estos hombres viven en la ciudad.

—Y tal vez piensan que yo debería vivir también allí, para prestarles mejores servicios.

—Te pasas casi todo el día en la escuela.

—Pero, Callie, ¡es mi trabajo!

—Está bien, vete entonces —dijo ella—. Si tanto te afanas en complacer a todo el mundo, no pierdas tiempo. Tú y tu caballo podéis helaros, que a ellos poco les va a importar. Pero, de todos modos, deja a Jessica en casa.

Jessica, que por aquel entonces tenía casi siete años, había empezado a ir a la escuela en otoño. Cabalgaba en la grupa con Matthew cada mañana y él la dejaba en Bitterwater de camino hacia la ciudad. Aquel día se fue sin ella, enfurruñado porque Callie no se hacía cargo de sus obligaciones.

Dos o tres niños de la ciudad aparecieron en la escuela, los suficientes para que se sintiera satisfecho pero no para que valiera la pena encender el fuego. Los mandó a casa al mediodía y poco después emprendió el penoso camino de regreso a la granja. La yegua resbalaba sobre el camino helado y tenían que esquivar ramas caídas. Cuando llegó a casa ya había oscurecido. Tampoco allí se veía ninguna luz. Matthew dejó la yegua en el establo y entró. No ardía ningún fuego en la estufa ni había lámparas encendidas.

—¿Callie? —llamó.

—Estamos bien. —Su voz sonó en la habitación delantera—. Estamos aquí.

Yacía en la cama, a oscuras, con el nuevo bebé a su lado. Las otras dos chiquillas estaban sentadas junto a la estufa.

—Todo ha ido bien, amor mío —dijo ella—. ¡Tienes otra hija!

Matthew cayó de rodillas a su lado, sin hablar. Las niñas se le acercaron y él las abrazó.

—No llores —dijo Callie—. No ha ido tan mal. Jessica me ha ayudado mucho. Me ha traído cosas y ha puesto madera en la estufa para calentarnos. —Extendió una mano y acarició la cabeza de su hija—. No sé lo que mamá habría hecho sin ella.

Matthew besó a Callie y a las niñas, todavía sin poder hablar. Arrodillado allí, reía y lloraba, acariciando la frente de su esposa.

—Ahora, papá, enciende la lámpara —dijo ella riendo—. ¿No quieres ver a tu nuevo bebé?

Era una criatura diminuta con mucho pelo oscuro.

—¡Hola! —dijo Matthew suavemente, inclinándose sobre ella con la lámpara—. ¡Buenas noches, niñita!

Los oscuros ojos de Callie brillaron.

—Se llamará Matthew —dijo.

—Pero ¡si es una niña! Se parece a ti...

—Quiero que se llame como su padre. —Callie besó la cabecita de la criatura—. La llamaremos Mathy.

Ahora, años después, sentado a la luz de la luna en el cementerio de Shawano, Matthew pensó en Callie, que estaría esperándolo en casa, quizá despierta en la oscuridad, esperando oír sus pasos; esperando, siempre esperando, con la cena preparada y la cama caliente, aun sabiendo que él no siempre llevaba su corazón a casa. Ella debía de saberlo. No todo, pero sí lo suficiente para que le hiciera daño. Sin conocer hechos ni nombres, supo lo de Charlotte, y por ello lo siguió al bosque aquella noche. Así nació Mathy. Mathy era la hija de Charlotte. Pero Callie la había engendrado, ahorrándole a Charlotte —y a Matthew— el problema.

Lo había salvado más de una vez con su lealtad y paciencia. Él se sentía agradecido, y también un poco resentido. A veces un hombre no quiere que lo salven. Pero él siempre acababa por deseárselo realmente. A pesar de todo lo que le hacía a Callie, no podía vivir sin ella, ni tampoco quería.

—La amo —dijo, deseando tristemente amarla sólo a ella.

No lo había conseguido, y probablemente no lo conseguiría jamás. Las muchachas llegaban año tras año; cada otoño traía una nueva cosecha, muchachas dispuestas ante sus ojos, madurando para su disfrute. Y, con pena, pensó, comería de la manzana todos los días de su vida.

MATHY

Con el primer acto de su vida —llegar temprano como lo hizo, aquel día en que su padre se había ido—, la hija pequeña de Matthew lo predispuso un poco en su contra. (A veces Matthew pensaba que su madre se había adelantado al tenerla a propósito, sólo para molestarle. Fuera culpa de Callie, de la niña o de nadie, le fastidió.) Aunque podría habérselo perdonado si a partir de entonces se hubiera comportado de un modo distinto. Normalmente, era una chiquilla encantadora: divertida, alegre y atractiva. Pero poseía un auténtico don para meterlo en problemas. Un talento que se acentuó considerablemente cuando dejaron la granja.

Eso fue un poco antes de la primera guerra, cuando Matthew aceptó un cargo en Shawano. No estaba en absoluto seguro de si era lo que tenía que hacer. El prestigio y la responsabilidad, aunque eran atractivos, lo asustaban. También Callie tenía sus dudas. Aunque durante años había soñado con vivir en la ciudad, empezó a mirarse las rudas manos y a escuchar su lenguaje, y su tranquilo y práctico coraje se desvaneció. A pesar de eso, sabía tan bien como él que tenían que ir.

A pesar de su timidez natural de chiquillas de campo, las dos niñas mayores esperaban el traslado con ilusión. ¡Gente, tiendas, excitación! Se imaginaban la vida de la ciudad como una perpetua tarde de sábado.

Era la pequeña la que se resistía a todo el atractivo del cambio. Mathy tenía cinco años y medio aquel verano, y andaba ocupadísima. No tenía tiempo para hacer el equipaje y trasladarse. Al ver que los preparativos continuaban a pesar suyo, escondió toda su ropa. Enterró su muñeca en el huerto. Se subió al árbol más alto de la granja y se negó a bajar. Corrió a casa de los vecinos y les pidió que la dejaran vivir con ellos. Por último, la mañana de la partida desapareció. ¿Por qué demonios —dijo Matthew— no la había atado alguien a la cerca? Con los labios lívidos de ira, Matthew cruzó el prado hasta la alameda de sauces, donde solía encontrarla arrodillada sobre la hierba cenagosa. Callie y las niñas la buscaron por la casa y sus alrededores. Por fin, Jessica la encontró en el jardín, sentada debajo de una enredadera de judías, con los ojos echando chispas y dispuesta a arañar y morder.

Nadie tuvo valor para zurrarla, y el que menos Matthew, que se sentía profundamente nostálgico. Triste y silencioso, partió en el gran carro con su mejor vaca atada detrás, su familia acomodada entre los muebles y las jaulas de las gallinas, y la pequeña llorando a moco tendido.

Para su alivio, Mathy se acomodó a la nueva vida en cuanto se instalaron en la ciudad. Los vecinos y las demás novedades parecieron hacerle olvidar la granja. Las

niñas mayores se sentían absolutamente felices. Hacía sólo dos semanas que estaban allí, y ya las habían invitado a tres fiestas de cumpleaños, cosa nueva para ellas. Por las tardes, mamá las dejaba ir a la estafeta de correos a pedir la correspondencia del director. Lo único que Leonie lamentaba era que su padre la obligara a continuar en quinto. Tenía once años y debería haber empezado sexto, pero el invierno anterior había tenido anginas y había faltado mucho a la escuela; además, papá no tenía una opinión demasiado buena de su profesora de Bitterwater. Aunque lloró, discutió y pataleó, no logró convencerlo y volvió a quinto, amargamente avergonzada por ser la mayor de la clase. Sin embargo, en Shawano había un profesor de piano y su padre le dejó tomar lecciones. Aquello la consoló mucho. Pensaba que disfrutaba por fin de las ventajas culturales a las que estaba destinada.

En cuanto a Callie, apenas tenía tiempo para decidir si le gustaba su nueva vida o no. Al residir en una ciudad, tenía que lavar, planchar y remendar mucha más ropa. Había que hacer cortinas nuevas; las niñas necesitaban vestidos, y casi nunca pasaba una semana en la que no tuviera que preparar algún disfraz. Un sombrero de bruja, un traje de peregrino, alas para un ángel de Navidad... Nunca se enteraba de los programas y ejercicios de la escuela, y se quejaba de ello a Matthew: la iglesia ya organizaba bastantes actividades como para que tuviera que andar tan ocupado en la escuela. Él, a su vez, replicaba que eso era lo que la gente esperaba de él, que estimulara el espíritu de la comunidad. Callie le creía, pero casi todas las madres con quienes hablaba habrían preferido un poco menos de espíritu si así conseguían coser menos.

Pero le gustaba estar ocupada, porque así tenía una buena excusa para no alternar. Entre aquellas gentes se producían a menudo situaciones en las que no sabía cómo actuar, situaciones que no podía prever. En su propio terreno habría sabido exactamente qué hacer, y lo hubiera hecho o no, según su gusto. Pero uno sólo puede apartarse de las reglas cuando las conoce bien, y como ella todavía no había aprendido las nuevas, no siempre estaba segura de lo que se esperaba por su parte.

Por ejemplo, respecto a la cuestión del chico de los repartos. Matthew tenía teléfono, uno de los pocos de la ciudad, y para Callie constituía un placer especial telefonar a la tienda cuando necesitaba comestibles y encargarse que se los enviaran. Al cabo de media hora se los traía por la puerta de atrás un muchacho bobalicón y angelical; siempre parecía tan agradecido de prestar aquel servicio, que al encargarle un saco de harina Callie sentía que le estaba haciendo un gran favor. Aquella simpática criatura, cuyo apellido era Dumpson, era conocido en toda la ciudad como Cuajada, a causa del tinte albino de su pelo y cejas, y del ligero vello que le crecía sobre el labio superior. Conducía un pequeño carro de dos ruedas tirado por un caballo llamado *Maude*, animal tan firme, lento y digno de confianza como su dueño. Cuando bajaban la calle, se oía el chirrido de las ruedas, el pausado clop-clop de los cascos de *Maude* en el polvo. Luego Cuajada rodeaba la casa silbando y llamaba a la puerta.

Callie simpatizó con él en su primera visita. Hasta permitió que Mathy subiera en su carro. Temía, sin embargo, haberse mostrado demasiado cordial, pues en los siguientes viajes Cuajada demostró tendencia a quedarse y charlar. No podía ser un muchacho más correcto, desde luego, más no se podía pedir: sin sentarse ni entrometerse, se quedaba de pie junto a la puerta, con la gorra en la mano, asintiendo, sonriendo y haciendo de vez en cuando algún comentario. Callie no tenía valor para mandarlo de vuelta a la tienda, ni deseaba hacerlo, en realidad. Pero no estaba segura de si a los vecinos aquello les parecería correcto. Sólo cuando se enteró de que Cuajada Dumpson se entretenía en todas las cocinas de la ciudad lo aceptó formalmente en la suya. Empezó a obsequiarla con dulces y pasteles. Él le traía noticias. Intercambiaban opiniones sobre la naturaleza humana y el tiempo, y disfrutaban de su mutua compañía a modo de ama y criado, sabiendo cada uno dónde estaba su puesto.

Callie encontraba aquella relación completamente de su gusto. Despertaba su sentido de nobleza y alentaba su sueño de vivir algún día en una hermosa casa blanca que hiciera esquina, con una mujer para la limpieza y un muchacho que arreglara el jardín.

Una vez él y su familia se hubieron adaptado a la ciudad, Matthew se aventuró a sacar la conclusión de que su decisión había sido la correcta. Pensaba en ello con satisfacción un mediodía de otoño, mientras se dirigía a la ciudad. Hacía un día hermoso; el aire era fresco, dorado y suave, como una tarta de manzana. Además, era día de pago. El primer cheque que había recibido en Shawano descansaba en su bolsillo interior. Animado por la luz del sol y una sensación de bienestar, bajó la calle con paso ligero. Una bonita mujer, madre de uno de sus alumnos, salió al porche para saludarle. Un comerciante que se dirigía a casa a cenar se detuvo a estrecharle la mano. Saludando, sonriendo —próspero, aceptado y engréido—, Matthew se encaminó al banco.

Cuando hubo depositado su cheque, atravesó la calle para pagar la cuenta del colmado. Por primera vez en su vida, y sólo ante la insistencia del dueño, se había convertido en un cliente a crédito. Todavía le sorprendía que aquel detalle fuera visto como un signo de abundancia y no de indigencia; por ello se sintió aliviado al no encontrar en la tienda más que al propietario.

—¡Buenos días, profesor! —El tendero salió de las frías profundidades de su establecimiento y se adelantó hacia él entre sacos de judías, barriles de salmuera y tarros de cristal de galletas—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Qué tal? —dijo Matthew, estrechándole la mano—. Dígame lo que le debo, señor Henshaw. ¿Si mi mujer no ha subido mucho la cuenta, tal vez pueda pagarla!

—Sí, señor; sí, señor, ¡y que lo diga! —replicó el señor Henshaw, que seguía estrujando la mano de Matthew—. Estas mujeres nos están haciendo sudar tinta, ¿verdad, profesor?

Le dio unas palmadas en el hombro.

—Desde luego.

—Bueno, bueno, nunca paran de pedir. ¿Y adónde va a parar todo esto?, le digo yo a mi mujer. Pero cada mañana me da una lista más larga que su brazo. El viejo caballo de Cuajada apenas puede con tanta carga. Y no sé qué hace con la compra. ¡Estoy seguro de que no soy yo el que se la come! —Se dio unos golpecitos en su sólida y redonda barriga.

—¡Vaya, de eso se da cuenta cualquiera! —exclamó Matthew. Los dos se echaron a reír—. Bueno, veamos lo que me cuesta la mía.

El señor Henshaw sacó el manojito de cuentas de un gancho de alambre.

—Aquí lo tiene, profesor. Repase la cuenta para ver si he sumado bien. No me gustaría estafar a un maestro de escuela.

Matthew sonrió.

—Me fío de su palabra, señor Henshaw. Nunca la he puesto en duda. Bueno, no está tan mal. Creo que esta vez podré pagarle.

Se apoyó en el mostrador de la carne para extender un cheque mientras el señor Henshaw metía la mano en el tarro de caramelos: pastillas de goma de limón, de menta y bastones de coco con listas y estrellas como una bandera. La añadidura.

—Hola, Orville —saludó el señor Henshaw.

—Por todos los santos, Walt —dijo el granjero, quitándose el sombrero—. ¡Menudo calor hace aquí dentro!

—Sí que hace calor para esta época del año.

—Quiero un saco de Bull Durham, Walt.

La mosquitera de la puerta se abrió de nuevo, y entró una mujer huesuda con unas faldas que crujían y un sombrero monumental.

—¿Walter? —Su profunda voz musical recorrió toda la tienda, era una de esas voces que pueden oírse en medio de una multitud—. He venido a buscar mis cosas. ¿No ha vuelto todavía el chico?

—No, lo siento, señora Gunn —se disculpó Henshaw—. Pensaba que Cuajada volvería en seguida; iba a despacharlo con su pedido. Deje que le diga lo que voy a hacer: voy a prepararle el pedido ahora mismo. Es una vergüenza que haya tenido que venir usted a buscarlo.

—No vivo muy lejos. Yo habría hecho tiempo, pero Roy está en casa esperando la cena, y no tengo manteca.

—Bueno, pues ahora voy a preparárselo todo. —Se dirigió al fondo de la tienda—. ¿Conoce al profesor Soames, señora Gunn?

—No —contestó la señora, avanzando hacia Matthew y estrechándole la mano con fuerza—. Encantada de conocerle. Mis hijos ya no van a la escuela, pero todo el mundo dice que vamos a tener un buen profesor este año.

—Caramba, es muy agradable oír eso —dijo Matthew.

—Quería un kilo y medio, ¿verdad? —preguntó el señor Henshaw, sacando la manteca.

—Sí —contestó la señora Gunn—. Con este tiempo que hace, ya tengo bastante. Si la guardo, se me estropea.

—Mi chico ha perdido su yegua esta mañana —le explicó el señor Henshaw a Matthew.

—Lo siento mucho.

—¡Oh, no quiero decir que se haya muerto! Se ha perdido o la han robado, algo así. El caso es que no está por aquí. Debe de haberse escapado mientras esperaba a Cuajada. Ya sabe lo que se entretiene en las casas. La ha buscado durante más de una hora, y no he podido entregar ni un pedido desde las diez de esta mañana.

—¡Caramba!

—Por eso ha tenido que venir la señora Gunn a buscar el suyo. He mandado al chico a su casa enseguida después de que llamara, pero tenía que hacer otra parada por el camino. Al salir, *Maude* y el carro habían desaparecido sin dejar rastro.

—¿Y siguen sin saber nada?

—Nadie los ha visto.

—Walt —intervino el granjero, apoyándose en el mostrador y encendiendo un cigarrillo—, ese muchacho tuyo conduce un pequeño carro de dos ruedas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Con un viejo saco de huesos amarrado a él?

—Estás insultando a un caballo muy bueno —replicó el señor Henshaw sonriendo.

—Para hacer salchichas, quizá. Bueno, pues me parece que sé dónde está.

—¿Qué dices? ¿Lo has visto?

—A unos cinco kilómetros al sur de la ciudad.

—¡Cinco kilómetros!

La brillante luz del día relampagueó un instante en las oscuras profundidades de la tienda cuando se abrió la puerta de atrás y entró Cuajada Dumpson.

—¡Ya era hora de que llegaras, Cuajada! —exclamó el señor Henshaw—. Parece que hemos encontrado a tu caballo. —Se volvió hacia el granjero—. Supongo que a la vieja bribona se le ha metido en la cabeza irse a pastar.

—No, no lo creo —dijo el granjero—. Me da la sensación de que la han robado.

—¿Robarla? ¿A la vieja *Maude*? ¿Quién la iba a querer?

—¡Dios mío! —exclamó la señora Gunn, avanzando hacia ellos—. Tal vez deberíamos llamar al *sheriff*.

—Bah, nadie puede haber querido robar a la vieja *Maude* —dijo el señor Henshaw.

—Pues me parece que alguien lo ha hecho —observó el granjero.

—¿Quién haría una cosa así?

—Un cuatrero.

—¡Vamos! No ha venido por aquí un cuatrero desde hace veinte años, cuando Ezzar Clark dejó el negocio y se dedicó a predicar.

—He visto al culpable sentado en la grupa y sosteniendo las riendas.

—Llamaré al *sheriff* —dijo la señora Gunn firmemente—. ¡Hacerle una cosa así a Cuajada!

El señor Henshaw parecía preocupado.

—No quiero pensar que ha sido alguien de aquí. Tú no lo has reconocido, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo era el tipo?

—No era un tipo.

—¿Una mujer? —inquirió la señora Gunn.

—No —dijo el granjero—, una chiquilla. Una niña de pelo oscuro y del tamaño de mi pulgar...

—¿No es vergonzoso? —La señora Gunn, con los brazos en jarras, bloqueaba el pasillo—. ¡Que a algunos niños se les permita hacer cosas así! ¿De quién cree usted que será hija?

Matthew permanecía avergonzado detrás del mostrador de carne. Lanzando un profundo suspiro, salió al pasillo.

—Mía —dijo. Y avanzó en medio de un atónico silencio, evitando mirar a la señora Gunn—. Si tiene usted algún medio de transporte, señor Henshaw, iré a buscarlos y se los traeré.

Enfadado, hambriento y humillado salió en el carruaje del señor Henshaw con Cuajada Dumpson sentado a su lado. Rodaron por las calles, mientras la gente regresaba al trabajo después de comer. Cuajada saludaba a todo el mundo.

—¡He encontrado a mi caballo! —gritaba a diestro y siniestro—. ¡Lo habían robado!

Los tenderos y colegiales se detenían en las aceras y las amas de casa corrían a sus puertas para contemplar al nuevo director, quien, según parecía, estaba pasando la tarde con el chico de los repartos del señor Henshaw.

Encontraron a Mathy a varios kilómetros de la ciudad.

—¡Sólo estaba volviendo a casa! —insistió ella.

Volver a casa no era lo mismo que escaparse.

—Tu casa está aquí —dijo Matthew.

—Bueno, iba a volver a casa mañana.

Trotaron por el polvoriento camino hacia la ciudad seguidos a una distancia cada vez mayor por Cuajada, *Maude* y el carro de dos ruedas. Mathy estaba sentada junto a su padre, tan erguida y formal como él, enfadados los dos. Cruzando su cara roja y sudorosa, la boca de Matthew dibujaba una línea pálida parecida a una cicatriz. Si su reputación no resultaba dañada para siempre, se sorprendería mucho. ¿Cómo podía la gente confiarle a sus hijos si él no conseguía controlar a los suyos? Y para colmo, aquella travesura de Mathy le costaría dinero. El señor Henshaw no le haría pagar por el uso de su carruaje, pero la compra de la señora Gunn era otro asunto. Los bienes

robados, aunque recobrados, no se podrían aprovechar. Bajo el cálido sol del mediodía, el kilo y medio de manteca se había derretido empapando los paquetes de galletas, café y azúcar. Un número asombroso de pastelillos de jengibre se había perdido, junto con bastante fruta en conserva. La caja de copos de avena se había roto, y Mathy, inexplicablemente, olía a avena cruda. Todavía conservaba algunos copos en el puño cerrado.

—Por el amor de Dios, niña, ¡tira eso! Y límpiate las manos. Pero ¡no con el vestido!

—¡Voy a vomitar, papá!

—¡Aquí no! —gritó él—. ¡Espera a que llegemos a casa!

—¡No puedo!

Una expresión de náusea se dibujó en su verdosa carita. Matthew apenas tuvo tiempo de empujarla a un lado agarrando el borde de sus faldas de satén. Ella inclinó la cabeza vomitando y jadeando mientras él se esforzaba por no mirar.

—¿Te sientes bien ahora? ¿Es eso todo?

—Creo que sí.

Matthew le limpió la cara con su pañuelo.

—Espero que ahora aprenderás... —empezó, pero la niña se apoyó en él con los ojos cerrados y él comprendió que perdía el tiempo.

Nunca le escuchaba. Cuando llegaron a casa, Mathy estaba profundamente dormida.

Durante algún tiempo después de aquel incidente Mathy se portó bien. De vez en cuando seducía al perrito de alguien para que la siguiera a casa (Matthew no les permitía tener perros; un animal debía ganarse su manutención o no podía vivir allí), y en primavera reanudó sus paseos nocturnos por el patio. («¡Jamás he visto a un niño que no duerma nunca!», se enojaba Callie. «Ni siquiera tiene sueño durante el día.») Pero aquéllas eran para Mathy travesuras de poca importancia. Luego, en otoño, empezó a ir a la escuela, y los problemas comenzaron de nuevo. Mathy era una «novillera» nata. No pasaban muchos días sin que los profesores tuvieran que informar al director de que su hija no había asistido a clase. Matthew mandaba entonces a Jessica o a Leonie a buscarla, o llamaba a Callie por teléfono. Después venían las zurras, seguidas de largas reprimendas que Mathy escuchaba formalmente y olvidaba en seguida. Continuó escapándose periódicamente hasta que llegó el frío.

Después, se calmó y se portó extraordinariamente bien. De hecho, y ante la insistencia de su profesora, Matthew le permitió saltar un curso, indulgencia que Leonie no le perdonó nunca y que él lamentó en seguida. Pues tan pronto como Mathy pasó directamente de primero a tercero, perdió interés por los estudios y se convirtió en una alumna de lo más indiferente.

—Las cosas le salen demasiado bien —decía Matthew—. Y eso es malo.

A veces la hacía sentarse en el despacho durante el recreo hasta que hubiese hecho el trabajo a su satisfacción. Otras, tenía que zurrarla. Y con estos castigos, Mathy consiguió pasar el año con «ascenso provisional» a cuarto.

Ese «provisional» se le clavó a Matthew en el alma. ¡Qué condición para la hija del director! Como castigo le mandó un programa de estudio para el verano exigiéndole que hiciera los deberes todos los días y que se los presentara los sábados. Pero como él estaba fuera toda la semana en el colegio de maestros, Mathy tenía tendencia a dejar los deberes para el último momento y hacerlos todos a la vez. Callie intentaba retenerla en casa, pero la niña le pedía que la dejara salir a jugar, y a Callie le daba pena: era sólo una chiquilla y estaban en verano. Le hubiera gustado que Matthew se mostrara más blando.

Probablemente por esta razón, para contrarrestar la obstinada actitud de su marido, dejó que Mathy paseara en coche por la ciudad aquel verano con Cuajada Dumpson. Le dejaba hacer dos o tres viajes cada mañana. Aquello no tenía nada de malo, pensaba. Cuajada Dumpson era más bueno que el pan, y como Mathy le prometió tener hechos los deberes para los viernes por la noche...

La imagen de los dos sentados en el carro de dos ruedas se convirtió en algo familiar por las frondosas calles de Shawano aquel verano. En sus primeros viajes, Mathy se quedaba fuera mientras Cuajada entregaba los comestibles.

—Así nadie robará a la vieja *Maude* —decía.

Pero pronto se aburrió de esperar a Cuajada y comenzó a ayudarle con los repartos. Charlaba en las cocinas con todas las señoras, discutiendo gravemente sobre el mundo y el tiempo, y aceptaba con placer todo lo que le daban: fresas o uvas, pan con mantequilla y las jaleas de la estación, incontables pastelillos y vasos de agua.

—Me gustaría que no te comieras todas esas cosas que te da la gente —le dijo Callie un día—. No está bien, es como si pidieras limosna. No deberías aceptarlas aunque te las ofrezcan.

—Pues Cuajada lo acepta.

—Es distinto. Tú y él no sois de la misma clase, tendrías que saberlo. La verdad es que —prosiguió como si hablara con varias personas— parece como si no tuviera juicio. Se relaciona con todo el mundo. ¡Mira que ponerse a hablar con ese vagabundo que llamó a la puerta el otro día! ¡Pues cualquiera habría creído que era su tío que venía a verla! Si yo no hubiera llegado a tiempo, le habría invitado a pasar la noche aquí.

Mathy estaba prensando berros entre las hojas de un libro y no le prestaba atención. Pero a la mañana siguiente no le pidió permiso para irse de paseo con Cuajada. Se quedó jugando en el granero y en el prado, y Callie la vio varias veces por la puerta de atrás llenando cubos de agua.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Nada.

—No me vengas con cuentos. Estás haciendo algo; así que dímelo.

—Bueno, estoy haciendo pasteles de barro.

—¿Dónde?

—Detrás del granero.

Callie la miró con escepticismo. Estaba demasiado limpia para jugar a hacer pasteles de barro.

—Está bien, tú quédate por aquí. No te escapes a ninguna parte. La comida estará lista pronto.

Al mediodía Mathy apenas comió, como si se hubiese pasado la mañana mendigando algo que llevarse a la boca. Callie supuso que la niña se habría hartado de acederas y otras hierbas. Tan pronto como se terminó la comida y hubo secado los platos, Mathy volvió de nuevo al granero.

A primera hora de la tarde, un anciano caballero que le tenía mucha simpatía a Callie le hizo una breve visita. Jessica y Leonie se escondieron arriba. El hermano Cottrell había luchado en la guerra de Secesión, y ellas habían escuchado ya todo lo que les interesaba saber sobre la cárcel de Andersonville. Estaban cansadas de sus chistes del año catapum. Cuando se fue, bajaron corriendo muertas de risa.

—¿Qué te ha traído hoy, mamá?

—¡Oh, ciruelas! —replicó Callie, en el mismo tono de voz que utilizaba para decir «¡Oh, Dios mío!»—. Y muy maduras. Si no las ponemos en conserva ahora mismo, se pudrirán. ¿Por qué han tenido que traerlas el viernes por la tarde? Apenas tendremos tiempo de prepararlas antes de que papá llegue a casa.

—Aguantarán —dijo Leonie, mordiéndose una.

—Me temo que no. ¿Adónde vas?

—Tengo que estudiar mi lección de piano.

—Puedes hacerlo dentro de un rato. Ahora quédate a ayudar. No tardaremos mucho.

—Sí que tardaremos. Siempre nos pasamos toda la tarde.

—No, ya verás cómo no —dijo Callie alegremente—. Si trabajamos todas juntas, nos lo quitaremos de encima en seguida.

—Tenemos el ahumadero lleno de compota de ciruela.

—Ya lo sé, pero el hermano Cottrell se disgustaría si no utilizara sus ciruelas. Le daré a él casi toda la compota.

—¿Y por qué no le damos algunas de las nuestras? No se dará cuenta.

—No quiero desperdiciar éstas.

—Podríamos tirarlas.

—Eso no estaría bien.

—¿Por qué no estaría bien?

—Pues porque no.

—Pues yo creo que sí.

—No podemos.

—¿Por qué no?

—¡Leonie, deja ya de discutir! —exclamó Callie con los brazos en jarras—. En mi vida he visto a una niña más tozuda. Cuando *te se* mete una cosa en la cabeza, no hay quien te la saque. Ahora vete a la despensa y llena este tarro de azúcar. Ah, y no des un portazo.

Leonie salió murmurando y volvió con el tarro medio lleno.

—Te he dicho que lo llenaras —dijo Callie.

—Éste es todo el azúcar que había.

—¿Cómo? —exclamó Callie sorprendida—. Creía que había más. Con éste no tendremos suficiente. ¿Seguro que has vaciado el saco? ¿Has palpado el fondo?

—Éste es todo el que había, mamá. Me parece que sé si un saco está vacío o no.

—No hace falta que me contestes así. Bueno, igual necesito otras cosas; todavía no he encargado los comestibles de la semana. Voy a llamar a la tienda.

—¡Déjame hacerlo a mí, mamá, por favor!

—Bueno, de acuerdo. Habla bien y en voz alta... ¿Jessica?

—Estoy aquí —contestó la aludida desde la habitación delantera.

—¿Qué haces?

—Estoy cosiendo encaje en mis volantes. —Jessica cerró rápidamente el libro que estaba leyendo y cogió aguja e hilo—. ¿Me necesitas para algo?

—¿Puedes venir y llenar el jarro, cariño? No quiero mancharme las manos de aceite mientras estoy con la fruta.

Las tres se afanaron en la cocina, lavando las ciruelas y escaldando tarros.

—A ver cuándo trae ese chico el azúcar —dijo Callie, echando una ojeada al reloj—. Creo que lo mejor será empezar con el que tenemos. Llenemos una olla, y ya coceremos el resto cuando llegue. —Colocaron las ciruelas en dos cazuelas y pusieron una en el fuego—. Me gusta hacer compota, vaya que sí —dijo Callie, acomodándose en una silla por un minuto—. Huele tan bien mientras se está cociendo... Preferiría que el hermano Cottrell nos hubiera traído estas ciruelas ayer. Pero ¿cómo iba a saberlo él? Por Dios, ¿dónde se habrá metido ese muchacho con los comestibles? ¡Hace casi una hora que hemos llamado! Salid a ver si le veis. ¡Oh, aquí está!

Cuajada Dumpson apareció en la escalerilla de atrás, sonriendo.

—Buenas tardes.

—Hoy llegas tarde —dijo Callie agradablemente, cogiendo el saco de comestibles.

—¡Sí, señora, hoy llego tarde!

—Bueno, no importa. Coge una ciruela; están maduras y muy buenas.

—Coge muchas —dijo Leonie.

—No, señora —dijo Cuajada, echando una ojeada al cesto con pesar—. He venido a pie —añadió.

—¿A pie? —exclamó Callie—. ¿Dónde está tu carro?

—En casa.

—¿Y por qué vienes a pie? ¿Tienes al caballo enfermo?

—No, señora. —Sonrió con despreocupación, mientras ellas esperaban que les explicase algo—. Ha desaparecido.

—¿Quién ha desaparecido? ¿*Maude*?

—Sí, señora.

—¿Y por dónde? ¿Se ha perdido?

—¡Iban a llevársela! —estalló de pronto Cuajada, lleno de sentimiento—. ¡Iban a llevársela y a pegarle un tiro!

—¿A pegarle un tiro a la vieja *Maude*? —inquirió Jessica.

—¡Vaya! —exclamó Callie con compasión—. ¿Y quién iba a hacer eso?

—Unos hombres quieren su piel y sus huesos. —Los descoloridos ojos de Cuajada se llenaron de lágrimas—. Y el señor Henshaw me ha dicho que va a comprarme un caballo nuevo.

—¡Qué vergüenza! ¿Han venido a llevársela esta mañana?

Una expresión astuta iluminó su cara.

—Han venido, pero no la han encontrado. No estaba.

—¡Caramba! ¿Y dónde estaba?

—No lo sé —contestó—. Han venido con un camión; están muy enfadados.

—Me lo imagino. ¿Y qué te parece que le ha pasado a *Mande*?

—¿Cómo dice?

—He dicho que qué te parece que le ha pasado a *Maude*.

—No lo sé —contestó alegremente.

—¿No sabes dónde está?

—No —dijo sonriendo.

Callie lo miró un momento.

—No la habrás escondido en algún sitio, ¿verdad, Cuajada?

—¡Ha desaparecido!

Cuajada agitó las manos como si no quisiera hablar más de aquel tema, y se volvió.

—Bueno, gracias por lo que has traído —dijo Callie.

—De nada, de nada —contestó, riendo quedamente.

—Éste trama algo —dijo Callie, volviéndose hacia las niñas. Se detuvo, y las miró pensativamente—. ¿Alguna de vosotras ha visto a Mathy desde la hora de comer?

—La última vez que la he visto estaba en el pozo —contestó Leonie.

—¿Llenando ese cubo otra vez?

—Me parece que sí.

Callie cogió su sombrero del colgador de la puerta.

—¡Sabía que tenía más azúcar!

—¿De qué estás hablando, mamá?

—A los caballos les gusta el azúcar, ¿verdad? —dijo, calándose el sombrero hasta las orejas—. Vosotras, niñas, *poner* el resto de las ciruelas a cocer. ¡Yo voy a bajar al prado!

No había rastro del caballo ni de la niña en el prado, pero los encontró al otro lado de la cerca. *Maude* estaba atada a un manzano y Mathy le espantaba las moscas con una rama desde el árbol. Al ver a su madre, chilló:

—¡No se lo digas, mamá, por favor, no se lo digas!

—¡Baja de ahí, señorita!

—¡No dejes que lo descubran!

—Basta de gritos —ordenó Callie—. No sé cómo has llegado aquí con este caballo, pero lo mejor que puedes hacer es devolverlo en seguida.

—¡No la desates! —Mathy saltó al suelo, y agarró la cuerda—. ¡La encontrarán y se la llevarán!

—Vamos, Mathy. No es asunto tuyo lo que el señor Henshaw quiere hacer con su caballo.

—¡Este caballo es mío!

—¿Qué quieres decir con que es tuyo?

—¡Él me lo ha dado!

—¿Quién?

—Cuajada.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Callie tiró del nudo.

—¡Me lo ha dado! Ayer estuvimos hablando, y yo le dije que si el caballo era mío no podrían llevárselo; así que me lo ha traído esta mañana, ¡y es mío!

—Bueno, pues no puedes quedártelo.

—¿Por qué no, mamá?

—Porque no. ¿Cómo demonios has conseguido atar esta cuerda así?

—¡Quiero quedármelo! —exclamó Mathy, levantando la voz.

—¿Y qué harías tú con un caballo?

—Podríamos llevarla a la granja. Podría trabajar.

—Es demasiado vieja. Vamos, cariño.

—¡Por favor, no la desates, mamá!

—Tengo que hacerlo.

—¡Van a matarla!

—Vámonos.

—¡Oh, mamá! —Mathy se abalanzó sobre su madre—. ¡Van a hacer jabón con *Maude*!

Sacudida por la niña, Callie miró a la vieja yegua, que tenía una expresión de infinita paciencia. Mathy sollozaba y suplicaba. La yegua continuaba en pie mansamente.

—Está bien —dijo por fin—, vámonos entonces. La pondremos en el granero hasta que llegue papá. Puede que él sepa lo que hay que hacer.

Sólo había una cosa que hacer, dijo Matthew cuando oyó la historia: devolver el caballo y pedir disculpas al señor Henshaw. Mathy comenzó a gimotear de nuevo.

—¡Y ahora basta! —dijo él—. No siempre se puede tener lo que uno quiere, y cuanto antes lo aprendas, mejor. Comprendo tus sentimientos —pensó por un instante en su viejo mulo *Faraón*—, y siento que tenga que ser así. Pero no podemos hacer otra cosa, y debes aceptarlo. Tienes que aprender a respetar los derechos de los demás.

Mathy salió corriendo de la cocina con los ojos llenos de lágrimas, y sus padres oyeron que Jessica la consolaba en las escaleras (donde ella y Leonie se habían escondido para poder enterarse de todo lo que pasaba sin meterse en el lío). Matthew se sentó un momento sopesando entre su justa ira y su remolona compasión. ¡Otra vergüenza!

—Bueno —dijo, dirigiéndose al teléfono—, creo que voy a llamar al señor Henshaw y a decirle que iré a su casa.

—Matthew...

Callie estaba junto al fogón, de espaldas a él.

—¿Umm?

—¿Cuánto deben de darle a él?

—¿Darle a quién?

—Al señor Henshaw, por la piel de *Maude*.

—Oh, tal vez cinco dólares.

—No es mucho, ¿verdad?

—Bueno, con el tiempo que pierden viniendo a buscarlo aquí, no vale más.

—Da pena pensar que le van a pegar un tiro a *Maude* en la cabeza, ¿no crees?

—Sí, claro —contestó, pensando de nuevo en *Faraón*, que murió pacíficamente sobre la hierba.

—Lástima, podrían mandarla a pastar a algún sitio.

—Sí —repuso distraídamente.

—No es un buen caballo, pero me parece que las niñas podrían montarla de vez en cuando, es muy mansa.

—¿Quééé? —exclamó Matthew con lento asombro.

—Bueno, estoy pensando que si le damos al señor Henshaw el dinero que le pagarían esos hombres...

—¡Mamá, por el amor de Dios! —Matthew la miró indignado—. ¡No pienso gastar cinco dólares por una yegua que no vale nada, sólo para que paste!

—Yo pensaba...

—¡No podemos mimar tanto a esta niña! Siempre la estás defendiendo. ¿Es que no tienes sentido común?

—En realidad no estaba pensando en ella, sino en Cuajada. Él confía en Mathy, en nosotros.

—¡Es un chiquillo!

—Sí, pero cree que su yegua está a salvo con Mathy, y si ahora hacemos que la pierda se va a sentir peor que nunca. Pensará que no puede confiar en nadie.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? —estalló Matthew—. Yo lo siento mucho, pero esa yegua no me sirve de nada, no la quiero, y no puedo permitirme el lujo de tenerla. ¡Y no pienso gastarme cinco dólares y entrometerme en los asuntos del señor Henshaw sólo para que Cuajada Dumpson no pierda su fe en la humanidad!

Hubo un momento de silencio.

—Está bien —dijo Callie tranquilamente.

Después de cenar, cuando Mathy se hubo ido a la cama, Matthew llevó a *Maude* a su casa. Una hora más tarde regresó con cara de pocos amigos. Callie le estaba esperando.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Ha ido mal? ¿Qué te ha dicho?

—Oh, ha estado muy amable.

—Ya me lo imaginaba. El señor Henshaw es un buen hombre.

—He tenido que pagarle dos dólares.

—¡Dos dólares! ¿Para qué?

—Eso es lo que le han cobrado los hombres que han venido del matadero. No les

ha gustado hacer el viaje por nada.

—Bueno, no puedes echárselo en cara. El viaje desde Sedalia es largo, y ahora tendrán que volver.

—No van a volver —dijo Matthew.

—¿Que no?

—El señor Henshaw ha dicho que no merecía la pena.

—Bueno, pues me alegro mucho por Cuajada. ¡Después de todo, seguirá teniendo su caballo!

—No, tendrá uno nuevo. El señor Henshaw ya lo ha comprado.

—¿Y qué va a hacer con *Maude*?

—Ya lo ha hecho.

Callie se tapó la cara con las manos.

—¡No le habrá pegado un tiro él mismo!

—No —contestó Matthew—, no lo ha hecho.

—Entonces ¿qué ha hecho con ella?

—Me la ha regalado —replicó, dirigiéndose a la escalera—. Y no he tenido más remedio que aceptarla.

Por el tono de su voz, Callie consideró oportuno no decir nada más.

El señor Henshaw estaba encantado de traspasar la carga de *Maude* a los hombros de otro. Cuajada Dumpson estaba encantado de que *Maude* tuviera una buena casa. Mathy estaba loca de alegría. Había salvado la vida de *Maude* y ahora era suya. Todo el mundo se sentía feliz a expensas de Matthew.

Él pensaba en eso a menudo, reflexionando acerca de la enorme habilidad de su hija pequeña para hacerle pagar sus faltas. Estaba convencido de que lo hacía de un modo inocente, de que, sencillamente, carecía del sentido del bien y del mal que él había tratado de inculcarle. La niña parecía actuar al margen de la moralidad. Y por más que se esforzaba en aleccionarla, ella siempre escurría el bulto con alguna excusa inesperada. Por su causa, Matthew sufría continuas molestias e interrupciones y se avergonzaba en público; fastidios nimios, pero infinitos.

A veces pensaba que la niña era su castigo. Por mucho que tratara de negarlo, la había engendrado en pecado. Mathy era el ángel vengador, y desde que nació le había exigido su precio. Pero no en grandes sumas que pudieran saldar la deuda rápidamente. Lo exigía en centavos.

A mediados de verano, y a sus cuarenta y cuatro años, Callie Soames tuvo otra niña. Cuando Leonie, que estaba fuera, en el colegio de maestros, se enteró de que su madre estaba embarazada, lo desaprobó. Sintió vergüenza por sus padres y por ella.

Callie también estaba un poco avergonzada al principio, pero en el fondo se sentía bastante orgullosa de sí misma. Y a medida que transcurría el tiempo le preocupaba cada vez menos. En privado, ella y Matthew se felicitaban con cariño, como dos personas que habían hecho un largo camino juntos y que pensaban que podrían recorrer el resto.

Jessica fue a casa a ayudar. Hacía ya dos años que vivía en los Ozarks; se sentía tan feliz, incluso sin Tom, que le resultó difícil marcharse. Por primera vez en su vida tenía pretendientes (Tom fue su marido antes de haber tenido oportunidad de cortejarla), y estaba divirtiéndose más de viuda que todo lo que se divirtió siendo soltera. El año anterior fue a casa para pasar sólo dos semanas; pero esta vez fue a pasar el verano, y con un estado de ánimo tan optimista que toda la casa se contagió de él. Ella y Mathy no veían razón alguna por la que mamá no pudiera tener otro bebé si quería. Pensaban que era una buena idea. La cuidaban y mimaban, y cuando papá no estaba, le tomaban el pelo alegremente. Se divertían tanto, que hasta Leonie tenía que participar.

Callie consiguió por fin que la familia se instalase en la gran casa de Cooper, donde todos, incluido Matthew, se sentían a sus anchas. Era una mansión espaciosa y fría con muchos dormitorios, una escalera delantera, otra trasera y numerosos porches. El patio era amplio y sombreado, lleno de árboles frutales y arces. Había petunias en un viejo parterre, parras en el sendero de atrás, y una gran provisión de tréboles de cuatro hojas junto a la puerta del granero. Además, en el patio trasero se alzaba un túmulo herboso que a Callie servía de gran consuelo: en caso de ciclones, por los que sentía terror, ya tenía un sótano donde cobijarse.

A veces, en las tardes muy calurosas, y mientras su madre hacía la siesta, las niñas abrían la puerta del sótano y se sentaban en el fondo de las escaleras para respirar el aire fresco que se almacenaba allí. Bajándose las medias y levantándose las faldas, leían en voz alta, se contaban chistes y se divertían mucho. Solían leer historias románticas de Temple Bailey, Emma Lindsay Squier y la reina María de Rumanía. De vez en cuando se aterrorizaban con un maltrecho ejemplar de *True Story* que Jessica había encontrado en el tren. Pero la mayor parte del tiempo charlaban. Hacia las cuatro, Callie se asomaba al patio y las llamaba. Entonces la

tarde transcurría ya muy aprisa, hasta la hora de cenar.

Matthew pasó la mayor parte del verano en la escuela. Con Callie disfrutando de los privilegios de su embarazo y todas sus hijas en casa, pensaba que ésta ya no era un lugar adecuado para un hombre. Una callada insurrección lo había desplazado del mando. Se sentía acorralado por las maniobras estivales de un montón de mujeres en una casa grande. Barrían, ventilaban, cosían, cocinaban, hacían conservas y, sobre todo, lavaban. Lavaban ropas, suelos, verduras y ventanas, tarros de fruta, escaleras, pasillos y alacenas, alfombras, cortinas, y el pelo de unas y otras. Estaban siempre sacando agua con la bomba. Matthew se resignó ante la certeza de que el pozo se quedaría seco en agosto.

Le resultaba imposible proseguir sus estudios en casa. Si, por ejemplo, se enfrascaba en una lección por correspondencia en un rincón de su habitación aprovechando el fresco de la mañana, antes de haber empezado sufría miles de interrupciones: carcajadas en el jardín, risas en las escaleras de atrás y un interminable transitar de un lado a otro. Aunque junto a su puerta andaban respetuosamente de puntillas, siempre, indefectiblemente, se les caía el recogedor por el suelo o tropezaban con la alfombra y les entraba un ataque de risa. Y ninguna de ellas podía hacer la cama sola. Tenían que trabajar de dos en dos, lo cual originaba el consiguiente diálogo y una inexplicable hilaridad. No sabían hacer nada en silencio. En sus oídos resonaba el ruido continuo de los utensilios domésticos —los cubos de fregar, el cepillo de la alfombra, la bomba del pozo, la batidora—, al que se superponía la constante algarabía de risas femeninas.

No podía explicarse lo que les había pasado a sus hijas. Se habían vuelto tontas de remate, decía Callie con indulgencia, y además habían perdido sus buenos modales y casi toda su modestia. Se pintaban la cara como salvajes; ¡Jessica había llegado a casa con colorete! Se deslizaban por el pasamanos de la escalera, se reían tontamente durante las oraciones y corrían por todas partes en camisón con las luces encendidas. Leonie aún mantenía algo de decoro, pero con las otras dos no había forma. Mathy sola ya era bastante terrible; ella y Jessica juntas parecían la marabunta. Callie se limitaba a reírse y a hacerles blandos reproches que sólo conseguían empeorar las cosas. A pesar de todo, Matthew debía admitir que las niñas eran diligentes. ¡Si no se rieran tanto! Pero lo hacían, y él no tenía ánimos para mandarlas callar. Por ello, tan pronto como terminaba sus quehaceres se dirigía a la escuela, donde todo estaba dispuesto a su gusto y donde podía pensar. Las había engendrado y las había mantenido; en casa ya no era útil.

Las niñas estaban encantadas de que se marchara. Sabían que su padre era la fuente de todas sus comodidades. Gracias a él podían vivir en aquella casa tan respetable y dormir tranquilamente, una en cada habitación. Gracias a él, en el jardín crecían judías, mazorcas y tomates, y el chico de la tienda de ultramarinos dejaba sacos de comestibles en el porche trasero. Las gallinas de su padre ponían huevos para ellas, y cada noche y cada mañana él les traía un cubo de leche de Jersey, densa

y espumosa. Con las provisiones que él les suministraba, ellas cocinaban, hacían mantequilla, pasteles y conservas, y preparaban tres veces al día la comida para su padre. Cumplían los deberes filiales con buena voluntad y cariño, pero suspiraban con alivio cuando la mosquitera se cerraba tras él. A solas, atareadas con los trabajos domésticos y compartiendo el embarazo de su madre, se divertían más.

El bebé llegó en julio, y fue otra niña. Sus hermanas la llamaron Mary Jo y la recibieron como una nueva muñeca que sus padres, generosos, les habían regalado. La adoraban, la bañaban y la vestían, la mecían y la acunaban, y la alimentaban con toda clase de cosas que a Callie le parecían innecesarias. Había criado a las otras con papilla de tocino, no le veía sentido a darle a la niña zumo de naranja, aceite de hígado de bacalao y cosas semejantes. Pero Leonie había comprado un libro y siempre corrían a consultarlo, y el libro decía eso. De todos modos, la dieta no parecía perjudicar al bebé. Lanzaba pataditas y gorjeos de un modo absolutamente cautivador.

Matthew encontraba a la niña muy agradable, en especial porque su presencia tranquilizaba a las otras. Ahora no chillaban tan fuerte, por miedo a despertar al bebé. Volvieron a admitirlo en el redil, donde él se pavoneaba con la autoridad que le correspondía, y todos se mostraban amables para con los demás. Así transcurrió el verano, plácidamente.

Mathy, que durante casi quince años había sido la pequeña, se adaptó alegremente a la condición de hermana mayor. Adoraba al bebé. Privada de gatos y perros durante toda su vida, por fin tenía su mascota. Y en cuanto la niña supo andar un poco, se la llevaba a pasear por el patio y por el prado. Le contaba cuentos y se inventaba juegos fantásticos; cercaban el patio con cadenas de tréboles y se hacían graciosos sombreros con flores y hojas. A Callie sus dos hijas pequeñas le parecían encantadoras... cuando no le daban sustos de muerte. Había que vigilar a Mathy. Siempre sacaba afuera al bebé cuando llovía para que viera el arco iris, o la hacía rodar por un ventisquero, o la lanzaba al aire demasiado alto. La influencia de la chiquilla en Mathy parecía beneficiosa, pero de la influencia que Mathy ejercía sobre la criatura no estaba tan clara.

Mathy se había hecho mayor casi de la noche a la mañana. De pronto parecía una chica en lugar de un muchacho; se había transformado en una guapa jovencita de piernas esbeltas y un pecho como era debido. Una noche, durante una cena celebrada en la parroquia, Callie observó que un muchacho flirteaba con ella. ¡Dios mío — pensó—, ya estamos con esto! Y se preguntó qué harían cuando a Mathy le interesaran los chicos. Si Jessica, tan buena, tan dócil, se había escapado con el mozo, ¡qué no haría Mathy! También Matthew estaba preocupado. Sin embargo, procuraban no imponerle excesivas restricciones. Examinando sus actos, trataban de evitar equivocaciones pasadas.

—Caramba, mamá —decía Leonie—, le dejáis hacer a Mathy cosas que nunca nos habríais permitido a Jessica y a mí.

—Ya lo sé —se disculpaba Callie—. Pero tal vez si os hubiésemos dado más libertad, las cosas no habrían sucedido de aquel modo.

—Yo no me fugué con ningún bracero.

—Ya sé que no lo hiciste, cariño. Tú eres una buena chica, y mamá lo aprecia. Pero ya sabes cómo es Mathy, sí la atamos demasiado corto, no quiero ni pensar en lo que haría. Además, los tiempos son ahora algo distintos de antes, me imagino.

Ocasionalmente, cuando en la ciudad pasaban una película, y si Matthew consideraba que tenía valor educativo, dejaban que Mathy fuera a verla. Después, ella y sus amigas salían a comer salchichas asadas acompañadas de carabinas. En verano iban a las fiestas de la escuela dominical, que se celebraban en prados iluminados por farolillos colgados de los árboles. Y mientras los mayores charlaban en los porches, comiendo dulces y helados, los chicos y las chicas jugaban a juegos que les

permitieran cogerse de las manos. En muy raras ocasiones, a los catorce y quince años, dejaban que Mathy saliera con su mejor amiga y dos muchachos (aunque a Matthew casi le daba un ataque cuando pensaba en una hija suya metida en un coche con un chico).

En ciertos puntos, sin embargo, se mostró inflexible. Durante el verano en que Mathy cumplió dieciséis años, ella y sus amigas empezaron a aprender a bailar. A pesar de que en la comunidad no estaba bien visto, unos cuantos padres se hacían los tontos y permitían que los jóvenes bailaran el fox-trot en los sótanos. Cuando Matthew se enteró, criticó a los padres (no en su presencia) y prohibió a Mathy que asistiera a las fiestas que daban en sus casas. Pero Mathy se escapó una noche a hurtadillas, por lo que Matthew, perdiendo toda la paciencia que había procurado demostrar, anuló la vida social de Mathy para el resto del verano. Podría ir a las fiestas de cumpleaños siempre y cuando se celebraran por la tarde y sin chicos; y sólo podría ir al cine si la acompañaba Leonie. De lo contrario, se quedaría en casa.

—Es una lata, cariño —le dijo Leonie—, pero te escapaste, y tienes que pagarlo.

—Mereció la pena —replicó Mathy, recostándose en la cama—. ¡Me lo pasé de maravilla! Oh, no lo volveré a hacer —dijo, al ver que Leonie fruncía el ceño—, pero esta vez tenía que ir..., el primo de Ruthie, Bobby, había llegado de California. ¡Y Ruthie no sabe hablar más que de su sensacional primo Bobby! La verdad es que es un papanatas —dijo plácidamente—. Pero las otras chicas no lo saben; creen que es atractivo, guapo y un don Juan sólo porque Ruthie siempre lo dice. Lo rodearon como moscas, pero yo fui la que le gustó más. Claro que yo no lo soportaba. —Se dio media vuelta con expresión afectada—. Además, Leonie, hay tiempo para bailar, hay tiempo para todo. ¡Lo dice la Biblia!

—También dice que honrarás a tu padre y a tu madre.

—De acuerdo —sonrió Mathy—. Caramba, Leonie, ¡tú eres tan buena! —dijo muy seria—. Nunca haces nada malo ni metes a nadie en problemas. ¿Cómo te las arreglas? ¿Nunca tienes ganas de hacer algo que papá y mamá te hayan prohibido?

—Sí —contestó Leonie—, a veces sí.

—Pero no lo haces.

—Procuro no hacerlo, porque los quiero.

—También yo los quiero, y sin embargo...

—Del mismo modo que amo a Dios —dijo Leonie simplemente—. Cuando quieres a alguien, tratas de obrar correctamente por su bien.

—¡Oh, yo nunca seré tan buena como tú, Leonie! —Mathy se tumbó de espaldas agitando los pies en el aire—. ¿Crees que iré al infierno cuando me muera?

—Lo dudo —replicó Leonie, sonriendo.

—¿Tú crees en el infierno?

—Claro.

—Yo no. ¡Yo sólo creo en el cielo!

Ella y Leonie no tenían la misma opinión sobre muchas cosas, pero Mathy

admiraba mucho a su hermana por su virtud y su belleza. Durante los dos últimos inviernos, Leonie había estado fuera, enseñando en un colegio. Tenía amigos en la ciudad, había visto algunas comedias, leído varios libros y aprendido una serie de cosas, por lo que estaba llena de alegres planes para el futuro. Tras superar la etapa de querer ser concertista de piano, ahora deseaba ser profesora de música, prestigio que resultaría más fácil de obtener. Lo tenía todo pensado. En otros cuatro inviernos podría ahorrar el suficiente dinero para pagarse un curso en la universidad. Luego, conseguiría otro trabajo y se iría a estudiar un año en Nueva York. Más adelante, ahorrando más, tal vez podría pasarse una temporada en Europa, también estudiando.

—¿Y cuándo vas a divertirte? —le preguntaba Mathy.

—¡Divertirme! —replicaba Leonie—. ¿Quieres decir salir con muchachos?

—Algo así.

Leonie negó con su sedosa cabeza.

—Saldré... cuando encuentre al que me conviene. No tengo prisa.

—¿Y dónde crees que encontrarás a tu media naranja?

—¡En Europa! —exclamó Leonie.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Un barón, o el príncipe de Gales?

—¿Y por qué no? —dijo Leonie.

—Bah, lo mejor es que pongas los ojos en alguien que viva más cerca de casa.

—¿Y quieres decirme quién hay aquí?

—¡El primo Bobby! —dijo Mathy, muñéndose de risa—. No, en serio, Leonie, una de las dos tiene que divertirse este verano; y si papá no me deja a mí, entonces has de ser tú. Además, te toca, eres la mayor. A ver a quién podemos encontrar.

La respuesta llegó unos cuantos días después, caída literalmente del cielo. Leonie y Matthew salían en coche una mañana (rumbo a Clarkstown, donde daban clases cada día) cuando vieron un aeroplano sobre el prado de los Seabert.

—¡Dios mío! —exclamó Matthew, estirando el cuello—. Me parece que va a aterrizar.

—Mira por dónde vas —dijo Leonie.

—Está... ¡está bajando!

—¡Cuidado, papá! Te estás saliendo de la carretera..., ¡gira el volante, gira el volante!

Cayeron de plano en una zanja. Matthew tuvo que salir del auto y empujar mientras Leonie maniobraba al volante. Cuando estuvieron de nuevo en la carretera, Matthew conducía manchado de grasa, sudoroso y de muy mal humor.

Detrás de ellos el aeroplano se elevó de nuevo en el aire, efectuó otra pasada por la ciudad y regresó al prado para aterrizar atrayendo tras de sí, como el flautista de Hamelín, a todos los holgazanes de la calle principal y a todos los chiquillos que pudieron escaparse de sus madres. Agitando la mano triunfalmente, el piloto saltó del avión. Era joven, ancho de espaldas, tostado por el sol, casi dorado, y deslumbrante. La noticia se extendió por la ciudad y llegó a oídos de las chicas del instituto cuando

estaban sentadas en un sombreado prado, comiendo con desgana un pastel de cumpleaños. De común acuerdo, se levantaron de la hierba y corrieron al prado de los Seabert gritando alegremente. Allí estaba el piloto, que llevaba a dar una vuelta a gente en su avión. Echó una ojeada al grupo de chicas y señaló a una con el dedo.

—¿Yo? —dijo Mathy sorprendida.

—Tú —contestó él. La subió a bordo y le abrochó el cinturón en el asiento—. ¿No tienes miedo?

—No —replicó Mathy con la serenidad de un santo.

Se elevaron mientras el avión se balanceaba y chisporroteaba en el límpido cielo de junio, y al poco rato hicieron un *looping*, un tonel en espiral y volvieron a bajar.

A Callie casi le dio un síncope cuando se enteró. Y se enteró en seguida, porque Mathy fue a casa con el piloto. Lo había traído para Leonie y lo retuvo allí hasta que su hermana y su padre llegaron de Clarkstown.

—¡Si no lo veo, no lo creo! —exclamó Matthew al subir por el sendero.

—¡Eh, profe! —Ed Inwood salió del porche como una flecha y bajó las escaleras. El libertino Ed Inwood, tormento de los profesores y raptor de chicas guapas. Estrechó fuertemente la mano a Matthew—. ¡Me alegro mucho de verle!

—¡Así que era tu aeroplano el que hemos visto esta mañana!

—Sí, es mío —dijo Ed, y sin más explicaciones empezó a narrar sus aventuras.

Como Otelo a Brabancio, le habló de casualidades desastrosas, de emocionantes accidentes y de escapadas por los pelos. Leonie y Mathy lo escuchaban en extasiado silencio.

Habían pasado cuatro años desde que se marchó de Shawano (cuando se fugó con Alice Wandling, hecho que no mencionó). Durante todo aquel tiempo había trabajado en la ciudad de Kansas, en Saint Joe y en Chicago, y había aprendido a volar. Había realizado acrobacias aéreas con otros aviadores, había reparado aeroplanos en Texas y, por fin, se había comprado el suyo.

—¡Lo gané en una partida de póquer y tuve que reconstruirlo casi todo yo solo!

Desde entonces había recorrido el país dedicándose a asustar a las vacas y a pasear a la gente. Y como con esta empresa particular y alocada había ganado cierta fama, decidió regresar a Shawano para ver a sus conocidos.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Matthew, con aire medio admirado, medio reprobador. (El muchacho era un loco o un embustero, o ambas cosas.)—. ¿Y qué piensas hacer ahora?

—Me quedaré por aquí una temporada..., ¡trabajaré en las ferias de la zona y viviré de mi cuñado!

—Creía que quizá tratarías de buscarte un trabajo.

—Ya lo tengo.

—Sí, comprendo —Matthew sonrió con condescendencia—, pero ¿no es esto algo accesorio, una especie de deporte?

—Oh, yo no diría eso, profesor. Es una industria. La aviación tiene un gran

futuro. ¿Qué haré sino prosperar? A menos que me mate, claro. Y no me mataré —añadió convencido.

—Lo deseo de veras. ¿Te..., te has vuelto a casar? —preguntó Matthew.

—¿Que si me he vuelto a casar? Ah, ¿se refiere a Alice? —Ed se echó a reír—. No creo que podamos llamarle a aquello un matrimonio. Éramos unos críos, menos mal que sus padres lo estropearon todo, pues de lo contrario lo habríamos hecho nosotros. Era una buena chica, pero... —Se encogió de hombros—. Vi a Alice hace un año, cuando estaba en la ciudad de Kansas. Iba a la escuela de comercio. Su familia se trasladó allí, ¿sabe? Pero, caramba, ¡está gordísima! —Rió de nuevo—. No, no estoy casado. No sé por qué. Conozco a muchas chicas, pero como nunca me quedo mucho tiempo en el mismo sitio... Aterrizas en una de esas ciudades pequeñas, en algún prado, consigues que alguien te lleve a la ciudad y alquilas una habitación en un hotel barato. Pasas allí una noche o dos, y te vas. Apostaría a que he dormido en el avión casi tantas veces como con una..., como en una cama. Recuerdo que en Nebraska...

Y empezó a contar otra historia. No paró de hablar hasta que la cena se había casi quemado en el horno, y entonces Callie le pidió que se quedase.

—Muchas gracias, señora Soames, pero le he prometido a mi hermana que iría a casa. ¡Caramba, no sabía que fuera tan tarde! Usted y yo siempre hemos tenido mucho de qué hablar, ¿verdad, profesor?

Volvió al día siguiente, y también al otro; llegaba en una vieja carraca casi a la misma hora en que Matthew y Leonie regresaban a casa.

—Aquí está otra vez —dijo Callie con impaciencia, la cuarta vez que esto sucedió—. ¿Para qué vendrá por esta casa?

—Por Leonie —replicó Mathy.

—Ya se me había ocurrido esta posibilidad.

—¿Te has dado cuenta de cómo la mira?

—Me parece que no. ¡Dios mío, y espero que papá tampoco! Tendría un disgusto.

—Bah, no te preocupes por papá.

—Haz el favor de no hablar así.

—Pero ¡es que Leonie ya es mayor! Tiene derecho a divertirse un poco. Y más le vale; si no, se convertirá en una solterona amargada antes de los veinticinco. Tú no quieres que eso pase, ¿verdad?

—Claro que no, pero...

—Alguien tiene que espabilarla un poco. Si ella y Ed pudieran salir juntos este verano, aunque no sea nada serio, no le iría nada mal.

—Tal vez tengas razón. Pero, Dios mío, ¡que tenga que ser Ed! Claro que es rematadamente guapo.

Ed lanzaba, en efecto, miradas de admiración a Leonie, que, desde luego, merecía ser contemplada. (Era esbelta, un poco más alta de lo corriente, y se erguía tan tiesa como sus principios, con el frío aire que nace de las convicciones profundas. Su

cabeza se asentaba orgullosamente sobre un cuello fino, y llevaba el pelo recogido en la nuca como si fuera una cuerda de seda. Sus cejas eran suaves, sus ojos, castaños y cándidos, y su cara, serena y seria, iluminada de vez en cuando por la súbita paradoja de su viva sonrisa infantil.) Pero la mayor parte de la atención de Ed no parecía centrarse en Leonie, sino en su padre. Les visitaba por las tardes y ayudaba a Matthew con sus tareas. A veces volvía a primera hora de la noche y charlaban un poco más. Ed hablaba de aeroplanos, de radios y de motores de coche, cosas que Matthew casi no conocía y que le importaban muy poco. Hablaba también de viajes, de gente que había conocido y de libros que había leído. (Semileído, pensaba Matthew; Ed siempre se quedaba en la superficie y comprendía a medias.) Había adquirido palabras e ideas nuevas. Su conversación estaba salpicada de nombres que a Matthew le resultaban absolutamente desconocidos y algo inquietantes: Mencken y Russell, Freud y Sinclair Lewis. Tenía mucha labia, y hablaba como si entendiera lo que decía. Un variado surtido de «ismos» y «logias» caía como lluvia de confeti sobre las conservadoras creencias de Matthew. Se cansó de defender al *Star* de Kansas. Se cansó de oír que Calvin Coolidge era el títere de las grandes fortunas y que los americanos eran una raza de estúpidos. Ya no se molestó en discutir más el juicio a Scopes. (Y había llegado a preocuparle considerablemente, ya que no lograba decidir a favor de quién iba.) Y escuchaba con poca paciencia las modernas ideas sobre moral. Con psicología o sin ella, él seguía siendo responsable de sus acciones y el pecado era algo real.

Ed lo irritaba considerablemente. Y, además, Matthew no le había perdonado del todo lo de Alice. No es que ella le siguiera importando; pero la vieja herida infligida a su orgullo todavía le dolía en ciertas ocasiones. Después de diez o veinte minutos de conversación, interrumpía a Ed y subía a corregir los ejercicios de historia de la escuela secundaria de Misuri o a preparar las clases.

Entonces Ed dirigía su atención a Callie y a las niñas. A menudo se quedaba media hora más charlando con ellas. Ya se sabía que más tarde tenía otros sitios adonde ir y otras chicas, o una chica, a quienes ver. Pero de eso no se hablaba. Y durante el intervalo que mediaba entre la partida de Matthew y la partida de Ed a lugares desconocidos, Mathy hacía lo que podía para que él y Leonie estuviesen juntos. Incluso lograba en ocasiones que se quedaran a solas. Sin embargo, Leonie solía excusarse diciendo que tenía que estudiar.

Al oírla subir las escaleras una noche, Mathy entró en su habitación.

—Pero ¡Leonie! ¿Por qué no te has quedado abajo?

—¿Abajo? ¿Para qué?

—Hago todo lo posible para sacaros a mamá de en medio, y tú no lo aprovechas.

—¿De qué estás hablando?

—¡De Ed! ¿Por qué no le das una oportunidad?

—¿Ed? —exclamó Leonie, incrédula.

—¿Para qué te crees que lo traje a casa?

—¿Lo trajiste para mí?

—¡Tendrías que haber visto lo que me costó! No paré hasta conseguir que viniera.

—¡Oh, Mathy! ¿No le dirías que...?

—¡Claro que no! —dijo Mathy—. Eso habría sido estúpido. Utilicé a papá como excusa, ¡ya sabes cómo solían pelearse! Le dije que papá se sentiría muy orgulloso de él ahora y que tenía que venir a contárselo todo. ¡Las otras chicas estaban tan celosas que me habrían matado!

Leonie se echó a reír.

—Eres la chiquilla más terrible que he conocido en mi vida.

—Quería que tuvieras tu primera oportunidad con él, Leonie.

—Pero, querida, ¿qué te hizo pensar que a mí me gustaría?

—¡Caramba, Leonie! Es alto, guapo, atractivo, ¡y es aviador! ¿Qué más quieres?

—Sigue siendo Ed Inwood —replicó Leonie—, y ni siquiera terminó el instituto.

—¡Oh, a veces me vuelves loca! —Mathy golpeó su cabeza contra la pared.

—Escucha, recuerdo a Ed Inwood cuando era colegial y llevaba medias de algodón marrones. Que haya estado fuera una temporada no lo convierte en alguien especial.

—Pero ¡es aviador!

—Lo cual no quiere decir que sea un héroe. Lo único que se necesita para eso es mucha cara dura, y a él no le falta.

—Hablas igual que papá. Oye, Leonie, tiene la edad y la estatura adecuadas para ti, y los dos sois tan rubios y tan guapos... Ya sé que no es un barón italiano, pero pensé que te gustaría.

—Y me gusta, cariño —dijo Leonie, suavizándose—, pero no en ese sentido.

—Es una lástima. Porque él está loco por ti.

Leonie enarcó las cejas.

—¿Cómo lo sabes?

—Se nota.

—No sé cómo. Yo no me he dado cuenta.

—Porque no lo miras. Estás siempre demasiado ocupada.

—No me queda otro remedio. Quiero llegar a ser algo, y no puedo permitirme el lujo de perder un tiempo precioso.

—¿Cómo puedes perderlo, si no lo tienes? —inquirió Mathy.

—¿Hum?

—No creo que divertirse un poco de vez en cuando sea perder el tiempo.

—¡Mathy, hay que pensar en otras cosas además de en divertirse! La verdad, espero que él no crea que correspondo a sus sentimientos.

—Si sigues comportándote así, no hay peligro.

—Menos mal. No debe hacerse ilusiones respecto a mí... ¡No soy Alice Wandling!

—Me parece que a Ed podría gustarle alguien distinto a ella.

—Eso no me importa. Lo siento, pero no me interesa.

—Me lo imaginaba —dijo Mathy—. Buenas noches, baronesa.

Al cabo de una semana, Leonie, sudando sobre sus libros una noche, levantó la cabeza para ver a Mathy entrando de puntillas en su habitación. La niña cerró la puerta y alzó los tacones en una especie de Charleston, cantando en voz baja «Sweet Georgia Brown».

—Estabais haciendo un ruido espantoso ahí abajo —dijo Leonie. Mathy se echó a reír.

—Estaba segura de que papá bajaría y nos pegaría con la Biblia o algo así. — Sacó una hoja de papel de su bolsillo—. Eh, Leonie, escucha esto.

Empezó a leer:

*Cantemos por amor y pereza,
Que nada más vale la pena.*

*Aunque he estado en muchas tierras
Nada más la vida llena.*

*Y, antes, prefiero a mi amada,
—que mueran de dolor las rosas—,*

*que mil gestas en Hungría
increíbles, portentosas.*

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Leonie.

—Ed me lo ha dictado y yo lo he escrito.

—¿Y de dónde lo ha sacado él?

—De un libro de la biblioteca pública de Chicago. Lo escribió un tal Ezra Pound.

¿Has oído hablar de él, Leonie?

—Me parece que sí.

—No tenemos ninguna obra suya en la escuela.

—No me extraña —dijo Leonie.

Mathy dobló el papel y volvió a metérselo en el bolsillo.

—A mí me ha parecido muy bonito.

—¿Cómo es que te lo ha recitado?

—Estábamos hablando... de libros y cosas, y ha dicho que le gustaba el poema.

Leonie, ¿crees que papá me dejaría ir a Eldon el sábado con Ed?

—¡Válgame Dios, Mathy, claro que no! ¿Y para qué quieres ir allí?

—Ed va a una excursión y a llevar a la gente de paseo en el aeroplano, cobra dos dólares por cada viaje. Y me ha dicho que si papá me deja, me llevará.

—No te dejaría ir en su vida.

—Oh, ya lo sé. —Mathy se tumbó en la cama—. ¡Mecachis!

—Procura que no te oiga decir eso.

—Me gustaría que me dejara ir. No es como una cita o algo así... ¡y, desde luego, no bailaríamos! Ni siquiera es por la noche. Sólo durante el día.

—De todos modos, no creo que debas subirte a un aeroplano —dijo Leonie—. Es peligroso.

—No me importa. ¡Me gusta volar! Es maravilloso, Leonie, deberías pedirle a Ed que te llevara alguna vez.

—No, gracias. Y tú tampoco subas más. Con una vez es suficiente.

—He subido dos veces.

Leonie la miró con agudeza.

—¿Cuándo?

—El primer día, y luego otro de esta semana.

—¿Lo sabe mamá?

—No. Creyó que estaba en casa de Ruthie. Y estuve, pero luego bajamos a la ciudad, nos encontramos a Ed, y él nos llevó al prado y a mí me dio un paseo. Ruthie no quiso subir, le da miedo.

Leonie se soltó las horquillas del pelo y se lo peinó con los dedos. Cuando miró a Mathy por el espejo su cara tenía una expresión severa.

—No voy a chivarme a mamá porque le daría un disgusto de muerte. Pero quiero que me prometas que no volverás a hacerlo.

—¡Oh, Leonie!

—Cariño, es demasiado peligroso. ¿Y si pasara algo y yo no te hubiera detenido...? ¿No lo comprendes? Me sentiría responsable. No puedo permitir que suceda nada.

—Bueno, escucha, Leonie, no va a pasar nada.

—Nunca se sabe —replicó la aludida trezándose el pelo.

—Con Ed sí, sabe lo que hace.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo sé.

—Que Ed pueda pilotar un aeroplano no significa que sea el comandante Byrd —dijo Leonie duramente.

Mathy se tumbó de espaldas, canturreando: «Sweet Georgia Brown».

—Me gustaría que no cantaras esas tonterías.

—¿Sabes qué? —dijo Mathy, incorporándose—. Ed es más guapo que el comandante Byrd.

Leonie se detuvo con una trenza en la mano y la miró por el espejo.

—Buenas noches —dijo Mathy, y salió de la habitación.

Leonie no perdió el tiempo. Mientras se vestía para ir a la escuela, al día siguiente, llamó a su madre.

—Mamá, me parece que tendrías que vigilar a Mathy.

—¿Qué ha hecho ahora?

—¿No te has dado cuenta? Está todo el día encima de Ed.

—¡Ah, vamos! —Callie se echó a reír con incredulidad—. Ya sé que lo aprecia mucho, pero...

—Yo diría que demasiado.

—Él es sólo como un hermano mayor para ella.

Leonie se acaloró.

—Mathy no lo considera un hermano mayor.

—Pero si es mucho mayor que ella —dijo Callie—. ¡Es de tu edad!

—Ésa es la cuestión. No quiero parecer vanidosa, pero me parece que es por mí por quien está interesado.

—Eso es lo que dice ella.

—Ed no significa nada para mí, no le he dado ningún motivo para que crea lo contrario.

—Ya lo sé.

—Pero si Mathy empieza a pensar que viene aquí por ella... bueno, se llevará un chasco. Es demasiado joven para que le pase una cosa así.

—Por eso yo nunca había pensado en ello. No creo que haya motivo para acabar con sus visitas. Pero la vigilaré. No quiero que pase nada más.

Poco después del aviso de Leonie, Matthew dio el suyo.

—Me parece —dijo aquella misma noche— que ese muchacho viene demasiado por aquí.

—Bueno, viene para verte a ti, pero tú no hablas con él —replicó Callie.

—No tengo tiempo. Me gustaría que se diese cuenta y se marchara. Él y Mathy se están haciendo demasiado amigos para mi gusto.

—Vamos, Matthew, no hacen nada malo. Yo estoy siempre con ellos.

—Malo o bueno, Ed no es la clase de chico que me gusta para Mathy. Es alocado e inquieto, y siempre lo ha sido.

—Sí, me acuerdo de cuando se fugó con la chica de los Wandling —dijo Callie—. Pero ella era una coqueta, y Ed parece tan buen chico...

—Me extraña que lo sea. Con la clase de vida que lleva, vagabundeando por todo el país, relacionándose con gente rara... Tú no sabes todo lo que hace.

—La gente de aquí parece tenerle en muy buen concepto.

—¡Adoración al héroe! —se burló Matthew—. Sólo porque es aviador y se pasea por la ciudad con esas botas... Pero ¿qué ha hecho que valga la pena? No ha trabajado en toda su vida. Lo único que siempre le ha gustado hacer es jugar al baloncesto y conducir coches. Esto de ahora es lo mismo.

—Pero es un chico inteligente.

—*Vox, et praeterea nihil!* —dijo Matthew—. ¡Parlotea mucho! Siempre cree saber más que las personas mayores.

—A ti parece respetarte mucho.

—Pues no lo demuestra. Estoy harto de oír sus opiniones. ¡Y no quiero verlo más tonteando con Mathy!

—Bueno —suspiró Callie—, ¿y qué haremos?

—¡Decirle que no vuelva!

—Pero, querido —replicó ella—, si hacemos eso, conseguiremos que empiece algo, seguro.

—En mi opinión, ya ha empezado.

—Entonces ¿no sería mejor que terminara solo?

—Con Ed Inwood nunca se sabe lo lejos que irán las cosas. ¡Creo que voy a decirle que no vuelva más por aquí!

—Pero ¡Matthew, no puedes hacer eso! —Callie lo miró con reprobación—. ¡Acuérdate de lo que pasó con Jessica!

Matthew recordó, y por un instante casi olvidó que la había perdonado.

Durante una temporada las cosas continuaron igual. Ed no sólo seguía visitándolos, sino que llevaba también su aparato de radio; el cálido aire de la noche se llenaba de canciones de amor y de interferencias. Matthew, encerrado en su habitación, abría y cerraba libros con furia y no cesaba de carraspear. A la hora del desayuno, se sentaba a la mesa sombríamente silencioso.

Pero lo que ignoraba todavía le habría hecho más daño. Pues Ed no sólo iba a su casa por las noches sino también durante el día, cuando Matthew y Leonie no estaban. A veces aparecía a media mañana, sonriente y alegre, y conseguía que Callie lo invitara a desayunar. Ella y Mathy lo alimentaban y luego le daban órdenes. Le hacían llenar cubos de agua y batir mantequilla para los pasteles. Le lavaban la camisa. Él y Mathy hacían recados juntos. Y las mañanas transcurrían alegremente; su ilícita presencia animaba la monotonía doméstica.

En el fondo, Callie comprendía que él no debería estar allí, y por esta razón no cesaba de quejarse en cuanto se iba. Ed nunca estaba serio; era inquieto; comía, conducía y se movía demasiado aprisa; no lo habían educado bien; fumaba cigarrillos, quizá bebía, y ¿quién sabía cuántas chicas tenía? Callie siguió así hasta que un día Mathy le dijo:

—Mamá, estás hablando contigo misma.

—¿Qué quieres decir?

—Que me dices todas estas cosas de Ed porque te gusta tanto como a mí y porque crees que no debería gustarte.

—Vaya, no sé... —empezó Callie defensivamente—. ¿Es que te gusta mucho?

—Lo suficiente para casarme con él.

Callie la miró horrorizada, comprendiendo que era verdad. Ed se había apoderado

irremisiblemente de su casa y de sus corazones con aquella alegre desenvoltura que tanto atrae a las mujeres. Y ella había permitido que aquello sucediera.

Aquella noche, con mucha delicadeza, le dijo a Matthew:

—He estado pensando en Mathy. ¿Qué te parece si se la mandamos a Jessica lo que queda de verano?

—¡No ganaríamos nada! —replicó Matthew—. Ese chico se limitaría a volar tras ella.

—No se me había ocurrido pensarlo.

—La tendremos aquí, donde podemos vigilarla.

—Sí, supongo que es mejor que lo vea aquí que en otro sitio.

—¿Y por qué tiene que verlo? —exclamó Matthew con indignación.

—Bueno, no me gusta prohibírsele de raíz. Si quieres que una olla no estalle, no la tapes demasiado.

—Sí, pero se puede apagar el fuego —dijo—. Te avisé de que esto no iba a pararse, te dije que no podías confiar en Ed Inwood. Ni en Mathy tampoco. Ya estoy harto de aguantar esta situación, ¡y voy a decirle al muchacho que se largue!

—¡Acuérdate de Jessica, Matthew!

—¡De acuerdo, me acordaré! No lo echaré, pero procuraré que lo haga ella.

Antes que tener una charla íntima y franca con sus hijas, Matthew le pondría un aro en el hocico a un buey. Sin embargo, anotó algunos argumentos en un viejo sobre, no fuera caso que los necesitara, y sacó a relucir el tema durante el desayuno.

—Hija, en cuanto hayas terminado, quiero hablar contigo.

—¿Para qué, papá? —preguntó Mathy con la boca llena—. ¿Quieres que Ed deje de venir aquí?

Matthew enrojeció vivamente, y le lanzó una mirada acusadora a Callie. Pero su mujer parecía tan sorprendida como él.

—Lo discutiremos en otra habitación —dijo.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en decírmelo —murmuró Mathy.

—¡Ahora cállate!

—Está bien, papá. Pero si no quieres que venga, no tienes más que decírselo.

—Creo que sería más apropiado que se lo dijese tú —replicó confundido.

Mathy cogió el jarro de sirope.

—Bueno, si eso es lo que quieres... —Se produjo un silencio, interrumpido sólo por el ruido de las cucharas y los platos. Mathy alzó la mirada—. ¿Querías algo más, papá?

Matthew vaciló y se sacudió una mota de la manga.

—Creo que ya se ha dicho bastante. Y espero que cumplas tu palabra.

—La cumpliré.

Matthew se marchó renqueando, completamente desinflado.

—¡No deberías haberte portado así! —dijo Leonie.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Pelearme con él?

—Tendrías que haberle dejado hablar.

—He creído que así le ahorra un mal rato.

—No has hecho bien —intervino Callie—. Quizá tenía más cosas que decirte.

—Me las imagino —replicó Mathy.

—Bueno, pero deberías escucharle. Está intentando hacer lo correcto. Sólo quiere lo mejor para ti, eso es lo que queremos todos.

—Se te pasará —observó Leonie—. No te aflijas demasiado.

—Por favor, pásame los bollos —replicó Mathy.

Y se comió dos más.

Durante los siguientes días no volvieron a ver a Ed. Al parecer, había abandonado la ciudad. Y Callie tuvo de nuevo a Mathy para ella. En un estallido de alegre energía, decidió enfrascarse en toda clase de cosas que había estado deseando hacer. Airearon baúles viejos, hicieron trajes nuevos para el bebé, descosieron todas las almohadas para lavar las plumas y meterlas en fundas nuevas. Mathy trabajaba con ahínco, rápida, servicial, buena y alegre, como si nunca hubiese oído hablar de Ed. Su viejo coche ya no volvió a retumbar por la calle ni «Sweet Georgia Brown» sonó más por la casa. La radio estaba en silencio. Matthew y Leonie estudiaban en paz. Todos se acostaban a su hora. Volvía a reinar la tranquilidad.

Pero la situación los tenía a todos tan nerviosos que casi no la podían soportar. Nadie podía dormir por la noche; estaban demasiado ocupados en escuchar. Mathy se había escapado muy a menudo, y con incentivos menores que Ed.

—¿Crees que haría una cosa así? —preguntaba Callie, incorporándose en la oscuridad.

No podía cruzar una silla o agitarse una cortina sin que los dos se volvieran para escuchar. «Acuérdate de Jessica» se convirtió en una consigna, igual que «Acuérdate de El Álamo».

—No me fío de las apariencias —decía Callie—. No parece muy afectada.

Empezaron a observar todos los movimientos que hacía. Si se escapaba al prado, Callie salía a la puerta y la llamaba. Si iba al centro de la ciudad los sábados por la tarde, Matthew o Leonie la seguían. No podía salir al jardín, y casi ni siquiera al lavabo, sin que la vigilaran. Callie registraba su habitación furtivamente en busca de cartas clandestinas o de señales de que estuviera preparando el equipaje. Pero si Mathy se daba cuenta de la vigilancia a que estaba siendo sometida, no lo demostró.

—¿Por qué no habla de ello? —se quejaba Callie.

A ella le gustaba discutir las cosas, analizarlas y ofrecer consuelo. Pero Mathy no le daba oportunidad. Serena y taciturna, rechazaba todos los esfuerzos de Callie para hacerla hablar.

—Me parece que se lo queda todo dentro —decía Leonie—. Y me preocupa. Uno nunca sabe lo que a Mathy se le ocurrirá hacer.

—¡Dios nos asista! —replicaba Callie.

Y permaneció despierta toda la noche, imaginando desastres. Tenía visiones de Mathy corriendo a la ciudad, andando por las calles en busca de Ed... Mathy subiendo en un tren, acosada por extraños, aquella chiquilla de ojos dulces... Cuando

amaneció, ya sufría una de sus jaquecas.

—Matthew —dijo, despertándolo—, ¿qué vamos a hacer?

—Oh, la preocupación te va a matar.

—No lo puedo evitar. Cada vez que pienso en ella corriendo a buscarlo, en esa niña inocente escapándose de casa... —Su voz se quebró, y se elevó de nuevo—. ¡No lo puedo evitar!

Apretó la cara contra Matthew y empezó a sollozar.

—No llores —dijo, acariciándola torpemente.

—¡No voy a permitirlo! No permitiré que dos hijas mías se escapen de esa manera.

—Eso arruinaría mi reputación.

—Creo que voy a decirle que lo deje volver. Sólo de vez en cuando, claro. Así sabríamos lo que pasa.

—Puede que sí y puede que no.

—Sabríamos más de lo que sabemos ahora. Si los dejáramos estar juntos de vez en cuando, se quedarían satisfechos. Quizá...

Callie se incorporó bruscamente y aguzó el oído. Luego saltó de la cama y se dirigió de puntillas al recibidor.

—Mathy está ahí —dijo, y volvió a entrar en la habitación—. Cada mañana, cuando voy a mirar, casi sufro un ataque al corazón. Si Ed volviera, eso sí que sería un buen alivio, digo yo. Matthew, voy a decirle que lo deje venir..., prefiero eso a que se escape.

—Pero ¡por el amor de Dios, Callie, no sabemos si piensa hacerlo!

—Y tampoco sabemos si no lo piensa. ¡Acuérdate de Jessica!

—¡Está bien! —dijo él, saltando de la cama—. Hazlo a tu manera. Si quieres que vuelva aquí, supongo que no puedo evitarlo.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando en el fresco aire de la mañana retumbó un gran estruendo. Las puertas y ventanas se estremecieron. Los motores de un aeroplano rugían en el cielo.

—Bueno, ahí está —dijo Matthew con resignación—. El muy idiota es capaz de hundirnos el tejado.

Media hora después, tras haber aterrizado en el prado de los Seabert, Ed se detuvo en el umbral de la puerta, cantando por amor y pereza. Entró en la cocina y se sentó a la mesa del desayuno.

—Señor Soames —dijo—, he venido para casarme con su hija.

Todos hicieron lo que pudieron. Callie lloró, Leonie discutió, Matthew se enfureció y lanzó amenazas. Sólo la frase «¡Acuérdate de Jessica!» le impedía echarla de casa. Auguraba desastres. Lamentaría aquella decisión, decía; pagaría un precio muy alto por ella (el precio al que se refería era el arrepentimiento; el arrepentimiento y los remordimientos eran la única moneda con la que pagar aquel disparate). Pero Mathy no atendía a razones. Ni su reputación ni la de su padre le importaban.

In extremis, Matthew le dijo:

—Pero ¿no quieres terminar primero el instituto?

—No tengo ningún interés —replicó Mathy.

Aquello le rompió el corazón. Se dirigió a la escuela trastornado. Era digna hija de su madre, de acuerdo; cultivarse no le importaba. Pero si estaba decidida a despreciar sus oportunidades y a casarse a los dieciséis años, ¿por qué tenía que ser con Ed? Con Ed, que le había ocasionado más problemas que ningún otro muchacho al que hubiera intentado educar. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía esperar de Mathy? Eran los dos iguales: rebeldes, seguros de sí mismos, irresponsables... No había modo de enseñarles nada. Bueno, pues que se casaran. Tal vez se merecían mutuamente. Ya aprenderían que la vida no es un juego, que no todo consiste en volar al sol como mariposas. Que aprendieran la lección a las malas.

La puerta principal se abrió. Matthew alzó los ojos y vio a Ed subiendo las escaleras. ¡Cuántas veces había visto llegar a aquel muchacho lleno de fanfarronería y arrogancia! Tenía un aire de domador de leones, menos noble que sus bestias pero más listo, cargado de argumentos llenos de lagunas. La emprendía a codazos y empujones blandiendo, cual silla rota, argumentos disparatados. Educado e incansable, te acorralaba hasta que, con toda la dignidad que eras capaz de mantener, volvías a tu jaula y te sentabas. Al verlo, Matthew se sintió viejo y cansado.

—¡Hola, profesor!

Matthew lanzó un profundo suspiro.

—Está bien, Ed, cástate con ella.

—¿Lo dice en serio? —gritó Ed.

—Ahora márchate.

—Pero, señor Soames...

—No quiero tener una discusión.

—No voy a discutir, señor. Sólo quería decirle que quiero mucho a Mathy, y que...

—He dicho que te la doy, Ed. Ahora ahórrame el resto.

Ed titubeó, de pie en el umbral de la puerta.

—Gracias —dijo por fin—. Profesor, deseo...

Matthew se volvió y abrió la tapa del escritorio. Al cabo de unos instantes, Ed se marchó.

Así pues, se casaron un día de agosto y se elevaron hacia el cielo desde el prado de los Seabert contemplados por amigos, parientes y mirones de la ciudad. Mathy, con casco y anteojos, lanzó el ramo de novia desde la cabina del avión mientras Callie escondía la cara, por la que caían lágrimas como las cataratas del Niágara, y Matthew, tieso y solemne, se preguntaba si por fin habría pagado su deuda.

No podía perdonar a Mathy aquella ofensa final (aun cuando su madre tenía parte de culpa). Sin embargo, ahora que se había ido, la echaba bastante de menos. Ella y Ed estaban en el sur, donde él hacía un sinfín de cosas. Rociaba las cosechas, daba paseos a la gente; incluso enseñó una temporada en una escuela de aviación. No echaba raíces en ninguna parte, y Matthew estaba muy preocupado por Mathy. No es que ella se mereciera sus desvelos, pues, en resumidas cuentas, había elegido su destino. Pero él se inquietaba igualmente, preguntándose a veces dónde dormiría su hija por las noches y si pasaría hambre. Cuando se sentaba a solas con Callie en las largas noches de invierno, mientras la pequeña dormía, y oía el viento silbando por la chimenea y resonando en la gran casa, pensaba en Mathy, Leonie y Jessica; las recordaba a las tres con las cabezas inclinadas sobre sus libros. Y sentía nostalgia por aquellos pacíficos tiempos. De vez en cuando, sonreía tristemente al evocar alguna travesura de Mathy. Era una chiquilla extraña, que hubiera debido estar allí en aquel momento estudiando sus lecciones. Y habría estado ahí de no haber sido por Ed Inwood. En secreto, maldecía a ratos la existencia de aquel muchacho. ¿Por qué le enviaba el destino a Ed para que lo atormentara aparentemente sin descanso?

A finales de julio, Ed llevó a Mathy a casa. Iba a tener un hijo en agosto. Sus padres apenas reconocieron a la alegre chiquilla que los había dejado hacía un año. Llevaba el pelo corto como un muchacho y estaba bronceadísima por el sol, pero seguía saludable y animada como un potrillo. Unas cuantas semanas después dio a luz sin ninguna complicación a un niño precioso.

Entretanto, Ed disfrutaba de la admiración general, no sólo en casa (donde las mujeres le prestaban tanta atención como al bebé), sino también en toda la ciudad. Lindbergh acababa de realizar su famoso vuelo, y la gente de Shawano, tan excitada como la del resto del país, hizo de Ed su héroe personal. Era un aviador, igual que Lindy; no importaba nada más. Raro era el hombre que, cuando se lo encontraba por la calle, no le decía a Matthew lo orgulloso que debía sentirse de su yerno.

—Ed es un chico estupendo, ¿eh?

—Sí, está volando muy alto —contestaba siempre Matthew.

Aquello les hacía reír.

—Ya sabía yo que tenía madera.

¿Madera de qué?, se preguntaba Matthew. Tantas alabanzas le extrañaban. Ed no había volado sobre los océanos ni había batido ningún récord. Sólo se había jugado el cuello. ¿Es que aquello mejoraba el mundo, ayudaba a los enfermos y necesitados,

hacía progresar la inteligencia de los hombres? Ed no prestaba ningún servicio. Su trabajo era deporte, emoción, placer. Y él era arrogante, irresponsable e inquieto; desafiaba las leyes de Dios y de la naturaleza. Pero aquello era lo que la gente quería, lo que la época exigía, y todos sus defectos se habían convertido en virtudes. Matthew se sentía pasado de moda. Pero no importaba: los viejos valores prevalecerían y algún día serían reconocidos.

De vez en cuando Ed y Mathy les hacían visitas breves; llegaban en avión o en un coche viejo que Ed había reparado. Mathy llevaba botas y pantalones, igual que su marido, y no parecía la madre de un precioso niño. El bebé, por otra parte, parecía criarse muy bien; era un chiquillo cariñoso y alegre.

Vivían como nómadas, unos cuantos meses aquí, otros cuantos meses allá, dondequiera que el capricho de Ed los llevara; en realidad, eran como gitanos, y no parecían desear otra cosa. Pero aunque trabajaban poco y no ganaban nada —eso Matthew lo veía—, comían y, a su ridícula manera, vestían bien. No comprendía cómo se las arreglaban.

—Pero esto no durará —repetía, a pesar de las protestas de Callie—. No pueden seguir así siempre, revoloteando como mariposas. Algún día las cosas cambiarán.

Tenía razón. La aviación prosperaba, tal como Ed había predicho, y la competencia aumentó. Los tiempos en que a un piloto le bastaba con su encanto y su valor habían quedado atrás. Ahora necesitaba conocimientos especiales de meteorología, de navegación, de técnica, que Ed se resistía a adquirir. (¿Por qué había de molestarse? ¡Podía volar como un pájaro! Mejor que un pájaro: ¡podía volar boca abajo!) Además, los tiempos eran malos. Los bancos pequeños se arruinaban y la gente tenía menos dinero y menos ganas de gastarlo. Empezaban a estar asustados. Luego la Bolsa se derrumbó y el pánico se extendió por todo el país. No eran buenos tiempos para un aviador trashumante.

Matthew y Callie comenzaron a entrever por las cartas de Mathy que las cosas no iban bien. No es que contuvieran quejas, sólo observaciones humorísticas. Pero se preocupaban. A principios de primavera, Matthew les escribió para que se trasladaran a su casa; podían instalarse en la granja, donde vivirían del huerto y de las vacas. Mathy contestó muy agradecida. Sería estupendo, dijo; a ella siempre le había gustado la granja. Pero Ed era un aviador, y aquélla era su vida; ya saldría adelante de algún modo. Esperaba conseguir pronto un trabajo como piloto comercial.

Callie se inquietaba por ellos, pero defendía a Ed. Era un buen muchacho, repetía. Pronto sentaría la cabeza y se establecería en algún sitio. Tal vez unos cuantos contratiempos como aquéllos eran lo único que necesitaba.

Pero llegó el día en que su fe se tambaleó precariamente. Ed se marchó a California en busca de aventuras (deducción de Matthew), dejando a Mathy y al niño en Texas. Estuvo fuera durante varios meses. Las cartas de Mathy no dejaban claro lo que estaba haciendo, sólo sabían que él y otro aviador se habían asociado para realizar servicios de carga; más tarde Ed se empleó de mecánico en un campo de

aviación. Como se mostraba tan vaga en sus explicaciones, sus padres dedujeron que no siempre sabía lo que hacía su marido. Unos meses más tarde su ansiedad se tornó en auténtica alarma: se enteraron —por medio de Jessica, que se lo dijo a Leonie, quien rompió el secreto porque pensaba que ellos debían saberlo— de que Mathy le había perdido el rastro a Ed. No había recibido noticias suyas desde hacía más de un mes y trabajaba como camarera para mantenerse a ella y a Peter. Matthew le escribió en seguida diciéndole que volviera a casa y le metió un cheque en la carta. Pero Mathy se lo devolvió por correo aéreo con una nota: Ed había vuelto y todos estaban muy bien.

No supieron nada más de ellos durante varias semanas. La escuela había terminado y ya se habían trasladado a la granja para pasar el verano cuando recibieron la noticia del accidente. Ed despegó en el avión una noche, durante una fiesta, para realizar una exhibición de fuegos artificiales, y Mathy lo había acompañado para ayudarlo con los fusibles; había dejado al niño con un mecánico que les había ayudado a preparar el avión. Todo iba bien, hasta que empezaron a descender y se estrellaron en un campo desconocido, en la oscuridad. Ed estaba malherido, aunque no grave. Mathy se mató.

Aquel día vagaron por la casa casi en silencio, buscando en las caras de los demás alguna señal de que todo era sólo una pesadilla, sólo eso.

—Pero ¡yo rezaba! —decía Callie con voz aturdida—. ¡Rezaba todo el rato!

Sin embargo, Mathy estaba muerta, y su padre fue a buscarla para llevarla a casa. En el hospital, Ed yacía bajo el efecto de fuertes sedantes y no se despertó cuando Matthew entró en su habitación. Éste permaneció largo rato contemplando la inmóvil figura vendada y le dijo adiós silenciosamente. Ahora estaba libre de Ed; Ed había hecho su última travesura. Matthew salió llevándose al niño.

Por fin fue a ver a Mathy. Yacía con expresión atenta, con una burlona sonrisa en la cara, como si estuviera evaluando aquella circunstancia nueva, meditando fríamente lo que podía hacer con la muerte. Matthew permaneció con los ojos secos, anulado su dolor por la fuerza de la ira; de la ira porque hubiera sucedido aquello, porque Mathy estuviera allí muerta y no pudiera responder a su llamada. Luego, su memoria, retrocediendo ciegamente, alteró aquel rostro pequeño y le devolvió el de la niña de pelo oscuro a quien él había visto por primera vez una noche de invierno en una granja en penumbra. Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. «Buenas noches, chiquilla..., buenas noches».

Pocos días después del funeral, a Callie la invadió un extraño silencio. Después de su primer estallido de dolor había resistido con valentía, algo consolada por la presencia de Jessica y de Leonie. Compartir la pena los ayudó a todos. Pero luego llegó el silencio. Cuando le hablaban, parecía no oír, y se pasaba largos ratos leyendo la Biblia con la cabeza inclinada y los dedos recorriendo las líneas. Todos intentaban consolarla, pero las pocas veces que ella los miraba, lo hacía desde una gran distancia, como si no pudiera distinguirlos en su horizonte. Vagaba por el patio sola escudriñando los arbustos. A veces salía al jardín y permanecía entre las plantas olvidando para qué había ido allí.

Los demás la observaban a escondidas, temerosos de que cometiera alguna imprudencia. La seguían discretamente. Un día se les escapó y no se dieron cuenta hasta al cabo de mucho rato. Frenéticos, la buscaron por la casa, por el granero y por los bosques. Jessica la encontró por fin en la Vieja Chimenea, donde Mathy solía jugar. Estaba sentada en el hueco de los antiguos cimientos, oculta entre los matorrales y hierbas que crecían alrededor. Y hablaba sola en voz baja.

—¿Mamá? —dijo Jessica con voz débil y tímida.

Callie siguió murmurando y Jessica vaciló, pensando que podría ser peligroso interrumpirla. Sólo oía una palabra de vez en cuando, pero le pareció que su madre estaba hablando con el Señor y que se detenía a veces esperando una respuesta, como si ella y Dios estuvieran conversando. Al cabo de unos minutos, Callie quedó en silencio abrazándose las rodillas y mirando al suelo.

Jessica estaba a punto de hablar cuando su madre alzó la cabeza y dijo claramente:

—¿Dónde debía de estar aquella gallina vieja?

Y se echó a reír con regocijo. Luego se levantó, se sacudió el polvo y se alejó. Jessica se retiró sin hacer ruido y la dejó marcharse; la siguió hasta casa, convencida de que su madre había perdido el sentido.

Pero en lugar de eso, Callie pareció haberlo recobrado. Desde aquel momento cambió por completo. Su mirada se aclaró como el cielo después de una tormenta y volvió a ser la misma de siempre. Aunque a veces hablaba de Mathy y se echaba a llorar, expresaba su dolor de una manera natural, y éste fue transformándose poco a poco en la tristeza serena que todos debían soportar.

Matthew no le reprochó jamás que hubiera consentido aquel matrimonio ni tampoco su fe en Ed. No hacía falta ningún «Ya te lo dije».

Pasó junio y llegó julio. Peter, que ahora tenía casi tres años, ya no preguntaba por su madre. Leonie les había pedido que no le hablaran de ella.

—No debemos estar tristes delante de él, ni llorar. Debemos comportarnos de manera natural.

Ellos procuraban hacerlo. Pero a veces, por la noche, cuando las niñas estaban ocupadas lavando los platos, Callie lo sentaba en su regazo y murmuraba hasta que se dormía:

—Pobrecito, pobre chiquitín.

Entonces Matthew lo llevaba arriba y, si se despertaba, se sentaba a su lado en la oscuridad hasta que se dormía de nuevo. Por las mañanas, él y Peter se levantaban a la misma hora, se vestían, bajaban juntos, encendían el fuego y ponían la tetera a calentar. Luego se lavaban la cara y se peinaban, charlando seriamente sobre cerdos, vacas, flores y ángeles.

Mary Jo cumplió seis años aquel verano. Ella y Peter jugaban juntos alegremente, y Jessica los entretenía contándoles cuentos y llevándolos de paseo por el bosque. También Leonie se ocupaba a su modo del pequeño. Cuando sufría alguna crisis, grande o pequeña, fruncía las cejas pensativamente, y decía: «¿Qué haría Mathy ahora?»; y procuraba hacerlo.

Jessica regresó a su casa el primero de agosto y Leonie se fue una semana después. Matthew y Callie se quedaron solos con los niños. Pronto cerrarían la casa y se trasladarían a la ciudad para pasar el invierno.

Una fresca mañana de finales de agosto, Matthew fue a trabajar al pajar con los niños, que estaban dando alegres volteretas sobre el heno cuando Callie apareció en la puerta.

—Papá —dijo sin aliento—, ¡ha venido!

Matthew se detuvo con la horca en el aire.

—¡Quiere ver a Peter!

Matthew depositó el heno y se volvió a por más.

—Bueno, hazlo pasar.

Callie ayudó a los niños a bajar la escalera y subió de nuevo.

—¿No vienes?

Él tardó en contestar.

—Sí, ya iré.

Callie lo miró tímidamente.

—Él no quiso hacerlo, papá. Se siente muy mal.

Matthew no dijo nada, y ella se fue. Prosiguió con su trabajo, apilando heno para otra semana. Luego bajó, se lavó los brazos en el abrevadero del caballo y se encaminó lentamente hacia la parte delantera de la casa, temiendo el encuentro.

—¡Mira, abuelo, papá está cojo!

Peter corrió a su lado arrastrando un objeto rígido que arrojó a las manos de Matthew. Éste lo cogió espantado y avergonzado. Había olvidado que Ed podría tener que llevar muletas.

Ed estaba sentado en el escalón de arriba, con una rodilla doblada y la otra extendida rígidamente como un palo de madera apoyado en el porche.

—Hola, profesor —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo estás, Ed?

—Muy bien, gracias. Perdona que no me levante.

—No te muevas.

El tono de Matthew era educado. Tenía la cortesía formal de los tratados entre naciones o de la suspensión de relaciones diplomáticas entre dos países. Ed extendió la mano.

—Me alegro de volver a verle.

Matthew se la estrechó en silencio, contemplando la otra muleta, que yacía en el porche. Él le miró.

—Me parece que tendré que utilizarlas una buena temporada.

—Espero que no sea por mucho tiempo.

—No sé. Tengo la pierna llena de clavos y tuercas. Me imagino que ahora no me servirá de nada más que para cojear del lado izquierdo.

—Lo siento de veras.

—Oh, ya me voy acostumbrando. Todavía no ando muy seguro, pero he aprendido a conducir estos trastos. Mientras pueda conducir, supongo que debo darme por satisfecho.

¡Conducir coches y jugar al baloncesto!

—Dime, Ed, ¿cuánto tiempo hace que has salido del hospital?

—Un par de semanas. He estado en Shawano, en casa de mi hermana.

—Ella fue a buscarle —intervino Callie.

Hubo una pausa. Ahora empezará, pensó Matthew.

—Me estoy impacientando —dijo Ed—. Creo que voy a ir a la ciudad dentro de otro par de semanas. Conozco a algunos muchachos en el Richards Fields^[8], y tal vez me dejarán trabajar en el hangar o algo así.

—Pero no puedes ponerte a trabajar tan pronto —dijo Callie.

—Estoy muy bien. En cuanto mi pulso se afirme, podré poner a punto los motores tan bien como cualquiera.

—Sí, claro.

—Y lo mejor será que lo intente cuanto antes. Si continúo sin hacer nada, me

moriré de aburrimiento. Necesito estar ocupado. A propósito —añadió, volviéndose hacia Matthew—, tengo que pagar algunas deudas. Le estoy muy agradecido, señor, por hacerse cargo de la factura del hospital... y otros gastos.

—Bueno... —Matthew apartó la mirada, dejando la frase sin terminar.

—Le devolveré el dinero en cuanto pueda.

—No te preocupes por eso.

—Pues me preocupa. —Se detuvo y, bajando la cabeza, prosiguió casi en susurros—. Creo que no necesito decirle cuánto siento lo que sucedió. Eso ya no tiene remedio. Pero quiero hacer lo que pueda.

Matthew contempló impasible el camino, donde, al lado del buzón, estaba el coche de Ed. (El mismo auto, el mismo Ed.) Callie se sonó con disimulo. Junto a la cerca, los niños habían plantado una muleta, clavándola entre los rosales. Al cabo de unos momentos Ed empezó a hablar de otros asuntos. ¿Es esto todo?, pensó Matthew. ¿Unas cuantas palabras de remordimiento? ¿La disculpa cortés por una falta fortuita? ¿Era eso todo cuando Mathy había muerto?

—Quiero alquilar un par de habitaciones —estaba diciendo Ed—. Lil me ha prometido que se quedará conmigo hasta que me recupere y me instale.

—¡Es una buena idea! —replicó Callie.

—Eso me pareció. Le pregunté a George si era capaz de soportar durante tanto tiempo los platos que él cocinaba, y me contestó que sabía abrir latas tan bien como Lil. Mi hermana no es muy buena cocinera; no quiere tomarse la molestia. Prefiere jugar al bridge o leer revistas de cine.

Él y Callie charlaban animadamente. Los niños iban y venían; Mary Jo se sentía importante y mandaba a su sobrinito. Peter se acercó a su padre.

—Papá, ¿vas a quedarte toda la noche con nosotros?

Ed se echó a reír, acariciándole el pelo.

—No, hijo, me parece que no.

—¿Por qué?

—Papá tiene que irse.

—¿Por qué tienes que irte?

—¡Peter! —intervino Mary Jo.

—¿Por qué no puedes quedarte aquí con nosotros, papá?

—Pues porque no puedo.

—¡Peter, ven aquí!

—¿Puedo ir a casa contigo? —preguntó Peter.

—¡Ven aquí, Peter, quiero enseñarte una cosa!

Mary Jo saltaba con excitación. Peter saltó las escaleras y se alejó. Detrás de él, los mayores permanecían en un tenso silencio.

—Me gustaría llevármelo —dijo Ed humildemente—. Lo echo mucho de menos.

Por fin lo había dicho. Matthew sintió una especie de alivio. Ed alzó los ojos, mirándolos alternativamente.

—Me imagino que a ustedes les gustaría quedárselo —dijo—, y tal vez sería lo mejor. Pero preferiría tenerlo conmigo. Lo cuidaré, pueden estar seguros. Lil va a ayudarme. Y he pensado (si a ustedes les va bien), he pensado en llevármelo hoy.

Callie seguía con los ojos bajos. Matthew miraba el camino. Ninguno de los dos habló.

—¿No hay ningún inconveniente? —preguntó Ed—. ¿Cree que puedo llevármelo hoy, señora Soames?

Ella negó con la cabeza, sollozando.

—No soy yo quien tiene que decirlo, Ed.

Él se volvió hacia Matthew.

—No puedo dejar que te lo quedes —dijo Matthew.

Ed lo miró un instante sin hablar y bajó la cabeza.

—Vamos, niños —dijo Callie.

Se los llevó al patio de atrás y dejó a los dos hombres solos. Ed encendió un cigarrillo. El humo, azul y acre, iba directo hacia Matthew. La costumbre hizo que se enderezara como cuando su atenta nariz, olisqueando por la escuela, detectaba el olor de la transgresión.

—Bueno —empezó Ed—, suponía que se sentiría así.

—¿Cómo quieres que me sienta, Ed?

—No lo sé. A menos que..., bueno, creí que si sabía lo apenado que estoy...

—Eso no es suficiente —replicó Matthew.

—Lo sé. —Ed fumó un rato en silencio—. Me expresaré mejor, señor Soames. Quiero resarcirle a usted... y a él. Haré lo que pueda. ¿Me cree, señor Soames?

—No, Ed, no puedo creerte.

—Pero esta vez...

—Hace demasiado tiempo que te conozco.

Ed miró a lo lejos con una triste sonrisa y dijo:

—Supongo que sí, profesor. Pero ¡Peter es mi hijo!

—Y tú no has sido muy buen padre. ¿Le has procurado un hogar, te has ocupado de tu familia?

—Quizá no como lo habría hecho usted.

—Ni ningún hombre responsable. Siempre de un lado a otro, marchándote a California y dejando a tu familia. ¡Ella no sabía dónde estabas la mitad del tiempo!

—Lo sé..., y lo siento. Me movía tanto que...

—¡Te movías tanto! ¡Ed, tú nunca has terminado nada de lo que has empezado!

—Bueno, tal vez eso no es una falta terrible —dijo Ed—. Quizá yo soy un inquieto y no lo puedo remediar. ¡Y probablemente ella no me habría querido tanto si hubiera sido de otra manera! Ella me quería, señor Soames. ¿No cree que desearía que yo tuviera a nuestro hijo?

—¿Consideras que te lo mereces?

—Tal vez no por lo que he hecho, pero sí por lo que haré.

—En estas condiciones —dijo Matthew—, y considerando tu pasado, ¿no habría ni un solo tribunal en el país que te lo diera!

Durante unos instantes, Ed no habló. Luego dijo en voz baja:

—¿Sería capaz de llegar tan lejos?

—Si tuviera que hacerlo, sí. No creo que te sorprendiera.

—Pues se equivoca. Quiere vengarse, ¿verdad?

—Quiero lo mejor para el niño.

—Tal vez. Pero al mismo tiempo se está desquitando conmigo. ¿Tan malo soy, profesor? ¿Tantos problemas le he causado?

—Es por lo que le hiciste a ella.

—Ella me quería... ¿era feliz!

—Pero ha muerto, ¿no es cierto?

Ed apartó la mirada. Luego se volvió a Matthew suplicante.

—Es usted, señor Soames, nunca le he gustado, ni siquiera antes. Le ocasioné problemas, lo sé, pero ¿tan malo era? Nunca quise hacerle ningún daño. A mí usted me gustaba, profesor, ¡lo admiraba! —Se detuvo, y una expresión de aturdida sorpresa se dibujó en su rostro—. No será por Alice, ¿verdad?... ¿No es posible que me haya guardado rencor tanto tiempo!

Matthew notó que palidecía. Viejos temores, medio olvidados, se despertaron como culpables centinelas cuando el asedio ya había empezado y corrieron en tropel por su cabeza con gritos de alarma. Repentinamente, no sólo Alice, sino todas las muchachas, las sonrientes muchachas que habían alumbrado su antigua vanidad danzaban ante él como furias vengadoras, y, entre todas, sobresalía Charlotte. La debilidad que él creía tan escondida quedaba al descubierto. Ed la conocía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó débilmente.

Ed se encogió de hombros, mirándolo inquisitivamente.

—Ella me lo contó. Pero no era necesario. Todo el mundo lo sabía.

—Bueno, desde luego yo... la admiraba —balbució Matthew—. Éramos buenos amigos, como estudiante y profesor. Pero si ella exageró la situación, si ella...

—¡Bah, vamos, profesor! —cortó Ed con una cansada sonrisa—. A usted siempre le han gustado las chicas.

—¡No puedes acusarme de nada! —gritó Matthew—. ¡No puedes decir nada! Sólo se trata de rumores. Mi conducta...

Las palabras se le atascaron en la garganta. Ed mostraba su extraña y calculadora sonrisa, y Matthew sintió que el edificio de su vida pública, construido con tantos esfuerzos, empezaba a tambalearse. Bastaba un rumor, el soplo de un susurro, para derrumbarlo. Y su reputación...

—He cogido una mariposa —dijo una vocecilla.

Matthew miró a su alrededor y por un instante creyó ver allí a Mathy, a Mathy a sus tres años, vivaracha y alegre, sosteniendo algo vivo en las manos.

—Abuelo... —dijo Peter tímidamente.

Matthew lo miró. ¿Qué haría Ed de él? Se volvió.

—Puedes hacer lo que quieras —dijo—. Tengo intención de quedármelo.

Se miraron directamente a los ojos y Ed fue el primero en apartarlos. En el silencio que siguió, Peter se escurrió al patio de atrás. Desde la cocina llegaba el ruido de platos y cazuelas. Por el camino pasó un carro y el granjero agitó la mano. Matthew y Ed le devolvieron el saludo.

Por fin Ed recogió la muleta.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo, y señaló la otra muleta plantada entre los rosales—. ¿Le importaría traérmela?

—Oh, no, claro que no.

Matthew se levantó y fue a buscarla. Cuando se la trajo, Ed se puso en pie y extendió la mano.

—Bueno, adiós.

—Adiós, Ed. Siento que tenga que ser así.

Ed se limitó a asentir.

—¿Llamo a Peter? —preguntó Matthew.

—No.

—Está bien, cuídate, Ed.

Cautelosamente, evitando las desiguales piedras clavadas al borde del sendero, Ed se dirigió a la verja. Matthew lo contempló con apenada sorpresa, contempló aquel cuerpo fuerte y joven sosteniéndose en las muletas y arrastrando la pierna inútil tras de sí. Con repentina lástima, se adelantó para abrirle la verja y, en su prisa, tropezó con Ed al pasar. Su zapato se enganchó inexplicablemente con una de las muletas, la otra dio contra una piedra en el mismo momento, y Ed perdió el equilibrio y se cayó al suelo. Matthew corrió hacia él, murmurando disculpas, para ayudarle a levantarse.

—Déjeme solo —dijo Ed quedamente.

—Agárrate, ¡déjame que te levante!

—No quiero ninguna ayuda. —Ed yacía con los ojos cerrados—. Déjeme solo. Por favor.

Matthew retrocedió, avergonzado al contemplar cómo Ed se incorporaba sobre una rodilla y se arrastraba como un animal con una pata herida. Era un espectáculo grotesco y doloroso. Cogiendo el pilar de la verja con ambas manos, Ed se puso en pie tambaleándose con el precario triunfo. Había una especie de altivez en su rostro que al instante se transformó en rabia. Las muletas yacían en el suelo fuera de su alcance.

Rápidamente, sin una palabra, Matthew las cogió. Ed las tomó en silencio. Estaba llorando.

—Ed... —murmuró Matthew.

Ed se volvió y se dirigió cojeando hacia el coche. Ninguno de los dos dijo nada más.

Ahora ya no temía a Ed; lo había visto derrumbarse. Pero no pudo olvidar en todo el día las lágrimas que resbalaron por su rostro. Aunque Ed no se había portado bien, estaba pagando por ello un precio muy alto.

—El Señor le ha enviado Su castigo —dijo Matthew—. Yo no tengo derecho a añadir el mío.

Lo dijo en voz alta mientras cruzaba el prado al atardecer. Y deteniéndose junto al arroyo, añadió:

—Y yo tampoco estoy libre de pecado.

Cruzó el riachuelo y se dirigió al espacio triangular donde estaba el tronco de un viejo espino blanco. El terreno, a excepción de su punta más alejada, yacía envuelto en espesas sombras, acosado, lo mismo que él, por antiguas culpas y deseos medio olvidados. Permaneció largo tiempo en la oscuridad pensando en aquella noche de hacía ya muchos años y en el nacimiento de Mathy.

—Señor —dijo por fin—, creí que cuando te la llevaste había pagado mi última deuda. Pero tal vez debo pagar ahora con el niño. Y quizá eso será todo.

A la tarde siguiente partieron los dos juntos. En el camino que conducía a Shawano había mucho polvo: rojo al principio y que se iba oscureciendo a medida que avanzaban hacia el norte, dejando atrás las colinas y adentrándose en terreno llano. Las ruedas del sedán levantaban nubes que espolvoreaban los girasoles y los amores secos, y las cinias de color bronce y escarlata de las tierras de los granjeros. El aire estaba amarillo, espeso, y el canto de las cigarras celebraba el fin del verano. Esta época del año se llenaba de pérdida y tristeza, y la misión de Matthew formaba parte de la estación.

—Hijo mío —dijo, dirigiéndose vivamente al nieto—, ¿tienes ganas de ver a tu papá?

—Sí —contestó Peter.

—¿Quieres quedarte con él? —preguntó por vigésima vez.

El chiquillo adoptó una graciosa expresión pensativa.

—¿Toda la noche?

—Sí, toda la noche, para siempre. ¿Quieres dormir en casa de papá y no volver con el abuelo?

—Quiero volar en el avión de papá —dijo Peter, haciendo ruidos parecidos a zumbidos—. Abuelo, ¿puedo tocar la bocina?

—Bueno, una vez.

(Era tan pequeño, tenía sólo tres años).

—Tengo sed, abuelo.

—Bueno, buscaremos algo que beber.

Se detuvieron en una escuela rural a medio camino de Shawano y sacaron agua del pozo. Matthew le enseñó a cogerla con las manos. El chiquillo se mojó la cara y se echó a reír. En el patio de la escuela acababan de segar las hierbas. Dentro de una semana dicho patio estaría lleno de niños. Pero ahora se hallaba muy tranquilo y vacío. El viento dobló la esquina con un sonido solitario. Arrodillado junto a su nieto para secarle la cara, Matthew lo estrechó de pronto contra sí. Todavía podían volver. Pero aquel impulso se desvaneció tal como había llegado al recordar a Ed apoyado en la verja con el rostro bañado en lágrimas.

Prosiguieron su viaje a Shawano. Al llegar a los arrabales de la ciudad se metieron por una calle estrecha y poco transitada bordeada de plátanos. La casa estaba al final, solitaria en un descuidado terreno. Matthew se detuvo junto al viejo coche de Ed y paró el motor.

—¿Es aquí donde vive papá? —preguntó Peter.

—Sí, es aquí. Espera un momento, tienes que estar bien guapo. —Peinó al niño, le limpió la cara con un pañuelo y lo besó. Luego cogió el maletín, que contenía algo de ropa, y le tendió a Peter la bolsa de dulces que Callie le había dado—. Bueno, vamos ahora.

Subieron la escalera principal y llamaron a la puerta. Las persianas de las ventanas estaban bajadas para ahuyentar el calor. Matthew llamó de nuevo, más fuerte, y esperó, escudriñando la calle ansiosamente. No había signos de vida por ninguna parte. La ciudad parecía desierta.

—¿Se habrá ido todo el mundo hoy a Clarkstown? —se preguntó. Llamó de nuevo—. Bueno, probemos la puerta de atrás. Tal vez están allí y no nos oyen. —Dieron la vuelta a la casa—. La puerta de la cocina está abierta —dijo, subiendo los escalones del porche.

Al llegar al último, se detuvo. Ed estaba sentado allí, en un extremo, con la cabeza apoyada en los brazos sobre una mesa de roble redonda. Se había dormido sobre un libro abierto.

—¡Ed! —gritó Matthew.

Ed alzó la cabeza y miró. Matthew le devolvió la mirada alarmado. Ed estaba enfermo o había estado llorando. ¿O quizá se trataba sólo del calor y de la modorra? Pero parecía más que eso, pues sus ojos tenían una expresión embotada e iba sin afeitarse. Matthew vaciló un instante, pero por fin avanzó con el niño de la mano.

—He venido a devolvértelo —dijo, y esperó a que aquel hombre destrozado y triste aceptara aquella bendición.

Un viento cálido barrió el porche y una langosta chirrió en el olmo. Ed se quedó mirándolos mientras se lamía los labios secos como si tratara de expulsar las palabras. De repente se inclinó y agitó la mano, y Matthew descubrió cuál era el

problema: ni sueño ni enfermedad. Ed estaba muy borracho.

En el suelo había una botella y sobre la mesa el vaso medio vacío, que Ed había cogido y apartado bruscamente a un lado. Matthew lo contempló todo con el corazón atenazado. Ahora no sabía qué hacer. Si sólo estuviera enfadado, bueno, entonces habría sido fácil dar media vuelta e irse con el niño. Pero su sorprendida mirada tropezó con otra cosa. Ed buscaba consuelo, y no sólo en la botella. El libro que yacía abierto ante él era la Biblia. El vaso de whisky había dejado un círculo mojado en la página. Apretando la mano del niño, Matthew permaneció inmóvil sintiendo indignación y lástima.

—Perdóneme —murmuró Ed, levantándose con la ayuda de las muletas—, voy a lavarme la cara.

Cogió la botella y se metió en la cocina. Oyeron el ruido del grifo.

—Siéntese —dijo Ed, saliendo con mejor aspecto.

Matthew no se movió de donde estaba y vaciló un momento antes de coger una silla. Peter se acercó tímidamente a su padre.

—Hola, Peter.

La voz de Ed era tierna. Acarició el pelo del niño, pero no hizo ademán de cogerle o abrazarle. Parecía comprender que estaba bebido, y se imponía una autodisciplina. Hablaba con prudencia. Peter se balanceó en la mecedora balbuceando. Al cabo de un rato, regresó junto a Matthew y se sentó en su regazo.

—Ahora vete a jugar al patio —dijo su abuelo, poniéndolo en el suelo—. El abuelo y papá quieren hablar.

Peter se alejó arrastrando con él una muleta, clic-clic, por los escalones de madera. Matthew lo contempló, dolorosamente consciente de la presencia de Ed, sin saber cómo empezar. Todas las cosas hermosas que había pensado decir parecían ahora fuera de lugar. Por fin Ed rompió aquel tenso silencio que se había levantado entre ellos.

—Así que me lo devuelve.

—Sí —dijo Matthew indeciso—, para eso he venido.

—Creía que iba a quedárselo. ¿Qué le ha hecho cambiar de parecer, señor Soames?

—Bueno, yo...

—No habrá sido Alice, ¿verdad? —dijo Ed—. ¿Tenía miedo de que yo hablara?

—No —replicó Matthew gravemente—, no ha sido eso. Y espero que me creas. Han sido... otras cosas. Tú... He pensado que ya has sufrido bastante por tus culpas. Creo que, después de todo lo que pasó, has aprendido la lección y deseas portarte mejor, como dijiste. Eso es lo que pensaba, pero ahora...

Miró a Ed con odio y lástima.

—Ahora me ve en este estado.

Ed sonrió amargamente.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Matthew, inclinándose hacia delante.

—A veces ayuda.

Matthew negó con la cabeza, haciendo una mueca.

—Pero ahora no —dijo Ed.

—¡Ni nunca! ¿No lo ves, no lo comprendes? ¡Inténtalo, Ed, intenta ser mejor!

—Me parece que no puedo.

—¡Puedes si te lo propones! ¡Tú decides!

—No sabría cómo empezar.

—Ya has empezado —dijo Matthew, inclinándose de nuevo y tocando la Biblia

—. No desistas... ¡Dios te ayudará!

—¿Está seguro de eso?

—«Pedid y recibiréis.» Puedes leerlo aquí.

—Ya lo he leído. Pero ¿cómo puedo recibir si no creo?

—Pero tú crees, ¿verdad?

Ed negó con la cabeza. —No mucho.

—Sé que a menudo has expresado dudas, Ed. Recuerdo las conversaciones que solíamos tener. Pero a través de la duda a veces podemos abrirnos camino hacia una fe más profunda. Si pudieras...

—¿Por qué murió Mathy? —le interrumpió Ed—. ¿Era eso la voluntad de Dios? Matthew asintió.

—Todas las cosas suceden por Su voluntad.

—¿Todas las cosas? ¿La guerra, el hambre, el crimen?

—Él nos da libertad de elección. Pero no siempre elegimos lo bueno.

—No era mi elección matar a Mathy.

—Entonces... quizá fue la Suya —replicó Matthew.

—¡Para castigarme por mis pecados, claro!

Ed se echó a reír amargamente.

—Y tal vez a mí por los míos.

Ed se inclinó acercando su enrojecido rostro al de Matthew.

—¿Por qué el precio de mis pecados fue su muerte, por qué no fue la mía?

—El Señor tiene Sus razones. Tal vez ella es tu salvación. Tal vez murió para que pudieras salvarte a través del sufrimiento.

—¡¿Y tenía que ser así?! —gritó Ed—. ¿Tan malvado soy?

—No siempre podemos comprender Sus caminos. Pero debemos confiar en Él, en Su misericordia.

—¡Si esto es misericordia...! —exclamó Ed.

—Su rostro está oculto para nosotros —dijo Matthew—. Pero lee tu Biblia. Hallarás consuelo en ella.

Ed contempló el libro un momento.

—Puede que los hombres que la escribieron lo hallaran. «Y Dios dijo...» Hermoso y sencillo. Si uno no podía explicarse las cosas de otra manera, siempre quedaba Dios como respuesta. Pero ha habido algunos cambios desde entonces. —

Pasó unas cuantas páginas—. He leído la voz del torbellino: ¿has percibido el tamaño de la tierra, tiene la lluvia un padre, de dónde procede la nieve, has investigado las profundidades del mar? Sí, ahora lo hemos hecho, y conocemos las respuestas.

—No todas —dijo Matthew—. Cada respuesta origina nuevas preguntas.

—También encontraremos esas respuestas nuevas.

—¿Y nos libra eso de Dios?

—De este libro —contestó Ed, cerrándolo.

—No es tan sencillo —dijo Matthew—. Pues cuando todas las preguntas estén contestadas, siempre quedará una: ¿quién es el autor de ellas?

—Bueno, ¿y quién es?

—Nosotros lo llamamos Dios.

—Y yo también —replicó Ed—. Pero no este Dios.

Colocó una mano sobre el libro.

—Pero ¿y la evidencia? —exclamó Matthew—. ¿Y las enseñanzas de Cristo?

—¡El Hijo de Dios, nacido de la Virgen María! —recitó Ed—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Se santiguó.

—¡No te burles, Ed!

—Me burlo de la superstición, no del hombre. Yo creo en el Hombre. Llevó una vida buena y murió con más valor que muchos.

—Sí, ¡y resucitó después de Su muerte!

—Lo dudo. Pero aceptó el riesgo, y lo respeto por ello. Respeto Su duda.

—¿Duda?

—Lo torturaron hasta que se la sacaron. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» ¡Me da pena Jesucristo! Porque fue abandonado como todos nosotros. No puedo creer en Dios Padre, el hombre de familia. ¡Él no nos creó! Nos permitió nacer por casualidad. Y eso no significa nada. ¿Por qué tendría que preocuparse Dios de nosotros? Somos demasiado insignificantes, nosotros y nuestras pequeñas preocupaciones. ¿Por qué ha de importarle mi alma, o si veré a mi chica en el cielo? No soy tan importante. No valgo nada.

—Yo sí —se limitó a decir Matthew.

Se miraron un momento en silencio.

—Vanidad —dijo por fin Ed, encogiéndose de hombros.

—No —replicó Matthew reflexionando—. Yo importo porque Él es grande, no porque yo lo sea. En eso hay algo más que vanidad.

—Sí, ¡miedo! —exclamó Ed.

—Los no creyentes siempre lo llaman así.

—Disfrace su fe como quiera; el miedo la sostiene. ¡El miedo es la tabla de salvación!

Matthew meditó aquello un instante.

—Bueno —dijo lentamente, aspirando aire—, si es miedo, entonces lo acepto. Tal

vez el miedo es la única palanca que Dios pudo encontrar para elevarnos al cielo. Y yo creo que Él quiere llevarnos allí. Pero tenemos que trabajar y hacer el bien aquí en la Tierra. Sería más digno llevar una vida buena sin pensar en la recompensa. Pero me temo que, en este caso, no muchos mereceríamos el cielo. Nos gustan demasiado las tentaciones del mundo. Quizá por eso Dios nos dio el miedo: para conducirnos hacia el gozo eterno. Acepto también ese miedo como parte de Su misericordia.

Ed lo miró largamente.

—Le creo —dijo por fin.

Y se quedaron en silencio, contemplando el patio agosteño. El niño jugaba tranquilamente por entre las tortuosas raíces del olmo. Una hoja que había colgado del árbol desde abril se desprendió de pronto y cayó lentamente al suelo.

—Quiero que se quede con usted —dijo Ed.

—Te lo he traído.

—Y yo se lo agradezco, porque sé lo que debe de haberle costado. Pero quiero que vuelva a llevárselo con usted.

Matthew se volvió hacia él.

—Ed, me has preguntado qué me ha hecho cambiar de opinión. ¿Y a ti?

Ed sonrió.

—Alice —dijo.

—¿Alice? —repitió Matthew inquieto.

—Sí —contestó Ed, todavía sonriendo—. ¡No se me habría ocurrido nunca utilizar eso contra usted! No soy muy bueno, profesor, pero sí mejor de lo que piensa. En lo que sucedió entre ella y usted, yo no había pensado desde hace años. No era tan importante. Pero vi que usted sí lo consideraba importante. Usted estaba pensando «chantaje», y comprendí que quería arriesgarse incluso a eso. Así que decidí que, si deseaba tanto tener al niño, merecía quedárselo. —Matthew contemplaba humildemente la mesa—. Pero ésta no es la única razón —prosiguió Ed—. Peter estará mejor con ustedes..., mejor que conmigo. No estoy de acuerdo con usted en todo, profesor, pero usted es uno de los pocos hombres que conozco a los que considero buenos.

—No siempre he obrado bien —dijo Matthew sin levantar la mirada.

—Pero lo admite, y se esfuerza.

—He sido vanidoso. He contado mis virtudes y las he comparado con las de los demás, con las tuyas...

—¡Y nunca ha creído en ellas! —Ed sonrió de nuevo—. Pero yo sí creo. No tengo fe en su Dios, pero tengo fe en usted.

—Me alegro —dijo Matthew, todavía con los ojos bajos.

Se alejaron en el coche al caer la tarde, por la calle en la que crecían el llantén y la pata de gallina y el polvo de antiguos huesos se levantaba a su paso; dejaron atrás los árboles en los que las langostas lanzaban chirridos y profecías, lejos de la casa solitaria y el otro padre. Más allá de la ciudad, los prados brillaban bajo la puesta del sol. Los árboles arrojaban largas sombras a lo largo del camino y el aire empezaba a refrescar. Una sinfonía de aromas nocturnos invadía el ambiente: el perfume del heno y de la miel, el olor de los graneros y del ganado, la limpia acritud del estramonio abriéndose en la oscuridad... Matthew conducía con una sensación de agradecimiento. Y a medida que regresaba a su mundo familiar, se maravillaba de que el destino lo enviara a casa así, no desolado como esperaba, sino con el niño a su lado. Había creído perder, y había ganado. Había visto a Ed derrumbado, sin arrogancia, con su aire de despreocupación convertido en arrepentimiento. Ed estaba pagando sus errores, y aquello no era más que justicia.

Entonces, ¿por qué no sentía Matthew satisfacción? Había algo en Ed a pesar de su derrota... La derrota le sentaba bien, como todo lo demás, y la soportaba con un aire que le otorgaba más valor que el del propio triunfo. Matthew pensaba en ello perplejo mientras conducía por la carretera rural. Ed no había hecho ningún bien y sí mucho daño. Había arruinado su vida y perjudicado la de otros.

Al rechazar a Dios, se rechazaba a sí mismo. Y sin embargo —vencido, arruinado y bebido—, seguía habiendo algo en él que a Matthew le producía respeto, incluso admiración. Sí, y también envidia. Porque lo que sentía era envidia, y su raíz llegaba tan hondo como la de la mandrágora, imposible de desarraigar. Pero, cielo santo, ¿envidia de qué?

—Papá lloraba —dijo el niño de pronto.

Había permanecido muy quieto en su rincón.

—Sí, papá estaba llorando.

—¿Por qué lloraba, abuelo?

—Pues porque estaba triste.

El chiquillo reflexionó la respuesta.

—¿Tenía miedo?

Matthew evaluó a su vez la sugerencia del niño.

—¡No! —contestó con repentino énfasis.

Ed no tenía miedo, y nunca lo había tenido. Eso era lo que Matthew envidiaba. Su valor, nada más. Pero ya era mucho. El valor para hacer lo que uno quiere, sin que

nada importe. Era aquello —lo que le importaba— lo que mantenía cautivo a Matthew. Había que tener en cuenta tantas cosas: heno en el granero, la cosecha del huerto, el diploma en la pared, el contrato firmado, la opinión de los vecinos, la gracia de Dios, la salvación de su alma... Ed no apreciaba nada de esto. Y no había heno en su granero. Alimentado o hambriento, aceptado o rechazado, era dueño de sí mismo. ¡Cómo le envidiaba Matthew!

Se preguntó si creer en Dios no sería el sustituto de creer en uno mismo. Su miedo, ¿era tan santo como él pretendía? Quizá no era miedo, sino cobardía. Hay una diferencia. Y quizá Dios apreciaba más el valor que la humildad vacilante. (¡Era el siervo precavido el que incurría en la ira del amo!) Tal vez, después de todo, Ed era el último que sería el primero. El manso heredaría la tierra, pero nadie le prometió el cielo.

Y ahora, al pensar en su propia vida, no estaba seguro de haber heredado la tierra. Había sido bastante manso; no se había arriesgado demasiado. Y, ahondando más en el tema, tampoco había conseguido mucho. Una escuela de una pequeña ciudad, una insignificante granja y algunos conocimientos. No era gran cosa. Pero la falta de bienes terrenos no significaba que pudiera alcanzar el cielo. El pobre de cuerpo no era necesariamente rico de espíritu.

¿Y no se debía eso al miedo? Él había procurado avanzar con un pie clavado firmemente en el suelo, temeroso de soltar el pájaro que tenía en mano por los cientos que volaban. No habría renunciado a su granja por la escuela, ni a la inversa. Deseando a las muchachas, no renunciaba a Callie. Atraído por las nuevas creencias, se aferraba a las viejas. Buscando las estrellas, se afirmaba en la hierba. Siempre con componendas, queriéndolo todo sin renunciar a nada, sin nada definitivo. No había pagado el precio, sino que se había quedado con lo pequeño, lo seguro, lo razonablemente suficiente. Y eso nunca satisface a un hombre.

Quizá era éste su pecado: la pobreza de espíritu. Timidez y envidia, no la concupiscencia de la carne ni las miradas codiciosas. Tal vez Ed tenía razón. Alice, las muchachas, incluso Charlotte... no eran importantes. Se estremeció, sintiéndose descubierto y tonto, como un hombre mayor sorprendido jugando con juguetes. Sus pequeñas culpas habían sido importantes para él; le resultaba agradable y reconfortante mantenerlas en secreto. Pero ahora tenía que soportar una culpa real. La envidia era uno de los pecados capitales, como la lujuria. Con ésta sólo había flirteado, pero la envidia lo había seducido por completo.

Y no sólo envidia de Ed, pensó con profundo remordimiento, sino también de Mathy. Los dos eran iguales y le molestaba que no temieran vivir y él sí. ¡Caminad!, les dijo; y ellos volaron. Quería que fueran juiciosos, que sufrieran un poco. Quería verlos derrumbados, vencidos. Bueno, lo estaban y, al pensar que con su deseo casi había provocado su caída, se sintió apenado hasta lo más profundo.

Oh, quizá podría compensar a Ed. Lo intentaría. Pero a Mathy nunca la compensaría. Al pensar en ella se le escapó un débil gemido de angustia. Era

demasiado tarde.

Y no obstante (era consciente del peso dormido junto a él), ¡tenía al niño! Contempló al chiquillo de pelo oscuro, tan parecido a su madre que a veces Matthew olvidaba que no era ella, y una serena alegría inundó su corazón. Se le había dado otra oportunidad. Los caminos del Señor son benditos. Besó a Peter y siguió conduciendo por la oscura carretera, ansioso por llegar a casa.

LEONIE

Los vecinos que pasaban junto a la casa de los Soames aquel verano, en su camino de ida y vuelta a la ciudad, oían un extraño sonido. Un sonido amortiguado, suspirante, algo lúgubre, solitario en el sopor de la tarde, cuando la granja permanecía en silencio y con las persianas echadas... Un sonido amenazadoramente espeluznante que perseguía a uno montaña abajo como el aliento de un lobo herido.

Era precisamente a media tarde cuando aquel sonido se oía con más frecuencia, ya que entonces Leonie encontraba tiempo para tocar el acordeón. Como aquel verano no podía estudiar órgano, se había comprado el acordeón como sustituto. También sustituía al piano, pues ya no lo llevaban de la ciudad a la granja. En cuanto podía, se encerraba en el salón y, poniendo un cantoral en el atril, empezaba a tocar. Luego enseñaba la letra a Mary Jo y a Peter y la interpretaban todos juntos. La pieza que les salía mejor era «Habrà lluvia de bendiciones», que se interpretaba a menudo en las veladas musicales.

Por aquel entonces Peter tenía casi cuatro años, y Mary Jo, siete. Todas las mañanas Leonie les daba clase un rato y luego les hacía interpretar las canciones y versos que aprendían. Aquello servía además de agradable diversión para toda la familia, les hacía olvidar las cuestiones banales y les proporcionaba un solaz para el espíritu antes de cenar.

Una noche de julio, la familia se reunió en el salón como de costumbre. Matthew y Callie estaban sentados en el sofá mientras el trío les echaba sus bendiciones musicales. Al final, prorrumpieron en aplausos.

—Caramba, ha estado muy bien —dijo Matthew.

—¡Cada vez lo hacéis mejor! —exclamó Callie.

—Bueno, trabajamos duro —replicó Leonie—. Podríamos interpretar algo en la iglesia uno de estos domingos.

—¡Es una buena idea!

—¿Podemos cantar nuestra nueva canción, tía Linnie? —preguntó Peter.

—¡Ahora mismo, cariño! —Se volvió hacia sus padres—. Esta noche tenemos una canción nueva. Vamos, niños, poneos ahí como cuando ensayamos, y no os olvidéis de los gestos.

Los niños se colocaron de espaldas a la pared y adoptaron una expresión atenta.

—¿Preparados? —preguntó Leonie, cogiendo el acordeón—. No empecéis hasta que yo os lo indique.

Tocó una introducción, dio la señal, y la canción empezó:

*Cuando sonrías, cuando sonrías,
El mundo entero sonrío contigo...*

Cantaban vehementemente, marcando las pausas con amplias sonrisas y horribles muecas. Matthew y Callie aplaudieron con entusiasmo.

—Ahora haced el saludo —ordenó Leonie.

Se inclinaron. Peter se cayó al suelo y dio una voltereta.

—¡Oh, Peter! —exclamó ella con desaprobación.

El chiquillo yacía tumbado de espaldas, agitando los pies en el aire. Matthew se inclinó sobre él riendo.

—Vamos, vamos, ¡así no se hace un saludo! Levántate, señor, o te levantaré yo.

Cogió a Peter por los tobillos y lo alzó por encima de su cabeza. Mary Jo quiso que se lo hiciera también y Leonie tardó varios minutos en conseguir que se calmaran.

—Venga, cantaremos ahora todos juntos una canción, y después podemos cenar. ¡Vamos! «Habrà lluvia de bendiciones». ¡A cantar todos!

*Lluvia, lluvia de bendiciones,
lluvia de bendiciones necesitamos;
están cayendo gotas a nuestro alrededor,
pero es lluvia lo que pedimos.*

—¡Bueno, me ha gustado mucho! —dijo Callie, siguiendo a los niños a la cocina.

—Yo creo que es muy bonito —le dijo Leonie a su padre mientras guardaba el acordeón—. Apuesto a que no hay muchas familias que se reserven algo de tiempo para la música como nosotros.

—Dudo que las haya.

—Por aquí no, desde luego.

—No, por aquí no.

—Tú siempre hiciste que nos interesáramos por la música, papá, y te estoy muy agradecida. He pensado que este verano tendríamos que dedicarle más tiempo, hacer que forme parte de nuestra vida.

—Así es como tiene que ser.

Se dirigieron a la cocina. Callie estaba colocando una lámpara sobre la mesa.

—Oh, no, la lámpara no, mamá —dijo Leonie—. Pongamos otra vez las velas.

—Es verdad —replicó Callie—. Me había olvidado.

—Están ahí, delante de ti.

—Ya lo sé, pero no había caído.

Leonie encendió las velas colocadas en los candelabros de plata que le había

regalado a su madre por Navidad. Bajo su pálida luz, la porcelana y la cristalería brillaban con mil destellos. Las rayas adamsadas del mantel (que era de lino puro, y también regalo de Leonie) parecían arroyos de plata.

—¿Verdad que es bonito?

—Sí, muy bonito, cariño —dijo Callie—. Pero ¿no te cansas de lavar ese mantel? Creo que de vez en cuando podríamos poner el hule.

—Vamos, mamá, ya te he dicho que no me importa. Debemos vivir con elegancia y, aunque eso dé trabajo, merece la pena.

—¿Dónde está la cena? —preguntó Mary Jo—. En la mesa no hay más que platos vacíos. ¿Es que vamos a comer platos?

—¡Comer platos! —exclamó Peter, y los dos se echaron a reír a carcajadas.

—A callar —dijo Callie—. Ya os daré algo de comer.

—¿Dónde está? —repitió Mary Jo.

—Afuera en el porche. Sentaros los dos y portaros bien. No vamos a pasarnos las cosas como siempre. Leonie lo pondrá todo en los platos.

—¿Para qué?

—Es un estilo nuevo, el que usa la gente de la ciudad.

Leonie trajo los platos desde el porche de atrás. Estaban llenos de comida fresca y fría; el plato fuerte: ensalada de pollo en un nido de lechuga.

—¡Caramba, queda muy bien! —exclamó Callie.

—Espero que sea suficiente —dijo Leonie con modesto orgullo—. He puesto toda la ensalada que había.

—Hay bastante, la cantidad justa.

—Sí, con todo lo demás: la remolacha, las zanahorias y los huevos *à la russe*... ¿Verdad que este plato tiene colorido? Se ha descubierto que el color estimula el apetito.

—Desde luego, tiene muy buen aspecto —dijo Matthew.

Inclinó la cabeza y bendijo la mesa. Apenas acababa de decir «amén», cuando se oyó el sonido de una fuerte bocina.

—¡Dios mío! —exclamó Callie.

—¡Es papá! —gritó Peter.

Él y Mary Jo abandonaron la mesa de un salto, sin pedir excusas, y corrieron a la puerta.

—Vaya, me parece que sí —dijo Callie, retirando su silla—. ¿Qué viene a hacer aquí entre semana?

—¡Lástima! —exclamó Leonie—. No había contado con él.

—No te preocupes. Ya haremos algo más.

—Pero la ensalada de pollo... —murmuró Leonie quejumbrosamente, sola en la mesa. La hermosa cena preparada por ella se estropearía—. ¡Bah! —añadió, levantándose para poner otro plato.

—¡Hola, tía Linnie!

Ed entró cojeando con Peter colgado de su bastón.

—Hola —saludó Leonie—. ¿Te han despedido del trabajo?

—Vamos, vamos, tía Linnie...

Le dio unos golpecitos con el bastón.

—Estate quieto.

—Tengo un par de días de vacaciones, y se me ha ocurrido venir a desgranar un poco de maíz.

—¡Bonito tiempo para desgranar maíz! —exclamó ella.

—Bueno, debe de haber algo que pueda hacer por aquí para ganarme el sustento.

—Se sirvió un vaso de agua—. ¿No han cenado todavía?

—Acabábamos de sentarnos a la mesa —contestó Callie.

—Lo siento, no quería interrumpirlos. Continúen.

—Tú no has cenado todavía, ¿verdad?

—Me he tomado una hamburguesa en la ciudad.

—Eso no es bastante. Siéntate ahí, Leonie te ha puesto un plato.

—No necesito mucho —dijo él.

—Tampoco tenemos mucho —replicó Leonie.

Callie rió.

—¡Tendrías que habernos avisado que ibas a venir! —dijo—. Hubiéramos preparado algo más. Papá, trae el jamón del ahumadero, que freiremos unas cuantas tajadas.

—¡Oh, jamón frito no! —exclamó Leonie.

—¿Por qué?

—No pega con esta clase de cena. Que se coma mi ensalada.

—De ninguna manera —dijo Ed.

—No tengo apetito.

—Claro que lo tienes, cariño —intervino Callie—. Freiremos un poco de jamón; sé que a Ed le gusta.

—No se molesten tanto por mí —dijo él.

—No es ninguna molestia. Vosotros, los hombres, *salir* al porche y nosotras lo prepararemos todo en unos minutos.

Media hora después Leonie los llamó. Sofocada y malhumorada, se sentó ante las ruinas de su cena. Las patatas fritas y el jamón humeaban en una bandeja colocada en el centro de la mesa. Las flores y las velas habían desaparecido; en su lugar habían encendido las lámparas de aceite.

Después de cenar, los hombres regresaron al porche, donde se pusieron a charlar. Leonie podía oírlos mientras ella y Callie lavaban los platos.

—No creo que podamos estudiar a Shakespeare esta noche, estando él aquí.

—Me imagino que no —dijo Callie.

—¡Es un fastidio! A papá le gusta mucho.

—Sí, a tu padre siempre le ha gustado leer.

—Pensaba que podríamos leer mucho este verano, pero por lo visto no hay manera. Siempre lo impide algo.

—Es verdad —dijo Callie.

—Una obra a la semana no es leer mucho.

—Son muy largas. Y además tenemos que pararnos y comentarlas.

—Claro, hay que discutir las —observó Leonie—. No se puede sólo leer a Shakespeare.

—No, supongo que no.

Leonie enjugó una cacerola.

—No sé por qué Ed no se interesa por estas cosas.

—Caramba, yo creía que sí le interesaban —dijo Callie—. Me imaginaba que Ed siempre estaba leyendo libros.

—Y los lee... o al menos eso es lo que dice. Pero nunca le he oído hablar de ninguno.

—Tal vez no le guste hacerlo.

—Lo más probable es que no pueda hacerlo. Papá siempre ha dicho que Ed se limitaba a pasar las páginas, que en realidad no las leía.

—Bueno, no sé —suspiró Callie—. Me temo que las cosas no le van muy bien, que vive al día. Yo creía que había ahorrado algo, pero por lo visto no es así. Tal vez si Mathy viviera...

—Vamos, mamá, no pienses en eso —dijo Leonie con dulzura—. Quedamos en que no lo haríamos.

—Lo sé, y hago todos los posibles, de veras.

—Te estás portando muy bien. ¿Por qué no te vas a la otra habitación, que está más fresca, y acabas de leer tu revista?

—No quiero dejarte sola con los platos.

—Ya casi hemos terminado; sólo faltan unos cuantos cacharros. Anda, vete ahora y lee tu revista. No has tenido ni un momento de descanso en todo el día.

Callie colgó el trapo de secar los platos.

—Creo que tendría que ir a hacer un rato de visita con Ed. Además, con la luz de la lámpara apenas puedo leer. Me duelen los ojos.

—Haz lo que quieras. Yo acabaré con esto.

Callie salió de la cocina y Leonie acarrió el cubo de fregar los platos hasta el porche trasero y lo vació en la pila del agua; interiormente, juraba vengarse del odioso cacharro. ¡Qué no daría por tener un fregadero y agua corriente! Se secó después las manos y se dio una capa de crema de miel y almendras. Luego, cogió una lámpara y se retiró al salón. Intentó leer, pero las voces que se oían en el porche la molestaban. Ed estaba hablando del *Post Dispatch* de San Luis y de que era mucho mejor que el *Star* de Kansas. Matthew, fiel a su región, procuraba defender al *Star*. Luego Ed volvió a mencionar a Pendergast y a cómo lo controlaba todo en Kansas, incluida la prensa. A Leonie le costaba concentrarse en *El rey Lear*. Ed la ponía

frenética, siempre discutiendo con su padre.

Puso los codos sobre la mesa dando un golpe sordo, como si quisiera pedir silencio, y, apoyando firmemente la barbilla en las manos, atacó el libro. Pero debió de dormirse en algún momento, porque se despertó dando un respingo al oír la voz de su padre.

—... la lápida —le oyó decir—. Van a traerla la semana que viene.

—Oh —exclamó Ed—. No sabía que la hubiese encargado.

—Sí, hace algunas semanas.

—Tendría que haberme cuidado yo de eso. Tenía intención de hacerlo, pero lo aplacé.

—Bueno... —murmuró Matthew con turbación.

—En realidad, creo que no me gustaba pensarlo.

—Sí, a veces desearíamos poder evitar esta clase de cosas. No son agradables.

Leonie cerró el libro. Lo que su padre no le había dicho a Ed era que había encargado la lápida el verano pasado, poco después de la muerte de Mathy. Sólo cuando llegó y estuvo colocada sobre la tumba se dio cuenta de su error. Había hecho grabar «Soames» en el granito. Pero, tanto si le gustaba como si no, el apellido de Mathy al morir era Inwood. Avergonzado, hizo volver a los hombres para que se llevaran la lápida. Durante el resto del año Mathy no tuvo en su tumba más que un tiesto lleno de flores, pero por fin Matthew se decidió a ir de nuevo al escultor. A partir de la semana siguiente, la muerte de Mathy sería definitiva, estaría sellada con la firme autoridad de su nombre tallado en piedra:

INWOOD 1

Mathy Elizabeth

Esposa de Edward

Leonie dejó la lámpara en el salón y subió arriba frunciendo el ceño mientras pensaba en la tarea que los aguardaba. Tendrían que ir a ver la nueva lápida; sería una especie de peregrinaje para el cual no tenía muchos ánimos. Y no es que no echara de menos a Mathy; la añoraba, y la granja estaba llena de recuerdos suyos. Pero la nueva lápida no haría más que resucitarlos de la manera más dolorosa. Dios mío, pensó encendiendo la lámpara de su mesa tocador, mamá lloraría y papá permanecería en pie, lívido y terrible, mientras los niños lo mirarían espantados. Iba a ser difícil para todos.

Recordó el aniversario de la muerte de Mathy, aquel día de junio. Había tenido que utilizar todo su ingenio para hacerlo soportable. De no ser por sus esfuerzos habría sido terrible. Se había mostrado todo el día alegre y animada, manteniendo a mamá ocupada para hacerle olvidar su pena, saliendo a charlar con papá para que no se sintiera solo, diciendo cosas intrascendentes para hacerlos sonreír... Fue fatigoso. Pero lo había conseguido —apenas lloraron—, y podía lograrlo de nuevo.

Apagó la lámpara y se acostó. ¡Ahhhh!, dijo sintiendo que sus músculos se relajaban. Cada noche le sucedía lo mismo; se daba cuenta de que estaba mortalmente cansada. En la granja había mucho que hacer, tanto dentro como fuera. A veces se sentía irritada. Ella no había querido ir a la granja.

Recordó el principio de la primavera, cuando les había pedido a sus padres que se quedaran en la ciudad durante el verano. La granja contenía demasiados recuerdos de la tragedia del pasado año. (No podía olvidar las semanas posteriores a la muerte de Mathy, cuando papá vagaba silencioso y sombrío, y mamá casi perdió la cabeza.) Regresar tan pronto sólo traería problemas. Pero su padre tenía sus razones. En tiempos como los que corrían, dijo, ellos pertenecían a la granja, donde podían proveerse de todo. El viaje no les costaba más que unos litros de combustible, y ya no tenían que alquilar un camión para trasladar los muebles. La granja estaba llena de trastos viejos que habían ido almacenándose allí a lo largo de los años.

Desde luego. Habría podido dejar que fueran sin ella. Tenía muchas ganas de estudiar aquel verano, preferentemente en Nueva York, y de tomar lecciones de órgano. Pero mamá se ponía triste cuando hablaban de eso y le decía lo solos que estarían los dos, con Mary Jo —que era demasiado pequeña para comprender— y el hijo de Mathy por única compañía. Leonie no podía soportar la idea. Y si no los acompañaba ella, ¿quién lo haría?

Jessica no. Jessica había vuelto a casarse hacía dos años. (Era una muchacha desconcertante. Una maestra prometida a un joven consejero del condado con carrera universitaria, y de pronto devuelve el anillo y se casa con un granjero, viudo y con cuatro hijos de entre diez y diecisiete años.) Por supuesto Jessica había vuelto a casa el verano pasado cuando Mathy murió; acudía en caso de emergencia. Pero era Leonie quien verdaderamente permanecía con sus padres, año tras año, y los cuidaba. Era Leonie quien hizo que mamá se comprara gafas y papá un coche decente, y quien se encargó de que los niños dejaran de comer empanadas fritas. Era Leonie quien no había huido y les había dejado por el primer hombre que le hizo caso.

De haberlo querido, podría haberse casado aquella misma primavera. Kenny, el entrenador de baloncesto de su escuela, se le había declarado. Era guapo, ambicioso y tenía una voz maravillosa. A veces cantaban dúos juntos. Pero era demasiado impetuoso, justamente la clase de hombre que su padre no aprobaría del todo. Aun así, ella jamás habría soñado con casarse tan pronto después de la muerte de Mathy. Debía pensar en sus padres. Y si nadie más quería ir, ella iría a la granja este verano. Honraría a su padre y a su madre. Los alegraría y pasarían una buena temporada juntos.

Asumida la tarea, empezó a ponerla en práctica con prontitud. Sabía que debía conseguir que olvidaran su dolor. Si el trabajo obraba aquel efecto, en la granja no faltaba. Pero no era suficiente. Necesitaban diversiones, intereses nuevos. La psicología enseña que nada distrae tanto la mente como los intereses nuevos. Su padre y su madre necesitaban desarrollar algunas aficiones. Tenían que coleccionar

algo; debían leer. Pero, caramba, mamá no había leído un libro en su vida, ni siquiera revistas. O no tenía tiempo o no tenía ganas. Bueno, pues este verano iba a tener ambas cosas. Leonie encargó que enviaran el *Ladie's Home Journal* a la granja. Así su madre podría leer artículos sobre decoración, adquirir nuevas ideas para la casa y probar recetas nuevas en la cocina.

Papá también tenía que leer más. Estaba segura de que no había leído ningún *bestseller* desde *Mrs. Wiggs of the Cabbage Patch*, y tal vez ni siquiera aquél. Tampoco había leído todas las obras de Shakespeare, podrían hacerlo juntos, como con la Biblia, ¡leerse en voz alta unos a otros, y tener discusiones! Leonie sonrió con placer ante la idea, viendo, como un transeúnte que pasara por la ventana, a la familia del profesor sentada en sus mecedoras discutiendo acaloradamente *El rey Lear*. También tendrían música —a papá le gustaría eso—; en fin, una vida cultural activa y absorbente, como la que todas las familias deberían tener. Así pues, en un estado que rayaba la exaltación, empaquetó su acordeón nuevo y su Shakespeare y corrió a casa a pasar el verano.

Que todo resultara bastante bien no le sorprendió demasiado. Se esforzó mucho para conseguirlo. Organizaban veladas musicales, salían de excursión y, a veces, hasta celebraban pequeñas fiestas. En estas ocasiones, Leonie los sorprendía con un plato nuevo (la cocina estaba llena de recetas recortadas del *Journal*). Los niños hacían tarjetas de cartón para escribir los nombres de cada uno y Leonie adornaba la mesa con flores. Ponían tenedores extra para la ensalada, apilaban los platos a la cabecera de la mesa y hacían servir a papá. Todo el mundo se arreglaba para el acontecimiento y simulaba que se trataba de una cena de gala. Y así, con alegría y sana diversión, aprendieron a comportarse.

—¿Cómo has aprendido a hacer estas cosas? —le preguntó su madre una vez.

—Oh, se aprende mucho enseñando —contestó Leonie—. Especialmente en una ciudad grande. La gente de allí está al día, y en nuestra escuela se celebran muchos banquetes. La profesora de ciencias domésticas sabe cómo hacer las cosas. Es Carol Pokorny, ¿sabes?, mi mejor amiga.

—Sí, ya recuerdo.

—Organizó un té para el claustro de profesores la última semana de curso. Fue la cosa más estupenda que te puedas imaginar: pastelillos, sándwiches diminutos, tartas... Me pidió que la ayudara a servir, y cuando iba a hacerlo, ¡me hizo poner una rosa de té en cada platito! Una *rosa* de té... ¿Verdad que fue una buena idea?

Su madre siempre quedaba muy impresionada por las costumbres de la otra gente. Leonie no se había dado cuenta hasta entonces de cuán pasada de moda estaba. Por eso aquel verano fue un placer ver cómo se fijaba y recogía nuevas ideas. Animándola un poco, cada día encontraba tiempo para sentarse a leer una revista. Puede que en realidad no leyera casi nada —a excepción de las recetas—, pero era un buen hábito.

Lo que Leonie lamentaba era no poder dedicar mucho tiempo a Shakespeare.

Papá estaba enormemente ocupado. Pero, a veces, por la noche, ella insistía en ordeñar a las vacas y así él podía leer un poco. De este modo lograron terminar *La tempestad*.

Aquel verano fue satisfactorio en todos los aspectos. Leonie no solía perder su buen humor y su ánimo, aunque eso sucedía de vez en cuando. Ocasionalmente, en los días largos y cálidos, su espíritu, siempre fresco por la mañana, amenazaba con quedarse seco al mediodía como un cubo de agua. Entonces su vacío se llenaba de un culpable deseo de estar en otra parte y de otra manera. Se sentía sola, enterrada en el campo. Echaba de menos la radio y los fines de semana en Kansas. Añoraba a sus amigos. Los días pasaban sin nadie con quien hablar a excepción de mamá, los niños y, muy de vez en cuando, papá.

El único visitante asiduo era Ed Inwood, que acudía cada quince días a ver a Peter. Era natural pensar que, al vivir en Kansas, Ed estaría al corriente de todos los espectáculos y acontecimientos de allí. Pero al fin y al cabo no era más que un mecánico de garaje, y puede que fuera normal que no estuviera al día de la vida cultural. Bastante suerte tenía en permanecer en su trabajo, considerando que era perezoso y que además estaba cojo. Y no es que su pierna mala pareciera molestarle mucho; iba de un lado a otro tan bien como cualquiera, uno se acostumbraba a su manera de andar y apenas la notaba. Casi ni se hubiera notado el bastón, de no ser porque siempre lo estaba balanceando como un palo de golf o dando golpecitos a la gente por la espalda. Ed nunca cambiaría. La muerte de Mathy lo había serenado un poco, pero seguía siendo el muchacho alocado a quien ella había aborrecido en el instituto. Resultaba difícil considerarlo un miembro de la familia.

De vez en cuando alguna vecina les hacía una visita. Leonie trataba de que su madre las devolviera, pero no lo conseguía. Mamá nunca se preocupaba mucho por nadie que no fuese un viejo amigo o un pariente. Con los parientes era con quienes ella y papá verdaderamente disfrutaban. Un domingo de aquel verano, la prima Ophelia, el primo Ralph y su hijo Ralphie fueron a verlos. (Ralphie tenía dieciocho años y era un muchacho muy peculiar; desmontaba cosas tales como máquinas y relojes, no hablaba mucho y no molestaba.) Ralph y Ophelia tenían aproximadamente la edad de sus padres. Habían vivido siempre cerca unos de otros, y cuando se reunían no cesaban de reír y de hablar. Durante todo el día que pasaron allí, su madre no dejó de repetir:

—¡Tenéis que volver antes de que se acabe el verano!

—Huy, ya lo creo que me gustaría —replicaba Ophelia—. Pero en ese viejo coche nuestro el viaje se hace muy largo. Y no me gusta dejar a mamá muy a menudo.

—Traed a tía Cass con vosotros la próxima vez.

—Bueno, no sé. Está tan mayor... No sé cuánto tiempo la tendremos con nosotros.

Suspiraron y pusieron caras largas. Luego siguieron charlando, se rieron algo más y todos se sentaron en el patio, donde se quedaron hasta casi la puesta del sol. Leonie

tenía la sensación de que no iban a marcharse nunca. Les hacían compañía y todo eso, pero no eran la clase de personas por las que ella suspiraba.

Así que allí estaba, a ciento treinta kilómetros de distancia de cualquier sitio, sin nadie con quien poder sostener las conversaciones que le gustaban y sin nadie que pudiera comprender su visión de la vida. A veces, cuando hacía girar la bomba del pozo o se despellejaba los nudillos en el lavadero, dicha visión la atormentaba. Era una imagen luminosa y oscura, como el sol, demasiado deslumbradora para poder mirarla de frente. Tenía que ver con mansiones campestres, jardines elegantes, lagos y cisnes. Tenía algo que ver con pasajeros de cruceros, fiestas a bordo, playas y partidos de tenis, bailes..., con los pasatiempos de la gente muy rica que había visto en las revistas y en los huecograbados (y que le parecían alcanzables por medio de un honrado esfuerzo).

Entonces, en su impaciencia, daba un puntapié a la bomba o miraba con expresión de pirómana al ahumadero, que estaba lleno de sacos, libros usados y todos los trastos viejos, herramientas y fotografías de la familia. Odiaba la granja y todos sus muebles rayados y manchados. Lo provisional la ponía mala. El director de las escuelas debería vivir mejor. Y mamá, a pesar de todo el orgullo que demostraba en la ciudad, allí no parecía tener vergüenza. Un día, en un arranque de furia, Leonie irrumpió en la cocina y le dijo a su madre:

—¡No sé por qué tenemos que vivir así!

—¿Vivir cómo? —dijo Callie.

—¡Con todos estos muebles que se caen de viejos! ¡Con ese sofá manchado de aceite!

—Para aquí ya está bien, ¿no te parece?

—Oh, eso es lo que dices siempre.

—Bueno, ¿y no es cierto? Aquí en verano es como si acampáramos. Ésta no es una casa de ciudad.

—¿Y por qué no tenemos muebles rústicos, o por ejemplo una gran chimenea de piedra? ¿Por qué hemos de vivir como unos pobretones?

Callie la miró herida.

—¿Es eso malo, cariño?

—Oh, en realidad no. —Leonie podría haberse mordido la lengua—. Es sólo que papá y tú... bueno, ya sé que no podéis permitir el lujo de arreglar esto, pero si pensarais de otro modo, quiero decir, si os lo propusierais... Oh, no sé lo que quiero decir. Siento haber dicho nada, mamá.

Y llena de remordimientos corrió por el sendero hacia el lavabo, donde podía reprenderse en privado. Sus pobres padres habían trabajado mucho durante toda su vida. No era culpa suya que la granja fuese vieja y sucia y no una mansión campestre. Como tampoco tenían la culpa de haber nacido pobres. Ya era bastante de admirar que hubiesen llegado tan lejos. Y tampoco lo habrían conseguido si ella no hubiera aportado ideas nuevas. Como decía la Biblia, el niño es un padre para el hombre.

Regresó a la casa para terminar de quitar el polvo del salón. Pero durante un rato cogió su acordeón y tocó de nuevo su pieza: «*Cuando sonrías, cuando sonrías, el mundo entero sonrío contigo*». Y se sintió consolada.

Aquellos arranques nunca le duraban mucho, porque estaba demasiado ocupada en mantener la alegría en casa. Y lo había conseguido. Habían superado el aniversario de la muerte de Mathy. Sólo quedaba un escollo más que salvar: el día en que colocarían la lápida.

Echada en su cama en la oscuridad, contempló pensativamente el techo, escuchando a medias el murmullo de voces que se oía en el porche de abajo. ¡Cómo temía aquel día! Pero habría algo que pudiera hacer. Siempre había algo. Al cabo de unos minutos, se levantó y cerró la puerta. Encendió la lámpara, sacó del cajón una caja de papel y se sentó en el borde de la cama. Con la caja en las rodillas, empezó rápidamente a escribir una carta.

Gracias a Dios, el tiempo era estupendo. Caluroso —no se podía esperar otra cosa en julio—, pero soplaba una brisa agradable. Mientras se dirigían a casa de vuelta de Renfro, donde habían ido a la iglesia, Leonie contemplaba el claro cielo azul con satisfacción. Había rezado para que no lloviera aquel día y no se estropearan sus planes. Al llegar frente a la granja, Matthew bajó del coche dejando el motor en marcha.

—Vosotros, niños, *quedaros* en el coche —dijo Callie—. No tardaremos más que un minuto.

Su voz, bastante alegre durante todo el camino de regreso a la ciudad, se había entristecido de pronto. Incluso los niños lo notaron. Se callaron inmediatamente y permanecieron sentados muy solemnes en el asiento de atrás. Al poco rato los mayores volvieron con tarros de fruta, esquejes de geranios y un cesto de flores cogidas en el jardín aquella mañana: dalias, cinias, margaritas, espuelas de caballero y largas hojas de espárragos. Cuando todos estuvieron instalados de nuevo, se dirigieron hacia la iglesia de Grove.

No se habían celebrado servicios religiosos en Grove durante mucho tiempo. La comunidad había disminuido a lo largo de los años, y por fin cerraron la iglesia. El funeral de Mathy fue la última ceremonia oficiada allí. El cementerio que había en la pendiente quedó al cuidado de los vecinos, varios de los cuales tenían familia enterrada en él. De vez en cuando, acudían con guadañas y máquinas segadoras e impedían que los hierbajos cubrieran las tumbas. Años antes de dejar la granja, Callie y Matthew habían comprado una parcela en el cementerio de Grove con capacidad para ellos y todos los hijos que tuvieran. No les gustaba pensar que la unidad de la familia pudiera romperse, ni siquiera en la muerte.

Mientras se dirigían a la capilla, Leonie pensaba en el solitario silencio del cementerio, en el susurro de la alta hierba, en el gemido del viento que soplaba entre los cedros. ¿Por qué no tenían los cementerios abedules blancos y arces? ¿Por qué tenían que crecer en ellos cedros y pinos, los árboles más sombríos y tristes del mundo? Pero ése era el estilo de los viejos tiempos; hacer la muerte incluso peor de lo que era. Escudriñó con ansia el camino que tenía delante y cruzó los dedos. Al enfilar el coche la colina, dejó escapar un suspiro de alivio. Allí en la iglesia había otro vehículo, y un hombre y dos mujeres estaban sentados en la escalera.

—¿Quiénes son? —dijo Callie—. ¿Habrán pensado que la iglesia sigue abierta al culto? —Las personas sentadas en la escalera empezaron a agitar las manos—. Vaya,

si parece Ophelia... ¡Y lo es! ¡Son Ophelia y Ralph... y tía Cass!

—¡Caramba, vaya una sorpresa! —exclamó Matthew, parando el coche.

—¿Qué tal, qué tal?

Ralph se dirigió hacia ellos agitando un sombrero de paja. Leonie saltó del coche y, sonriendo, abrió la puerta para que bajara su madre.

—¿No vas a salir, mamá?

—¡Casi no puedo creer que sean ellos! ¿Qué están haciendo aquí en Grove?

—¡Es una sorpresa! Les escribí para pedirles que vinieran.

—¡Hola! —gritó Ophelia, ayudando a andar a tía Cass—. ¡A que no esperabais vernos!

Callie saltó del coche, los abrazó, y todos empezaron a chillar, a reír y a hablar a la vez. Matthew y Ralph no cesaban de darse palmadas en la espalda. Tía Cass no pudo controlar sus riñones y se alivió allí mismo. Ralphie, que había aparecido de no se sabía dónde, los miraba sonriendo a través de su pelo pajizo, que llevaba siempre largo y le tapaba los ojos.

—¡En mi vida me había llevado una sorpresa tan grande! —exclamó Callie cuando la algarabía se hubo calmado un poco.

—También nosotros estamos sorprendidos —dijo Ophelia—. No imaginábamos que fuéramos a volver aquí este año, pero Leonie nos escribió pidiéndonos que viniéramos, y aquí estamos.

Callie se volvió ansiosamente hacia Leonie.

—¿Tenemos bastante comida?

—No te preocupes, mamá. Todo está previsto.

—Bueno, pues vamos a prepararlo. Debéis de estar hambrientos después de un viaje tan largo, y me imagino que tía Cass debe de estar cansadísima.

—¿No ibais a adornar la tumba? —preguntó Ophelia.

—Bueno, podemos hacerlo en otra ocasión.

—Yo creía que ibais a hacerlo hoy. Leonie dijo...

—¡Pues claro! —cortó Leonie—. Ya que estamos aquí, lo haremos.

—Pero eso nos hará retrasar la comida —dijo Callie.

—Podemos esperar —replicó Ophelia—. No tenemos tanta hambre. Adelante, nosotros podemos ayudaros. Me gustaría ver la tumba; no la he visto desde el funeral.

—Bueno... —Callie miró escépticamente a la viejecita, que se apoyaba en el brazo de Ophelia—. ¿Y tú qué dices, tía?

Tía Cass, que no oía demasiado bien, comprendió la mirada.

—Creía que íbamos a ir al cementerio —dijo con su quejumbrosa voz de anciana.

Ophelia acercó la boca al oído de su madre.

—Tendrás que quedarte aquí. Está demasiado lejos.

—Quiero ir con vosotros.

—¡Es una subida muy fuerte! —gritó Callie.

—No importa.

—Hace mucho calor... ¿Estás segura de que no te cansarás?

—Quiero ver la tumba. Deja que me coja, Phelie.

La viejecita agarró con fuerza el brazo de su hija y se cogió también al de Callie.

—Bueno —dijo Ophelia—, tendremos que llevarla.

Leonie y los hombres iban delante llevando las flores. Ralphie había desaparecido de nuevo. Nadie le prestaba ninguna atención, ya que su presencia nunca se notaba.

La tumba de Mathy se hallaba en el extremo del cementerio, bajo la espesa sombra de un pino. Parecía muy pequeña en medio del gran solar, como un niño durmiendo en la cama de sus padres. A Leonie no le gustaba verla. El alma de Mathy estaba en el cielo, pero su pequeño cuerpo vestido de blanco yacía allí unos metros bajo tierra, pudriéndose. No podía evitar pensar en eso. Y ellos también lo pensaban, los pobrecillos; sabía que lo hacían. Y si a ella le dolía, ¡cuánto más a sus padres!

Ralph volvió atrás para buscar un cubo de agua, dejando a Matthew y a Leonie a solas. Matthew se inclinó para examinar la lápida nueva.

—Es bonita —dijo Leonie.

—Pues no lo han hecho muy bien —replicó él, frunciendo las cejas.

—¿No? —Se inclinó para mirar—. ¡Oh, por el amor de Dios!

Los restos del apellido «Soames» eran todavía ligeramente visibles bajo «Inwood».

—No se notará —dijo ella—. Nadie lo sabrá nunca.

—Me siento tan tonto... —murmuró Matthew.

—Fue una equivocación natural, papá. No pienses más en ello. —Le acarició el brazo—. Vamos, ayúdame a plantar estos geranios. ¡¿Verdad que queda bien?! —gritó al ver que se acercaban las otras mujeres.

—Verdaderamente es una lápida muy bonita —dijo Ophelia.

—Bueno, ¿y de quién es? —se impacientó tía Cass.

—¡De Mathy! —gritó Ophelia—. ¡Ya te lo dije, mamá!

—Caramba, ¿no es ésta Mathy? —dijo tía Cass, señalando a Mary Jo.

—¡No, ésa es la pequeña! —Ophelia miró a Callie haciendo un gesto de impotencia—. Nunca se acuerda de nada.

Callie no estaba escuchando. Se había acercado a la tumba y acariciaba la lápida con suavidad.

—¡Aquí está el agua! —dijo Leonie en voz alta—. Ahora todo el mundo a trabajar. Mamá, tú llena los tarros. Papá puede empezar a plantar los geranios. Yo escogeré las flores.

—Quiero sentarme —dijo tía Cass.

—¡No hay ningún sitio para sentarse! —gritó Ophelia—. Puedes estar de pie unos minutos.

—Mis piernas no aguantan más. Tengo que sentarme.

—Ay, Señor. Bueno, siéntate ahí en la hierba.

—No puedo agacharme tanto.

—Pues tendrás que hacerlo, no hay ningún otro sitio. A menos que pudieras...

Ophelia se detuvo, echando una ojeada a Callie.

—Bueno, que se siente aquí —dijo Callie—. No puede estropearla.

La llevaron a la nueva lápida.

—Aquí —dijo Ophelia—. Y procura no pisar la tumba más de la cuenta. Bueno, Callie, ahora deja que os ayude con las flores.

Todos tenían algo que hacer, y charlaron alegremente mientras realizaban sus tareas. Tía Cass los contemplaba desde lo alto como un capataz en un campo de trabajo. Leonie estaba contenta por aquella distracción: les daba ocasión de sonreír e impedía que las cosas fueran demasiado solemnes. Cuando hubieron terminado, retrocedieron para admirar su obra.

—¡Ya está! —dijo Leonie animosamente, cuando Ophelia la interrumpió.

—¡Pobre niña! —exclamó en un tono tan inesperadamente triste que los dejó a todos helados—. Pobrecilla... Todos estamos aquí tan felices, y ella yace ahí dentro fría y muerta.

Leonie sintió deseos de estrangularla. ¿Qué mosca le había picado a Ophelia? La miró con desaprobación, pero Ophelia no le hizo ningún caso, absorta en su actitud de profunda pena.

Se produjo un terrible silencio y Ralph se quitó el sombrero. Mecánicamente, Matthew hizo lo mismo con el suyo. Leonie miró a su alrededor con desesperación. Su madre estaba mirando la tumba con la cara trémula. Ophelia sacó un pañuelo y se sonó con fuerza. Adaptándose a las circunstancias, tía Cass empezó a llorar. ¡Oh, no, pensó Leonie, después de todos sus esfuerzos, no! ¡Todo había ido tan bien hasta ahora! Miró a su padre y vio, alarmada, que tenía el rostro contraído. Los niños los contemplaban a todos asustados. Entonces su madre, con la barbilla temblorosa, cogió a Peter, y todos los planes del día estuvieron a punto de derrumbarse. Leonie sintió que la invadía un sudor frío. Tenía que haber algo que pudiera hacer, alguna manera de arreglarlo todo..., oh, por favor...

Como si el cielo respondiera a su oración, un grito frenético e inarticulado resonó al pie de la colina (¡Gloria al señor!).

—¿Qué es eso? —preguntó Leonie.

Todos alzaron los ojos sorprendidos. El sonido se oyó de nuevo; era como un grito estrangulado que procedía de la iglesia. Ophelia dio un salto como si le hubiesen dado un puntapié.

—¡Ralphie! —chilló, corriendo por el sendero tan aprisa como podía.

Ralph la siguió y los niños echaron a correr tras ellos pisando las tumbas.

—¿Qué pasa? —inquirió Matthew.

—¡Debe de haberse caído al pozo! —dijo Callie llorando.

Y empezaron a subir por el sendero, seguidos por Leonie. En la cumbre de la colina Ralph y Ophelia estaban corriendo en todas las direcciones.

—¿Dónde estás, hijo?

—¡Aquí! —se oyó una voz ahogada.

—¿Dónde?

—¡Aquí! ¿No podéis daros prisa?

Lo encontraron sobre el parachoques del coche, una masa de brazos y piernas a la que le faltaba la cabeza. Matthew levantó la capota y de las profundidades del graso interior asomó la roja cara de Ralphie.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo arrastrando las palabras—. Me he cogido el pelo con la correa del ventilador.

Tuvieron que cortárselo con un cortaplumas, y casi se murieron de risa. No lo pudieron remediar. ¡El pobre Ralphie tenía un aspecto tan divertido! Callie rió hasta que le rodaron lágrimas por las mejillas. A Leonie le hizo bien verla así. Y en medio del jaleo, Ophelia soltó otro chillido.

—¡Ay, Dios mío! ¡Nos hemos dejado a mamá en la tumba!

Estuvieron riendo durante el resto del día, primero por lo de Ralphie, después por lo de tía Cass, y luego por lo de Ralphie de nuevo. A ninguno de los dos les importaba. Ralphie se iba por su cuenta la mayor parte del tiempo y no los oía; y tía Cass, reaccionando como un barómetro al ambiente de su alrededor, se divertía con los demás, sin apenas recordar lo que había provocado aquel regocijo.

Mientras al atardecer les decían adiós con la mano, Leonie dijo:

—¡Hacía tiempo que no me divertía tanto!

—¡Pobre tía Cass! —exclamó Callie—. ¡Abandonada allí sola!

Y sus ojos se humedecieron de risa. Matthew sonrió y se volvió hacia el granero.

—Caramba, es tarde. Tengo que ordeñar. ¿Sukie? —gritó, mirando dentro del establo—. Supongo que se habrá cansado de esperar y que habrá vuelto al prado. Tengo que ir a buscarla ahora.

—Iré contigo —dijo Callie.

Leonie los vio cruzar la puerta del prado, pasar bajo los nogales, y sonrió con satisfacción. Era como una película con un final feliz: la anciana pareja del brazo, desvaneciéndose en la oscuridad. Regresó a casa llena de alivio. Todo había terminado.

En un arranque de buen humor, entró en el salón y se pasó por los hombros las correas del acordeón. La estancia estaba demasiado oscura para leer partituras, pero se sentó para tocar de oído. Sin embargo, no paraba de equivocarse.

—¡Mierdalcazo! —exclamó en voz alta, y se echó a reír.

Aquél era el único taco que le había oído decir a su madre alguna vez. Normalmente le avergonzaba, pero esa noche le parecía divertido. Se puso en pie y empezó a tocar su canción favorita sin prestar atención a las equivocaciones. «*Cuando sonrías, cuando sonrías, el mundo entero sonrío contigo.*» Cantaba en voz alta, y como estaba sola en casa y protegida por la oscuridad, empezó a balancearse y a bailar como había visto que hacían en las revistas. Al final de su número se inclinó profundamente y, al alzar de nuevo la cabeza, vio dos pequeñas figuras apoyadas en

la pared.

—¡Niños, fuera de aquí!

Se oyeron risas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mary Jo.

—Nada, ensayando.

—No paras de moverte.

—Eso no te importa. Vamos, niños, entrad a lavaros los pies. Es hora de ir a la cama.

Tras la usual resistencia, entraron. Les hizo unos sándwiches de puré de patata y los llevó arriba. Al bajar, vio que sus padres todavía no habían traído la leche. Se dirigió a la puerta de atrás, pero no oyó ningún ruido en el granero. ¿Era posible que aún estuvieran buscando a la vieja *Sukie*? Encendió una lámpara, se sentó a la mesa de la cocina y empezó a mordisquear un ala de pollo. Al cabo de un rato, volvió a asomarse por la puerta. Pero no podía ver mucho a causa de la oscuridad. Y ellos no se habían llevado ninguna linterna. Salió afuera y gritó. No obtuvo respuesta.

—¡Vaya lata! —murmuró saliendo al patio.

En la oscuridad se agitó algo que la asustó.

—¡*Sukie*!

Una sombra oscura se dirigió hacia ella y Leonie acarició el lomo de la vieja vaca. Luego se inclinó para palparle la ubre.

—¡Caramba, todavía no te han ordeñado! Bribona, todavía deben de andar buscándote.

Condujo a *Sukie* al establo y al salir oyó sus voces en la puerta del prado. Estaba a punto de hablar cuando algo que dijeron la detuvo, y escuchó.

—No conviene herir sus sentimientos —decía su padre.

¿Los sentimientos de quién?

—No —contestó su madre—, no podemos hacer eso. Creía que hacía lo mejor.

Leonie se refugió en la oscuridad del establo. ¿De qué estaban hablando? Pasaron junto a la puerta y se detuvieron a corta distancia.

—Pero tanta gente allí —dijo su madre—, y tanto jaleo... Tendría que haber sido algo tranquilo y hermoso, sólo con la familia.

Su voz sonaba muy extraña.

—Calla, querida —dijo su padre—. No te apenes.

—No lo puedo evitar. —La voz se convirtió en un sollozo quebrado—. ¡En todo el verano no nos ha dejado llorar!

Todo el cuerpo de Leonie estaba en tensión. Se quedó rígida escuchando los furtivos sollozos del otro lado de la pared. Y entonces recordó a su madre en el patio de la iglesia al mediodía, cuando las lágrimas le corrían por las mejillas. Dios mío, mamá no se había reído en absoluto. ¡Había estado llorando todo el tiempo!

Los sonidos en voz baja prosiguieron durante varios minutos.

—Ahora sécate los ojos —dijo su padre dulcemente—. Tenemos que entrar; nos

estará buscando.

Al cabo de un instante, oyó la puerta trasera. Leonie aguardó dándoles tiempo para llegar a la casa. Luego, salió del granero, bajó corriendo por el sendero y se dirigió a la puerta delantera. Sin hacer ruido, se metió en el patio y se dejó caer en una silla que había quedado de la tarde. Estaba convencida de que los fuertes latidos de su corazón la delatarían. Apenas había recobrado el aliento cuando su madre salió al porche.

—¿Leonie? Caramba, me has asustado. Creía que estabas arriba.

—No, estoy aquí fuera.

—He salido a buscar las sillas.

—Ya las entraré yo.

—¿No quieres que te ayude?

—No te molestes. Ya las entraré más tarde. Quiero estar aquí un rato.

—Me parece que esta noche estás cansada, ¿verdad, cariño?

—Un poco.

—Yo también. Hemos buscado a la vieja *Sukie* arriba y abajo, pero creo que ha venido por sí sola. Será mejor que vaya a preparar la desnatadora.

—¿Mamá? —Leonie se detuvo y dijo con voz firme—: ¿Te lo has pasado bien hoy?

Apenas hubo un momento de vacilación.

—Claro que sí, cariño, ha sido todo muy bonito.

Estaba mintiendo. Mamá, yo no te he mentado nunca en mi vida, no en nada importante. ¿Por qué me mientes tú ahora? ¿Por qué no me dices la verdad? ¿Por qué disimulas? Sus pensamientos cayeron sobre ella como un chorro de agua fría. ¡Habían estado disimulando durante todo el verano! La habían engañado como a una chiquilla imbécil. Pequeñas protestas, encogimientos de hombros, evasiones, miradas furtivas empezaron a agolparse en su mente. Ahora lo comprendía todo. Mamá olvidándose de encender las velas; papá arguyendo que no tenía tiempo para leer. Qué poco había dicho durante sus discusiones... ¡ella había llevado toda la conversación! Y sus evasivas por las noches, cuántas veces había tenido que obligarlos casi a que entraran a cantar. Las cenas, el modo en que olvidaban sus nuevos modales, sin acordarse de utilizar los tenedores para la ensalada... Y mamá... Leonie parpadeó, recordando cuan a menudo la había descubierto con la revista abierta en el regazo, mirando soñadoramente el patio como una niña aburrída en el colegio.

Ellos no querían leer, ni cantar ni aprender, ¡ni hacer nada que fuese bonito e intelectual! Y si no querían, ¿por qué no lo habían dicho? Lo único que ella deseaba era animarlos. Pero ellos no querían que los animasen, ¡querían llorar! Entonces ¿por qué no lo habían hecho?

Ella sabía por qué. Tenían miedo. Temían que comprendiera que nada de lo que hiciese serviría. Ella podía cuidarlos, darles ensalada de pollo, alegría, velas y

música; podía amarlos, honrarlos y obedecerlos... Pero nada de lo que hiciera o les diera podría hacerles olvidar a Mathy.

El primer pensamiento que le vino a la cabeza fue destruir la lápida nueva. Se desvaneció rápidamente y se lo reprochó avergonzada. Pero deseaba devolver el golpe, herirles a ellos. Sintió deseos de subir arriba y de gritarles con furia: «Miradme..., ¡yo soy la única!». ¿Por qué tenía Mathy que atraer la atención incluso ahora? Oh, la Biblia hablaba de la ingratitud de los hijos, pero ¿y la de los padres?

Permaneció sentada, rezando incoherentemente para pedir ayuda. Y en su amargura y desilusión se preguntó si con Dios sucedía lo mismo, si una vida entera de devoción no valdría lo mismo que una confesión de fe en el último minuto. ¿Acaso no daba a entender eso la Biblia? Por un pecador arrepentido habrá más gozo en el cielo que por noventa y nueve justos. ¿Por qué, entonces, había que esforzarse en hacer el bien?

—¿Leonie? —dijo su madre desde la ventana de arriba—. ¿Todavía estás ahí afuera?

—Sí.

—¿No sería mejor que te fueras a la cama? Mañana estarás cansada.

No me importa si lo estoy, se dijo. Pero se levantó y empezó a entrar las sillas. Vete a la cama, levántate, estudia tus lecciones, ve a la iglesia, trabaja, ensaya, vuelve a casa, sé buena... siempre lo mismo. Subió las escaleras cansinamente, cerró la puerta de su habitación y encendió la lámpara. El volumen de Shakespeare estaba sobre el tocador, abierto al lado del cepillo. Al verlo se estremeció pensando en lo agotador que les parecía, en cuánto se había esforzado para que les gustara. Pero papá siempre decía... No importaba lo que dijera. Eran sólo palabras. Cerró el libro de golpe y lo escondió en el cajón del fondo, debajo de las ropas. Ya no tendrían que leerlo más.

—Mamá —dijo a la mañana siguiente—, creo que me iré fuera una temporada.

—¡Oh! ¿Adónde? —exclamó Callie.

—¿Importa mucho eso?

Callie enarcó las cejas.

—Era sólo una pregunta. Si no quieres decírmelo, no tienes por qué hacerlo.

—Podría irme a Kansas, salir con algún chico, ir a cenar, a bailar, a un bar clandestino a armar jaleo...

—¿Quééé? —exclamó Callie atónita.

—Es broma.

—¡Eso espero!

—Carol Pokorny me ha invitado a ir a Plattsburg. Creo que pasaré allí una semana.

—Eso está un poco mejor.

—Podremos ir de compras a la ciudad; no está lejos, ¿sabes? Necesito algo de ropa.

—Eso está muy bien. ¿Por qué no lo haces?

—Supongo que podéis pasar sin mí.

—Creo que sí. Ya nos las arreglaremos.

Unos cuantos días después, Matthew la llevó en coche a Renfro para que tomara el tren. Su madre estaba haciendo compota de manzanas aquella mañana y la cocina rebosaba de vapor, tarros humeantes y cazuelas llenas de pieles. Pero Leonie siguió adelante con su propósito.

Llegaron temprano a la estación y esperaron en silencio. Matthew daba golpecitos al volante con impaciencia; tenía que ayudar a un vecino a recolectar la avena. Por fin el tren apareció en el horizonte.

—Que lo pases bien —dijo él, dándole una palmada en la mejilla—. Sé buena.

Ella se asomó a la ventanilla para decir adiós, pero su padre había vuelto ya al coche y no la vio. «De acuerdo», se dijo, retirándose. Pero, sin embargo, al recordar su frase habitual «Sé buena», no pudo evitar sentirse un poco culpable. Porque había mentido; no tenía intención de pasar la semana con su amiga en un pueblo. En vez de tomar otro tren en Kansas, iba a quedarse allí y a hacer lo primero que le había dicho a su madre: cenar, bailar y divertirse, con la única diferencia de que no tendría que buscarse a ningún muchacho porque ya la esperaba uno: Kenny, el entrenador de baloncesto, que era guapo, atractivo, poseía una voz maravillosa y deseaba verla. Se lo había dicho montones de veces en sus cartas. Sacó una de ellas del bolso y la leyó. «Si alguna vez te dejan escapar de la reserva —decía la carta— haz el favor de telefonarme. Te enseñaré cosas bonitas y nos lo pasaremos estupendamente bien.» Era algo así lo que tenía pensado hacer. Iba a comprarse vestidos nuevos, llamaría a Kenny y se divertiría. ¡Se divertiría con sofisticación! Iría a cenar, a bailar y al cine; y si él quería llevarla a algún cabaret, iría. Sus padres no lo habrían aprobado, pero de todos modos no se enterarían. Y si se enteraban, no tenían por qué ponerse nerviosos. Los tiempos habían cambiado. Hoy en día, personas perfectamente respetables iban al cine los domingos, iban a bailar y jugaban a cartas; muchas chicas incluso fumaban, y ello no significaba que tuvieran que ir al infierno. El infierno había cambiado de sitio; estaba mucho más lejos de lo que la gente pensaba antaño.

Llegó a la ciudad poco después del mediodía, y siguiendo el ritual de los fines de semana de invierno (cuando ella y sus amigas se dedicaban a ir de compras), se dirigió directamente al bar de Fred Harvey y pidió una Coca-Cola. En la granja no había nada parecido, y ella siempre había pensado que aquella estimulante bebida tenía sabor a ciudad: penetrante y agridulce; claramente sintética; estimulante. Bebió lentamente, empapándose de las vistas y sonidos de su alrededor. Luego, al salir del

bar, compró cigarrillos y se los metió en el bolso con mirada furtiva.

Enfrente de la estación, en la cima de una amplia loma, se alzaba la alta columna del Monumento a la Libertad. Por costumbre, se detuvo en la acera para mirarlo. Eso lo hizo en parte como un silencioso tributo, y en parte para orientarse; en la ciudad nunca sabía muy bien dónde estaba. Mientras permanecía allí, esforzándose por convertir el norte en sur, recordó el día en que inauguraron el monumento, cuando ella estuvo ahí de pie una hora, temblando de frío para ver a la reina de Rumania. Hoy el sol brillaba en la alameda formando un lago de calor alrededor de la estación.

—Señora —dijo una voz—, si no quiere ningún taxi, ¿por qué se para ahí?

Ella miró con arrogancia.

—Es que sí quiero un taxi —replicó, abriendo la portezuela del vehículo—. Al hotel Muehlebach, por favor.

Esta vez nada de tacañerías; iba a tener lo mejor.

Las tarifas eran un poco más elevadas de lo que esperaba, pero ya había tomado una determinación. Y al entrar en la habitación detrás del botones y darle una generosa propina, se sintió muy importante. La habitación estaba bien; tenía una gruesa moqueta, muchos espejos y un cuarto de baño. Hacía calor, pero después de todo era verano. Y el ruido de la calle no le importaba. Eso formaba parte de la ciudad, un cambio agradable respecto a los cacareos y mugidos. Empezó a cantar en voz baja mientras deshacía el equipaje, y se quitó los zapatos, sorprendiéndose de vez en cuando al ver su imagen reflejada en la puerta del baño. ¡No se había visto de cuerpo entero en todo el verano! Se sentó en la cama de cara al largo espejo y cogió la carta de Kenny. Sabía que a esa hora no estaría en su casa, ya que entonces trabajaba con su padre. Pero pensó que podía llamar y dejar el recado. Sin embargo, una vez con el teléfono en la mano, cambió de parecer. Quizá sería mejor que esperase y que hablase con él en persona. Entretanto, podía salir a comprarse un vestido nuevo.

Se lavó la cara y, por primera vez aquel verano, se puso colorete y carmín. Luego, cogiendo el sombrero y los guantes, salió en dirección a Petticoat Lane, calle cuyo nombre le encantaba. Tras un pausado paseo por ambas aceras mirando todos los escaparates, entró en una tienda. Cuatro o cinco tiendas después encontró lo que quería: un vestido rojo de crepé de china adornado de diminutas cintas, y con un escote tan pronunciado por delante que se sintió desnuda. Pero era el último grito en moda, y además muy favorecedor. Con gesto indiferente, y esperando que la vendedora no se diese cuenta, volvió la etiqueta del precio. Bueno, no iba a costar lo mismo que un insignificante vestido de escuela.

Ya de vuelta en su habitación, se lo probó otra vez sujetando las cintas con alfileres para subir el escote. Pero luego quitó los alfileres y lo dejó como estaba. Aquélla era la moda de aquellos tiempos; ya se acostumbraría. Eran ya las cinco pasadas y Kenny llegaría pronto a su casa. Pero antes de llamar tenía tiempo de tomar un baño. Abrió el grifo de la bañera y luego echó en el agua sales aromáticas de color

rosa. Mientras se enjabonaba perezosamente, se preguntó qué debían de estar haciendo en casa. Mamá ya habría llenado las lámparas de aceite, y pronto empezaría a preparar la cena. La cocina estaría caliente y humeante, los niños, enfadados y cansados, y papá entraría con la leche derramando gotas en el suelo... mientras ella estaba allí, tomando un baño perfumado y esperando que un caballero la llevara a cenar.

Pero primero tenía que telefonarle. Salió en seguida del baño, se secó y se empolvó, y se puso el kimono de seda azul que guardaba para las ocasiones especiales. Al buscar de nuevo la carta en su bolso, apareció el paquete de cigarrillos. Lo contempló un instante, luego lo abrió, y encendió uno con mano temblorosa. ¡Así que aquél era su sabor! Hizo una mueca. El corazón le latía tan nerviosamente como si estuviera haciendo algo malo. Ajustándose el kimono, se dirigió hacia la puerta del cuarto de baño y se detuvo delante del espejo con una mano sobre la cadera y la otra agitando el cigarrillo. ¡Qué pensarían si la vieran ahora! ¡Qué cara pondría Kenny! Había estado intentando todo el invierno que ella aceptara un cigarrillo y no lo había conseguido. Frunció un poco las cejas al pensar en él. Un entrenador de baloncesto no tenía por qué fumar, ni siquiera fuera de la escuela. Kenny hacía muchas cosas que ella no aprobaba, pero trabajaba mucho, cantaba bien y era guapo. Tal vez cuando volviera a verlo le gustaría más de lo que imaginaba. En cualquier caso, con él podría divertirse. Le encantaría ir a un cabaret, con traficantes de licores, una orquesta de jazz formada por negros y gente sofisticada. Dio otra calada al cigarrillo y se dirigió al teléfono, preguntándose en aquel momento si no parecería demasiado impaciente. Acababa de llegar allí. Quizá debería cenar primero y llamar después. Y si él había salido, siempre quedaba el día siguiente. Tenía toda la semana por delante.

Al salir del hotel, el sol había casi desaparecido, ocultándose por el este como hacía siempre en la ciudad. Le volvió la espalda con impaciencia y empezó a subir la calle. Su paso era menos resuelto que por la tarde, porque esta vez no estaba segura de adónde iba. Todavía no había decidido dónde cenar. Pero no oscurecería hasta más tarde, y no tenía prisa. Caminaría un rato hasta encontrar algún sitio que le gustase, algún local pequeño y de aspecto agradable.

A su alrededor, la gente regresaba a casa después del trabajo andando con prisa. Tropezaban con ella al pasar, corrían en busca de taxis y un hombre casi la tiró al suelo. Se metió por una calle secundaria para eludir a la multitud. Allí no había tantos transeúntes y pudo contemplar los escaparates en paz. Al detenerse frente a uno para mirar muebles —muebles rústicos como los que ella deseaba para la granja—, se dio cuenta de que un hombre se había parado a su lado. Sin pensar, alzó los ojos. Él le devolvió la mirada sonriendo, y ella se apartó bruscamente, pensando que no debía detenerse mucho rato en el mismo sitio yendo sola y a aquella hora.

Hasta entonces nunca había estado en la ciudad sin compañía, y empezó a sentirse consciente de su soledad, como si resultara evidente para todos. Aunque todavía había luz de día, aceleró el paso, buscando ahora con impaciencia un restaurante para

poder cenar y regresar luego al hotel. Mientras subía con prisa la calle, deseó con todas sus fuerzas tener a alguna amiga allí, a Carol o a otra de las profesoras, o simplemente a alguien conocido. Aborrecía ir sola a los restaurantes. Y sin embargo, sola o no, tenía que entrar pronto en alguna parte, ya que no había tomado nada desde las primeras horas de la mañana a excepción de la Coca-Cola. Se dio cuenta entonces de que tenía mucha hambre y de que estaba muy cansada. Se había levantado a las cinco. El cielo todavía era gris cuando había salido al patio y el sol hacía brillar muy débilmente las copas de los árboles del prado del este. A aquella hora el aire era frío y suave, todo olía a fresco, y los pájaros del bosque cantaban dulcemente. Pero ahora todo parecía terriblemente lejano. ¿Era posible que se hubiera ido aquella misma mañana? Deteniéndose en una esquina, sintió una momentánea punzada de la soledad que solía afligirla cuando, de niña, estaba fuera de casa, llegaba la noche y tenía sueño. Aquella sensación desaparecía rápidamente, pero le dejaba un vestigio de inquietud. Miró a su alrededor. La calle estaba casi vacía. ¿En qué dirección estaba el hotel? Sabía que no podía estar muy lejos, pero como se había metido por un barrio que no le resultaba familiar, carecía de puntos de referencia con los que guiarse. Sin embargo, al volverse vio a lo lejos una gran iglesia de piedra gris que había visto a menudo otras veces. Y en un impulso involuntario, se dirigió hacia ella como si se tratara de una inesperada amiga con quien acabara de encontrarse en la calle.

No tenía idea de lo que iba a hacer allí, pero siempre había querido visitar aquella iglesia, como uno visita las catedrales cuando está en Europa. Al acercarse oyó el autoritario sonido de un órgano. Pensando, esperanzada, que tal vez se celebraba un recital, subió las escaleras y escuchó. ¿Había en el mundo un instrumento más hermoso y noble que aquél? Empujó la puerta con timidez, la abrió y entró.

El interior de la iglesia estaba frío y débilmente iluminado por el reflejo de la puesta del sol en las ventanas de cristales esmerilados. Cuando sus ojos se acostumbraron a aquella luz, vio que no había más que una figura que tocaba el órgano. Era un hombre..., un hombre joven, según se podía deducir desde el otro lado de la nave; iba en mangas de camisa como un trabajador y estaba absorto en su trabajo. Su esbelta espalda se movía afanosamente, las caderas se le balanceaban al apretar los pedales, y los potentes tonos del órgano se expandían por la iglesia como si fueran a traspasar las paredes. Leonie lo contempló con admiración. ¡Qué maravillosamente bien tocaba! Por un instante lamentó no ser ella quien estuviera sentada allí, tocando las teclas a su voluntad y produciendo aquel glorioso sonido a través de los tubos dorados. Pero la misma belleza de aquello hizo desaparecer su envidia. Dirigiéndose de puntillas al último banco, se sentó en silencio con la sensación de haber llegado a su destino.

La música concluyó. Hubo un intervalo de silencio, y empezó de nuevo, esta vez suavemente. Serena y precisa, se expresaba con sencillez, se repetía con metáforas y se detenía mientras una segunda voz contestaba. Otras voces se unían entonces, una tras otra, profundas y benevolentes, entremezclándose, confundiéndose, elevándose

en dulce discusión hasta que todas sonaban juntas en un potente acorde. A Leonie se le puso la carne de gallina.

*Oh, música, oh pequeña palabra,
¡que más que ninguna otra es Dios!*

Eso era lo que ella amaba..., ¡la música y las iglesias, la bondad y el amor a Dios! Y siempre había pensado que, si se creía en estas cosas, se obtenían las justas recompensas. Pero tal vez estaba equivocada. (Su padre y su madre querían más a Mathy.) Tal vez el mismo Dios ignoraba lo que ella amaba. Tal vez no le importara. Le parecía que, si lo hubiera sabido, podría haberla ayudado un poco más. Pero quizá lo interpretaba todo mal. Quizá uno no ganaba el premio dirigiéndose hacia él directamente, sino que tenía que hacer un largo rodeo a través de hoyos, lodazales y degradación hasta llegar a casa. El hogar y el cielo..., debía de haber un camino, y tenía que encontrarlo. Cerró los ojos. Amado Padre Celestial... Pero ¿cómo podía pedirle que la ayudara a ser mala?

Se levantó rápidamente y se dirigió a la puerta. Era tarde, la iglesia estaba casi a oscuras, y fuera habían encendido las luces de las calles. En las escaleras se detuvo vacilante, batallando con su pobre sentido de la orientación. El instinto le hizo tomar un camino, y anduvo precipitadamente entre las sombras. ¿Cuánto se había alejado? Se detuvo en cada esquina, mirando con pánico a su alrededor, hasta que vio el hotel. Se dirigió a él casi corriendo y tomó el ascensor. La mano le temblaba tanto que tardó en poder abrir la puerta de su habitación. Encendió la luz y, sin quitarse siquiera el sombrero, fue directa al teléfono y marcó el número de Kenny.

—Diga —dijo una voz que le pareció la de la madre de Kenny.

Leonie aspiró una profunda bocanada de aire.

—¿Puedo hablar con Kenneth, por favor?

Hubo una breve pausa.

—Niña —respondió la mujer con un tono de paciente enojo—, Kenneth todavía sigue en los Ozarks. Te lo dije ayer cuando llamaste.

—Oh, pero si yo no...

—Se ha ido a pescar con su padre y no volverá hasta dentro de quince días. Me gustaría que las chicas no le estuvierais llamando todo el tiempo. ¿Es que no podéis esperar a que él os telefonee? Está empezando a ser una molestia el modo...

Leonie colgó lentamente, cortando la voz acusadora. Estaba furiosa de vergüenza, y roja como un pimiento: se veía en el espejo. ¡Ella no había llamado a Kenny el día antes! Ni siquiera quería verlo, y se alegraba de que no estuviese allí. Pero había arriesgado toda una semana confiando en su promesa de que se divertirían tanto. ¿Y qué iba a hacer ahora? ¿Vagabundear sola todo el día y encerrarse en su habitación por la noche? No sabía si sentirse molesta o aliviada, si reír o llorar y se decidió por

dar un puntapié a la puerta del cuarto de baño, que se cerró con estrépito; los muebles se sacudieron y el espejo de cuerpo entero se agrietó de arriba abajo. Leonie lo contempló horrorizada. Entonces se sentó en el suelo y empezó a lloriquear.

¿Es que no había nada en el mundo que pudiera hacer bien? ¡Ni siquiera podía ser mala! Y hasta odiaba intentarlo. Aunque nunca lo supieran, no podía hacerlo. Cogió el paquete de cigarrillos y lo tiró a la papelera. No quería fumar ni llevar vestidos indecentes ni hacer locuras. Esas cosas no estaban bien. Quizá para otra gente sí, pero no para ella. Había crecido con aquellas creencias, y ahora no podía cambiarlas. Mathy y Jessica podían huir y hacer lo que gustasen..., lo que a ella le gustaba era ser buena como Dios y sus padres querían que fuese. Pero deseaba que la quisieran por ello.

Lloró y lloró sin cesar. Todas las lágrimas que no había derramado durante el verano parecían decididas a verterse ahora. Y después de haber llorado por todo, lloró de exasperación. Allí estaba ella, en una lujosa habitación demasiado cara y sin atreverse a salir. Y tenía hambre. Empezó a reír entre las lágrimas mientras se contemplaba en el espejo roto. Sentada en el suelo con el sombrero puesto, se sintió como una idiota. Bueno, ella se había metido en aquello, ¿cómo iba a salir ahora? Llamaría a Ed, ¡eso es lo que haría! La idea le pareció una iluminación del cielo. Había olvidado que Ed vivía en la ciudad. Lanzando un débil grito de alegría, cogió el teléfono.

Ed llegó media hora después, en mangas de camisa, sin corbata y con un aspecto bastante desastrado. Pero era de la familia, y Leonie nunca en su vida se había alegrado tanto de ver a alguien.

Él la hizo salir y la llevó a tomar una hamburguesa y un enorme tazón de café con leche. Cuando casi estaban terminando, Ed encendió un cigarrillo.

—Vamos a ver, tía Linnie, ¿cuál es el problema?

—¿Qué problema? —dijo ella.

—Pareces un niño que ha recibido una zurra en el trasero. ¿Por qué has estado llorando?

Ella no tenía ninguna intención de contárselo, pero tenía que decir algo. Empezó con el espejo roto, y como él no cesaba de hacerle preguntas, antes de darse cuenta le había explicado la historia de todo el verano.

—Creía que los estaba haciendo felices, pero ellos lo odiaban. ¡No pueden soportarme!

—Vamos, sabes que eso no es cierto —dijo Ed.

—¡Sí lo es!

—Estás tan confundida como puede estarlo una chica solitaria. ¿No comprendes que te quieren tanto como a Mathy? Hubieran actuado igual si tú hubieras muerto.

—¿Qué voy a hacer? ¿Matarme?

—Eso es lo que estás haciendo —murmuró él lentamente—. Te he estado observando este verano.

—Era feliz —protestó Leonie—. Casi siempre.

—Oh, claro, claro. Una chica guapa encerrada en una granja con los viejos y un par de críos..., eras feliz como una alondra.

—Bueno, yo creía que lo era.

—Lo cual demuestra lo estúpida que eres, tía Linnie. No sabes lo que tienes, eres demasiado hermosa para que te desperdicies así. Deberías salir y divertirte. ¿Qué vas a hacer esta semana?

—No lo sé —contestó ella desconsoladamente.

—Bueno, pues tendrías que hacer algo. ¿Por qué no salimos a divertirnos un poco esta noche? ¿Quieres ver una revista cómica? ¿Qué te gustaría hacer?

—¡Irme a casa!

—¡Oh, por el amor de Dios! —Se recostó en la silla—. Bueno, si eso es lo que quieres, vamos. Ve a buscar tus cosas y te llevaré.

—¿Quieres decir... esta noche?

—En coche tardo una hora y media en llegar.

—Pero ¡es que no puedo ir a casa hasta final de semana! ¿Qué les diría?

—Cualquier cosa. Invéntate un cuento.

—¡No puedo! ¡Otro no! Tengo que quedarme tanto si quiero como si no. ¡Y me saldrá carísimo, y no sé qué hacer, y ese espejo...!

Ed se echó a reír.

—¿Sabes qué? Vuelve al hotel y diles lo del espejo. No expliques cómo ha pasado, di sólo que el viento ha cerrado la puerta. Compórtate como si todo este asunto fuese un insulto para un huésped que se gasta su dinero... ¡Podrías haberte cortado con los cristales!

—Oh, no podría hacer lo que dices. Todo ha sido culpa mía.

—No tienes por qué decirlo.

—Pero es que no sopla el viento esta noche.

—¡Caray, no seas quisquillosa!

—Prefiero pagarlo y ahorrarme problemas.

—Bueno, si eso es lo que quieres hacer, paga ese maldito espejo y también tu cuenta. Si vas a quedarte en la ciudad, será mejor que vivas en mi casa. No es el Ritz, pero no te costará ni cinco.

—¿Hablas de tu apartamento? —preguntó ella con ojos llorosos.

—Tengo dos habitaciones y una cocina. Hay una línea de autobús; se llega al centro en diez minutos.

—Pero ¿qué vas a hacer tú?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde vivirás?

—Allí. ¿Qué pensabas? —Ella bajó los ojos enrojeciendo—. ¡Por Dios, tía Linnie! —prosiguió Ed riendo—. No tienes que preocuparte. Soy de la familia, tanto si te gusta como si no.

—Ya lo sé —dijo ella remilgadamente—. Pero ¿qué pensará la gente?

—¿Qué gente? Nadie va a venir a meter la nariz por casa. Aquí no tienes que preocuparte por estas cosas.

—Bueno...

—Yo dormiré en el sofá y tendrás la otra habitación para ti sola. Por la mañana me habré ido antes de que te levantes. Puedes hacer lo que quieras durante el día. Y si te asusta salir sola de noche, te acompañaré con mucho gusto si quieres. Me imagino que tu padre preferiría que yo fuese contigo.

Ella logró esbozar una sonrisa.

—Ahora vámonos. Tú sube a buscar tu maleta y yo arreglaré lo del espejo.

—¡Oh, no! —Lo miró alarmada—. Ya lo haré yo. No quiero que ellos piensen que... quiero decir, que tú y yo...

Ed se encogió de hombros.

—¡Señor! —dijo en voz baja.

A la mañana siguiente se despertó temprano, antes de que él se fuera a trabajar, y lo oyó moverse por la habitación de al lado. Era maravilloso no sentirse sola ni asustada; hoy podría disfrutar. Deseaba que él se fuese pronto para poder levantarse. Iría al centro en autobús, y lo primero que haría sería devolver aquel horrible vestido. Luego podía comprarse algunos trajes sencillos para ir a la escuela, buscaría regalos para los niños y para sus padres, y comería en el Forum. Si por la tarde tenía dinero, iría a Jenkins a comprar partituras de música y a escuchar discos clásicos. ¡Cómo deseaba que Ed se diera prisa!

En cuanto oyó que se cerraba la puerta, saltó de la cama y se asomó cautelosamente para asegurarse de que él se había ido. La sala de estar era un revoltijo terrible, peor incluso que la noche anterior. Por todas partes había zapatos, libros, periódicos y ceniceros rebosantes de colillas; en el suelo, tazas de café y vasos. Una camisa blanca con una corbata alrededor del cuello colgaba de una lámpara de pie. «¡Solteros!», pensó. En una mesa apoyada en la pared Ed estaba arreglando algo, o desmontándolo, no se sabía qué. Había piezas de radio y varias herramientas, mecanismos y carretes de alambre, así como trapos grasientos en cantidad. Caminó de puntillas por la habitación escudriñándolo todo. En realidad, sabía muy pocas cosas de él. Se sintió como una espía, y en cierto modo lo era. En el suelo yacía una postal; inclinándose, la leyó sin cogerla. Era de alguien que estaba de vacaciones, de alguien llamado Billy; por el tono con que estaba escrita, no creía que Billy fuese un muchacho. Hizo una mueca. Que trajera a casa a alguna descocada llamada Billy, y vería como papá jamás soltaba a Peter...

Ed había dejado café en el fogón. Cuando hubo lavado una taza y recogido la mesa, encendió la radio y se sentó. Era agradable entretenerse después del desayuno con música y el periódico de la mañana. Se sentía ciudadana. Pero al terminar el café y las tostadas, sus instintos campestres se despertaron. No podía soportar la vista de todos aquellos platos en el fregadero. Echando una ojeada al reloj —todavía era temprano; tenía todo el día—, se sujetó una toalla alrededor de la cintura, se arremangó el kimono y se puso a trabajar. Cantaba con la radio mientras lavaba los platos y, como una cosa conduce a la otra, no paró hasta que hubo dejado arreglada toda la cocina y también la sala de estar.

—¡Caramba! —exclamó al mirar la hora.

Eran las doce pasadas. Corrió a su habitación para empezar a vestirse, pero tenía calor, sudaba y necesitaba un baño. Antes de poder tomarlo, tuvo que fregar la

bañera; aprovechando la ocasión limpió el lavabo, el váter y el botiquín. Cuando estuvo bañada, vestida y en el autobús, eran casi las cuatro de la tarde.

Sólo tuvo tiempo de devolver el vestido rojo y de comprar en unos almacenes toallas nuevas: las de Ed eran espantosas. Cuando las tiendas cerraron, estuvo un rato paseando y mirando escaparates y no volvió al apartamento hasta casi las siete. Se encontró a Ed esperándola, recién afeitado y vestido con un traje.

—¡Dios mío! —exclamó, tan sorprendida que casi no sabía qué decir.

No lo había visto con aquel aspecto desde el día en que se casó con Mathy.

—He pensado que sería mejor arreglarme un poco para no desentonar. Oye, pequeña esclava, ¿no sabes hacer otra cosa más que trabajar?

—Tiene mejor aspecto, ¿no crees? —dijo ella.

—Sí, pero debería darte una zurra. En lugar de eso te llevaré a cenar.

—Oh, no es necesario.

—Será un placer. Ponte guapa; iremos a un sitio que esté bien.

Los ojos de Leonie se iluminaron.

—Bueno..., ¡de acuerdo!

Corrió a su habitación y sacó de la maleta sus medias de seda, los zapatos de tacón alto y un vestido de gasa estampada. Se cepilló el pelo hasta verlo brillar como las cintas de satén que llevaba alrededor de la cintura y, tras un instante de vacilación, se pintó ligeramente los labios. Cuando abrió la puerta, Ed la miró y lanzó un silbido.

—¡Tía Linnie! ¿Quieres dejar chiquita a Greta Garbo?

—Oh, calla —dijo ella con una sonrisa turbada.

—Estás maravillosa.

—No es necesario que me halagues.

—Al mirarte, ¡quién pensaría que te has pasado todo el día fregando!

—No me he pasado todo el día.

—Bueno, la casa da esa impresión, pero tú no. —Se apoyó en su bastón y la tomó del brazo—. Vamos.

En el restaurante había candelabros de cristal y una alfombra dorada. Cada mesa tenía una lámpara con una pantalla de color ámbar, y una orquesta tocaba música suave.

—¡Es precioso! —exclamó Leonie.

—Te gusta, ¿eh?

—¿A ti no?

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Es todo falso.

—¿De verdad?

Miró vivamente a su alrededor y él se echó a reír.

—No te preocupes, tía Linnie. Si te gusta, ya está bien.

Cuando quería podía ser simpático y, para su sorpresa, hasta tenía modales finos. A excepción de la grasa que había alrededor de sus uñas, nada hacía pensar que fuera

un mecánico. Se comportaba como un elegante caballero, y ella no acababa de hacerse a la idea de que aquél era el mismo Ed a quien tantas veces había visto en la granja con los codos sobre la mesa. Aunque, pensándolo bien, nunca había sido lo que se puede llamar grosero. Durante toda la cena no cesó de recordarle a alguien a quien había conocido en otro sitio, pero no sabía quién era. Se lo pasaron muy bien. Lo único que le molestó fue aquel despilfarro. Tal vez el restaurante era falso, como dijo él, pero desde luego era muy caro. Sin embargo, de vez en cuando derrochar era divertido.

Cuando les trajeron la cuenta, ella abrió el billetero.

—Cada cual pagará su parte —dijo.

—Vamos, tía Linnie. —La miró como si hubiera hecho alguna travesura—. ¡No muerdas la mano que quiere alimentarte!

—Siempre pago mi parte, insisto en eso.

—Esta vez no has salido con chicas.

—¿Y qué más da? No voy a permitir que tú...

—¡Tía Linnie! Una señora no discute cuestiones de dinero en público.

—Está bien. Te pagaré en cuanto salgamos.

—Escucha —dijo él, inclinándose sobre la mesa—, yo soy el macho de la especie. Y como poseo ciertas funciones predeterminadas por la naturaleza, yo pago la cuenta. Tú eres la hembra, y por la naturaleza de su biología la hembra es receptiva. Así que, por el amor de Dios, recibe. Y no hagas que me avergüence de ti.

No supo cómo tomarse aquello. Lo siguió hasta la calle en silencio.

—Gracias —dijo al llegar al coche—. La cena me ha gustado mucho.

—Me alegro.

—Pero no puedo permitir que me vuelvas a invitar.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Apoyó la frente en el volante—. Está bien, si vas a sentirte mejor, digamos que éstos son tus honorarios por cuidar de mi hijo. Háblame de él.

Pasearon en coche durante largo rato, hablando de Peter, de los viejos y de toda clase de cosas, incluyendo la depresión económica, la política y el plan quinquenal ruso. Ed sabía muchas fosas de éstas, aunque no entendiera de literatura. Y aunque ella no compartía todas sus opiniones, las consideraba interesantes. Al igual que su padre, Leonie sostenía que el mundo no necesitaría de muchos cuidados si la gente se comportara bien, trabajara mucho y asumiera su parte de responsabilidad. Esto la indujo a hablar de sus planes para el futuro, y Ed habló a su vez de los suyos. Lo único que esperaba en aquel momento era conservar su trabajo. Y si lo conseguía, los tiempos no empeoraban y reunía la suficiente energía, tal vez iría a una escuela nocturna para estudiar Derecho. Leonie lo consideró una idea excelente.

—Pero no sé si lo llegaré a hacer o no —dijo él—. Soy demasiado perezoso.

—¡Bah, bromeas!

—Y además interferiría en mis diversiones.

Sonrió, le guiñó un ojo y ella se echó a reír. ¿A quién le recordaba?

—¡Oh, mira! —exclamó ella de pronto—. ¡Allí hay un minigolf!

—¡No querrás pararte y jugar! —gimió él.

—¿No te gusta el minigolf?

—Nunca he tratado de averiguarlo.

—Pues deberías hacerlo; es muy divertido.

—Bueno, si quieres jugar, juguemos.

—Si no tienes ganas, no.

—Me estoy muriendo de ganas. Vamos.

Jugaron una partida. Ed hizo dos hoyos de un golpe y eso les dio dos partidas gratis. Ed estaba tan divertido y hacía tantos chistes que todo el mundo se reía.

—¡Dios mío! —dijo ella cuando llegaron a casa—. Si no te hubiera llamado, ¡estaría sola en la habitación del hotel!

—¡Qué pérdida de tiempo! —replicó él—. Una chica guapa no debería nunca estar sola.

—A veces lo prefiere.

—Sólo cuando no conoce algo mejor.

Ella iba a replicar, pero él no le dejó.

—Me alegro de que me llamaras —prosiguió—. Tu familia se ha portado muy bien conmigo, y resulta agradable hacer algo por ti a cambio.

—Pues lo has hecho, y te lo agradezco. —Le sonrió desde la puerta de su habitación—. Buenas noches.

Por la mañana, acordándose de la agradable velada del día anterior, Leonie decidió llevar a Ed de excursión aquella noche. Salió en seguida después de desayunar, fue a una tienda de comestibles y volvió a casa con un cesto lleno de comida. Fueron en coche al parque Swope y tuvieron una cena deliciosa. Después se sentaron sobre la hierba y escucharon el concierto de una banda de música.

La noche siguiente fueron al cine, y al volver a casa Leonie preparó té helado. Se sentaron y estuvieron charlando hasta las dos.

Fue al tercer día, a las cinco menos cuarto de la tarde, cuando Leonie hizo un descubrimiento. Estaba vistiéndose para salir a cenar, vigilando atentamente el reloj, cuando se vio sonriente en el espejo. Estaba pensando en Ed, en algo que había dicho la pasada noche, en alguna tontería respecto a que ella tenía buen tipo («como un buen coche... ¡estarías muy bien sin chapa y pintura!»). Y de repente supo a quién le recordaba Ed. A él mismo, al Ed de los viejos tiempos del instituto. Ed, el rompecorazones que cortejaba a todas las chicas. Dios mío, pero si eso era exactamente lo que le había hecho a ella... ¡cortejarla durante los tres últimos días! ¡Y ella que creía que estaba mostrándose simpático! En absoluto. La estaba embaucando —¡a la propia hermana de Mathy!— como a cualquier otra chica. Y como cualquier otra chica, ella le había seguido el juego. Se había tragado el anzuelo. Estaba loca por él.

Se sentó en el borde de la cama sintiendo que le flaqueaban las rodillas. De todas las cosas malas que podría haber hecho, ¡ésta era la peor de todas! La peor con mucha diferencia. Era demasiado buena para fumar, ir a cabarets o casarse con Kenny, pero ¡podía enamorarse del marido de su propia hermana! Colaba el mosquito pero se tragaba el camello. Oh, no, no podía ser. En absoluto.

Estuvo muy callada durante la cena y se mostró firme respecto a pagar su parte.

—Bueno, si lo prefieres así... ¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó él.

—Si no te importa, me gustaría volver al apartamento.

—¿No quieres pasear en coche un rato?

—No, gracias.

—¿Qué te pasa esta noche? ¿No te sientes bien?

—Muy bien. Sólo que creo que debo empezar a hacer el equipaje. He decidido irme a casa mañana.

—¡Mañana! Pero si todavía te quedan dos noches.

—Ya lo sé, pero creo que ya he estado aquí demasiado tiempo.

—Ellos creen que vas a estar fuera una semana. ¿Qué vas a decirles?

—Les diré que he cambiado de opinión.

—Me siento desilusionado, tía Linnie. Creía que nos lo estábamos pasando muy bien.

—Y es cierto...

—Entonces, ¿por qué quieres marcharte?

—Creo que ya he estado fuera suficiente tiempo.

—Pueden arreglárselas muy bien sin ti, y lo sabes. ¿Qué te pasa, no te gusta esto?

—Sí, pero...

Dibujó una línea en el mantel con el dedo pulgar.

—¿Qué he hecho mal?

—Nada. Excepto...

—¿Excepto qué? —inquirió él.

—¡Bah, nada! —replicó ella, apoyando firmemente las manos en el regazo—. Has sido muy amable.

—Entonces, ¿por qué te vas? Por Dios, tía Linnie, lo único que haces es huir de la gente.

—¡Yo no estoy huyendo!

—¿Estás segura de eso?

Ella lo miró sorprendida. Ed la estaba contemplando con una expresión extraña. Sonreía. Y estaba tan guapo, tan seguro de sí mismo, y ella estaba tan loca por él... Enrojeció con furia y bajó la cabeza.

—Eso es todo lo que quería saber —dijo él—. Tú quieres irte a casa mañana tan poco como yo.

—¡Cállate! —exclamó ella, echándose a llorar.

—Vamos.

La acompañó al coche y pasearon largo rato en silencio. Leonie estaba acurrucada en su asiento. Se moría de vergüenza, pero no podía dejar de llorar. Por fin se detuvieron.

—Querida... —dijo él poniéndole la mano en el hombro.

—¡No me toques!

—Me gusta hacerlo.

—No te lo permitiré... ¡Te odio!

—No, no me odias. Y yo no te odio a ti. ¿No podemos admitirlo, tía Linnie, sin hacer una gran tragedia? ¿Qué hay de malo en eso?

—¡Eres el marido de mi hermana!

Hubo una breve pausa.

—Ya no —dijo él en voz baja.

—Oh, ¿cómo puedes portarte así? —gritó, volviéndose hacia él—. Eres una persona horrible, ¡sólo hace un año que ha muerto!

—Ha sido un año muy largo.

—¡No comprendo cómo has podido olvidarla!

—No la he olvidado. Y nunca lo haré. Pero se ha ido, Leonie, y yo no puedo hacer nada para remediarlo.

—Podrías esperar un poco. Ya has estado con otras chicas, con una tal Billy... ¡Ah, te conozco, Ed! Pero creía que tenías más decencia... ¡cortejar a su propia hermana!

—¡Oh, Dios! —exclamó él—. ¿Es eso lo que piensas que estoy haciendo?

—Todas esas palabras bonitas diciéndome que era guapa... Estás haciendo conmigo lo mismo que con las demás, y crees que voy a caer como ellas. ¡Bueno, pues yo no soy igual! No voy a seguirte el juego. ¡No soy Alice Wandling!

—¡Ella otra vez! —dijo él riendo—. Por Dios, tía Linnie, nadie podría acusarte nunca de eso. Tú eres precisamente todo lo que ella no era. Menos bonita, tú lo eres mucho más.

—¡Cállate!

—Eras la chica más guapa de la escuela, pero tan seria que nadie te hacía caso. Bueno, pues yo sí te lo hago ahora. Y por si te interesa saberlo, me importas mucho.

—¡Eso no es más que una mentira!

—No —repuso él con calma—, no creo que lo sea. Estoy hablando en serio, y no sé exactamente por qué. Tal vez porque te muestras tan tonta respecto a todo lo que importa. Y, cariño, ¿cómo me gustaría enseñarte las cosas que importan! Quizá serías un poco lenta en aprenderlas, pero una vez lo hicieras, ¡cuidado! Vosotras las vírgenes dais todo lo que tenéis. Bueno, tal vez eso es lo único que deseo, tal vez sólo deseo... corromperte, porque eres inocente y pura. Quizá sólo sea eso. Pero no lo creo. Eres una chica dulce y buena, tía Linnie, y, para serte sincero, creo que te amo.

—Pero ¡eres mi cuñado! —gritó ella.

—¡Oh, vamos! Nunca he sido como un hermano para ti..., no me hubieras aceptado como a un hermano. Yo no era lo bastante bueno para eso. Así que puedes dejar de actuar como si se tratara de un incesto. Escucha, cariño —dijo—, quise a tu hermana y todavía la quiero. Pero ha muerto, y en cierto modo también ha muerto el muchacho que se casó con ella. Lo que me queda de él es algo como un primo lejano. No siempre lo reconozco, pero lo conoceré mejor a medida que pase el tiempo. Tal vez incluso llegue a gustarme, y creo que a ti también te podría gustar, si pensaras en él de esta manera. Él te quiere —murmuró con suavidad.

—¡Él cree que me pondré en ridículo!

—Oh, no, no es cierto. A veces te pones tonta, pero no ridícula. Eres demasiado obstinada. Y en cierto modo, eso me gusta, me gusta la manera en que persigues las cosas, las cosas equivocadas. ¿Por qué no me persigues a mí? Me casaré contigo, tía Linnie.

—Oh... —gimió ella—. ¿Cómo podría casarme con alguien que me llama tía Linnie?

Él se echó a reír y la atrajo hacia sí.

—¡No! —exclamó Leonie, apartándolo—. Si fueras el único hombre de la tierra y yo deseara casarme contigo, ¡no lo haría por mi padre! ¿No le has hecho ya bastante daño? ¡¿Cómo puedes pensar en hacerle aún más?!

—No quiero causarle daño alguno —dijo él—. Y él me aprecia más que en el pasado.

—No lo creo. Y tampoco creo que mi madre se alegrara. No me importa lo que ellos piensen de mí, no me importa. Quiero a mis padres, ¡y no voy a hacerles esto!

—¿No lo harías aunque me quisieras mucho?

—No.

—¡Por Dios!

—Deja de jurar. Lo haces continuamente.

—Es una forma de rezar. Leonie..., eres o masoquista o supersticiosa.

—¡No lo soy! ¿Qué quieres decir con eso?

—Una persona que renuncia a su propia felicidad, o bien disfruta mucho con eso, o bien cree que va a conseguir algo de esa renuncia.

—Bueno, pues yo no disfruto.

—Entonces debes de pensar que conseguirás algo.

—¡No sé de qué estás hablando!

—¿Por qué crees que la gente hace sacrificios a los dioses? ¿Por qué se azotan con espinas o llevan un cilicio? Porque creen que con eso van a conseguir algo. No es más que interés. Así que no creas que me sacrificas a mí por amor a ellos..., lo estás haciendo por ti misma, para que ellos crean que eres una buena chica y te condecoran con una estrella. Cariño, ¿no preferirías ser feliz?

—Seré feliz, tú no eres el único hombre del mundo.

—También les encontrarás defectos a los otros. Con el camino que llevas, les dedicarás tu vida y descubrirás que si no lo hubieras hecho no te apreciarían menos. Y no creas que puedes obligarles a hacerlo, no lo conseguirás. Deberías saber que, cuanto más te esfuerces, más se resistirán ellos. Es así, Leonie, y deberías enfrentarte a ello.

—De acuerdo entonces; me enfrentaré.

—Vas a actuar a tu modo, ¿verdad? Está bien, Leonie, vete a casa mañana. Regresa aprisa a tu castidad, pobreza y obediencia, y sé su hijita buena. Pero mientras te estés portando bien, recuerda esto.

La sujetó por la espalda contra el asiento y la besó. Luego la rodeó con los brazos y la retuvo hasta que ella dejó de resistirse.

—Podrías haberte quedado el resto de la semana —le dijo su madre—. Nosotros nos las arreglábamos muy bien.

—Es que tengo que hacer muchas cosas antes de que empiece la escuela. Tengo que preparar mi ropa y todo.

—Creía que te ibas a comprar algunos vestidos nuevos mientras estabas allí. ¿No fuisteis Carol y tú a la ciudad?

Leonie se volvió de espaldas.

—Fuimos un par de veces, pero no vi nada que me gustara.

—Pues con tantas tiendas parece extraño.

—Era difícil escoger.

Hubo una breve pausa, y al fin su madre dijo:

—Dices que os habéis divertido, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿Qué hicisteis?

—Oh, nada importante, holgazanear.

—¿No tuviste ningún pretendiente o algo así?

—Psss...

—¿Que no? —dijo Callie—. Yo creía que Carol tal vez había invitado a algunos chicos. ¿No conociste a ninguno de sus amigos?

—A unos cuantos.

—¿No te llevó nadie al cine o a algún espectáculo?

—Bueno..., una vez que fuimos a la ciudad llamé a Ed, y nos llevó al cine.

—¿Ah, sí? No sabía que le hubieras visto. No nos habías dicho nada.

—Es que no pensé en ello.

—¡Caramba!

Hubo un momento de silencio durante el cual Leonie trató desesperadamente de encontrar algo más que decir. Pero en lo único en que podía pensar era en él.

—¿Cómo estaba? —preguntó su madre.

—¿Hum? Oh..., muy bien.

—¿Cuándo va a venir?

—No sé.

Lo sabía. Iba a ir mañana por la noche. Lo había dicho. Había dicho: «Iré allí cada fin de semana. No te pondré la mano encima ni te diré una sola palabra. Pero estaré delante de ti, sólo para que recuerdes». Pensar en él la paralizaba y hacía que

desconfiara del sonido de su propia voz. Entonces, para su alivio, su madre cambió de tema.

Ahora creía que él la amaba. Se lo había hecho creer él, y también le había hecho creer que la quería por sí misma, no sólo como una madre rara de Peter. Pero incluso creyéndole se sentía enojada. ¡No tenía derecho a quererlo o a hacer que ella le quisiera! Un hombre tenía deberes para con una mujer. Debía proporcionarle un hogar, seguridad y un futuro. Ed no tenía nada con lo que se pudiera contar. Lo único que podía ofrecer era un cuerpo lisiado y un niño a quien ella ya estaba cuidando. Pero lo cierto es que estaba enamorada de él, y por ello se sentía furiosa con Ed y consigo misma.

Tal como había dicho, iba cada fin de semana y no decía ni hacía nada que pudiera molestarla. Pero la perseguía con los ojos, y eso hacía que se le cayera la plata, que tropezara con las cosas y se sentara en su presencia sin hablar. Cuanto más lo veía más lo amaba y más comprendía que no debía hacerlo.

Trabajaba tenazmente tratando de olvidarle. Durante todo el día se afanaba de un lado para otro, y por la noche se metía en la cama sintiéndose demasiado cansada para dormir. Ya no había más canciones ni bromas. La época de las veladas musicales había pasado. En su desesperación, sin embargo, a veces se refugiaba en el salón y tocaba el acordeón. «*Cuando sonrías, cuando sonrías, el mundo entero sonrío contigo*». Con el corazón atenazado, retorció el instrumento y concluía el canto que tanto la había traicionado. Luego, arrepentida, tocaba un himno. Pero incluso el acordeón se burlaba de ella, pues aunque pulsaba las notas, la música nunca salía bien. Bajo sus diligentes manos, ni un solo instrumento le había devuelto jamás los sonidos que tenía en su mente, los dulces y huidizos tonos que proseguían y proseguían como las voces que enloquecen a la gente. Toda su vida los había oído. ¿Qué debía hacer para poseerlos? Tenía que ser la música, ya que todo lo demás que deseaba le era negado: el amor de sus padres se lo negaba su amor por Mathy; el amor de Ed, su amor por sus padres.

Su nombre le martilleaba la cabeza como un mazo y todo su cuerpo se estremecía. Edward, Edward..., una y otra vez. Sin embargo, nadie debía oírlo, y su desilusión era enorme. Siempre había pensado que cuando estuviera enamorada lo estaría con orgullo. Su amor ondearía en el aire como una bandera, para que todos los que lo viesen lo saludaran. Pero aquello —fuera lo que fuera— no se parecía a nada de lo que ella había imaginado. Aquello era una enfermedad que no podía admitir ante nadie sin humillación, ni siquiera ante sí misma. Edward, su amor, era todo lo que ella había despreciado. Y era además el marido de su hermana. Éste era el inconveniente más cruel y, no obstante, el que parecía menos real. (Incluso Peter parecía ahora distinto..., ya no era el hijo de Mathy, sino el de Ed.) ¿Era verdaderamente un hombre diferente ahora? Maduro por la tristeza y los remordimientos, ¿había cambiado lo suficiente? ¡Quisiera Dios que esto fuese así!

Porque si había cambiado, si se había hecho más juicioso y deseaba

verdaderamente obrar mejor... ¡Oh, entonces ella podría ayudarlo! Poseía la fuerza y la voluntad necesarias. Podría sacar lo mejor de él, lo que Mathy nunca pudo hacer, porque ella era distinta de Mathy y él la amaba por razones diferentes. Sus pensamientos se perdieron en arabescos de imaginación. Vio la hermosa cabeza de Ed con un birrete, lo vio vestido de juez, una figura alta con una cojera enternecedora... Tendría un cuarto lleno de libros que olería a cuero y a tabaco bueno. Leerían juntos por las noches y recibirían a gente distinguida. Tendría conversaciones, música...

¡Aquello no podía ser! Él seguía siendo Ed, había matado a su hermana y sus padres jamás lo olvidarían. Que quisieran más a Mathy que a ella; que pensarán de ella lo que quisieran. Pero no podría casarse sin su bendición. ¿Y cómo podían dársela? Ayudadme, decían sus ojos. Mamá, papá, ¡ayudadme!

Su expresión no les pasaba por alto a sus padres. La veían silenciosa y acosada, con una sombra profunda en sus ojos; la veían adelgazar y ponerse melancólica, insistiendo en que no pasaba nada de nada. Y se sentían algo culpables. Empezaron a comportarse con ella con amabilidad y dulzura, como queriendo resarcirla por algo que le habían hecho. Y en su vago temor de que no la querían como deberían hacerlo, la amaron, quizá, más que una persona a quien no cuesta ningún esfuerzo amar, como quien trata con más educación a los desconocidos que a un viejo amigo.

Callie solía decirle:

—Siéntate y lee un rato, cariño. Yo envasaré estos melocotones.

O bien:

—Yo meteré a los niños en la cama. Tú vete a descansar.

Una noche se puso a palmotear y dijo:

—¿Sabes qué? ¡Esta noche pondremos velas en la mesa! Nos hemos olvidado de ellas. Tú arregla uno de tus hermosos centros de mesa.

—Estoy demasiado cansada —dijo Leonie.

—Lo sé, cariño, se te nota. Siéntate, yo haré el puré de patatas.

—No, ya lo haré yo.

Y se alejó de la inquisitiva mirada de su madre. Empezaron a notar su torpeza en presencia de Ed y sus bruscas réplicas. Una noche Ed sugirió ir en coche al pueblo, y ella le contestó con un duro: «¡No, gracias!».

—No has estado muy simpática —dijo Callie mientras lavaban los platos.

—Bueno, debería saber que estoy demasiado cansada para ir a cualquier parte después de un día como éste.

—Creo que él tiene razón..., necesitas salir más. ¿Por qué no lo haces?

—No tengo ganas.

—Creía que te gustaba el cine.

—¡Pero no las películas que dan en Renfro!

—Sí, claro. Pero aunque sean viejas, a veces resultan divertidas. ¿Por qué no vas?

—No tengo ganas, mamá.

—Bueno, ¿y por qué no?

Su madre la estaba mirando fijamente y Leonie enrojeció.

—Estoy demasiado cansada —balbució—. Esta noche no me apetece salir, tengo dolor de cabeza.

—Lo que a ti te duele es el corazón —dijo Callie suavemente.

—¡Eso no es cierto! —Leonie se volvió hacia ella airada—. ¡Si crees que haría una cosa así, es que te parezco muy mala!

—¿Una cosa como qué?

—Lo que estabas pensando. —Apartó la vista avergonzada—. Sólo porque Ed me ha invitado a salir... Bueno, ¡pues no soy tan mala ni tan estúpida!

—Pero, cariño, si yo no he dicho nada parecido. ¡No llores! Mamá no tenía intención de molestarte.

—Es que no quiero que pienses una cosa así.

Callie la rodeó con los brazos.

—¿Qué te pasa, cariño?

—¡Nada! —Leonie se soltó—. Estoy bien.

Callie continuó secando los platos y colgando las cacerolas. Al cabo de un rato, Leonie se sonó.

—Mamá —dijo—, ¿crees que yo deseaba que Mathy muriera?

—Pero, cariño, claro que no. ¿Qué te ha hecho pensar una cosa así?

—A veces yo era mala con ella... Mathy siempre se salía con la suya y las cosas le resultaban fáciles. Por eso creí que su muerte fue tal vez una especie de castigo para mí.

—No, criatura. Si de alguien fue el castigo, fue mío.

—¿Cómo podía ser tuyo?

—Oh..., yo solía mimarla más que a vosotras. Fue la pequeña durante mucho tiempo. Y eso no era justo ni para ti ni para Jessica.

—¡Oh, a Jessica nunca le importó!

—Es que Jessica la entendía mejor que el resto de nosotros. Mathy no era como los demás. Pero no te preocupes. No creo que Dios dé y quite de esa manera, sólo para castigarnos. No puedo creerlo.

—Pues yo sí —dijo Leonie.

—Bueno, vete ahora a la cama y descansa.

La observaron a lo largo de los días, vagando por la casa, febril y silenciosa. Y veían cómo Ed la observaba a su vez. Llegó agosto, las cigarras cantaban solitarias y estridentes, y el acordeón gemía en el salón hasta que su sonido se convirtió en el canto de su angustia. Ellos escuchaban en silencio, sufriendo por aquella obstinada y herida hija suya, y resistieron todo el tiempo que pudieron.

—¿Qué haremos? —dijo Callie—. Se está matando.

—Lo sé —replicó Matthew.

Estaba trabajando en el fondo del prado; hacía una zanja para recoger el agua del arroyo cuando llegaran las lluvias de agosto. Callie había bajado allí a charlar.

—Se trata de Ed —prosiguió ella—. Ahora estoy segura. Lo quiere, y me parece que él también la quiere a ella. —Hubo una larga pausa—. ¿Y a ti qué te parece?

—Creo que no importa mucho lo que me parezca —contestó él.

—¡Sí, claro que importa, papá! Esta vez sí. Leonie no obrará en contra de tu voluntad.

Él siguió trabajando sin contestar. Y al cabo de un rato Callie dijo:

—Me parece que Mathy querría que fuera así, si lo supiera. Intentó que se gustaran antes de que ella y Ed... —Su voz se quebró y se sentó sobre una roca plana a la sombra, abanicándose con el sombrero. El arroyo despedía frescor; ahora tenía poca agua, pero las lluvias lo arreglarían todo—. No puedo evitar pensar —prosiguió— que, si se llegaran a casar, ¿dónde sería enterrado Ed? ¿Junto a Mathy o junto a Leonie? Resultaría muy raro ponerle en medio de las dos.

—Bueno, no creo que tengamos que preocuparnos por eso ahora.

—No, me parece que no. Era sólo un pensamiento.

Matthew alzó una palada de tierra.

—Ed dice que va a ir a la facultad de Derecho este otoño —dijo.

—Sí, y parece que lo dice en serio. Sería un buen abogado; sabe discutir.

—Se necesita algo más que eso.

—Pero ya es algo.

—Cuesta dinero ir a la facultad —dijo Matthew—. ¿Cómo piensa que va a poder ir a la universidad y mantener a una familia, en tiempos como éstos?

—No creo que se casaran en seguida; al menos tardarían un año o algo así.

—Desde luego, deberían esperar.

—Sí, creo que deberían hacerlo. Sólo con que supieran que nosotros no nos oponemos... Ella volverá a la escuela dentro de una semana, y yo no puedo soportar verla así, queriendo y queriendo, y pensando que nosotros no queremos que se case con él. Eso no es cierto, pero no sé cómo explicárselo sin que me interprete mal, sin que piense que no le vamos a permitir tener algo que Mathy tuvo.

—Mathy iba a tenerlo tanto si nos gustaba como si no.

—Sí, pero Leonie no lo hará. Aquí está la diferencia, no se casará a menos que le digamos que puede hacerlo. Y si es esto lo que quiere...

—No saldrá bien —dijo Matthew.

—Me temo que no. Pero ¿cómo podemos saberlo? No se trata de nuestras vidas, sino de las suyas.

—Es verdad. Nunca se sabe.

—Piensa en Jessica y Creighton —musitó Callie—. Yo dije que ese matrimonio no iría bien. Pero por lo visto me equivoqué.

—Eso parece.

—Cuesta de entender por qué se casó con un hombre como él, especialmente siendo viuda. Creighton parece una buena persona pero ¡con todos esos hijos mayores! ¡Y esa vieja granja suya en la ladera de la colina! No sé cómo se gana la

vida. Y mira que ella tuvo oportunidad de casarse con otros. Lo que pasa es que creo que eso es lo que quería... ¡toda una casa llena de críos ruidosos, perros y gatos! Cada vez que pienso en las visitas que les hacemos me entran ganas de reír. —Se pasó la mano por los ojos—. Bueno, creo que Jessica es feliz. Y puede que Leonie y Ed lo fuesen también. Como te he dicho, se trata de sus vidas, no de las nuestras. —Permaneció un momento en silencio—. Pero, papá —dijo entonces levantándose—, yo siempre he sido la que ha defendido a Ed, y tal vez me he equivocado. Ya no voy a hacerlo más. Esta vez se hará lo que tú digas. La decisión ha de salir de ti. Sea cual sea, yo te apoyaré.

Se volvió y empezó a subir por el sendero. Matthew siguió cavando. Su camisa estaba empapada de sudor. Al cabo de un rato fue a sentarse en la sombra y se quitó el sombrero. Tal vez aquel asunto no era tan serio como creían. Tal vez Leonie se olvidaría de él cuando regresara a la escuela. Quizá se trataba de un caso de amor pasajero. Pero mirando atrás (medio avergonzado, como si estuviera espionando), no podía recordar a Leonie enamorada. Se acordó de cuando iba al instituto, corriendo a casa por las tardes para ayudar a su madre, inclinada de noche sobre sus libros en la mesa del salón o estudiando su música, y más tarde yendo a casa desde la universidad o desde su trabajo de maestra, un fin de semana tras otro cada verano. En todo aquel tiempo no había habido ningún chico cuyo rostro pudiera recordar, ni ningún signo de que la vida de Leonie fuera algo más que el trabajo. ¿Era posible que hasta entonces nunca hubiera estado enamorada? ¡Eso era peor de lo que imaginaba! El primer amor a su edad... —¿cuántos años tenía ahora?, ¿veinticinco?, ¿veintisiete?— era un asunto grave. Los jóvenes podían salir de él indemnes, pero los adultos ¡podían quedar destrozados! Si Leonie había esperado todo aquel tiempo... Oh, y tenía la cabeza dura. «Dura como una piedra», murmuró, dando una patada a una piedra. Si se había decidido por Ed, nunca lo olvidaría, tanto si se casaba con él como si no.

Y en cuanto a Ed, ¿qué? A Matthew, ahora, gracias a sus esfuerzos, había llegado a gustarle. Pero no había pensado que pudiera suceder esto. Cogió otra piedra y la tiró lejos. ¿Y si dijera no? Tal vez sería lo mejor, pues, aunque se quisieran de veras, estaban destinados a tener problemas. Eran demasiado distintos. Él comprendía ahora la manera de ser de Ed, y con un poco de esfuerzo podía aceptarla. Pero dudaba de que Leonie pudiera hacer lo mismo. No era probable que Ed le diera las cosas a las que ella aspiraba: una hermosa casa, viajes, una vida de cultura, todo lo que supone alcanzar el éxito... Leonie necesitaba recompensas, como él. Ed y Mathy jamás las habían necesitado.

Lanzó un suspiro. ¿Cómo podía decirle eso a Leonie? Nadie puede decirle nada a nadie, ni siquiera cuánto le ama. Eso era lo más duro de todo. Y él quería a aquella criatura obstinada cuya naturaleza se parecía tanto a la suya. Quizá el único modo en que podía decírselo ahora era dándole lo que deseaba.

Se preguntó de pronto si alguna vez le había dado algo que ella deseara. Bueno, le había dado un buen hogar y una educación (aunque ella se pagaba una parte). Las

niñas habían tenido siempre regalos. Pero era Callie la que se había preocupado de eso, no él. Al volver de algún viaje, ¿les había traído algún juguete, algún recuerdo? No se acordaba de ninguno. ¡Y tiempo, el precioso regalo que les había ofrecido con tanta cautela! Bajó la cabeza, avergonzado. Los pecados de omisión. Quizá las niñas habían necesitado más su tiempo que el alimento y la instrucción moral. Muñecas, bombones, chucherías..., quizá si les hubiera dado esas cosas antes... Bueno, pues ahora le daría lo que deseaba, aunque le hiciera daño, como un niño que se hubiera comido demasiados caramelos. ¡Qué lástima que no se hubiera comido ninguno! Y tal vez Leonie descubriría su propia cura. Tal vez ella fuera la única persona capaz de sacar algo de Ed. De todos modos, el Señor sabía que estaba decidida.

Contempló distraídamente la piedra que tenía en la mano. Arenisca..., probablemente arcillosa. Se mojó el dedo con la lengua, tocó la piedra y la olió. Sí, tenía aquel olor. Arcillosa. La volvió del derecho y del revés, fijándose en las partículas infinitesimales que brillaban en su áspera superficie marrón. Trocitos de mica mezclados con arena, que a su vez constaba de partículas de cuarzo; antes había sido granito, y mucho antes, magma. Todo comenzaba en fuego. Escarbó el pequeño agujero que había a un lado y sopló el polvo. Las paredes interiores estaban estratificadas, como fósiles, aunque probablemente la erosión había originado sus muescas. Las pizarras y calizas se fosilizaban mejor, siendo la propia caliza un cuerpo sólido. Pensó en los mares del Cámbrico y del Silúrico inundando su tierra y retrocediendo luego, dejando una estela de criaturas machacadas, comprimidas, convertidas en piedra. Y después de los mares, las junglas tropicales marchitándose lentamente en el fango y endureciéndose allí a lo largo de millones de años hasta que él las había llevado a casa para quemar. Bosques paleozoicos saliendo de su chimenea convertidos en humo. Tal como empezaba, concluía: en fuego. Sin embargo, no concluía del todo. La ceniza mineral yacía en su jardín, mezclándose con la tierra de nuevo, renovándose en otra forma y continuando el ciclo. Siempre había un ciclo.

Pero estaba divagando. Contempló las oleadas de calor que brillaban sobre el campo. Reinaba un profundo silencio allí abajo, tanto, que podía oír el sonido de un acordeón a lo lejos. Era un sonido angustioso, como si alguien intentara reír entre lágrimas.

Con un suspiro, dejó la piedra en el suelo, cogió la azada y se dirigió a casa.

CALLIE

El cardenal comenzó a piar atravesando el silencio de la mañana. Callie abrió los ojos. Amanecía. Las franjas satinadas del papel de la pared relucían con la pálida luz, y en las ventanas las cortinas de encaje se movían lentamente con el aire. Se despertaron más pájaros. Urracas, un ruiseñor. En el cedro se oían aleteos y el *chirc-chirc* nasal de un petirrojo. El día se iniciaba con gracia y dulzura, sin prisas. De la noche no quedaba más que la sensación de quietud, que en realidad no era propiamente suya, sino de la mañana. La noche estaba llena de murmullos y agitaciones, de hormigueos en la hierba. Y la mente trabajaba incansable recordando tristezas largo tiempo olvidadas hasta que el sueño las hacía desaparecer. La paz y el silencio formaban parte del amanecer, interrumpidos sólo por el trinar de los pájaros.

¡Cómo le gustaba a Callie el verano!, con sus noches que transcurrían rápidamente y sus días largos..., con las niñas en casa. Por fin se permitía pensar en eso. ¡Llegarían hoy! No había querido pensarlo hasta entonces para prolongar la ilusión, para saborear la idea. ¡Pasaban tan poco tiempo juntas! Al cabo de dos semanas volverían a irse llevándose el verano con ellas. Cada partida era una muerte para Callie; pero ahora, al principio, se olvidaría de eso y se imaginaría que se quedarían para siempre. El dolor de su marcha no era nunca tan grande como la alegría de su llegada.

Matthew no se había despertado todavía. Yacía hecho un ovillo dentro de su camisa de noche, con las rodillas dobladas. Pero incluso durmiendo parecía alerta. Fruncía el ceño, concentrado, y cerraba los ojos con esfuerzo. Todas sus hijas adoptaban aquella misma expresión. A ninguna de ellas le importaba mucho dormir; sólo les preocupaba la luz del día y hacer algo.

Callie le colocó la sábana por encima de los hombros y salió de la cama. Echó agua en la pila del lavabo y se bajó el camisón dejando su torso al desnudo. Su cuerpo era delgado y viejo, pero se conservaba aún bastante firme y suave excepto por donde le habían amputado un pecho y la carne se arrugaba en una fina cicatriz. Empezó a lavarse con parsimonia, estremeciéndose al contacto del agua fría. La antigua herida ya no le producía ni miedo ni resentimiento. Se había convertido en una especie de medalla, de condecoración por su valentía en la que ahora podía pensar con cierta satisfacción e incluso con algo de regocijo. Matthew, considerándose algo culpable, había sufrido por ella y también por él. Había sido un poco cabeza loca en otros tiempos. ¡Pobre Matthew! Le resultaba tan fácil dejarse arrastrar y perder la cabeza y el corazón... Lo conocía bien. Había sido fiel, estaba

segura; pero gran parte de su lealtad era cautela. Se trataba de un hombre tímido, atolondrado, irritante. Y sin embargo (se volvió para mirar la cabeza gris apoyada sobre la almohada), cuando pensaba en Dios veía su imagen en él. Permaneció un instante observando cómo dormía y luego, tras doblar la toalla, empezó a vestirse.

El aroma de sus ropas frescas y planchadas la llenó de placer. Después se peinó el pelo corto y blanco y se puso las gafas. El despertador todavía no había sonado. Lo cogió del estante y quitó la alarma. Matthew ya se despertaría solo. El estante contenía una colección de jarroncitos, platitos y chucherías que las niñas se habían regalado las unas a las otras hacía mucho tiempo. Entre estos objetos había dos perritos y un zorro de felpa, y tres figuras talladas en madera. Al volver a dejar el despertador allí encima, movió al pequeño zorro separándolo más de los perros. Eran las seis menos veinte.

Abajo, la cocina estaba fría y en sombras, aún dormida. Pensó en el alboroto y griterío que habría más tarde. ¡Las niñas venían a casa! Al salir al porche trasero percibió un ligero olor a tabaco, un efluvio extraño a aquel sitio. Se aseguró de que la puerta estuviese cerrada, preguntándose con ansiedad qué hombre habría acudido allí a aquella hora. Pero no había ido ninguno. En el escalón de la puerta había una vasija de piedra cubierta con un paño. Sonrió con alivio. Miss Hagar había estado allí, fumando su pequeña pipa. Abrió la puerta y miró dentro de la vasija. Había dos rollizos pollos ya desplumados. Miss Hagar debía de haberse levantado antes del amanecer y, dejando la tetera al fuego y la vaca sin ordeñar, había caminado tres kilómetros para dejar su regalo antes de que nadie se despertara para agradecerse. La buena mujer, que no tenía familia, había querido participar en su alegría. Tenían que invitarla. (Aunque Callie se preguntó cuándo; se sentía tan celosa de sus hijas en el corto tiempo que pasaban en casa...).

Metió los pollos en la nevera. No tendría que matar su gallina gorda. Tal vez podría preparar ensalada de pollo. A Leonie le gustaría. La exigente y refinada Leonie, que quería que las cosas se hicieran como debían hacerse. Callie se sonrió. Bueno, pues todo se haría como era debido. Había lavado y planchado los manteles de lino, había comprado velas y había limpiado la plata hasta que en ella se reflejaron los fogones. A la luz de las velas no se veía la comida, pero Leonie se sentiría feliz.

Salió afuera y bajó por el sendero deteniéndose junto al ahumadero para contar los capullos de las damas de noche. Al cabo de un par de días estarían a punto de florecer. Eran unas flores tan hermosas y duraban tan poco tiempo... Eran casi como la visita de las niñas: algo que se esperaba con ilusión todo el año, luego llegaba, se disfrutaba mucho con ello, y por fin terminaba en un santiamén. Tal vez tenía que ser así. Ella pensaba que le gustaría tenerlas en casa siempre, pero quizá en realidad no lo deseaba. Cada cosa tiene su tiempo. Si sus hijas estuvieran siempre allí, no podría esperar su llegada con ilusión.

«Tengo que darle a Leonie algunas semillas», recordó. Leonie podría plantarlas el verano siguiente junto a su nueva cerca. ¡Aquella cerca! Callie movió la cabeza

sonriendo. Empezada hacía dos años y abandonada a medias en el patio... Leonie la había cubierto de malvas reales para ocultar el desbarajuste que había detrás: los restos y piezas de coche que Ed se había llevado del garaje a casa para entretenerse en sus ratos libres. Aquello ponía furiosa a Leonie. Ya habían tenido sus problemas aquellos dos. (Primero la época de la depresión, Ed sin trabajo, Soames en camino y Peter de nuevo en casa de sus abuelos la mayor parte del tiempo. Luego la guerra, Ed otra vez en Kansas trabajando en los talleres, Leonie dando clases en una escuela rural y viviendo ambos en una habitación realquilada con el pequeño Soames.) Pero ahora todo les iba mejor. A pesar de que fueran tan distintos, Leonie y Ed parecían necesitarse el uno al otro, como la mantequera y el batidor. Se entendían bien. Pero Leonie y Soames ya eran otra cosa. Era una lástima: a Leonie le gustaba más el hijo de su hermana que el suyo propio, y Soames lo sabía mejor que ella. Esto les impulsaba a hacerse cosas que ninguno de los dos podía perdonar. Pero, a pesar del vacío que existía entre ambos, se querían. Ahora Soames iba a marcharse, y tenía miedo. Sin embargo, necesitaba hacerlo. Quería volar. Aquello era algo que su padre había hecho y Peter no. Y Leonie, al ver que se le escapaba, trataba de acercarse a él antes de que fuera demasiado tarde.

¡Pobre Leonie y pobre muchacho! Callie suspiró mientras cruzaba el huerto (anotando mentalmente que tenía que recoger las judías). Los hijos deseaban el amor de los padres, pero a veces los padres lo hacían difícil. También ella había fallado en eso, no cabía duda. Volviendo la vista atrás, veía equivocaciones; y con todo, tal vez no había obrado muy mal. Las niñas se habían marchado, pero volvían siempre. Como decía una vieja canción de cuna, «Déjalos solos y volverán a casa». Lo más difícil del mundo era dejarlos solos.

Había aprendido aquello primero con Jessica y seguía aprendiéndolo con Mary Jo. Al pensar en su hija pequeña, sintió de nuevo la familiar necesidad de protegerla. Pero Mary Jo era la más difícil de alcanzar. Mediaban tantos años entre ambas y era una chiquilla tan llena de razones y argumentos... «Pero, mamá, ¡estás tan pasada de moda! Los tiempos han cambiado desde que tú eras joven... Pero, mamá, querida, ¡eso resulta tan burgués! No puedes comprenderlo...» Y luego todas aquellas palabras e ideas que sacaba de los libros. En aquel aspecto era peor que Leonie. A veces, Callie se sentía como una extraña delante de su hija menor. Y cada año había menos cosas que se pudieran decir.

Lo que la chiquilla hacía en aquella ciudad, cómo vivía y qué amigos tenía... todo eso sobrepasaba la comprensión de Callie. Sólo lograba imaginar con claridad los peligros, y sentía miedo por su corderito. La chica era inteligente, culta y todo eso, pero también un poco alocada, como su padre. Fácil de convencer, sin juicio; feliz como una alondra si alguien la admiraba, aunque fuera un pobre chico; ávida de ser amada. Podían herirla tan fácilmente, y Callie podía hacer tan poca cosa al respecto...

—Pero ¡hoy vendrá a casa! —le dijo alegremente a un gallo que se estaba

paseando por el sendero—. ¡Hoy la veremos y sabremos que está bien! Sal del huerto, bribón. ¡Vamos!

Lo espantó con el delantal y luego regresó a través del patio. En el establo las vacas yacían, grandes y gordas, envueltas en sombras. Una de ellas se levantó y se dirigió a la cerca rumiando pensativamente.

—Pronto te ordeñaré —le aseguró Callie—. Aunque no sé dónde pondré toda la nata —prosiguió, contando mentalmente todos los recipientes de la leche que había en la nevera—. Tendré que volverla a batir esta mañana. Podríamos llevarle un poco de mantequilla al viejo señor Corcoran; no le hemos visto en toda la semana. ¡Buenos días, caballero! —exclamó al ver pasar a un toro.

Contempló el rítmico balanceo de sus gruesos costados. Matthew estaba orgulloso de su hermoso toro rojo.

A lo lejos, en el sur, más allá de Little Tebo, la luz del sol se reflejaba en una alta pradera que brillaba por encima de la línea oscura de los bosques. Pronto el sol llegaría a los nogales y dibujaría estrías amarillas por entre los árboles. Se estaba bien allí abajo.

—Iré a coger arándanos —dijo en voz alta.

A Matthew le gustaban para desayunar, con nata bien espesa. No tardaría mucho tiempo en recogerlos y él todavía no se había levantado.

Tomó un cestito y atravesó el prado. Los arándanos habían madurado tarde aquel año debido a las lluvias, pero ahora eran grandes y jugosos y se desprendían del tallo con sólo tocarlos. Aunque el cesto estuvo lleno pronto, no volvió en seguida; prefirió saborear la hermosura de la mañana y seguir avanzando por el camino. Las anchas hojas de los robles relucían y los sauces se agitaban con la brisa. Más allá, los campos de maíz ondeaban tal como ella se imaginaba que debía de hacerlo un océano. El Little Tebo se había desbordado en primavera, pero ¿quién lo diría ahora? Recordó la espesa y sucia capa de agua extendida como un sombrío lago sobre los campos; cuando se retiró, lo hizo lentamente, dejando escombros por todas partes. La primavera había sido fría y húmeda, lo mismo que el verano. Pero ahora el tiempo había mejorado. Y, después de todo, era preferible que lloviera mucho a las terribles sequías que habían sufrido en los años treinta, cuando el sol bañaba la tierra día tras día, quemando el verde y dejando residuos de hojas secas, fruta podrida y polvo. Un otoño caluroso que había llegado antes de mediados de julio. Por lo visto nada se producía en una medida razonable, ni el agua, ni el sol, ni la tristeza. Pero a veces la alegría también es inmoderada y resarce de todo lo demás.

Siguió andando lentamente y pensando en la alegría y en la tristeza, en las estaciones y en el paso del tiempo. Viejos recuerdos cruzaban por su mente... Mathy, cuando no tenía más que tres años, que había encontrado en la espesura un ternerillo cuyos ojos no eran más dulces ni más sorprendidos ante el mundo que los suyos (hacía ahora veinte años que Mathy había muerto, y sin embargo parecía seguir estando allí, entre aquellos árboles que rodeaban la colina). Pensó en Jessica y Leonie

de niñas, recogiendo flores para sus cestas de mayo: campanillas, margaritas y verbenas; en el día que la vaca loca casi la hizo caerse al arroyo, una pobre bestia lunática que coceaba y se resistía mientras la ataban pero que luego no quería salir del establo... Cosas tan lejanas como éstas se volvían a revivir: la niñez, la vieja granja de la colina, una casa vacía.

Se detuvo en el sendero, confundida por una vaga sensación de tristeza. Una tenue brisa había pasado por entre las hojas de roble, trayendo consigo... ¿qué? Ecos de voces olvidadas, de voces de niños, «abajo en el prado, podemos oírles cantar». ¿Qué era eso? Hacía tanto tiempo que se había perdido. Ella había llorado. Alguien a quien había querido... «Abajo en el prado...» Dos niños, eso es lo que era, dos niños solitarios junto a la valla de un prado, aguzando los oídos para no perderse los cantos que sonaban a lo lejos.

Se le escapó un sollozo. Pensaba en sus hermanos pequeños, muchachos de ojos castaños como perritos, alocados, torpes, pensativos y desamparados; en realidad, eran sus hermanastros, hijos de la amargada mujer con quien su padre se había casado ya mayor. Callie había ayudado a criarlos y los quería. Pero ella se había marchado, lo mismo que sus hermanas, dejándolos con una madre que no les tenía ningún cariño y con un padre demasiado aturdido para preocuparse. «Mamá no nos deja ir a la iglesia...» ¡Domingos, amistad, risa y niños con quienes jugar! «Mamá no nos deja, pero abajo en el prado podemos oírles cantar».

Habían pasado ya cincuenta años y todavía lloraba por ellos. Thaddeus estaba muerto y Wesley era un anciano. Sólo Dios sabía si alguno de ellos había logrado acercarse más a los cantos. Tal vez eso fuera lo que pasaba: toda tu vida oías los cantos y nunca lograbas acercarte más. Había cosas que deseabas durante toda tu vida y, de pronto, al cabo de un tiempo, no estabas más cerca de ellas que antes y ya no te quedaba tiempo.

Alzó los ojos para contemplar el brillante cielo. «Tengo setenta años», se dijo. Eso significaba ser vieja. ¿Cuántos años más viviría? ¿Diez? Su mente recordó los diez años pasados. Pero ¡si eran muy pocos! ¿Eran otros diez años todo lo que podía esperar? Entonces tendría ochenta, sería muy mayor. En tan poco tiempo... ¿Y dónde estaba la hermosa casa blanca que hacía esquina, donde mentalmente había vivido siempre? ¿Y el seto verde, bien recortado, y la rocalla en el jardín? ¿Cómo era posible conseguirlo en sólo diez años?

Entonces, ¿aquello era todo? ¿Todo lo que iba a poseer? Se volvió lentamente. Ramajes, campos, el riachuelo, bosques, la larga pendiente del prado, el tejado del granero más allá... Esto y unas cuantas ciudades pequeñas constituía su mundo, lo único que probablemente conocería nunca.

—¡Yo siempre he deseado ver el océano!

Dijo aquello en voz alta y con sorpresa, como si por primera vez se le ocurriese pensar que podría no ver jamás el océano o hacer un sinfín de cosas que había pensado hacer.

—Nunca he aprendido a leer —dijo.

Y sola allí en el prado, bajó la cabeza avergonzada. No era capaz de descifrar más palabras que las que salían en una receta, y ni siquiera todas. Jamás había leído verdaderamente la Biblia; sólo miraba las páginas, recitándose los versículos que sabía de tanto oírlos y consolándose al notar el tacto del gran libro en sus manos. Nunca se lo había dicho a su familia. Para aliviar el engaño, solía prometerse que la semana siguiente aprendería a leer, justo en cuanto la casa estuviese limpia y la ropa planchada. Pero siempre tenía demasiado trabajo. Y ahora, a los setenta años, no era probable que llegara a leer nunca, como tampoco vería el océano. El futuro se le presentó de pronto vacío como una llanura. A partir de entonces ya no podía esperar nada. Nada más que el cielo.

Y, por lo que sabía, ¡tal vez ni siquiera aquello! Se agitó inquieta. Oh, había un cielo, de acuerdo; estaba segura de ello. Pero de lo que no estaba tan segura era de entrar en él. Antes siempre había pensado que entraría; lo había dado por sentado, confiando en que sus oraciones y penitencias la salvarían. Pero tal vez no sería así. El día que compareciera ante Dios, el cielo podía disolverse también, como el océano y la hermosa casa blanca.

Permaneció en el tranquilo prado pensando en el Juicio Final. Amedrentada por el silencio, su mente dejó de emitir palabras y un viejo recuerdo despertó suavemente, tan fresco y vivo como si no hubiese permanecido enterrado durante tantos años. En su presencia, los bosques de su alrededor se tornaron en bosques de primavera y el aire adquirió una ternura que sólo se nota de vez en cuando en la vida. Lo recordaba claramente. Y aquello había sido hacía cuarenta años.

Era abril. La escuela todavía no había terminado. Matthew iba a Renfro cada mañana para dar clase y regresaba a casa al anochecer. Cuanto más largos eran los días, más tiempo permanecía en la ciudad, pues aunque tenía mucho que hacer en la granja, no parecía interesarse demasiado. Normalmente, en primavera florecía como un árbol, se llenaba de nuevo vigor y se aplicaba a su trabajo con tenacidad. Solía estar sombrío y silencioso, y se enfadaba con Callie y con las niñas. Éstas apenas se atrevían a hablarle y, cuando lo hacían, él no las escuchaba. Ya había pasado temporadas así otras veces, pero en esta ocasión parecía haber algo más. Callie pensó en su hermano que casi había muerto de tuberculosis y le aterrorizaba pensar que Matthew hubiera cogido aquella enfermedad. Que él asegurara que estaba bien no importaba. Ella continuaba preocupada y lo vigilaba de cerca para no pasar por alto cualquier signo fatal.

Algo sucedía, de eso estaba segura. Matthew había cambiado en cierta manera; no disfrutaba ni con las niñas ni con ella. De hecho, parecía hacer lo posible por rehuirla. Y por fin, con hiriente sorpresa, descubrió que había otra mujer. Alguien a quien él veía todos los días. Tenía que ser eso. ¿Qué otra cosa, si no, podía haberle arrebatado a su marido, reemplazándolo por aquel extraño?

Se sintió tan curiosa como herida ante el descubrimiento. ¿Quién diablos podía ser? Repasó mentalmente a todas las mujeres y muchachas de la región, convenciéndose de que no era ninguna de aquéllas. Aunque ella no era precisamente vanidosa, conocía su propia valía; era tan inteligente como cualquiera de sus conocidas, más guapa que muchas, y además tenía encanto. Jamás ninguna chica le había quitado a ningún hombre. En todo caso, había sucedido lo contrario. ¿Quién podía ser la que le estaba devolviendo ahora la pelota? Sin duda, alguna mujer de la ciudad; una criatura tonta que le había hecho perder la cabeza a su marido. Conocía aquella clase de mujeres. Los hombres caían en sus garras como cogían resfriados en primavera. Pero no duraban mucho. Al llegar el verano todo habría terminado. Desde luego, ella no pensaba armar un escándalo. Eso es lo que los hombres esperan que hagas: hace que se sientan importantes y les da algo que echarte en cara. Pero ¡no iba a darle aquella satisfacción! Si él tenía que descarriarse, que lo hiciera por su cuenta; así no podría decir que ella lo había inducido a ello.

Sin embargo, a veces, cuando él se sentía culpable y lo demostraba, resultaba difícil guardar silencio. Pero se contenía y, con tazas de safrán, hierbas silvestres y paciencia, hacía lo posible por aclararle la sangre y acelerar su retorno.

Jessica tenía siete años aquella primavera, y ya había empezado a ir a la escuela. Cada mañana, Matthew, de camino para Renfro, la dejaba en Bitterwater. Y por las tardes ella volvía a casa cruzando los campos o acompañada por algún vecino. Leonie, que acababa de cumplir los cinco, había estado pidiendo todo el año que también la llevaran a la escuela. Y una mañana de abril —una mañana particularmente hermosa y cálida— dejaron que acompañara a Jessica «de visita». Matthew estaba de mal humor porque aquel día tenía que hacer el viaje en calesa y llegaría más tarde. Pero Leonie había insistido mucho y por fin decidió llevarla también.

Callie les dijo adiós con la mano y entró corriendo en casa para empezar el trabajo de la mañana. Como hacía muy buen día, sacó la ropa de cama a ventilar; colgó las colchas en el tendedor y extendió los colchones sobre la hierba. Luego, como no tenía ganas de entrar en casa, decidió ponerse a buscar su gallina ponedora. La muy granuja se había construido un nido por algún sitio y no habían podido encontrarla.

Bajó por el prado pensando en la gallina, aquel animal suave, rollizo y estúpido, oculto en algún sitio sobre sus huevos calientes, dormitando hasta que le llegara el momento de salir. Callie sonrió. Hasta una gallina se enorgullecía de sus bebés. Y una gallina no sabía casi nada. ¡Cuánto más orgullo se sentía teniendo hijos, porque así se amaba a alguien!

—¡Oh, Matthew! —exclamó angustiada.

¿Qué le pasaba a aquel hombre y por qué no se comportaba como de costumbre? Lo echaba de menos, y también a sus polluelos. Deseó que Leonie se hubiese quedado en casa. Se sentía muy sola con todos fuera. Pero aquellos días incluso se sentía sola cuando estaban todos en casa. Suspiró y, tras una búsqueda infructuosa, volvió a casa.

Estaba trabajando en la cocina cuando un ruido en la parte delantera le llamó la atención. Deseando que fuera un vecino que pasara por allí, corrió a ver. Pero con alarma comprobó que un hombre extraño había cruzado la puerta del patio. Era un hombre de piel oscura, llevaba una ramita de ciclamor en el sombrero y cuando andaba se oía un tintineo. ¡Un gitano!, pensó con pánico; pero al instante se sintió tranquilizada al ver el hato que llevaba colgado del hombro. Se trataba de un buhonero, y aunque era aún temprano para que aparecieran, no era motivo de alarma. Sin embargo, era un hombre y un extraño, y su dedo se colocó instintivamente sobre el gancho de la puerta. Si él no la hubiera visto, habría corrido a esconderse.

—¡Buenos días! —gritó él.

Cruzó el patio con paso alegre; era un hombre joven, de constitución bastante ligera. El tintineo procedía de una campanilla que llevaba en el zapato. Ahora que lo veía más de cerca, comprobó que no era tan oscuro de piel como creía; parte de su color se debía al sol. Pero su pelo y sus ojos eran negros, y había algo en él que lo clasificaba, si no como gitano, sí como extranjero. Se detuvo en el umbral de la

puerta, dejó el hato en el suelo y se quitó el sombrero.

—¡Qué buen día hace hoy! —exclamó, tan satisfecho como si el tiempo fuese obra suya—. ¿Puedo presentarme? Marco Polo del desierto, una caravana de uno con un cargamento de riquezas: sedas, encajes y joyas, perlas de Oriente, agujas, alfileres, tabaco torcido, y... —quitándose la ramita de ciclamor del sombrero, añadió—: ¡flores para las señoras!

Le tendió la ramita con una amplia y amistosa sonrisa. Pero si creía que iba a abrirle la puerta, estaba equivocado.

—Eso no es una flor, sino que es de un ciclamor, y tengo un bosque lleno de ellos.

Él se echó a reír como si ella le hubiera contado un chiste.

—¿Es suyo ese bosque que hay ahí detrás? Entonces el ciclamor lo he robado —admitió alegremente—. Pero como le pertenece, si se lo devuelvo ya no tengo de qué avergonzarme. Aunque bien pensado —dijo, apenas sin parar para recuperar el aliento—, me parece que no se lo voy a devolver. Ya que usted tiene un bosque lleno y yo sólo esta pequeña ramita, con su permiso, me la quedaré.

—Sí, quédesela.

—¡Gracias!

Volvió a colocarla en el sombrero y la miró con su brillante sonrisa.

—¿No es un poco pronto para que aparezcan ustedes, los buhoneros? —preguntó ella.

—¡En realidad, sí! Y yo no tenía intención de venir aquí tan pronto, ni de venir nunca.

—Entonces ¿por qué lo ha hecho?

—¡Me he perdido! —exclamó felizmente, abriendo los brazos—. Sé que me hallo en alguna parte de Misuri y a un cuarto de hora de camino de un árbol de ciclamor; pero, aparte de eso, no sé dónde estoy.

—¡Caramba! ¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —Andando.

—¿Desde dónde?

—Desde una estación de ferrocarril. Pero no está en una ciudad, sino en pleno campo.

—Supongo que se refiere al cruce. Los trenes que no cruzan Renfro paran allí algunas veces.

—¿Renfro?

—Es la ciudad más cercana. ¿Se encaminaba usted hacia allí?

—¡Me parece que no! Me dirigía hacia el sur, a la región de las colinas, donde ya casi es verano. Pero ayer (se acordará del buen día que hizo; como hoy, sólo que éste es mejor), ayer, digo, se me ocurrió bajar del tren en ese cruce y echar una ojeada a esta comarca. El sol era cálido y yo estaba cansado de tanto viajar. Ya tomaría otro tren que me llevara a mi destino. ¡Así que bajé! Y empecé a andar junto al camino pensando que si veía alguna casa tal vez podría vender algo. Y si no, pues no

vendería. La única pega fue... que me perdí en los bosques.

—¿Por qué no continuó por el camino?

—Lo encuentro pesado. —Sonrió ladeando la cabeza como un petirrojo, que en realidad era a lo que le recordaba: tenía ojos negros y brillantes, el paso vivo, y se había adelantado a la estación—. Había un sendero, pero no puedo soportar los senderos. ¡No se sabe adónde te llevarán! Ese me condujo hasta un arroyo. Pero no estuvo mal. ¡Cogí un hermoso pez y me lo comí para cenar!

—¿Cómo lo guisó?

—Encendí un fuego, y además tengo una sartén. Siempre la llevo aquí —dijo, tocando el hatillo con la punta del pie—, porque nunca sé dónde voy a comer. Después de cenar, me arrebujé junto al fuego y me dormí.

—¿Ha pasado toda la noche en el bosque?

—¡No había ningún otro sitio!

—¡Dios mío! ¿No hacía mucho frío?

—Sí, pero con el fuego y la chaqueta no se estaba del todo mal. A mí no me importa el frío. Esta mañana me he dado un chapuzón en el arroyo. Sí —se echó a reír al verla estremecerse—, me han dolido hasta los huesos, pero me he deshelado al sol. Luego lo único que tenía que hacer era encontrar el camino de la estación. Así que he recogido mis bártulos y he empezado a andar. Pero si usted dice que el empalme está en esa otra dirección, entonces no me oriento muy bien. Pero ¡soy un tipo con suerte, encantado de estar aquí!

—Si va a coger el tren de la tarde, será mejor que se marche ya.

—¿No hay otro más tarde?

—No hasta última hora de la noche.

—Entonces, si pierdo uno, puedo tomar el otro. Y entretanto, con su permiso, le enseñaré con mucho placer mis mercancías.

—Siento que haya tenido que andar todo este camino —dijo Callie—, pero no necesito nada. Será mejor que no pierda el tiempo.

—Pero si tengo todo el día —repuso él, abriendo los brazos.

—Sí, pero yo no. Yo tengo trabajo que hacer.

—Y aquí estoy yo, haciéndole perder el tiempo. ¡Perdóneme!

—Oh, no tiene importancia.

—Pero ya que estoy aquí —dijo, alegre de nuevo—, tal vez podría enseñarles mis cosas a los niños para entretenerles; no tiene que comprar nada. ¿Tiene usted hijos?

—Dos niñas, pero están en la escuela.

—¿Y su marido?

—Mi marido está... trabajando. En el granero —añadió firmemente—. Pero él tampoco necesita nada.

—Entonces ¿por qué no echa una ojeada usted? —dijo el buhonero con sonrisa suplicante—. No tardará mucho rato. Tengo sedas (hermosas sedas para lindos vestidos), cintas, botones dorados... Por favor, ya que estoy aquí...

—Bueno... —Contempló pensativamente el hato. Le gustaban aquellas baratijas —. Bueno, está bien. Echaré un vistazo. Pero sólo eso; no puedo comprar nada.

—No se preocupe —dijo él, desatando las cuerdas.

—Extiéndalo todo ahí en el porche. Desde aquí puedo verlo.

—Sí, señora.

El paquete se abrió como un melón maduro, de color intenso y lleno de unas semillas que eran baratijas, alfileres y carretes de hilo.

—¡Caramba, lleva muchas cosas!

—Todo lo que su corazón desea, y yo conozco los corazones de las señoras.

Empezó a desenrollar piezas de brillante seda carmesí y verde plata, y una con una ancha barra púrpura. No había nada negro aprovechable.

—¡Vaya! —exclamó Callie—. ¡Qué cosas tan bonitas!

Él sacó otra pieza de tela y la extendió con un rápido movimiento de muñeca. Era tafetán, rojizo y verde como las plumas de un gallo de Rhode Island. Sus inquietos colores brillaban al sol lanzando mil reflejos.

—Es preciosa —susurró ella.

El buhonero esparció botones dorados por encima de la tela como si se tratara de un puñado de grano. Luego sacó rollos de cinta de color rosa, azul, amarillo y rojo. Callie los miró con ojos brillantes, pensando en las niñas.

—¿Cuánto cuestan?

—Mi cinta es a seis centavos el metro. Es ancha y bonita, de buena calidad.

Ella se puso a hacer cálculos mentalmente, frunciendo el ceño.

—Necesitaría unos cuatro metros.

—Le haré un buen precio. Cuatro metros por veinte centavos.

—Hum... —Se mordió el labio inferior. Azul para Jessica, amarilla para Leonie..., serían unos bonitos cinturones para sus vestidos nuevos. Pero, si compraba la cinta, tendría que abrir la puerta. Y aunque el joven parecía buena persona, había que ir con mucho cuidado—. No, no —dijo por fin—. No puedo hacerlo. Lo siento...

—Yo también... ¡Dejémoslo en quince!

—No, pero gracias de todos modos. Pasaré sin ella. Siento hacerle perder el tiempo.

—Yo no lo siento en absoluto —dijo él con su viva sonrisa.

—Si se da prisa, todavía puede llegar al cruce a tiempo para coger el tren.

Contempló cómo volvía a meter los tesoros en el hatillo, doblando y empaquetando las cosas mientras sus finas manos morenas relucían entre las sedas. Los rayos del sol bañaban su inclinada cabeza. Su pelo era espeso y brillante, y se le rizaba en la nuca. Necesitaba un buen corte, pensó ella, pero se fijó en que llevaba el cuello limpio. El buhonero empezó a atar las cuerdas.

—Se ha dejado algo fuera —dijo ella.

—Ya lo sé.

Callie contempló el rollo de cinta azul que había quedado en el porche, y luego lo

miró a él con un destello de sospecha en los ojos.

—¿Para qué ha hecho eso?

—Me gustaría hacer un trato con usted.

—¿Qué clase de trato? —preguntó ella, retrocediendo.

La escopeta estaba en la cocina y sabía utilizarla. Él siguió atando las cuerdas y, cuando terminó, se enderezó sosteniendo la cinta en la mano.

—Si no es mucho pedir, ¿podría cambiarme un huevo por la cinta?

—¡Un huevo! —Era tan distinto de lo que esperaba que no tuvo más remedio que echarse a reír—. ¿Para qué?

—¡Tengo hambre! —contestó él con una expresión tan cómica que ella se rió de nuevo.

—Desde luego, no me extraña, después de vagar toda la noche por el bosque...

—Cogí una vaca, pero no pude ordeñarla.

—Guárdese su cinta —dijo ella—. Supongo que no puedo dejarle morir de hambre.

—No, no, haremos un trato justo. La cinta por un huevo. O tal vez..., como es una cinta de cuatro metros de largo al menos, tal vez por dos huevos.

—Tengo muchos. Puedo darle los que quiera.

—No le he pedido eso, señora.

—¡Bueno, pero no se los va a comer crudos!

—Ya lo he hecho, y no es tan malo.

—Pero es absurdo. Se los freiré.

—Ya le he hecho perder bastante tiempo..., usted tiene trabajo.

—Sí, claro que tengo —dijo ella recordando sus palabras.

—Me los guisaré yo mismo igual que el pescado. Puedo encender un fuego y tengo una sartén. Ya me las arreglaré como hago siempre.

—Bueno... —Meditó un momento—. Si quiere cocinarse su desayuno, puedo dejar que lo haga en el patio de atrás. Allí tendrá agua.

—¿No será una molestia?

—No, en absoluto. Pero tenga cuidado de no incendiar nada.

—Siempre tengo cuidado.

—No es necesario que desempaque todas sus cosas. Le daré algo para cocinar. Dé la vuelta y vaya a la parte de atrás.

—¡Gracias!

Ella cruzó corriendo la casa, cerró la mosquitera de la puerta trasera, y esperó a que él doblara la esquina.

—Encienda el fuego ahí, junto al tractor. Pero no se acerque demasiado al poste. Yo dejaré las cosas en el escalón y usted puede venir a buscarlas.

Cuando él estuvo al otro lado de la puerta del patio, Callie sacó una sartén y dos huevos grandes, y cortó una loncha de tocino. Tras un instante de vacilación, añadió otro huevo, y lo dejó todo en el escalón, teniendo cuidado de cerrar de nuevo la

mosquitera al entrar.

Podía verlo desde la ventana de la cocina. Se había quitado la chaqueta y se había arremangado la camisa. Al cabo de unos minutos ya había conseguido encender una pequeña llama y, arrodillándose, la abanicaba con su sombrero. Luego, al ver que se dirigía a la casa, se retiró de la ventana. Él se acercó al escalón haciendo resonar la campanilla y se alejó de nuevo. Dirigiéndose a la puerta, Callie vio que había dejado la cinta cuidadosamente doblada junto a un huevo. Sólo había cogido dos.

Sonrió y salió afuera.

—¡Gracias! —gritó, agitando la cinta.

Él le devolvió el saludo. Debería haberle dado un trozo de pan.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido? —dijo, regresando a la cocina. Allí cortó una gruesa rebanada de pan, la cubrió de mantequilla, y la dejó en un platito sobre el escalón—. Aquí tiene un poco de pan.

Lo esperó, sin molestarse esta vez en cerrar la puerta.

—Dos huevos no es mucho para desayunar. He pensado que le gustaría acompañarlos con algo de pan.

—Ya ha hecho demasiado por mí. Tendré que darle más cinta —dijo él con una sonrisa.

—No tiene que hacerlo. Que desayune bien.

Unos minutos después, volvió a salir con un tarro de compota de manzana. Iba a llamarlo, pero le pareció absurdo hacerle ir arriba y abajo continuamente. Se dirigió a la puerta del patio. Él estaba arrodillado junto al fuego, de espaldas, y como no la había visto avanzó más.

—Le traigo un poco de compota.

—¡Ah, hola! —exclamó él, poniéndose en pie—. ¿Qué es lo que me ha traído?

No era tan alto como Matthew, pero sí más que ella.

—Manzanas —contestó.

—Me gustan las manzanas. —Metió el dedo en el tarro y se lo chupó—. Están buenas.

—Son mi debilidad. Pero a algunas personas no les gustan.

Permaneció allí unos segundos, y como no se le ocurría nada más que decir, dio media vuelta.

—¿No se queda?

—Oh, no, tengo que...

—Tiene trabajo que hacer. Sí, ya sé lo que pasa. Yo mismo estoy más ocupado que una abeja, cocinando, barriendo y sacando el polvo de los muebles... —Hizo unas cabriolas pasando el pañuelo por el poste y por el tractor—. ¡Siéntese! —añadió con su sonrisa infantil.

Ella no pudo evitar echarse a reír.

—Tengo que volver a casa.

—Pero ¡si hace muy buen día!

—Bueno, sí, es verdad —observó ella, mirando el cielo.

El buhonero abrió los brazos.

—¡Mira, ha pasado el invierno! —gritó—, ¡el sol brilla, los pájaros cantan, y coged las flores de ciclamor mientras podáis o lo que ponga en la Biblia!

—Se ha armado usted un lío —dijo ella riendo—. La Biblia no dice nada de coger flores de ciclamor.

—Claro que lo dice —replicó él solemnemente.

—No.

Él sacó un pequeño libro del bolsillo de su chaqueta.

—Aquí tengo una Biblia; puedo probarlo. —La abrió e hizo ver que leía—: «Coged flores de ciclamor mientras podáis en la tierra de leche y miel». Ande, léalo usted misma. —Y le tiró el libro con una alegre carcajada—. Bueno, de todos modos suena como la Biblia, ¿verdad? Y hoy hace un día hermoso. Entrar en casa con el día que hace sería como darle la espalda a Dios.

—Bueno, me quedaré un minuto.

Callie se subió al tractor y se instaló en el asiento metálico.

Estaba caliente por el sol y le produjo una agradable sensación.

—¡Y ahora alegría! —exclamó el buhonero, tirando los huevos al aire y haciendo con ellos malabarismos, como Callie había visto hacer a un hombre en un pícnic de un Cuatro de Julio—. He hecho un cambio por un huevo, y he conseguido todo esto: carne, pan, manzanas, y también buena compañía. —Cogiendo los huevos, rompió a cantar—. ¡Alabado sea Dios, que derrama todas las bendiciones! —Más que un canto era un grito, y si Dios no lo oía, es que estaba completamente sordo. El gallo rojo corrió a ocultarse—. ¡Mirad los pájaros del aire, no se afanan, tampoco giran, pero el Señor les provee con su misericordia, y yo soy Salomón en su gloria!

Saltó del poste en donde se había encaramado y cayó de pie. Callie lo contemplaba fascinada. Estaba un poco chiflado, pero no sabía si a causa de que había bebido un traguito en el bosque o por el tónico del tiempo. En cualquier caso, era vivaz como un potro y la hacía reír.

—No comprendo cómo puede estar tan animado sin haber desayunado —dijo ella.

—Oh, me gusta sentir hambre cuando sé que voy a comer. —Se arrodilló junto al fuego y rompió los huevos en la sartén. Éstos sisearon en la manteca caliente, enroscándose en los bordes como servilletas almidonadas—. Pero si tuviera más hambre, no podría comer. Me moriría de inanición. Y no me gustaría morirme en un día como éste y perderme un desayuno así. A su salud, señora, y a la mía —dijo, alzando la sartén, y apoyándola en el poste—. Buen pan, buena carne, alabado sea Dios, y empiezo a comer. —Y con la bendición, procedió.

Comía vorazmente y, aun así, con finura, sin engullir, con un entusiasmo que hacía que ella casi pudiera saborear la comida. Era halagador haberle dado de desayunar. Lo contempló con curiosidad, fascinada por sus suaves y rápidos

movimientos. Tenía un brillo, un brillo limpio y saludable en el pelo y en la piel. Pensó que era joven; probablemente no tendría más de veinte años, aunque resultaba difícil precisarlo. En ciertos momentos se comportaba como un colegial de diez años, y en otros parecía mayor que ella. Pero, a pesar de su atolondramiento, Callie notaba que era culto y educado.

—Mi marido siempre lee —observó ella, jugueteando con la pequeña Biblia.

—¿Sí?

—Siempre que no está trabajando, y a veces mientras trabaja. Apenas sé qué aspecto tiene cuando está en casa; siempre tiene escondida la cara detrás de algún libro.

El buhonero sonrió.

—¿Le gusta a usted leer?

—Bueno, no tengo mucho tiempo. A veces miro la Biblia. Ésta que usted lleva es bonita.

—Forma parte de mi equipaje.

—Ah.

—La leo a veces cuando me detengo a descansar. Suena bien.

—¿La lee en voz alta?

—Es la mejor manera de hacerlo, especialmente al aire libre, suena mejor al aire libre.

—No veo qué diferencia puede haber —dijo ella sonriendo.

—Pruebe y lo verá. Lea algo.

—¿Ahora?

—Claro.

—Oh..., usted ya puede leérsela, ¿no?

—Estoy ocupado —contestó él con la boca llena.

—Bueno..., es que no leo muy bien.

—Mientras lea en voz alta, no importa.

Callie abrió el libro de mala gana. La impresión era tan fina que apenas podía distinguir las letras ni leer las palabras. Por fin, mirando atentamente la página, empezó a recitar, saltándose cosas o inventándose las cuando la memoria le fallaba.

—«Porque Dios amó al mundo de tal manera, que entregó a su único Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna».

—¿Lo ve? —dijo el buhonero—. ¿No suena mejor aquí fuera?

—Sí, suena bien.

—Siga, lea algo más.

Ella volvió varias páginas.

—«No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad y se os perdonará.» —Se detuvo y levantó los ojos. Como él parecía estar esperando oír más, pasó más páginas y empezó de nuevo—. «El señor me apacienta: nada me falta; en verdes pastos me hace recostar. Me conduce hacia fuentes

tranquilas; restaura mi alma.» «Aunque camino por el valle tenebroso, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo...» «Prepáreseme la mesa a la vista de mis enemigos; unges con aceite mi cabeza.» «La bondad y la misericordia me acompañarán todos los días de mi vida; y moraré en la casa del Señor para siempre».

Cerró el libro y alzó la vista. El buhonero estaba apoyado en el poste, mirándola con los ojos entornados.

—Lee usted muy bien —dijo él al cabo de un rato.

—Oh, no tanto.

Aceptó el cumplido, aunque mentalmente buscaba alguna justificación. Podía aceptarlo por su memoria; eso sería bastante justo. Le sonrió con simpatía. Era agradable sentarse allí al sol con alguien con quien hablar. Como Matthew se pasaba todo el día fuera, se sentía muy sola, y cuando venía a casa, no hablaba mucho. Bajó los ojos y vio que el joven la estaba mirando con una expresión extraña y sonriente.

—¿Qué está mirando? —preguntó inquieta.

—Esa telaraña.

Callie se volvió, y vio flotar sobre su hombro uno de esos hilos largos y finos que parecen colgar del cielo, el filamento que la araña ha escupido y se ha desprendido de la tela. Lo tocó con un dedo y el buhonero se echó a reír.

—¿Por qué ríe? —preguntó.

—¡Porque brilla!

Parecía una buena razón. Ella sonrió, recostándose y mirando a su alrededor. El aire era insólitamente claro. Los bosques verdes, el cielo azul, el gallo rojo paseándose por el patio, incluso la madera gastada del granero parecía desprender luz propia. Todo parecía unirse al sol e irradiar brillantez. Y todo estaba en silencio. Pero hasta el mismo silencio era una especie de música.

El buhonero se tumbó de espaldas y se colocó las manos en la nuca.

—Ahora tengo más sueño que un perro con la barriga llena.

—Pues no ha sido un desayuno muy abundante.

—Lo suficiente.

—Tal vez volverá a sentir hambre antes de que pueda volver a comer. Podría prepararle un poco de comida para que se lleve.

—Oh, gracias, pero no será necesario.

—No hay más casas entre aquí y el cruce.

—Entonces puedo coger otro pez —dijo con los ojos cerrados.

—No parece preocuparse mucho.

—¿Y qué ganaría si lo hiciese?

—Bueno, no sé. Pero lo lógico es que le gustara saber de dónde procederá su próxima comida.

—El cielo proveerá, o una señora amable.

Ella se echó a reír.

—¿Le gusta ser buhonero e ir siempre de un lado a otro?

—Me gusta mucho.

—¿No se cansa?

—A veces.

—¿No se siente solo?

—A veces.

—Me imagino que debe de ganar mucho dinero.

—No mucho.

—Caramba, entonces ¿por qué lo hace?

—Para poder sentarme así al sol.

—Pero el sol no brilla todos los días.

—En algunas partes, sí.

Tenía razón. Yacía con los ojos cerrados y con una tenue sonrisa en el rostro; por un instante Callie pensó que se había quedado dormido. Pero al cabo de un rato, se incorporó alegremente.

—Sí, es una buena vida —dijo—. ¡Ya hace dos días que soy buhonero!

—Eso es lo que me imaginaba —dijo ella riendo.

—Y ahora debo continuar.

—Sí, será mejor que se ponga en camino.

—¿Por dónde voy, por el mismo camino por el que he venido?

—Puede hacerlo; cruzando los bosques el camino es más corto. Pero es más fácil andar por la carretera. Suba por la colina y siga adelante hasta llegar a un cruce. Entonces diríjase hacia el norte; el cruce queda a unos cinco kilómetros y medio.

—Lo encontraré..., si no me vuelvo a perder.

—No se aparte de la carretera; así no puede perderse.

—Me lo he pasado muy bien aquí —dijo, poniéndose la chaqueta.

—Yo también. Espero que vuelva a vernos si alguna vez pasa por aquí.

—Gracias. Pero me parece que no volveré a pasar por aquí.

—¿Por qué?

—El mundo es muy grande.

—Sí, claro. —Miró cómo se colocaba el hatillo en el hombro—. Parece pesado.

—Con un rollo de cinta menos me resulta más ligero. —Le tendió la mano—. Gracias por el desayuno.

—Pero si me lo ha pagado.

—De todos modos, gracias. —Y con una rápida inclinación de cabeza, le besó la mano. Luego alzó los ojos, sonriendo con expresión traviesa—. Y gracias también a su marido, que está trabajando en el granero. ¡Adiós!

Poniéndose el sombrero, se alejó por el sendero como si estuviera en un desfile militar. Callie se quedó desconcertada al verse descubierta en una mentira que había olvidado. Y en realidad era una mentira muy tonta, ya que el joven supo todo el tiempo que estaba sola y no había levantado ni un dedo para hacerle daño. Lo vio marcharse con ganas de poder disculparse. Si se volvía, al menos podía agitarle la

mano. Pero él siguió andando sin volverse ni una vez y desapareció colina arriba.

Regresó lentamente a casa y, después de entrar los colchones, se preguntó qué podía hacer. El día se le había partido por completo. Para lo que el visitante le había dejado de mañana, bien podía haberse quedado a comer. Vagando por la casa, quitó el polvo del taburete del piano, abrió una ventana, volvió a la cocina y, al ver la barra de pan sobre la mesa, cortó una rebanada y se la comió. Mascaba distraídamente, contemplando el día soleado. Sin las niñas, la casa estaba fría y extrañamente silenciosa. Deseó que estuvieran en casa; las habría llevado de pícnic.

Fuera, en el patio, un agudo cacareo rompió la tranquilidad cuando una gallina escapó de la persecución de un gallo. Al verla alejarse agitando las alas, Callie se acordó de su ponedora. Se puso en pie de un salto. Aquél era un buen momento para buscar el nido. Cogiendo su sombrero para el sol, salió afuera contenta de haber encontrado algo que le permitiera estar al aire libre.

Durante más de una hora escudriñó cuidadosamente los matorrales y arbustos que había en los linderos del bosque. No había ni rastro de la gallina. Pero, como disfrutaba con el paseo, siguió andando por entre los árboles hasta que llegó al otro lado, a la Vieja Chimenea. La ennegrecida chimenea se encontraba a alguna distancia, rodeada de zumaques y ciruelos silvestres.

—Bueno, miraré ahí arriba —dijo.

Parecía un lugar adecuado para esconder un nido. Al cruzar el prado abierto, se quitó el sombrero y se desabrochó el cuello del vestido para que el agradable calorcillo le acariciara la garganta. El sol brillaba en lo alto del cielo y el aire tenía un perfume dulce. Sus pasos asustaron a una alondra que descansaba en la hierba. Echó a volar hacia la carretera y su silbido resonó suave y solitario en el silencio. El mediodía parecía haberlo acallado todo; todo parecía descansar como un viajero en la cima de una colina. Callie pensó en el buhonero recostado contra el poste y con la cara al sol. Le daba un poco de pena que se hubiese ido. Parecía formar parte de aquel brillante día, y desde que se había marchado faltaba algo.

La maleza crecía por todos lados, ocultando como un muro la vieja casa y dejando en medio un claro donde la hierva era suave y espesa en verano. Ella y las niñas solían ir allí de pícnic. Apartando los matorrales, llegó al claro. Ahí dentro la hierba ya estaba verde, salpicada de dientes de león. Y de pronto, a unos veinte pasos de distancia, vio al buhonero tumbado en el suelo, desnudo de cintura para arriba y profundamente dormido al sol.

Aunque su boca se abrió emitiendo un grito sordo, a decir verdad no se quedó muy sorprendida. Tal vez lo había conjurado allí con sus propios pensamientos. ¡El muy pícaro no había seguido la carretera! Permaneció absolutamente quieta y lo contempló con furtivo placer, como haría con un petirrojo en su nido o con una lagartija que tomara el sol sobre un tronco. Estaba tumbado de espaldas, con las manos por encima de la cabeza. El pelo se le enroscaba oscuro y brillante debajo de los brazos y sobre la frente. Y en su cara se reflejaba una ligera sonrisa, como si

estuviera soñando cosas alegres. No quería despertarlo. Los dos quedarían avergonzados si se descubriera que lo estaba espiando. Permaneció allí un rato y luego, con gran cautela, dio media vuelta.

—¡Hola! —dijo el buhonero.

Ella miró por encima del hombro y un extraño entumecimiento pareció recorrerle el cuerpo.

—Me alegro de volver a verla —dijo él.

—No sabía que estaba usted aquí —replicó ella con voz tenue—. Estoy buscando mi ponedora.

—¿Su qué?

—Mi vieja gallina ponedora. Ha escondido su nido por algún sitio.

—Yo esperaba que me estuviera buscando a mí. —Se levantó sonriendo—. He estado pensando en usted.

Le empezaron a temblar las rodillas y dio un vacilante paso atrás.

—¿Quiere que le ayude a buscar? —preguntó él, avanzando hacia ella.

—No, puedo hacerlo otro día.

—¿Adónde va?

No perdió el tiempo contestando, sino que se metió en la maleza, notando los fuertes latidos de su corazón. Él la alcanzó antes de que saliera al claro.

—¡No se vaya! Yo soy mejor que una ponedora.

—¡Déjeme marchar!

Él no la soltó, sino que la atrajo más hacia sí, presionando su mano contra su pecho desnudo. Callie le clavó las uñas en la carne.

—¡Así que tenemos que luchar! —dijo él tristemente.

Ella levantó la mano que le quedaba libre para pegarle, pero él se la cogió sonriendo, y entonces empezaron a forcejear.

Luchaban en silencio; sólo se oía su respiración y de vez en cuando una suave carcajada del buhonero. Él peleaba como un chiquillo que jugase. Para él la lucha constituía un deporte, un juego que sabía que podía ganar. Pero luchaba con dureza porque tenía que hacerlo. La carne de Callie pinchaba por donde la cogía; cuando Callie cayó al suelo, se torció una rodilla. Él cayó con ella y la inmovilizó en el suelo.

—¡Por fin! —jadeó él, poniéndole las manos sobre los hombros y apartándose un poco para recuperar el aliento—. Es usted más fuerte de lo que creía... —Se inclinó y la besó fuertemente en la boca. Luego, soltándola, se sentó—. Ahora que he ganado, voy a dejarla marchar.

Sucedió todo tan rápidamente que por un instante ella se quedó demasiado atónita para moverse. Lo miró con incredulidad.

—Váyase —dijo él—, si quiere.

Se esforzó por ponerse en pie, pero se tambaleó dando un grito de dolor a causa de su rodilla herida. Él la cogió al verla caer.

—¡Oh, se ha hecho daño! —dijo con ternura.

Atrayéndola hacia sí, empezó a murmurar cosas en un lenguaje que ella no comprendía pero cuyo significado conocía por su suavidad y dulzura. Se abandonó a sus brazos, sollozando desamparadamente.

—No llore —dijo él—. Seamos felices juntos un rato. Le gustaré..., soy limpio, no le contagiareé ninguna enfermedad. Y tengo cuidado. Quédese conmigo.

Su susurro resonaba como una caracola de mar pegada a la oreja.

Callie volvió a casa sollozando a la suave brisa del mediodía. Sentía el aire, oía a la alondra y olía el huerto en flor. El día había sido muy hermoso —todavía lo era—, pero ella lo había estropeado. Durante toda su vida había sido virtuosa; ningún hombre aparte de Matthew la había tocado jamás. Se había conservado intacta por amor, presentándose a él pura y sin mácula. Pero ahora todo había cambiado. Aquella atmósfera tan clara y los dulces sonidos le rompían el corazón. Entró en la casa y cerró la puerta con llave. Luego, escondiendo la cara en la vieja chaqueta de Matthew, sollozó amargamente por él. El daño se lo había hecho tanto a él como a ella misma. Algo suyo estaba profanado.

Sin otra idea más que la de ir en su busca, abrió la puerta y corrió al granero, donde descolgó la brida con el propósito de ensillar la yegua y dirigirse a la ciudad cabalgando. Pero al acercarse al prado, algo —una especie de aprensión repentina— la detuvo, y tras cruzar el patio se paró a mirar el sitio donde el buhonero había encendido su fuego. De pronto toda la escena surgió ante ella de nuevo: ella y el buhonero riendo y charlando, pasando juntos un rato muy agradable. ¿Qué impresión iba a dar eso?

Y como aquella pregunta se le ocurrían otras parecidas, que podía oír en la voz de Matthew. En primer lugar, ¿por qué le dejaste quedarse? Fuiste allí porque quisiste, buscándote problemas. ¿Por qué saliste de casa? ¿Por qué lo seguiste cuando se marchó? (En cierto modo, ella le había seguido; el camino que él había tomado corría junto a la Vieja Chimenea, y ella lo sabía.) ¿No sabías que podía ocurrir una cosa así? ¿Es que no tienes sentido común? Serían preguntas furiosas, acusadoras. ¿Y cómo iba a contestarlas?

Había sido tonta. Ahora lo veía. Cualquiera que no la conociese bien ¡pensaría que había invitado al buhonero! Matthew no; Matthew no podría acusarla nunca de ser infiel. Pero en cambio sí podría acusarla de ser tonta. Estaba de tan mal humor aquellos días... En realidad, tal vez se merecía su furia, pero de todos modos la perspectiva no era muy agradable. ¿Por qué tenía que saberlo? No hacía falta decírselo todo. Podía omitir la parte referente al desayuno e incluso la visita del buhonero a casa. Lo único que tenía que decir era que se había encontrado con él inesperadamente —eso era cierto—, mientras buscaba la gallina ponedora. Eso era todo lo que Matthew debía saber. A menos —cuando la idea se le ocurrió, se sobresaltó—, ¡a menos que el buhonero contara su versión! Pero no lo haría, ¡no era tan tonto! Tomaría el primer tren y saldría de la región. Pero ¿y si se quedaba por allí

unos cuantos días y Matthew llamaba a la policía? Podía ocurrir. Matthew no era un hombre violento, pero era un hombre y tenía derecho a vengar su honor.

Se dejó caer junto al poste; en su cabeza retumbaban ecos de tragedias campestres, maridos celosos, amantes culpables, derramamientos de sangre y desastres. ¿Y si hacía comparecer al buhonero ante la justicia? Éste contaría entonces su versión de la historia, y aunque sólo dijera la verdad, ella ya saldría perjudicada. Podía alegar que se había resistido. Eso era cierto. Pero también lo era que se había mostrado fácil, al sentarse a charlar con él durante una hora o más como podría haberlo hecho con la esposa de un vecino. Rieron y charlaron, ¡y él hasta le besó la mano! Jamás podría mirarle a la cara y negarlo, como tampoco podría negar que le había gustado.

Se cubrió el rostro, avergonzada. No quería verlo nunca más, pero mientras estuvo allí le había gustado. Apoyado en el poste, había brillado al sol; y recitaba la Biblia como si cantase... Dios es amor, vida y esperanza. Era todo alegría, libertad e inocencia. ¿Cómo iba a ver cómo lo castigaban, a un muchacho así? La idea de verle encerrado, golpeado o algo peor (a algunos hombres los colgaban por cosas así), le oprimía el corazón. Había obrado mal y se merecía un castigo, pero sólo por lo que le había hecho a Matthew, no a ella. Aquello era lo más amargo de todo: que una cosa que debía resultar vergonzosa y fea no lo fuese. Ni para el buhonero ni para ella. Había algo en él, incluso en su ofensa, que le impedía ser mezquino. Había llegado por el camino lleno de alegría y buen humor, ebrio de primavera, tomando con placer las cosas buenas que le ofrecía el día; y ella fue una de esas cosas. Por eso, durante un rato, bajo el cielo azul y sobre la hierba fresca, lo había amado.

Pero era a Matthew a quien de verdad amaba. Al sencillo, vehemente y trabajador Matthew, que procuraba obrar bien aunque no siempre lo consiguiera y que había sido con ella bueno, cariñoso y solícito. Haberle traicionado le rompía el corazón. No debía saberlo nunca.

—Oh, Señor —rezó—, ¿una parte de la verdad no basta?

Tenía que bastar. Pasara lo que pasara, y en provecho de todos, no debían prender al buhonero.

Se secó la cara con la falda; ahora que sabía lo que tenía que hacer, puso manos a la obra. Moviéndose con rapidez, recogió los troncos carbonizados del fuego y los metió en el fogón de la cocina. Luego, volvió al patio, esparció las cenizas y cuidadosamente cubrió de arena la tierra ennegrecida. Cuando todos los indicios del fuego hubieron desaparecido y la sartén y los platos estuvieron guardados, cogió una azada y bajó al prado. Allí, encima del riachuelo, cavó un profundo agujero y enterró la cinta de satén azul. Al ver que la tierra húmeda caía sobre ella, se echó a llorar. Luego esparció unas cuantas hojas por encima y volvió a casa.

Cuando se hubo lavado y cambiado de ropa, se dirigió de nuevo al patio y lo repasó una vez más. Comprobando que no quedaba rastro de él, respiró más tranquila. Se lo explicaría a Matthew, pero podía esperar hasta el día siguiente. Por la

noche, cuando él volviera de la escuela, le diría: «Ha sucedido hoy». Pero para entonces el buhonero ya estaría lejos.

Mucho antes de que se pusiera el sol empezó a vigilar el camino, suspirando por ver a Matthew, esperando que por algún milagro volviera hoy pronto a casa. Al anoecer les dio de cenar a las niñas y las metió en la cama. Las vacas subieron del prado con las ubres hinchidas y, como le dieron lástima, salió a ordeñarlas. Estaba ya oscuro cuando llegó Matthew. Callie corrió a su encuentro.

—¡Me alegro de que estés en casa!

—¿Qué pasa? —dijo él con acritud.

—Nada. Sólo que me alegro de verte, eso es todo. Empezaba a estar preocupada. Él saltó del coche, rehuyéndola.

—Se tarda una eternidad yendo en calesa. ¿Han llegado bien las niñas?

—Han venido andando. Ve dentro; yo desengancharé.

—No, ya lo haré yo.

—Pero si estás cansado. Anda, cariño, la cena ya está preparada.

—Primero quiero ordeñar a las vacas.

—Ya lo he hecho.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? —exclamó irritado—. No pararás hasta ponerte enferma.

—Es que como era tan tarde y no venías...

—¡Tenía trabajo! —estalló él—. Ahora no me eches esto en cara. Vengo a casa tan pronto como puedo.

—Lo único que he dicho es que...

—Se me presentan un montón de cosas que no puedo prever. Deberías comprenderlo. He intentado explicártelo, pero nunca te interesas por mis cosas.

Dándole al caballo una palmada en la grupa, se alejó airado. Callie apoyó la cabeza en la calesa. Dijera lo que dijese o hiciera lo que hiciese, esos días él siempre encontraba algún defecto. Parecía que lo estuviese buscando, que esperase encontrarlo. Como si así se pudiese excusar. Se sentía culpable por eso. Había otra persona, seguro. Pegó un suave puñetazo a la rueda. Pero (recordando la mañana) tampoco ella estaba libre de culpa; quizá le había hecho más daño a Matthew que él a ella.

—Aunque yo no tenía esa intención... —murmuró.

Tal vez él tampoco. Algunas cosas ocurren contra la propia voluntad. Sentía pena por Matthew. Se dirigió al granero, pero luego, pensándolo mejor, volvió atrás.

Al poco rato Matthew entró en la cocina y se sentó a cenar. Había adelgazado. Los pómulos le sobresalían y los ojos se le habían hecho más grandes. En cierto modo, aquello no le sentaba mal, parecía más joven. Pero su expresión era preocupada. Aunque si se debía a lo que ella pensaba, se lo merecía. Su resentimiento se trasladó de pronto de él a la mujer. ¿Qué clase de mujer era que podía hacerle eso, atormentarlo hasta volverlo medio loco, impidiéndole dormir o comer?

—Pareces cansado —dijo ella.

—Lo estoy.

Cruzó el cuchillo y el tenedor en el plato y apoyó la cabeza en las manos.

—Me alegraré de que se acabe la escuela para que no tengas que hacer dos cosas a la vez.

—Sí, claro...

—Será estupendo que puedas estar en casa todo el día.

—Sí.

—Y a mí me irá muy bien. A veces, aquí sola, tengo miedo.

—No sé por qué. Puedes utilizar la escopeta en caso de necesidad.

—Pero no me hace mucha compañía.

Hubo una pausa.

—Tendría que volver a la escuela —dijo él.

—¿Este verano?

—Tengo que mantenerme en forma.

—Pero si has trabajado mucho..., ¿necesitas descansar!

—Bueno, Callie, no puedo descuidar mi cultura si quiero llegar a alguna parte —replicó severamente.

—Ya sé que no puedes —suspiró ella—. Pero Clarkstown está tan lejos...

—He estado pensando, y no estoy seguro de si iré a Clarkstown esta vez.

Callie sintió una punzada.

—¿Adónde piensas ir? —preguntó, mirándole a la cara.

—Oh, no sé... —Levantó los ojos inocentemente (con la expresión más culpable que ella había visto nunca)—. Había pensado en San Luis.

—¿San Luis? Pero ¿cómo se te ha ocurrido pensar eso?

—Tienen muy buenas escuelas y grandes universidades. Por otra parte, el ambiente y la vida cultural de una ciudad... son cosas tan importantes como los estudios.

—¿Iríamos..., iríamos las niñas y yo contigo?

—Bueno, me temo que eso resultaría caro —contestó con aire de disculpa—. No sé si podría permitirme el lujo de que estuviéramos todos allí. Creo que tendría que irme solo.

¡Así que eso era lo que proyectaba! Alguien debía de estar empujándolo. Nunca en su vida habría hecho nada temerario a menos que alguien lo hubiese animado.

—Me sentiré muy sola —dijo ella por todo comentario.

—Sería sólo por unas cuantas semanas.

—¿Y el trabajo?

—¿El de aquí? Tal vez tus hermanos podrían ayudarte. Thad y Wesley podrían instalarse en casa mientras yo no estoy.

Lo había planeado todo.

—Pero no sé —dijo levantándose—. Tal vez no pueda hacerlo. Ya veremos. —

Cogió la linterna y se dirigió a la puerta—. Voy a sacudir el heno.

—Ten cuidado con esa linterna en el granero.

Callie permaneció sentada contemplando la llama de la lámpara. Él quería dejarla. Fuese lo que fuese contra lo que tenía que luchar, era más de lo que había supuesto. No se trataba de una inútil y tonta mujer del campo, sino de alguien de fuera, alguien de la misma clase de Matthew, que leía libros y hablaba como él. Alguien culto. Contempló con aturdimiento la cocina. Eso era lo único contra lo que no sabía cómo luchar.

¡Podría haber aprendido a leer! Era lo suficientemente inteligente como para haberlo hecho.

—¡Lo haré! —gritó—. ¡Lo haré, Matthew!

Pero era un poco tarde para eso. Para cuando hubiera aprendido a leer podría haberlo perdido. Y ahora no podía perderlo. Lo quería. No era perfecto, pero ella prefería sus defectos a las virtudes de cualquier otro hombre. Y, más que eso, lo necesitaba. Estaba en un apuro. Tal vez aquello era bueno, pensó de pronto. A veces los problemas unían a las personas. Quizá todo había sucedido para bien. Se levantó, impaciente por hablarle, pero al llegar a la puerta se detuvo. Sería mejor que esperara, que le diera al buhonero una oportunidad. Mañana ya encontraría el momento.

Había hecho desaparecer las huellas del buhonero por completo. No quedaba rastro de él ni de ningún extraño. Sin embargo, por la mañana, después de una noche de pesadillas, se despertó de una sacudida. Se había dado cuenta de que había olvidado un detalle: Leonie. El día anterior la niña había ido a la escuela, pero hoy se quedaría en casa. Por tanto, si llegaba algún forastero, Leonie lo sabría. Y si no llegaba ninguno, lo sabría también. Su estupidez la desesperaba. Tenía que librarse de algún modo de la chiquilla. Una hora sería suficiente, incluso media; pero tenía que quedarse sola.

En cualquier otra ocasión podría habérselas arreglado. Las niñas jugaban a menudo fuera de casa, lo bastante lejos para que, si alguien venía, no se enterasen. Hoy, sin embargo, Leonie tenía un mal día. Estaba enfadada, quejosa, extenuada por la diversión de ayer. Callie no podía hacer nada con ella. Le instaló una casita de muñecas en el huerto, pero Leonie no le hizo ningún caso. La mandó al prado a coger flores silvestres y regresó al cabo de diez minutos. La envió al granero y volvió al cabo de cinco. Le sugirió que se fuera de excursión al bosque de nogales, pero Leonie no quería ir sola. Por fin, con un berrinche espectacular, se negó a dormir la siesta. Nadie podía tomarle el pelo, sabía cuándo su presencia molestaba. Y, para vengarse, en todo el día no hizo otra cosa que seguir a su madre como un perrito faldero. Callie estaba frenética. Por fin, con los nervios ya a punto de estallar, perdió la paciencia y le dio una zorra a la niña. Leonie la miró con su carita triste y bañada en lágrimas y Callie, tomándola en sus brazos, lloró con ella. No era la criatura quien había obrado mal.

Cuando Matthew volvió a casa aquella noche, Callie estaba sufriendo uno de sus

terribles dolores de cabeza y no se acordaba ya del buhonero, ni de sus remordimientos, ni de sus sensaciones de culpa y miedo. Sólo le quedaban las náuseas y los constantes altibajos del dolor.

Aquella noche se durmió exhausta, y a la mañana siguiente no se despertó hasta bastante tarde. Matthew se había preparado él mismo el desayuno y se había marchado a la escuela. Leonie, vivaracha como una gatita, chapoteaba en el agua de lavar platos, empeñada en ayudar a mamá. Y se pasó todo el día ayudando a mamá, agresivamente. Callie no tuvo valor para rechazarla.

Habían pasado ya dos días y dos noches, y su temor se había acrecentado. Cuanto más esperaba, más imposible le parecía evitar decir la verdad. No podía decir que sucedió ayer u hoy; debía confesar el día exacto. ¿Y qué excusa iba a dar por haber esperado tanto? Animada por una desesperada esperanza, pensó que quizá no fuera necesario decirle nada. Pero era una esperanza falsa. Con un gemido, se encogió como si ya sintiera dolor en el vientre. ¡No podía ser! Hasta al cabo de una semana no lo sabría seguro. Pero antes tenía que decírselo a Matthew.

Sin embargo, cuando él llegó aquella noche —tarde otra vez y de mal humor— le faltó valor. Se sentaron a cenar en silencio; ella lo observaba. Si se hubiera fijado en que estaba preocupada, si se hubiera molestado en preguntar por qué, se lo habría explicado todo con gratitud. Pero Matthew seguía con los ojos bajos y los pensamientos muy lejos. El tictac del reloj sonaba fuerte y siniestro. El tiempo iba pasando y ella tenía miedo.

Resultaba terrible y extraño cómo el miedo lo había cambiado ante sus ojos. Antes siempre lo había mirado desde una posición de virtud desde la cual ella era inexpugnable, inatacable. Ahora, angustiada y culpable, empezó a verlo desde otro ángulo, un ángulo que distorsionaba la imagen que tenía de su marido reduciendo su humanidad y aumentando su intolerancia. Ya no le parecía posible que él pudiera perdonarla, sobre todo porque ya no la amaba. No cesaba de recordar eso. Matthew se avergonzaba de ella porque ella era ignorante.

—¿Matthew? —dijo tímidamente—. En cuanto quite la mesa, ¿por qué no vuelvo a repasar mi caligrafía un rato? Hace mucho tiempo desde la última clase.

Él la miró frunciendo las cejas.

—Oh, es muy tarde. He estado enseñando todo el día.

—Pero es que hace tiempo que...

—Tengo ganas de meterme en la cama... Otra vez será.

Subió arriba y al cabo de un rato ella le siguió. Entró de puntillas en la habitación.

—¿Matthew? —susurró.

No obtuvo respuesta.

Estaban acostados dándose la espalda. Él tampoco dormía, pero ella no era capaz de pronunciar una palabra. Hacia la medianoche lo oyó levantarse y salir afuera. Aquella noche brillaba la luna y pudo verlo desde la ventana. Permaneció quieto un largo rato mirando a su alrededor y luego, cruzando el patio, se dirigió al prado.

Callie cogió su chal y lo siguió.

Lo encontró en un claro, cerca de un espino blanco en flor. Desde las sombras podía verlo. Durante un momento se quedó inmóvil con las manos sobre el corazón, que latía con fuerza. Era su oportunidad.

—Ayúdame, Señor —murmuró.

Y salió a la luz de la luna.

Había amado al buhonero durante unos instantes, y le hizo el amor a Matthew como jamás se lo había hecho. Deseaba con todo su corazón que el hijo fuese suyo, y mucho antes de su nacimiento ya le dio nombre.

Cuando la niña llegó, perfectamente formada y parecida a ella, le dio gracias al Señor: «... la mujer engañada por la *serpiente* fue causa de la prevaricación *del hombre*. Verdad es se salvará por medio de la buena crianza de los hijos.» Dios le había enviado una prueba de Su misericordia.

No fue hasta más tarde, a medida que la naturaleza de la niña empezaba a revelarse, cuando empezó a tener dudas de nuevo. Pero como en su corazón la había hecho hija de Matthew, se aferró a aquella idea. Ahora ya no había nada que no hiciera para complacerlo, ningún sitio adonde no fuera por él, nada que no le perdonara.

Pasaron los años y los pequeños acontecimientos diarios se desvanecieron como las hojas y la nieve. El recuerdo de su culpa estaba ya enterrado. Luego, al morir Mathy, esa culpa se despertó ferozmente para atormentarla. El Señor se había tomado Su tiempo y por fin había enviado Su castigo.

Pero luego, al pensar en todo aquello, llegó a la conclusión de que no era así. No morimos por los pecados de los demás; Cristo ya lo hizo, y no para castigar, sino para redimir. Para nosotros, la muerte es un acontecimiento natural, lo mismo que la caída de las hojas o la extinción de un fuego. La muerte de Mathy no fue el castigo de nadie, como tampoco lo había sido su vida. Les había dado alegría, y aunque su muerte les hizo daño, no había muerto con ese propósito. Aquél no era el modo de actuar de Dios. Dios es misericordia y amor. Lo decía la Biblia.

—Y no me importa lo otro que dice; sé que es así.

Estaba sentada en la hierba, cerca de la Vieja Chimenea. Lanzó un prolongado suspiro y alzó los ojos.

—¿Dónde debía de estar aquella gallina vieja? —dijo.

Y se levantó y se fue a casa con el alma en paz.

Eso había sido hacía mucho tiempo. Ahora, en aquella mañana de agosto, con setenta años tras ella y una eternidad delante, volvía a sentirse preocupada. Estaba pensando que quizá, después de todo, su Dios y el de Matthew diferían. Ella se había formado el suyo en su cabeza. Pero Matthew era inteligente, sabía leer. Tal vez su Dios de la ira fuese el real y todas las palabras de la Biblia ciertas, aunque algunas resultasen amargas como la hiel. En tal caso, la muerte de Mathy había sido el aviso que ella habría hecho bien en atender. Quizá no bastaba haberse confesado con el Señor, debería haberse confesado con Matthew, contárselo todo y sufrir las consecuencias, aun perdiéndole.

Pero en lugar de eso, con hilo y aguja, había tratado de hacerse un Dios a su medida para que se adaptara a sus necesidades. Se había quedado en sus prados verdes; conservaba a su marido y su cómoda casa. Contaba con el amor y el respeto de sus hijas.

—¡He sido feliz! —gritó angustiosamente.

Lo había sido, y lo era. Aunque se le había quitado mucho y había recibido poco, era feliz.

—¿Es un pecado, Señor, considerando lo que hice?

Se detuvo en el sendero llena de remordimientos, sosteniendo la cesta de arándanos. Un centelleo blanco que brilló entre los árboles le llamó la atención. Asomándose por la ladera, escudriñó el arroyo. Bajo la verde luz de los sauces había un gran pájaro blanco. Una garza, pensó. Una garza blanca, la primera que había visto nunca. Avanzó vivamente procurando no hacer ruido. El pájaro había arqueado el cuello para beber agua y no se fijó en ella. Siguió andando hasta llegar a pocos pasos de él. ¡Qué grande, blanca y orgullosa era aquella extraña y jorobada criatura! Vagaba de un lado a otro, levantando y bajando melindrosamente las patas como una mujer que cruzara un charco. Estaba buscando ranas y peces pequeños. De pronto levantó la cabeza, formó con su largo cuello una ese y pareció ponerse a escuchar. Me ve, pensó Callie; los pájaros no necesitan volverse. Permanecieron así largo rato ella y la garza, contemplándose mutuamente. Luego, muy despacio, el pájaro dobló las patas y extendió sus anchas alas blancas. Callie pensó que iba a echar a volar. Pero en lugar de eso volvió a doblar las alas y, arqueando el cuello, se acercó más al arroyo.

¡Qué espléndido espectáculo! Callie pensó que era un buen augurio. Hoy sería un buen día. Subiendo de nuevo por el sendero, recordó todas las horas que tenía por delante y se sintió llena de felicidad. Tenía ganas de dar saltos, y se puso a cantar con

su débil voz:

*Si no se te cae un árbol encima,
¡vivirás basta que te mueras!*

Mirando a su alrededor, pensó que todo era muy hermoso. ¡Dios amaba tanto al mundo! Lo amaba como se quiere a los niños, con orgullo y esperanza, y también con dolor. El amor de Dios es infinito, está más allá del alcance de toda comprensión. ¡Qué grande debe ser entonces Su sufrimiento! Pues los fallos de sus hijos deben de dolerle igual que a nosotros.

—¡Oh, Dios mío! —gritó con compasión.

Ella le había herido. Había obrado mal y, para decir verdad, no lo sentía. (Y no había aprendido a leer.) ¿Qué debía hacer ahora para compensarlo? ¿Cómo podía consolarlo?

Pensó en ello un momento.

—Amo tu mundo —se limitó a decir.

Eso era lo que podía hacer.

Contempló todas las cosas hermosas de su alrededor: los campos verdes, los buenos pastos, el día radiante. Los pájaros cantaban y había visto una garza blanca. Matthew estaba esperándola. Las niñas llegaban hoy, y todos juntos contemplarían cómo florecían las damas de noche. Oh, aunque nunca fuese al cielo, aquello era suficiente: aquella tierra maravillosa con sus rayos de sol y sus mañanas, y algo que esperar siempre. (En eso, la tierra le ganaba al cielo).

Levantó los ojos para mirar el cielo limpio y despejado.

—Gracias —dijo.

Y se fue a casa a desayunar.



JETTA CARLETON (1913-1999) nació en Holden, Misuri. Después de pasar la infancia junto a sus hermanas mayores en la granja de sus padres, cursó estudios universitarios. Obtuvo un máster en Literatura Inglesa y ejerció como profesora durante un tiempo y poco después se mudó a la costa este de Estados Unidos para dedicarse a la publicidad. Las estancias veraniegas en casa de sus padres con sus hermanas le inspiraron su primera y única novela publicada, *Cuatro hermanas* (1962), que rápidamente se convirtió en un *best seller*.

NOTAS

[1] En el original inglés se refieren a las *moonflowers* (*Ipomoea alba*), especie de enredadera cuyas flores se abren al anochecer. <<

[2] Carry Nation (1846-1911) fue una feroz activista del movimiento antialcohólico antes de la ley seca en Estados Unidos, conocida por sus destrozos en bares. <<

[3] Cita del poema «La segadora solitaria» (1805), de William Wordsworth. <<

[4] De *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare. <<

[5] Women's Christian Temperance Union. Organización de mujeres nacida en 1873 con el objetivo de promover la abstinencia en el consumo de alcohol y que luego fue diversificando sus causas. <<

[6] «La segadora solitaria», de William Wordsworth. <<

[7] Referencia al poema «To Helen», de Edgar Allan Poe (1809-1849). <<

[8] Primer aeropuerto del área metropolitana de Kansas. <<